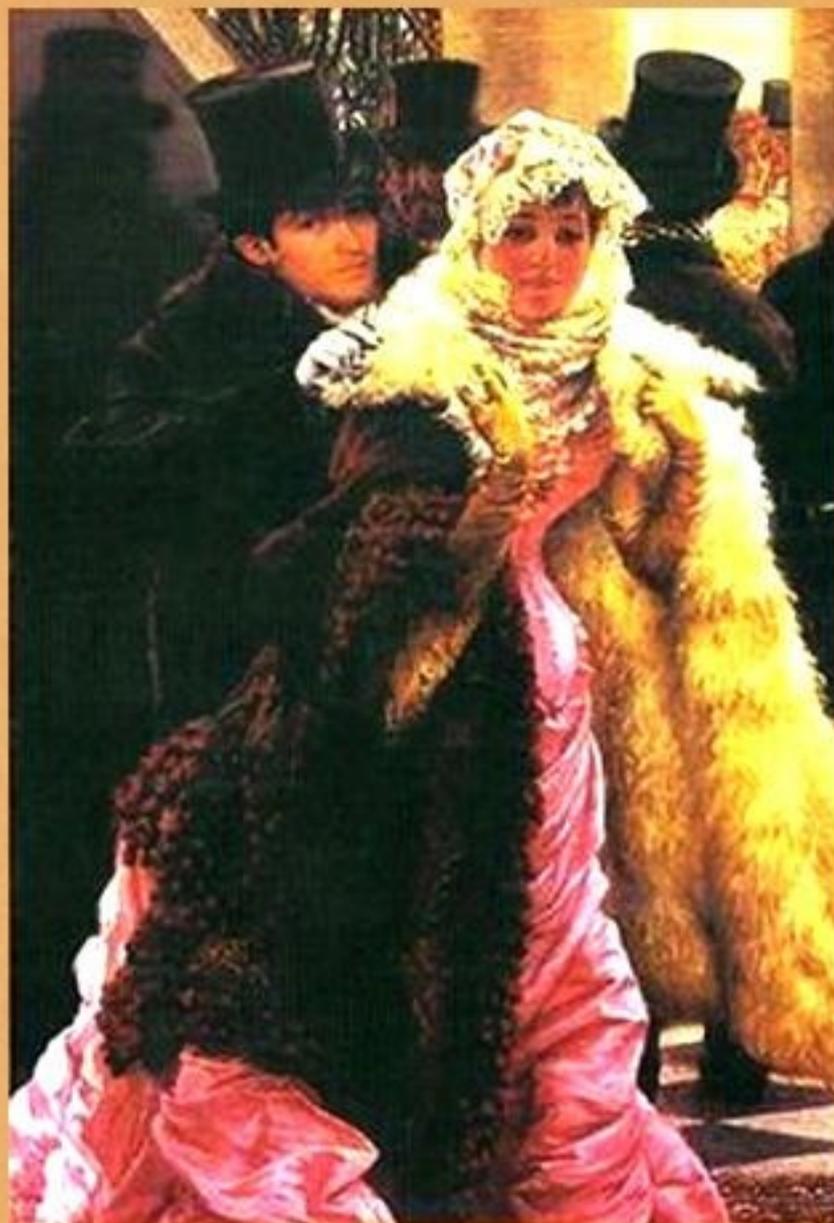


CONSPIRACION EN MOSCU

BORIS AKUNIN



Lectulandia

Un rumor desconcertante recorre los pasillos del hotel Dusseaux, desborda los muros del recinto y se extiende por todo Moscú: ¡El general blanco ha muerto! Mijail Dimitrievich Soboliev, epítome del héroe ruso, una síntesis de Aquiles, Alejandro Magno y Napoleón concentrados en un solo hombre, ha muerto de improviso en la flor de la vida. A pesar de la enorme conmoción, y cuando la voz de la trágica noticia aún reverbera tanto en las imponentes avenidas como en las callejuelas de la metrópoli, dos oídos atentos y una nariz suspicaz se concentran en la escena del suceso. Ha regresado Erast Fandorin...

Lectulandia

Boris Akunin

Conspiración en Moscú

Erast Fandorin - 04

ePub r1.0

Titivillus 22.06.18

Título original: *СМЕРТЬ АХИЛЛЕСА*

Boris Akunin, 1998

Traducción: Rafael Cañete Fuillerat

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera Parte

FANDORIN

Capítulo Primero

Donde los eslabones de la fortuna se entrelazan en la cadena del destino

El tren de la mañana procedente de San Petersburgo se había detenido en el apeadero de la estación Nikolaevsky hacía un momento, las vaharadas de humo de la locomotora aún no se habían desvanecido, los revisores apenas habían tendido las escalerillas y se llevaban la mano a la visera, cuando un joven de apariencia más que notable saltó al andén desde el vagón de primera clase. Parecía salido de la ilustración de un semanario parisino que proclamara la moda de la temporada de verano de 1882: traje de tusero arena claro, sombrero de paja italiana de ala ancha, zapatos afilados con polainas blancas y clavitos de plata, y, en la mano, un pequeño y elegante bastón con empuñadura del mismo metal. Sin embargo, lo que llamaba verdaderamente la atención no era tanto la distinguida indumentaria del pasajero como su imponente e incluso deslumbrante aspecto. Era un joven alto, esbelto, de hombros anchos, que miraba al mundo con unos ojos de color azul celeste y al que le sentaban extraordinariamente bien sus retorcidos y finos bigotes; sin embargo, el cabello, cuidadosamente peinado, presentaba una extraña peculiaridad: en las sienes adquiriría un tono plateado muy intrigante.

Los mozos sacaron rápidamente su equipaje, merecedor sin duda de una descripción por separado. En el andén, además de las maletas y los sacos de viaje, depositaron una bicicleta plegable, unas pesas de gimnasia y unos hatos de libros en distintas lenguas. Lo último en descender del vagón fue un asiático bajito, de piernas arqueadas, complexión sólida y rostro mofletudo extraordinariamente arrogante, vestido con una librea verde que conjuntaba de manera pésima con los chanclos de madera con correas y el abanico de papel de vivos colores que pendía de su cuello sujeto con una cinta de seda. El retaco llevaba en las manos un tiesto cuadrado del que crecía un pino tan diminuto que parecía transportado directamente desde el reino de los liliputienses a la estación moscovita.

Después de pasear la mirada por las tristes instalaciones ferroviarias, el joven, con una emoción que resultaba difícil de comprender, inspiró el aire cargado de humo de la estación y susurró: «¡Dios mío, seis años!». Sin embargo, no le dieron mucho tiempo para entregarse a la ensoñación, pues los conductores de los coches de punto, la mayoría de ellos en la nómina de los hoteles moscovitas, se precipitaban ya hacia los pasajeros del tren llegado de la capital. En la disputa por aquel moreno adonis con todas las trazas de ser un cliente codiciable, participaron los cocheros de los cuatro hoteles más lujosos de Moscú: el Metropol, el Loskutnaya, el Dresde y el Dusseaux.

—¡Señor, venga al Metropol! —gritó el primero—. ¡Muy moderno, a la europea! ¡Con un cuartito adjunto a la suite para su chino!

—No es chi-chino, sino japonés —explicó el joven dejando ver que tartamudeaba ligeramente—, y quiero que se instale en mi habitación.

—¡Entonces tenga la bondad de venir al Loskutnaya! —dijo el segundo cochero, apartando a su competidor con el hombro—. Si alquila una habitación de más de cinco rublos, lo llevo gratis. ¡Llegaremos en un periquete!

—Hace tiempo me hospedé en el Loskutnaya —informó el joven—. Un hotel excelente.

—Señor, para qué quiere un hormiguero como ese —dijo el tercero entrando en la refriega—. El Dresde es tranquilo y amplio y las ventanas dan a la calle Tverskaya, justo enfrente de la residencia del príncipe gobernador.

El pasajero se mostró interesado.

—¿De veras? Entonces me viene muy bien. ¿Sabe?, precisamente voy a trabajar al servicio de su serenísima. Tal vez...

—¡Vamos, señor! —gritó el último cochero, un joven petimetre con chaleco carmesí y raya en el pelo, espejeante de brillantina—. En el Dusseaux se han hospedado los mejores escritores: Dostoievski, el conde Tolstoi y hasta el mismo señor Krestovski.

La trampa de ese psicólogo de la hostelería, que había reparado en los hatos de libros, dio resultado. El moreno adonis soltó una exclamación:

—¡No me diga! ¿El conde Tolstoi?

—¡Desde luego! Lo primero que hace al llegar a Moscú es registrarse en nuestro hotel. —El cochero carmesí, que ya tenía las dos maletas en la mano, le gritó al japonés en un tono entre diligente y autoritario—: ¡Venga, andando, coge lo tuyo y sígueme!

—De acuerdo, pues vayamos al Dusseaux. —Y el joven se encogió de hombros sin saber aún que esa decisión se convertía en el primer eslabón de la funesta cadena de acontecimientos que se producirían después—. ¡Ah, Masa, cómo ha cambiado Moscú! —repetía el adonis en japonés sin dejar de girarse en el asiento de cuero de la calesa—. Está absolutamente irreconocible. Calles pavimentadas, no como en Tokio... ¡Y cuánta gente elegante! ¡Mira, un tranvía de caballos! Siempre con el mismo itinerario. ¡Y esa dama en el piso de arriba, en el Imperial! Antes no las dejaban subir, no parecía decoroso.

—¿Por qué, señor? —le preguntó Masa, cuyo nombre completo era Masahiro Shibata.

—¿Por qué iba a ser? Para que no las vieran desde abajo cuando subían por la escalerilla.

—La barbarie y las estupideces de Europa —comentó el japonés encogiéndose de hombros—. Pues, señor, ¿sabe lo que le digo? Que en cuanto lleguemos a la posada tiene que llamar de inmediato a una cortesana. ¡Y que sea de primera categoría! Yo tengo suficiente con una de tercera. Las mujeres son hermosas aquí. Altas, gordas... Mucho mejores que las japonesas.

—Deja de decir vulgaridades —se enfadó el joven—. Estoy harto de escucharte.

El japonés sacudió la cabeza con reprobación y replicó:

—Pero ¿cuándo va a dejar de lamentarse por Midori san? Suspirar por una mujer a la que nunca más se va a ver es perder el tiempo.

Su amo, sin embargo, dejó escapar un suspiro y luego otro, y para librarse de sus tristes pensamientos, le preguntó al cochero (justo cuando pasaban frente al monasterio de la Pasión):

—Y esa estatua que hay en el bulevar, ¿en memoria de quién la han erigido? ¿De lord Byron, quizá?

—Es Pushkin, Aleksander Sergueievich —respondió el cochero volviéndose con aire de reproche.

Al joven se le subieron los colores y de nuevo se puso a mascullar algo en lengua no cristiana dirigiéndose al bajito de ojos rasgados. El conductor sólo pudo distinguir una palabra, repetida tres veces: «Pu-shi-kin».

El hotel Dusseaux se inspiraba en el estilo de los mejores hoteles parisinos: había portero de librea en la entrada principal, un vasto vestíbulo donde azaleas y magnolias crecían en grandes macetones, y restaurante anexo. El pasajero del tren de San Petersburgo tomó una buena habitación de seis rublos con ventanas que daban al pasaje del Teatro, se inscribió en el libro de registro con el nombre de «Erast Petrovich Fandorin, consejero titular», y luego se acercó por curiosidad a una gran pizarra negra en la que, a la manera europea, se escribían con tiza los nombres de los huéspedes.

En la parte superior, en gruesos caracteres llenos de espirales, figuraba la fecha del día según los calendarios ruso y europeo: «25 de junio. Viernes-7 juillet, vendredi». Y un poco más abajo, en el lugar de honor, con bella caligrafía: «General edecán, general de infantería, M. D. Soboliev — N° 47».

—¡No puede ser! —exclamó el consejero titular—. ¡Qué suerte! —Y se volvió hacia el encargado de la recepción para preguntar—: ¿Está su excelencia en la habitación? ¡Soy un viejo conocido suyo!

—Así es, se encuentra en sus aposentos —contestó el empleado, inclinando respetuosamente la cabeza—. Llegó ayer. Con su séquito. Tienen todas las habitaciones de ese sector. Entrando por esa puerta, todo el pasillo es de ellos. Pero ahora descansa y han dado orden de que no se le moleste.

—¿Michel? ¿A las ocho y media de la mañana? —se sorprendió Fandorin—. Pues no es propio de él. Claro que la gente cambia. Si es tan amable, dígame al general que me hospedo en la habitación número veinte. Seguro que querrá verme.

Y ya se giraba el joven para marcharse cuando se produjo una nueva casualidad que estaba llamada a convertirse en el segundo eslabón de la sutil trama del destino. De repente, la puerta que conducía al pasillo donde se alojaba el eminente huésped se entreabrió, y un oficial de cejas negras, calvo excepto por el mechón de pelo característico de los cosacos, asomó la cabeza. Tenía la nariz aguileña, y sus mejillas,

hundidas, azuleaban con barba de un día.

—¡Mozo! —gritó con voz estentórea mientras agitaba una octavilla de papel con impaciencia—. Corre al telégrafo a enviar este telegrama. ¡Date prisa!

—Gukmasov, ¿es usted? —inquirió Erast Petrovich con un ademán dispuesto para el abrazo—. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué, todavía haciendo de Patroclo al lado de nuestro Aquiles? ¡Y ya es capitán! ¡Le fe-felicito!

Sin embargo, esa amistosa interpelación no pareció causar ninguna impresión en el oficial, y si la produjo, no fue nada favorable. El capitán de cosacos fulminó al joven figurín con una mirada hostil de sus ojos gitanos y, sin añadir una palabra más, cerró la puerta de golpe. Fandorin se quedó de piedra en aquella pose ridícula, con los brazos extendidos, como si hubiese querido empezar a bailar y hubiera cambiado de idea en el último momento.

—Cierto —rezongó confuso—. ¡Cuánto ha cambiado todo! La ciudad... y la gente.

—¿Ordena que le sirvan el desayuno en la habitación? —le preguntó el recepcionista, que fingía no advertir la confusión del consejero.

—No, no es necesario —respondió este—. Que me lleven un cubo de hielo del sótano. Bueno, quizá do-dos.

Ya en su habitación, amplia y lujosamente amueblada, el cliente se comportó de un modo bastante extraño. Se desnudó hasta quedarse en cueros vivos, y luego hizo el pino y puso la cabeza a ras de suelo. Por último, sin apenas tocar la pared con las piernas, separó la cabeza diez veces del piso impulsándose tan sólo con los brazos. El criado japonés no pareció asombrarse lo más mínimo por la conducta de su señor. Después de recibir del camarero dos baldes llenos hasta arriba de hielo picado, el asiático vació cuidadosamente los cubos grisáceos en el baño, vertió agua fría abriendo el grifo de cobre y aguardó a que el consejero titular terminase aquella gimnasia tan extraña.

Un minuto después, Fandorin, acalorado por el ejercicio físico, entraba en el cuarto de baño y se metía resueltamente en esa aterradora y helada pila bautismal.

—Masa, saca el uniforme. Y también las condecoraciones. Están en las cajitas de terciopelo. Voy a presentarme ante el príncipe.

Hablaba conciso, con los dientes apretados. Evidentemente, un baño de aquellas características exigía un enorme esfuerzo de voluntad.

—¿Ante el gobernador imperial, su nuevo señor? —le preguntó respetuosamente Masa—. Entonces sacaré también la espada. No puede ir sin ella. Una cosa es el embajador ruso en Tokio, a quien servía usted antes y con quien podía ahorrarse las ceremonias, y otra completamente distinta el gobernador de una ciudad construida en piedra y tan grande como esta. Y no se le ocurra discutir.

Salió y regresó al instante con el sable de gala del funcionario, que llevaba respetuosamente sobre sus dos manos extendidas.

Comprendiendo que protestar sería inútil, Erast Petrovich se limitó a suspirar.

—¿Entonces qué me dice de la cortesana, señor? —le preguntó Masa mirando preocupado el rostro de su amo, azulado a causa del frío—. La salud es lo primero.

—¡Vete al diablo! —exclamó Fandorin poniéndose en pie. Los dientes le castañeteaban—. La to-toalla y ¡a vestirse!

—Pase, pichoncito, pase. Lo estábamos esperando. El sanedrín confidencial al completo, je-je. —Con estas palabras saludó al emperifollado consejero el todopoderoso dueño de la madre Moscú, el príncipe Vladimir Andreevich Dolgoruki—. Pero ¿por qué se queda ahí en el umbral? Vamos, hágame el favor de sentarse ahí, en el sillón. Ha perdido el tiempo acicalándose así, con el uniforme y la espada, pues puede venir como guste; eso sí, con levita.

Durante los seis años que Erast Petrovich había estado de peregrinaje por el extranjero, el anciano gobernador general había envejecido ostensiblemente. Aquellos rizos castaños (de clara procedencia artificial) en absoluto concordaban con su rostro, surcado por profundas arrugas. En sus flácidos bigotes y frondosas patillas las canas brillaban sospechosamente por su ausencia. Y aquel porte en exceso juvenil sugería el uso de corsé. Quince años llevaba el príncipe gobernando la ciudad madre. Un gobierno sutil pero firme. De ahí que sus enemigos lo llamaran Yuri *Mano Larga* o Volodia *Gran Mortaja*, y las personas que lo querían bien, Vladimir *Solecito Bonito*.

—Aquí tienen a nuestro huésped de ultramar —dijo el gobernador dirigiéndose a los dos importantes señores, uno militar y el otro civil, que estaban sentados en unos sillones junto a un inmenso escritorio—. Mi nuevo funcionario para misiones especiales, el consejero titular Fandorin. San Petersburgo me lo ha asignado. Antes estaba destinado en nuestra embajada en el otro extremo del mundo, en el imperio del Japón. —El príncipe se volvió hacia Fandorin—. Y ahora, pichoncito, las presentaciones. El jefe de la policía de Moscú: Karachentsev, Evgueni Osipovich. Sostén de la legalidad y el orden. —Señaló con un gesto a un general del séquito del zar, dé cabello pelirrojo. Sus ojos, castaños y ligeramente saltones, poseían una mirada tranquila, tenaz—. Y este otro es mi Petrusha, Piotr Parmienovich Jurtinski para usted, consejero adjunto y jefe de la sección secreta de la cancillería del gobierno general. Petrusha se entera al momento de todo lo que sucede en Moscú y me informa de ello.

Un señor regordete de unos cuarenta años con el cabello cuidadosamente peinado en su oblonga cabeza, las mejillas bien cebadas, ahorquilladas por el cuello almidonado, y párpados somnolientos y entreabiertos, cabeceó ceremoniosamente.

—Amigo mío, no fue casualidad que le pidiera venir precisamente el viernes —le aseguró el gobernador a Fandorin en tono confidencial—. Tengo la costumbre de examinar los asuntos delicados y secretos los viernes a las once. Ahora, por ejemplo, habíamos previsto abordar una cuestión embarazosa: dónde conseguir el dinero necesario para concluir los murales de la catedral. Una causa santa, una cruz que pesa sobre mí desde hace muchos años. —Se santiguó piadosamente—. En esta cuestión,

la rapiña y las intrigas entre los propios artistas están a la orden del día. Hay que pensar en la manera de sacarles un millón de rublos a los ricachones de Moscú para este asunto de beneficencia. Y bien, señores consejeros, si antes eran dos para ocuparse de los asuntos secretos, ahora son tres. Como suele decirse, que entre ustedes reinen el amor y la amistad. Porque usted, señor Fandorin, ha sido adscrito a mí precisamente para estos asuntos, ¿no es cierto? Sus referencias son excelentes para ser tan joven. Se ve que es un hombre experimentado. —Y miró al novato a los ojos con aire escrutador, pero este le sostuvo la mirada y, en apariencia, ni siquiera pestañeó—. ¡Ah, ahora le recuerdo!... —Dolgoruki se convirtió de nuevo en un abuelito bondadoso—. Claro, estuve en su boda. Sí, me acuerdo de todo perfectamente... Se ha hecho usted un hombre, ha cambiado mucho. Pero bueno, tampoco nosotros nos hacemos más jóvenes. Vamos, siéntese pichoncito, siéntese, no me gustan las ceremonias...

Y, como por descuido, atrajo hacia sí la hoja de servicios del recién llegado. Recordaba el apellido, mas había olvidado su nombre y patronímico. En asuntos así, como bien sabía el experimentado Vladimir Andreevich, no se podían dar palos de ciego. Cualquiera se ofende cuando confunden su nombre, y además tampoco convenía zaherir a un subordinado sin necesidad alguna.

Ajá, Erast Petrovich, así es como se llamaba aquel guapetón. El príncipe arrugó el entrecejo en cuanto puso los ojos sobre el expediente, porque el informe no prometía nada bueno. En él se mascaba el peligro. No era la primera ni la segunda vez que el gobernador general examinaba la hoja de servicios de su nuevo colaborador, pero seguía sin verlo claro.

Y el expediente, en verdad, resultaba de lo más enigmático. Veintiséis años, cristiano ortodoxo, de familia noble, natural de Moscú. Bien, eso estaba claro. Según el documento, al terminar sus estudios en el gimnasio, por una orden de la policía de Moscú, fue confirmado en el cargo de funcionario de registro y destinado como escribano a la Dirección de la Policía Secreta. Tampoco eso presentaba problemas. Pero a partir de ahí empezaban los prodigios. ¿Cómo se debía entender, podía uno preguntarse, aquello que ocurría apenas dos meses después?: «Por su diligente, excelente y óptimo servicio es promovido por su majestad misericordísima, fuera del turno de ascensos establecido, al rango de consejero titular y adscrito al Ministerio de Asuntos Exteriores». Y más adelante, en el apartado «Condecoraciones», la cosa empeoraba: «Orden de San Vladimir de cuarto grado por el caso “Azazel” (fondo reservado del Cuerpo de Gendarmes)»; «Orden de San Stanislav de tercer grado por el caso “Gambito turco” (fondo reservado del Ministerio de la Guerra)»; «Orden de Santa Ana de cuarto grado por el caso “Carroza de diamantes” (fondo reservado del Ministerio de Asuntos Exteriores)». ¡Un secreto detrás de otro!

Erast Petrovich dirigió a su superior varias miradas discretas, aunque escudriñadoras, y un minuto más tarde ya se había formado una primera impresión de él: favorable en términos generales. El príncipe era viejo, pero todavía no chocheaba

y, aparentemente, sus dotes de actor seguían intactas. Al consejero titular tampoco se le pasó por alto el apuro que se iba dibujando en el rostro de su serenísima a medida que examinaba su hoja de servicio. Fandorin suspiró compasivo, pues, aunque nunca había leído su informe personal, se hacía una idea aproximada de lo que podía decir.

Aprovechando la pausa, Erast Petrovich observó también a los dos funcionarios a quienes, por razones de su cargo, les correspondía estar al tanto de todos los secretos de Moscú. Jurtinski parpadeaba con aire amistoso y una sonrisa dibujada en los labios que, aunque resultaba afable, no parecía destinada a nadie en particular, sino que obedecía a saber qué ignotas ilusiones particulares. Erast Petrovich no respondió a la sonrisa del consejero adjunto: conocía demasiado bien a ese tipo de personas y no las estimaba en absoluto. Por el contrario, el jefe de la policía le cayó más bien simpático, de modo que Fandorin sí que sonrió al general, aunque sin servilismo. El general le respondió con un cortés movimiento de cabeza, pero, cosa extraña, mirando al joven con cierta lástima. Erast Petrovich no estaba dispuesto a devanarse los sesos por aquella cuestión —con el tiempo la averiguaría— y se volvió de nuevo hacia el príncipe. También él participaba de forma activa en aquella ceremonia visual y silenciosa que, aun así, no llegaba a traspasar los límites del decoro.

En la frente del príncipe se dibujó una arruga especialmente profunda, testimonio fiel del extremo grado de meditación en que se hallaba sumido. En aquel momento, el pensamiento principal que ocupaba a su serenísima era el siguiente: «¿Y no será la camarilla palaciega la que te ha enviado a mí, jovencito? ¿Para socavar el terreno que piso? Sí, eso parece. ¡Como si no tuviera bastante con Karachentsev!».

La compasiva mirada del jefe de la policía, por su parte, se debía a circunstancias de otra índole. En el bolsillo de Evgueni Osipovich yacía una carta de su superior inmediato, Viacheslav Konstantinovich Plehve, el director del departamento de la policía estatal. Su protector y viejo amigo le escribía en privado que Fandorin era un hombre inteligente y de mucho mérito que en su día había gozado de la confianza del difunto zar y, especialmente, del anterior jefe de la gendarmería, pero que durante sus años de servicio en el extranjero se había apartado de la gran política, y que en ese momento lo destinaban a Moscú porque en la capital no encontraban dónde emplearlo. A Evgueni Osipovich, el joven, a primera vista, le había caído simpático: parecía perspicaz y se comportaba con dignidad. Pero el pobrecito no sabía que las altas esferas le habían puesto la cruz y lo habían destinado al lado de un viejo carcamal que pronto tirarían a la basura. Esas eran las reflexiones que se hacía el general Karachentsev.

Y en qué pensaba Piotr Parmienovich Jurtinski..., ¡eso sólo Dios lo sabía! Era un hombre de procesos mentales demasiado misteriosos.

La aparición de un nuevo personaje, surgido sigilosamente de alguno de los aposentos privados del gobernador, puso fin a aquella muda escena. Era un viejo alto y demacrado, enfundado en una ajada librea, calvo aunque poseedor de unas patillas relucientes, lustrosas y cardadas. El anciano llevaba una bandeja de plata con unos

frascos y unos vasitos.

—¡Serenísima! —proclamó el de librea en tono pendenciero—. Hora de tomar la pócima contra el estreñimiento. Si no, después usted será el primero en quejarse de que Frol no insistiera lo suficiente. ¿Ha olvidado ya cómo gemía y lloraba ayer? ¡Lo ve! ¡Entonces, ande y abra la boquita!

«Otro tirano como mi Masa —pensó Fandorin—, aunque de aspecto completamente diferente. ¡Qué raza esta, para nuestra desgracia!».

—Sí, sí, Frolushka —capituló inmediatamente el príncipe—. Me lo bebo, me lo bebo. Erast Petrovich, este es mi ayuda de cámara, Viedishev, Frol Grigorich. Me cuida desde niño. ¿Y ustedes qué, señores? ¿No gustan? ¡Una infusión excelente! Repugnante al paladar, pero de una eficacia única contra la indigestión, y además estimula la labor del intestino de manera prodigiosa. ¡Frol, sírveles a ellos!

Karachentsev y Fandorin se negaron rotundamente, pero Jurtinski se tomó el brebaje e incluso aseguró que tenía un sabor grato y especial.

Frol dio de beber al príncipe ratafía, y de comer, un pequeño bocadillo (que no ofreció a Jurtinski), y limpió los labios de su serenísima con una servilleta de batista.

—Veamos, Erast Petrovich, ¿en qué misiones especiales podría ocuparlo? No se me ocurre nada —dijo, y extendió los brazos con los ojos brillantes a causa de la ratafía—. Como ve, consejeros para asuntos reservados tengo más que suficientes. Pero no importa, no se preocupe. Aclimátese, familiarícese...

Hizo un gesto vago con una mano y añadió para sí: «Mientras tanto, averiguaremos qué clase de pájaro es usted».

En aquel preciso momento un reloj de pared antediluviano, con un bajo relieve que representaba la toma de Izmail, dio once campanadas que fueron como una invocación para que el tercer eslabón cerrara la fatal cadena de coincidencias.

La puerta que conducía a la sala de recepción se abrió sin previo aviso y por la rendija apareció el rostro descompuesto del secretario. Por el despacho se expandió un invisible pero inequívoco toque a rebato.

—¡Serenísima, una desgracia! —anunció el funcionario con voz temblorosa—. ¡El general Soboliev ha muerto! Aquí está su asistente personal, el capitán Gukmasov.

La noticia provocó reacciones distintas entre los presentes, según el carácter particular de cada uno. El gobernador agitó la mano hacia el funesto mensajero, como si quisiera decirle «¡*Vade retro*, no quiero creerte!», y acto seguido se santiguó con la misma mano. El jefe de la sección secreta de la cancillería del gobierno general abrió los ojos como platos durante un segundo para, inmediatamente, volver a dejar caer los párpados. El pelirrojo jefe de la policía se puso en pie de un salto. Mientras, en el rostro del consejero titular se manifestaron dos sentimientos: al principio una fortísima agitación, y luego un aire pensativo que no lo abandonaría durante toda la escena siguiente.

—Llama a ese capitán, Inokenti —ordenó blandamente Dolgoruki a su secretario

—. ¡Qué desgracia tan inmensa!

En la sala, marcando el paso y haciendo sonar las espuelas, entró el bravo oficial que horas antes, en el hotel, no había querido lanzarse a los brazos de Erast Fandorin. Se había afeitado con esmero y lucía un uniforme de gala de la Guardia Cosaca Imperial con un iconostasio completo de cruces y medallas.

—¡Excelencia ilustrísima, capitán de cosacos Gukmasov, primer ordenanza del general edecán Michel Dimitri Soboliev! —se presentó el oficial—. Le traigo una noticia desoladora... —Haciendo esfuerzos por contenerse, contrajo en un tic su negro bigote de bandido y continuó—: El señor comandante del Cuarto Cuerpo del Ejército llegó ayer desde Minsk, de camino hacia su hacienda en la región de Riazán, y se hospedó en el hotel Dusseaux. Como esta mañana Michel Dimitri tardaba mucho en salir de su habitación, nos hemos alarmado y hemos comenzado a llamar a la puerta, pero no se ha producido respuesta. Cuando nos hemos atrevido a entrar, el general... —el capitán hizo otro esfuerzo titánico y, contra todo pronóstico, consiguió terminar su exposición sin que la voz le temblara—, el señor general estaba sentado en el sillón. Muerto... Hemos llamado al médico. Pero nos ha dicho que todo era inútil. El cuerpo estaba frío...

—¡Ay, ay, ay! —exclamó el gobernador con la mejilla apoyada sobre una mano—. Pero ¿cómo es posible? Michel Dimitri era joven. Quizá no tuviera ni los cuarenta, ¿no?

—Treinta y ocho cumplidos, de camino a los treinta y nueve —informó Gukmasov con aquella misma voz forzada, a punto ya de romperse, y sin dejar de pestañear.

—¿Y cuál ha sido la causa de su muerte? —preguntó Karachentsev con el entrecejo arrugado—. ¿Estaba el general enfermo?

—En absoluto. Estaba sano, animado y alegre. El médico cree que ha podido ser un ataque al corazón, un infarto.

—Bien, vete, puedes irte. —Abrumado por la noticia, el príncipe despidió al ordenanza—. Ya haré yo todo lo necesario, también informaré al zar. ¡Ahora vete! —Pero en cuanto la puerta se cerró tras el capitán de cosacos, lanzó un suspiro angustiado—. ¡Ah, señores, la que se va a armar! Menuda broma: un hombre como él, el favorito de toda Rusia. ¡Qué digo Rusia: Europa entera conocía al General Blanco!... Y yo que hoy pensaba visitarlo... Petrusha, manda un telegrama a su majestad el emperador. ¡Rápido! Redáctalo tú mismo. No, antes de enviarlo me lo enseñas. Y luego organiza el duelo, los funerales y... Bueno, tú ya sabes... Y usted, Evgueni Osipovich, manténgame el orden. En cuanto el rumor se extienda, todo Moscú se encaminará hacia el Dusseaux. Así que vigile para que nadie resulte herido con tanta conmoción. Conozco bien a los moscovitas. ¡Y que todo se haga con mucha compostura, con decoro!

El jefe de la policía asintió y recogió del sillón la carpeta de informes.

—¿Da su permiso para que me retire, su excelencia?

—Márchese. Ah, habrá tumulto, claro que lo habrá. —El príncipe se animó de improviso—. ¿Y cómo no iba a haberlo, señores, si es posible que venga hasta el mismo zar? ¡Seguro que vendrá! No se trata de un cualquiera, ha sido el héroe de Plevna y Turquestán el que ha entregado su alma a Dios. Un caballero sin miedo ni mácula alguna, no en vano lo apodaban Aquiles. Hay que preparar el palacio del Kremlin. Bueno, de eso ya me encargo yo personalmente...

Jurtinski y Karachentsev se encaminaban ya hacia la puerta dispuestos a cumplir las órdenes recibidas, mientras el consejero titular seguía sentado en su sillón como si no pasara nada y miraba al príncipe con cierta perplejidad.

—¡Ah, sí, Erast Petrovich, pichoncito mío! —dijo Dolgoruki, que de pronto reparó en el novato—. Como verá, ahora no puedo ocuparme de usted. Mientras tanto, aclímátese. Bueno, y esté siempre localizable. Quizá, de improviso, tenga algo para usted. Habrá trabajo para todos. ¡Ah, qué desgracia, qué desgracia!

—Entonces, excelencia, ¿no ha-habrá investigación? —le preguntó Fandorin a bocajarro—. Un personaje tan importante... Y una muerte tan extraña... Habría que cerciorarse.

—Pero ¡de qué investigación me habla! —replicó el príncipe arrugando el entrecejo, enfadado—. Le acaban de decir a usted que viene el zar.

—Sin embargo, yo tengo razones para sospechar que aquí hay gato encerrado —afirmó el consejero titular con una sorprendente tranquilidad.

Sus palabras produjeron el mismo efecto que una bomba.

—Pero ¿qué absurda fantasía es esa? —gritó Karachentsev, que había perdido de golpe toda la simpatía que sentía hacia el joven.

—¿Razones? —le espetó Jurtinski con desprecio—. ¿Qué razones puede tener usted? ¿Qué sabrá usted de este asunto?

Erast Petrovich, sin dignarse tan siquiera a mirar al consejero adjunto, se dirigió directamente al gobernador:

—¿Sabe, excelencia?, por casualidad yo me hospedo precisamente en el Dusseaux. Razón número uno. Conocía a Michel Dimitri desde hacía mu-mucho tiempo. El general siempre se levantaba al amanecer, así que me resulta imposible imaginar que pudiera dormir hasta tan tarde. Su séquito debió de alarmarse ya a las seis de la mañana. Razón número dos. Al capitán de cosacos Gukmasov, a quien también conozco perfectamente, lo vi con mis propios ojos a las ocho y media de la mañana... ¡Y estaba sin afeitarse! Razón número tres.

Fandorin hizo en ese punto una pausa más que significativa, como si aquella última aseveración tuviera una importancia especial.

—¿Que no estaba afeitado, dice? ¿Y eso qué tiene que ver? —le preguntó perplejo el jefe de la policía.

—Excelencia, pues que Gukmasov nunca y bajo ninguna circunstancia estaría sin afeitarse a las ocho y media de la mañana. Pasé al lado de ese hombre toda la campaña de los Ba-Balcanes. Era presuntuoso hasta la pedantería y nunca vi que saliera de su

tienda sin estar afeitado, ni siquiera cuando faltaba el agua y había que derretir nieve para conseguirla. Sospecho que Gukmasov sabía ya desde muy temprano que su superior estaba muerto. Y entonces, si lo sabía, ¿por qué estuvo callado durante tanto tiempo? Razón número cuatro. Hay que aclarar todo esto. Y con mucho más motivo si vi-viene el zar.

Al parecer, esa última observación influyó en el gobernador más que cualquier otra.

—En efecto, Erast Petrovich tiene razón. —El príncipe se levantó—. Estamos ante un asunto de Estado. Dispongo que se abra una investigación secreta de las circunstancias de la muerte del general edecán Soboliev. Evidentemente, no habrá manera de evitar la autopsia. Pero que se haga con mucha discreción, Evgueni Osipovich, sin publicidad alguna. De todas maneras, no se podrán evitar las habladurías... Petrusha, tú entérate de todos los rumores e infórmame personalmente. Como es natural, Evgueni Osipovich llevará la investigación. Ah, ¡y no se olvide de ordenar el embalsamamiento del cadáver! Mucha gente querrá despedirse de su héroe y el verano es muy caluroso. Dios no quiera que se corrompa antes de tiempo. Por lo que a usted respecta, Erast Petrovich, ya que el destino ha querido que se alojara en el Dusseaux y que conociera tan bien al difunto, trate de aclarar este asunto por su propio camino, actuando, se puede decir así, por iniciativa particular. Por fortuna, todavía es un completo desconocido en Moscú. Además, usted es mi funcionario para misiones especiales, ¿no? Pues aquí tiene su misión especial. Tanto es así, que más especial que esta no creo que exista.

Capítulo Segundo

Donde Fandorin inicia la investigación

Erast Petrovich comenzó la investigación de las circunstancias de la muerte del célebre estratega militar y favorito del pueblo de una manera hartamente extraña. Tras abrirse paso con sumo esfuerzo hacia el hotel, rodeado como estaba por todos lados por un doble cordón policial y una multitud de afligidos moscovitas (desde tiempos inmemoriales los rumores funestos se habían propagado por la antigua ciudad con más rapidez que los voraces incendios), el joven, sin mirar ni a izquierda ni a derecha, subió a su habitación, la número veinte, arrojó el gorro y la espada a su criado, y a las preguntas de este se limitó a asentir con la cabeza. Masa, conocedor de sus hábitos, se inclinó respetuosamente y se puso a extender con destreza una estera de paja sobre el suelo. Después de envolver ceremoniosamente la corta espada en una tela de seda y guardarla en el armario, sin decir palabra, el criado salió al pasillo y se colocó de espaldas a la puerta adoptando la pose del feroz dios Fudoo-myoojin, soberano del fuego. Cuando alguien pasaba por el corredor, Masa se llevaba un dedo a los labios, chasqueaba la lengua en tono reprobatorio y señalaba ora hacia la puerta cerrada, ora hacia algún lugar a la altura de su ombligo. En consecuencia, instantáneamente se difundió por todo el piso el rumor de que en la habitación número veinte se alojaba una princesa china que estaba embarazada y que, por lo visto, ya estaba de parto.

Mientras tanto, ajeno a esos rumores, Fandorin permanecía sentado en la estera, completamente inmóvil. El consejero titular tenía las rodillas separadas de forma simétrica, el cuerpo relajado, las palmas de las manos vueltas hacia arriba y la mirada clavada en su propia barriga, o, para ser más precisos, en el botón inferior de su uniforme. Más o menos a esa altura, debajo de la dorada águila bicéfala, era donde se ubicaba el punto mágico, el *tanden*, fuente y centro de toda energía espiritual. Si uno renuncia a todo pensamiento y se entrega por entero a la comprensión de la propia individualidad, la lucidez surge en nuestro espíritu y entonces cualquier problema, por complicado que sea, parece de pronto sencillo, claro y perfectamente solucionable. Erast Petrovich se afanaba en aislarse y alcanzar esa lucidez con todas sus fuerzas, una tarea nada fácil que sólo había podido acometer tras un largo entrenamiento, pues su innata viveza de pensamiento y la impaciencia que de ella se derivaba hacían de esa autoconcentración un ejercicio especialmente laborioso. No obstante, como había proclamado Confucio, el hombre noble no toma el camino fácil, sino el difícil. Por eso Fandorin clavaba su mirada en el maldito botón con aquella insistencia, a la espera de algún resultado.

En un primer momento sus pensamientos se negaron a volatilizarse; de hecho, ocurría más bien lo contrario: parecían bailar y brincar como pececillos en las aguas

de un río. Sin embargo, luego los ruidos exteriores comenzaron a alejarse lentamente hasta desaparecer por completo, los pecillos se sumergieron en aguas más profundas, y en su cabeza se levantaron remolinos de niebla. Erast Petrovich miraba fijamente aquel metálico círculo dorado con escudo y no pensaba en nada. Un segundo, un minuto o quizá una hora después, el águila imperial movió de repente y de manera nítida las dos cabezas, la corona comenzó a centellear y Erast Petrovich se despertó. Su plan de acción había tomado forma.

Fandorin llamó a Masa y le ordenó que le diera la levita. Mientras se vestía, explicó brevemente a su vasallo el fondo del asunto.

Los movimientos posteriores del consejero titular se circunscribieron al recinto del hotel y siguieron este itinerario: el vestíbulo, la conserjería y el restaurante. Sus conversaciones con la servidumbre le ocuparon varias horas, de manera que cuando Erast Petrovich apareció junto a la puerta del pasillo que en el Dusseaux ya llamaban «el corredor de Soboliev», era cerca del anochecer, la hora en que las sombras se alargan y la luz del sol se hace tan espesa y viscosa como la miel de tilo.

Fandorin se identificó ante el gendarme que montaba guardia en la entrada del pasillo e inmediatamente le fue franqueado el paso al reino de la aflicción, allí donde sólo se hablaba en murmullos y se andaba exclusivamente de puntillas. La habitación número cuarenta y siete, donde el bravo general se había instalado el día anterior, constaba de un salón y un dormitorio. En la primera estancia se había congregado toda una multitud. Erast Petrovich distinguió a Karachentsev con varios agentes de la gendarmería, a los edecanes y ordenanzas del finado, al director del hotel y, en un rincón, con la nariz aplastada contra la cortina y llorando en sordina, a Lukich, el ayuda de cámara de Soboliev, conocido en Rusia entera. Todos parecían esperar algo y miraban constantemente hacia la puerta cerrada del dormitorio. El jefe de la policía se acercó a Fandorin y le dijo a media voz, con timbre de bajo:

—El profesor y médico jefe de medicina forense Welling está realizando la autopsia. Ya tarda demasiado. ¡Ojalá acabe de una vez!

En ese momento, como si hubiese escuchado el anhelo del general, la puerta blanca, decorada con unas fauces de león esculpidas, cedió y se abrió con un chirrido. En el salón se hizo inmediatamente el silencio. Un señor canoso, con cara de perro disgustado y un mandil de cuero sobre el que rutilaba un esmalte de la cruz de Santa Ana, apareció en el umbral.

—Ya está, su excelencia, se acabó —anunció lúgubrememente el de la cara perruna, al parecer, el profesor Welling en persona—. Estoy en condiciones de informarle.

El general paseó la mirada por la habitación y dijo con voz más animosa:

—Fandorin y Gukmasov vendrán conmigo. Y usted también —añadió señalando con gesto indolente al director del hotel—. A los demás, les ruego que aguarden aquí.

Lo primero que vio Erast Petrovich al entrar en aquella morada de la muerte fue un espejo con un marco de bronce de motivos picantes, orlado por un chal negro. El cuerpo del difunto no estaba en la cama, sino sobre la mesa: probablemente lo

habrían llevado allí desde el salón. Al ver aquella silueta esbozada bajo la blanca sábana, Fandorin se santiguó y por un instante se olvidó de la instrucción del caso y recordó al hombre hermoso, valiente y fuerte que conoció en cierta ocasión y que en ese momento se había convertido en aquel objeto oblongo de trazos difusos.

—Un caso obvio —comenzó el profesor con frialdad—. No se ha descubierto nada sospechoso. Aún hay que hacer algunos análisis en el laboratorio, pero estoy plenamente convencido de que la actividad vital cesó a causa de una parálisis del músculo del corazón. Se observa también una parálisis del pulmón derecho, pero lo más probable es que esta no fuera la causa, sino una consecuencia. La muerte le sobrevino de manera súbita. Incluso si hubiera habido un médico cerca, no habría podido salvarse.

—Pero ¡si era un hombre joven, lleno de energía, que había soportado todas las calamidades! —Karachentsev se acercó a la mesa y levantó el borde de la sábana—. ¿Cómo es posible que muriera así, sin más?

Gukmasov se volvió de espaldas para no ver el rostro exánime de su jefe militar, pero Erast Petrovich y el director del hotel, por el contrario, se aproximaron aún más. El muerto tenía un semblante grave y tranquilo. Incluso aquellas famosas y atrevidas patillas sobre las que tanto bromeaban los liberales y se burlaban los caricaturistas extranjeros, le seguían sentando de maravilla en la muerte: enmarcaban su céreo rostro y le daban una mayor grandeza.

—¡Ah, qué héroe! ¡Un auténtico Aquiles! —murmuró el director del hotel, ensordeciendo la «r» a la manera francesa.

—¿Hora de la muerte? —inquirió Karachentsev.

—Entre las doce y las dos de la madrugada —respondió Welling con aplomo—. Ni antes ni tampoco mucho después.

El general se volvió hacia el capitán de cosacos y dijo:

—Y bien, ahora que la causa de la muerte ya ha sido establecida, podemos ocuparnos de las menudencias. Cuente, Gukmasov. Y sin olvidar detalle.

Pero, aparentemente, el capitán de cosacos no sabía contar con detalle. Su relato fue breve, aunque, por lo demás, completo.

—Llegamos de la estación de Briansk pasadas las cinco. Michel Dimitri descansó hasta el anochecer. A las nueve cenamos en el restaurante del hotel. Después salimos a pasear en coche de caballos por el Moscú nocturno. No entramos en ningún sitio. Poco después de medianoche, Michel Dimitri dijo que deseaba regresar al hotel. Quería tomar algunas notas, estaba trabajando sobre un nuevo reglamento militar...

Gukmasov miró de reojo hacia el escritorio situado junto a la ventana. Sobre la tabla levadiza había varias hojas y, a un lado, una poltrona apartada descuidadamente. Evgueni Osipovich se acercó, cogió una hoja manuscrita y asintió con la cabeza respetuosamente.

—Me encargaré de que lo recojan todo y se lo envíen al zar. Continúe, capitán...

—Michel Dimitri ordenó a los señores oficiales que se tomaran la noche libre.

Dijo que él volvería andando, que deseaba dar un paseo.

Karachentsev se puso en guardia y preguntó:

—¿Y dejaron ustedes que el general se marchara solo? ¿De noche? ¡Qué extraño!

Lanzó una mirada significativa hacia Fandorin, pero parecía que a este el dato no le interesaba en absoluto: el consejero titular se acercó al escritorio y, por alguna razón, pasó un dedo por el candelabro de bronce que había allí.

—¡Como para discutir con él! —comentó Gukmasov sonriendo amargamente—. Quise entrometerme, pero me miró de una manera que... Y es que él, excelencia, se paseaba de noche sin escolta, no digo ya por Moscú, sino por las montañas turcas, por las estepas turcomanas... —El capitán de cosacos se retorció el largo bigote con aire lúgubre—. Pero al hotel, Michel Dimitri regresó. Eso sí, no llegó vivo hasta la mañana...

—¿Cómo descubrió el cadáver? —inquirió el jefe de la policía.

—Estaba sentado justo aquí —respondió Gukmasov, y señaló la pequeña poltrona—. Echado hacia atrás. Y la pluma tirada en el suelo...

Karachentsev se puso en cuclillas y tocó la mancha de tinta que había en la alfombra. Suspiró y repuso:

—He aquí los designios del Señor...

La penosa pausa que siguió después la quebrantó Fandorin sin ceremonias. Volviéndose a medias hacia el director del hotel y sin dejar de palpar el funesto candelabro, preguntó en un murmullo audible:

—¿Cómo es que no tienen aún instalación eléctrica? Me sorprendí nada más llegar. Un hotel tan moderno y no tienen ni gas... ¡Las habitaciones iluminadas sólo con velas!

El francés comenzó a explicar que las velas eran de más *bon ton* que el gas, que el restaurante tenía ya iluminación eléctrica y que en los pisos se instalaría sin falta para el otoño, pero Karachentsev, tosiendo enfadado, cortó en seco aquella verborrea que maldita relación guardaba con el caso.

—¿Y cómo pasó usted la noche, capitán? —reanudó de nuevo el interrogatorio.

—Visité a un camarada de armas, el coronel Dadashev, y estuvimos hablando de nuestras cosas. Regresé al hotel al amanecer e, inmediatamente, caí dormido como un tronco.

—Sí, cierto —intervino Erast Petrovich—, el portero del turno de noche me dijo que regresó usted cuando ya era de día. Y que usted lo mandó a buscar una botella de agua de Seltz.

—Así fue. Para serle sincero, bebí más de la cuenta. Tenía la garganta seca. Siempre me levanto temprano, pero hoy, ni hecho a propósito, me he quedado dormido. Cuando iba a entrar para darle las novedades al general, Lukich me dijo que no se había levantado todavía. Pensé que, por lo que se veía, Mijail Dimitrievich se había quedado trabajando hasta demasiado tarde. Luego, cuando ya eran las ocho y media, le dije a Lukich que entrásemos a despertarlo, pues si no después se enfadaría

con nosotros. Además, aquello no era normal en él. Entramos y lo encontramos así tendido —Gukmasov echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y entreabrió la boca— y ya frío. Llamamos al médico, enviamos un telegrama a nuestro cuerpo... En ese instante, Erast Petrovich, fue cuando usted me vio. Perdona que no me detuviera a saludar a un viejo camarada, pero usted mismo comprenderá que no era el momento indicado.

En vez de aceptar las excusas, que, en unas circunstancias como aquellas, a decir verdad, ni falta hacía darlas, Erast Petrovich inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado y, colocando las manos en la espalda, comenzó:

—Pues en el restaurante del hotel me han dicho que ayer cierta señorita cantó en honor de su excelencia ilustrísima y que incluso se sentó a su mesa. Según dicen, se trata de una persona bien conocida en Moscú. Wanda, ese es su nombre, si no me equivoco. Y creo que todos ustedes, incluido el ge-general, salieron en su compañía, ¿no es cierto?

—Sí, estuvimos con una cantante —respondió secamente el capitán de cosacos—. La llevamos en nuestro carruaje y luego se apeó. Nosotros seguimos nuestro paseo.

—¿Adónde la acompañaron, al hotel Inglaterra, en el callejón Stolieshniki? —le preguntó el consejero titular, que daba pruebas de estar sorprendentemente bien informado—. Me han dicho que es precisamente allí donde se ho-hospeda la ciudadana Wanda, ¿cierto?

Gukmasov arqueó sus amenazantes cejas y su voz se hizo seca, casi chirriante:

—Conozco mal Moscú. Estaba cerca de aquí, pues llegamos en cinco minutos.

Fandorin asintió con la cabeza y, aparentemente, pareció perder todo interés por el capitán de cosacos, pues había reparado en la puertecita de una caja fuerte de pared que había cerca de la cama. Se acercó, giró la rueda y la puertecita se abrió.

—¿Qué hay? ¿Está vacía? —inquirió el jefe de la policía.

Erast Petrovich hizo una señal afirmativa y respondió:

—Así es, su excelencia. La llave está puesta.

—Bien —dijo Karachentsev sacudiendo su cabellera pelirroja—. Los documentos que encontremos habrá que lacrarlos. Luego veremos qué mandamos a los familiares, qué al ministerio y qué al zar en persona. Y usted, profesor, llame a sus ayudantes y proceda con el embalsamamiento.

—¿Cómo, aquí mismo? —se indignó Welling—. ¡Sepa usted, señor general, que embalsamar a una persona no es lo mismo que hacer encurtidos!

—¿Y qué quiere usted, que transportemos el cadáver por toda la ciudad hasta la sede de su academia? Mire usted por la ventana, ahí los tiene, aplastados como sardinas. No puede ser, deberán instalarse aquí. Capitán, gracias, puede usted marcharse. Y en cuanto a usted —se dirigió hacia el director del hotel—, hará todo lo que le pida el señor profesor.

Cuando Karachentsev y Fandorin se quedaron solos, el pelirrojo general tomó al joven por un codo, lo apartó hacia un lado, lejos del cadáver cubierto por la sábana, y,

a media voz, como si el muerto pudiera escucharlos, le preguntó:

—Y bien, ¿qué me dice usted? Por lo que he podido comprender de sus preguntas y su comportamiento, las explicaciones de Gukmasov no lo han dejado satisfecho. ¿Dónde ve usted su falta de sinceridad? Porque lo de no haberse afeitado por la mañana lo explicó de una manera bastante convincente, ¿no le parece? Se quedó dormido, una cosa de lo más normal después de una noche de borrachera.

—Gukmasov no pudo quedarse dormido —repuso Fandorin encogiéndose de hombros—. No es de ese tipo de personas. Y mucho menos, como él asegura, entraría a ver a Soboliev para darle las novedades sin terminar de asearse. El capitán miente, eso está claro. Pero el asunto, excelencia...

—Evgueni Osipovich —puntualizó el general, que escuchaba con suma atención.

—Pero el asunto, Evgueni Osipovich —continuó Fandorin tras devolverle una inclinación respetuosa—, es mucho más serio de lo que pensaba. Soboliev no murió aquí.

—¿Qué quiere decir con que no murió aquí? —se sorprendió el jefe de la policía—. ¿Y dónde entonces?

—No lo sé. Pero, si me permite la pregunta, ¿por qué entonces el portero de noche, con quien ya he hablado, no vio regresar a Soboliev?

—Puede que se ausentara y no quiera confesarlo —objetó Karachentsev, quizá más por ánimo de polémica que por convicción.

—Imposible, y le explicaré por qué dentro de un momento. Pero he aquí un enigma que usted, seguro, no me podrá aclarar. Si Soboliev regresó a su habitación anoche y después se sentó a la mesa para escribir lo que fuera, por fuerza tuvo que encender las velas. Sin embargo, mire usted el candelabro: ¡las velas están enteras!

—¡Cierto! —exclamó el general golpeándose los muslos, ceñidos en unos apretados pantalones de montar—. Sí, Erast Petrovich, es usted formidable. En cambio yo, con suerte, quizá llegue a ser un buen policía. —Y sonrió de un modo fascinador—. ¿Sabe?, me destinaron a la policía hace muy poco tiempo; antes estuve enrolado en la Caballería de su majestad. Bueno, entonces, en su opinión, ¿qué pudo ocurrir?

Fandorin movió arriba y abajo sus espesas cejas con aire pensativo.

—No me gustan las co-conjeturas, pero está perfectamente claro que Michel Dimitri no puso un pie en su habitación después de la cena, porque entonces ya había anochecido y, como sabemos, no encendió las velas. Además, los camareros aseguran también que Soboliev y su séquito se marcharon nada más terminar de cenar. Y que el portero del turno de noche, que es hombre cumplidor y aprecia en mucho su puesto de trabajo, pudiera ausentarse y no se percatara del regreso del general, pues, la verdad, no lo creo.

—¡Creo, no creo, eso no son argumentos! —aguijoneó Evgueni Osipovich al consejero titular—. Deme usted hechos.

—¡Está bien! —sonrió Fandorin—. Después de medianoche la puerta del hotel

queda cerrada con pestillo. El que lo desee puede salir libremente, pero si alguien quiere entrar, tiene que tocar la campanilla.

—Bien, eso ya es un hecho —reconoció el general—, mas continúe...

—El único momento en que Soboliev pudo regresar fue cuando nuestro bravo capitán de cosacos mandó al portero a por la botella de agua de Seltz. Sin embargo, como sabemos, eso ocurrió al amanecer, es decir, de ninguna manera antes de las cuatro de la madrugada. Y si creemos al señor Welling, ¿y por qué razón deberíamos dudar del dictamen de tan ho-honorable profesor?, Soboliev por entonces ya llevaba muerto varias horas... Así que, ¿cuál sería su conclusión?

Los ojos de Karachentsev brillaron con un fulgor maléfico e inquirió:

—Y bien, ¿qué conclusión?

—Pues que Gukmasov quitó de en medio al portero para poder introducir el cuerpo exánime de Soboliev sin testigos. Sospecho que, en aquel momento, el resto de los oficiales del séquito aguardaban en la calle.

—¡Entonces habrá que interrogar a esos miserables como se merecen! —rugió el jefe de la policía en un tono tan amenazador que se le pudo escuchar desde la habitación vecina: el ininteligible murmullo que hasta entonces les había llegado desde allí se interrumpió súbitamente.

—Sería inútil. Están compinchados. Por eso dieron cuenta de la muerte con tanto retraso: para prepararse. —Erast Petrovich concedió un minuto a su interlocutor para que se calmara y asimilara lo que le había dicho, y luego llevó la conversación por otros derroteros—. ¿Quién es esa Wanda que todos conocen tan bien?

—Bueno, no todos, aunque en determinados círculos sí que es un personaje conocido. Es una mujer nacida en la antigua ciudad alemana de Riga. Una cantante, una belleza, no exactamente una cortesana, pero algo por el estilo. Una especie de *dame aux camélias*. —Karachentsev asintió con energía—. Ah, veo el camino que siguen sus pensamientos. Que esa Wanda será la persona que nos lo aclare todo. Ordenaré que la traigan inmediatamente.

Y el general se encaminó con paso decidido hacia la puerta.

—No se lo aconsejo —dijo Fandorin a sus espaldas—. Si eso fue lo que ocurrió, no creo que esa señora le abra el corazón a la policía. Además, seguro que también estará compinchada con los oficiales; si en verdad participó en lo sucedido, se entiende. Evgueni Osipovich, deje que sea yo el que converse con ella. A título personal, ya sabe. Y bien, ese hotel Inglaterra, ¿dónde se encuentra? ¿En el cruce del callejón Stolieshniki con la calle Petrovka?

—Sí, a cinco minutos de aquí. —El jefe de la policía miró al joven con evidente complacencia—. Estaré esperando noticias, Erast Petrovich. ¡Vaya con Dios!

Y el consejero titular partió con las bendiciones del alto jefe.

Capítulo Tercero

En el que Fandorin juega a cara o cruz

Sin embargo, Erast Petrovich no pudo llegar al Inglaterra en cinco minutos. En el pasillo, tras la puerta de la infausta habitación número cuarenta y siete, lo aguardaba el sombrío Gukmasov.

—Haga el favor de venir a mi cuarto, tengo que decirle unas palabras —le rogó a Fandorin, y, tras coger al joven con fuerza por un codo, lo hizo entrar en su habitación, situada al lado de la *suite* del general.

El cuarto se parecía al que ocupaba el propio Fandorin como una gota de agua a otra. Sentados en el diván y las sillas lo esperaban los miembros de una tribu al completo. Erast Petrovich recorrió con la mirada los rostros de los presentes y reconoció a los oficiales del séquito del difunto que acababa de dejar en el salón. El consejero titular saludó a la concurrencia con una ligera inclinación de cabeza, pero no sólo nadie respondió a su saludo, sino que podía leerse una evidente hostilidad en las miradas que iban dirigidas a él. Entonces Fandorin cruzó los brazos sobre el pecho, apoyó la espalda contra la jamba de la puerta y cambió la expresión de su mirada: de afable y cortés pasó a ser, de repente, fría y hostil.

—Señores —anunció el capitán de cosacos con voz severa, solemne incluso—, permítanme presentarles a Erast Petrovich Fandorin, al que tengo el honor de conocer desde la guerra contra los turcos, actualmente destinado al servicio del gobernador general de Moscú.

Y de nuevo ni uno solo de los oficiales se dignó tan siquiera saludarlo con la cabeza. Pero esta vez hasta el mismo Erast Petrovich se abstuvo de repetir su reverencia y se limitó a esperar acontecimientos. Gukmasov se volvió hacia él:

—Y estos, señor Fandorin, son mis camaradas de armas. El edecán mayor, teniente coronel Baranov; el teniente edecán, príncipe Erdeli; el capitán edecán del Estado Mayor, príncipe Abadziev; el ordenanza capitán Ushakov; el ordenanza corneta, barón Eichholz, el ordenanza corneta Gall y el ordenanza teniente de cosacos Markov.

—No lograré recordar tantos nombres —repuso Erast Petrovich.

—Ni falta que hace —lo cortó Gukmasov—. En realidad, le he presentado a todos estos señores porque nos debe una explicación.

—¿Que les debo, dice? —inquirió Fandorin en tono burlón—. ¡Caramba!

—Sí, noble señor. Tenga la bondad de explicarnos a qué vienen esas injuriosas preguntas que usted me acaba de formular en presencia del jefe de la policía.

La voz del capitán de cosacos sonaba intimidante, pero el consejero titular no sólo mantuvo la calma, sino que hasta su leve tartamudeo habitual desapareció como por ensalmo.

—Mis preguntas, señor capitán, vienen a que la muerte de Michel Dimitri Soboliev es un suceso de Estado, incluso más que eso, un acontecimiento de importancia histórica. Punto uno. —Fandorin sonrió con aire de reproche—. Punto dos. Usted mismo, Projor Ajrameiavich, ha intentado tomarnos el pelo, aunque torpemente, por cierto. Punto tres. El príncipe Dolgoruki me ha encomendado la tarea de aclarar este asunto. Y punto cuatro: puede estar seguro de que lo aclararé, usted ya me conoce. ¿O me va a contar la verdad de una vez?

Uno de los príncipes caucásicos —lo difícil era recordar cuál de los dos—, el de la guerrera circasiana blanca y la cartuchera de plata, se levantó de un salto del diván.

—¡Punto uno, punto dos, tres, cuatro! ¡Señores! ¡Este soplón de la policía, este civil, se está mofando de nosotros! Prosha, te juro por mi madre que ahora mismo lo...

—¡Siéntate, Erdeli! —le gritó Gukmasov, y el caucásico se sentó al instante y empezó a acariciarse nerviosamente el mentón.

—Lo conozco muy bien, Erast Petrovich. Lo conozco y lo respeto. —La mirada del capitán de cosacos era dura y sombría—. Como también lo respetaba Michel Dimitri. Por eso, si tiene en estima su recuerdo, no se inmiscuya en este asunto. Únicamente lo empeorará.

Fandorin le respondió con igual seriedad y sinceridad:

—Si sólo dependiera de mí y de mi vana curiosidad, atendería inmediatamente su petición. Pero, en este caso, y perdóneme, no puedo: es un acto de servicio.

Gukmasov hizo crujir los dedos de las manos, que tenía cruzadas a la espalda, y se paseó por la habitación entre tintineo de espuelas. Luego se detuvo de nuevo delante del consejero titular.

—Bien, en ese caso, yo tampoco puedo. No puedo permitir que usted continúe la investigación. La policía tiene un pase, pero usted, de ninguna manera. Su talento, señor Fandorin, está aquí fuera de lugar. Dé por sentado que le haré frente con todos los medios a mi alcance, sin reparar en el pasado.

—¿Con cuáles, por ejemplo, Projor Ajrameiavich? —se interesó fríamente Erast Petrovich.

—¡Aquí tiene uno, y de lo más adecuado! —exclamó el teniente Erdeli entrometiéndose de nuevo y levantándose bruscamente—. ¡Usted, estimado señor, ha ofendido el honor de los oficiales del Cuarto Cuerpo del Ejército, por lo que lo reto a duelo! ¡A pistola, aquí y ahora! ¡A muerte! ¡Con pañuelo!

—Por lo que recuerdo del reglamento —repuso secamente Fandorin—, las condiciones del duelo las establece el retado. Y, siendo así, participaré con usted en este juego estúpido, pero más tarde, cuando termine la investigación. Puede enviar a sus testigos: me alojo en la habitación número veinte. Hasta la vista, señores.

Iba ya a volverse cuando Erdeli, al grito de «¡Ya te obligaré yo a disparar!», se abalanzó sobre él con intención de darle una bofetada. Sin embargo, Erast Petrovich, con sorprendente habilidad, atrapó en el aire la mano dispuesta a abofetearlo y apretó

la muñeca del príncipe con dos dedos, aparentemente sin fuerza, aunque al teniente se le desencajó el rostro en un gesto de dolor.

—¡Canalla! —gritó el caucasiano en falsete mientras levantaba también la mano izquierda.

Fandorin apartó de un empujón al turbulento príncipe y le respondió con desdén:

—No se esfuerce más. Supongamos que me ha asestado la bofetada. Ahora soy yo quien lo reta a duelo y lo obliga a pagar la afrenta con sangre.

—¡Muy bien! —dijo entonces el flemático oficial del Estado Mayor a quien Gukmasov había presentado como el teniente coronel Baranov, abriendo por primera vez la boca—. Exponga sus condiciones, Erdeli.

Frotándose la muñeca, el teniente masculló lleno de odio:

—Será a pistola, ahora mismo. Con pañuelo.

—¿Qué es eso del pañuelo? —preguntó Fandorin, intrigado—. He oído hablar de esa práctica, pero tengo que reconocer que desconozco los detalles.

—Es muy sencillo —le informó el teniente coronel con gentileza—. Los contendientes agarran con las manos libres los dos extremos opuestos de un pañuelo normal. Como el mío, aquí tienen, está limpio. —Baranov sacó del bolsillo un gran pañuelo de nariz, a cuadros blancos y rojos—. Entonces cogen sus pistolas. Gukmasov, ¿dónde están tus Lepage?

El capitán de cosacos tomó de la mesa un estuche oblongo, al parecer preparado con antelación, y levantó la tapa. Unos cañones largos y con incrustaciones lanzaron destellos.

—Los adversarios eligen la pistola a suertes —prosiguió Baranov, que sonreía beatíficamente— y apuntan..., aunque a esa distancia, ¿para qué apuntar? Al dar la señal, disparan. Y eso es todo.

—¿A suertes? —preguntó Fandorin—. ¿Quiere decir entonces que una pistola está cargada y la otra no?

—Así es —respondió el teniente coronel asintiendo con la cabeza—. Ahí está la gracia. Si no fuera así, no estaríamos ante un duelo, sino ante un suicidio por partida doble.

—¡Vaya! —exclamó el consejero titular encogiéndose de hombros—. Entonces lo siento por el teniente. Hasta ahora nunca he perdido a suertes.

—Todo está en la voluntad de Dios. Así que hablar como usted habla es de mal agüero. Trae mala fortuna —observó sentencioso Baranov.

«Quizá, a pesar de todo, el cabecilla sea él y no Gukmasov», pensó Erast Petrovich.

—Necesita un padrino —observó el sombrío capitán de cosacos—. Si lo tiene a bien, como viejo conocido suyo, le ofrezco mis servicios. Y no lo dude, el sorteo se realizará de manera honesta.

—No albergo dudas al respecto, Projor Ajrameiavich. Pero como padrino no me vale. Si la suerte no me sonrío, esto se parecerá demasiado a un asesinato.

Baranov coincidió con él:

—Tiene usted razón. Es un placer tratar con personas inteligentes. También tienes tú razón, Projor: es un tipo peligroso. ¿Qué propone, señor Fandorin?

—¿Aceptarían a un ciudadano japonés en calidad de padrino? Verán, he llegado hoy mismo a Moscú y aún no he tenido tiempo de trabar amistad con nadie... —contestó el consejero titular abriendo los brazos a modo de disculpa.

—¡Como si fuera de Papuasias, con tal de que empecemos cuanto antes! —exclamó Erdeli.

—¿Y no habrá médico? —preguntó Fandorin.

—No hace falta médico alguno —terció el teniente coronel con un suspiro—. A esa distancia, el disparo es mortal de necesidad.

—De acuerdo, de acuerdo. En realidad no me preocupaba por mí, sino por el príncipe...

Enojado, Erdeli soltó un taco en georgiano y se retiró al rincón más alejado.

Erast Petrovich resumió la cuestión en una esquila breve, utilizando unos signos extraños escritos de arriba abajo y de derecha a izquierda. Después pidió que la llevaran a la habitación número veinte.

Masa tardó en aparecer: unos quince minutos. Los oficiales empezaban ya a ponerse nerviosos y a sospechar que el consejero titular no jugaba limpio.

La aparición del padrino produjo una fuerte impresión en el bando agraviado. Con ocasión del duelo, a los que era un gran aficionado, Masa se había ataviado con su quimono de gala de altas hombreras almidonadas, enfundado en unas calzas blancas y ceñido su mejor pretina, adornada con un dibujo rameado en forma de brotes de bambú.

—¿Qué macaco es este? —se sorprendió Erdeli en tono grosero—. Aunque ciertamente me importa un comino. ¡Bien, empecemos de una vez!

Masa saludó ceremoniosamente con una inclinación de cabeza a los presentes y, con las manos extendidas, le ofreció a su amo aquella maldita espada funcional.

—Aquí tiene su espada, señor.

—¡Qué hartito me tienes con tus espadas! —murmuró Erast Petrovich—. El duelo es a pistola. Con ese señor de ahí.

—¿De nuevo a pistola? —le preguntó Masa desilusionado—. Pero ¡qué costumbre tan bárbara! ¿Y a quién va a matar esta vez? ¿A ese velludo? ¡Igualito que un mono!

Los testigos del duelo se colocaron a lo largo de la pared, mientras Gukmasov, de espaldas, trajinaba con las pistolas y luego se las ofrecía a los contendientes para que eligieran. Erast Petrovich esperó a que Erdeli, después de santiguarse, cogiera su arma, y luego tomó indolentemente con dos dedos la segunda pistola.

Siguiendo las instrucciones del capitán, los duelistas se agarraron a los extremos del pañuelo y se separaron a la máxima distancia que les resultó posible, no más de tres pasos, a pesar de tener los brazos bien extendidos. El príncipe levantó el arma a

la altura de sus ojos y apuntó a su rival directamente a la frente. Por su parte, Fandorin dejó la pistola junto a la cadera y no apuntó en absoluto, lo que a esa distancia, por cierto, carecía de importancia.

—¡Uno, dos y tres! —contó rápidamente el capitán de cosacos, y retrocedió.

El gatillo de la pistola del príncipe sonó con un chasquido seco, pero el arma de Fandorin vomitó una mortífera llamarada de fuego. El teniente se desplomó aullando sobre la alfombra, apretando su mano izquierda, agujereada por la bala, y maldiciendo desesperadamente.

Cuando el aullido se transformó en sordos lamentos, Erast Petrovich sentenció en tono aleccionador:

—¡Con esa mano ya no podrá usted repartir más bofetadas!

En el pasillo se oyó jaleo, voces. Gukmasov entreabrió la puerta y le dijo a alguien que había ocurrido un desgraciado accidente: el teniente estaba descargando su pistola y se le había disparado en la mano. Llevaron al herido ante el doctor Welling, que afortunadamente todavía no había ido a buscar sus utensilios de embalsamamiento, y después todos regresaron a la habitación de Gukmasov.

—¿Y ahora? —preguntó Fandorin—. ¿Están satisfechos?

Gukmasov sacudió la cabeza.

—Ahora usted se batirá a duelo conmigo. En las mismas condiciones.

—¿Y luego?

—Luego, si la suerte le sonríe otra vez, con todos los demás, uno a uno. Hasta que lo maten. Erast Petrovich, líbreme a mí y a mis camaradas de esta prueba. —El capitán miró al joven a los ojos casi en tono de súplica—. Deme su palabra de honor de que no intervendrá en la investigación y nos despediremos como amigos.

—Personalmente consideraría un honor tenerlo por amigo. Mas pide usted un imposible —respondió Fandorin con tristeza.

Masa le susurró al oído:

—Señor, no comprendo lo que le está diciendo ese hombre de bonitos bigotes, pero presiento peligro. ¿No sería más razonable atacar los primeros y matar a esos samuráis antes de que se pongan en guardia? Escondo en la manga su pequeña pistola, y también la porra que compré en París. Me gustaría mucho probarla.

—Masa, deja ya tus maneras de delincuente —contestó Erast Petrovich a su criado—. Me batiré en duelo con esos señores limpiamente, uno tras otro.

—¡Ah, ah, entonces esto va para largo!

El japonés se desperezó y retrocedió hasta la pared. Una vez allí, se sentó en el suelo.

—Caballeros —dijo Fandorin apelando al buen juicio de los oficiales—, créanme, no lograrán nada con esto. Están perdiendo el tiempo en vano...

—¡Basta de palabras inútiles! —lo interrumpió Gukmasov—. ¿Sabe su japonés cargar pistolas de duelo? ¿No? Entonces cárgalas tú, Eichholz.

Los contendientes escogieron de nuevo sus armas y estiraron el pañuelo. El

capitán parecía taciturno y resuelto, mientras la expresión de Fandorin era más bien de confusión. A la señal (esa vez contó Baranov), Gukmasov martilleó el gatillo en vacío, mientras que Erast Petrovich ni siquiera disparó. Mortalmente pálido, el capitán de cosacos masculló entre dientes:

—¡Dispare, Fandorin, maldito sea! Y ustedes, señores, decidan quién será el siguiente. ¡Y atranquen la puerta para que nadie pueda meter las narices! ¡No lo dejen salir vivo de aquí!

—No quieren escucharme, y hacen mal —dijo el consejero titular levantando la pistola cargada—. Les digo que a suertes no conseguirán nada. Poseo un don poco frecuente, señores: tengo una fortuna tremenda en los juegos de azar. Un fenómeno inexplicable. Hace tiempo que me acostumbré a él. Creo que todo se debe a que mi difunto y pobre padre tuvo una mala suerte extraordinaria. Gano siempre, sea cual sea el juego, y por eso no puedo soportarlos. —Fandorin paseó una mirada tranquila por los sombríos rostros de los oficiales—. ¿No me creen? Bien, ¿ven este imperial? —Erast Petrovich sacó del bolsillo una moneda de oro y se la ofreció a Eichholz—. ¡Láncela al aire, barón, y acertaré si es cara o cruz!

Después de cruzar una mirada con Gukmasov y Baranov, el barón, un oficial muy joven al que apenas le habían despuntado los bigotes, se encogió de hombros y tiró la moneda. Aún estaba girando en el aire, pero Fandorin dijo por adelantado:

—No sé... Bien, supongamos que cara.

—Cara —confirmó Eichholz, y lanzó la moneda otra vez.

—Otra vez cara —anunció el consejero titular con tono aburrido.

—¡Cara! —exclamó el barón—. ¡Por Dios, señores, vean esto!

—Venga, Mitia, prueba otra vez —le dijo Gukmasov.

—Cruz —pronosticó Erast Petrovich volviendo la cabeza hacia otro lado.

Se hizo un silencio sepulcral. Fandorin ni siquiera miró la palma abierta del barón.

—Se lo había dicho. *Masa, ikoo. Owari da*^[1]. Señores, adiós...

Los oficiales contemplaron con supersticioso temor cómo el funcionario y su siervo japonés se encaminaban hacia la puerta.

El pálido Gukmasov dijo a sus espaldas:

—Fandorin, prométame al menos que no emplearé su talento detectivesco en perjuicio de nuestra patria. El honor de Rusia está en juego.

Erast Petrovich guardó silencio un momento.

—Gukmasov, le prometo que no haré nada contra mi honor. Creo que con eso es suficiente.

El consejero titular se perdió tras la puerta, pero Masa se volvió en el umbral, saludó ceremoniosamente a los oficiales con una inclinación y desapareció también.

Capítulo Cuarto

Donde se demuestra la utilidad de las opulencias arquitectónicas

El hotel Inglaterra no cedía ante el Dusseaux en respetabilidad, suntuosidad decorativa o ingeniosidad arquitectónica, incluso quizá lo superara, pero en el fasto de sus techos dorados y sus volutas de mármol se percibía una sensación equívoca, o, al menos, cierta inconsistencia. No obstante, la puerta de entrada estaba iluminada con luz eléctrica, se podía subir en ascensor a los tres pisos superiores, y en el vestíbulo sonaba continuamente el estridente repiqueteo del milagro técnico de moda: el teléfono.

Después de pasearse por el amplio vestíbulo amueblado con espejos y divanes de tafilete, Erast Petrovich se detuvo ante la pizarra en que figuraban los nombres de los huéspedes. Allí la clientela era más variopinta que en el Dusseaux: comerciantes extranjeros, corredores de bolsa, actores de los teatros más famosos de la ciudad... Sin embargo, en aquella relación no se encontraba ninguna cantante llamada Wanda.

Fandorin examinó con atención al personal de servicio que cancanaba entre el mostrador de recepción y el ascensor. Finalmente se decantó por un empleado que parecía particularmente avisado, de rostro despierto e inquieto.

—¿Es que la señorita Wanda ya no se aloja aquí? —le preguntó el consejero titular simulando un ligero embarazo.

—¡Cómo que no, señor! ¡Claro que se aloja aquí! —respondió de buen grado el mozo, quien, siguiendo la mirada de aquel hombre tan atractivo, señaló la pizarra con un dedo—. Ahí la tiene: «Srta. Helga Ivanovna Tolle», ella misma. «Wanda» es su nombre artístico, que resulta más sonoro. Se aloja en un ala del edificio. Usted, señor, salga al patio por esa puerta. Allí está el apartamento de la señorita Wanda, con una entrada separada. Aunque a estas horas aún no habrá llegado.

El criado se disponía ya a alejarse, pero Erast Petrovich hizo crujir un billete en un bolsillo y el joven se quedó inmóvil, como clavado en el sitio.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —preguntó al tiempo que le dirigía al joven una mirada tierna y devota.

—¿A qué hora suele regresar?

—Eso depende. Canta en La Rosa Alpina. Todos los días salvo el lunes, señor. Pero mire lo que puede hacer, señor: siéntese en el bar, tómese un té o lo que guste, y yo lo avisaré sin falta cuando llegue mademoiselle.

—¿Y cómo es ella? —Erast Petrovich giró vagamente los dedos en el aire—. ¿Qué aspecto tiene? ¿Es ta-tan hermosa como dicen?

—Una pintura, señor —cloqueó con sus gruesos labios rojos el criado—. Aquí en el hotel goza de una consideración especial. Paga trescientos rublos al mes por el apartamento, y en las propinas es muy generosa.

Llegado a ese punto, el mozo hizo una precisa pausa de índole psicológica, así que Fandorin se vio obligado a extraer lentamente el billete de dos rublos, aunque luego, con aire distraído, volvió a introducirlo en el bolsillo del pecho de su levita.

—La señorita Wanda apenas recibe a nadie. Es muy severa en esa cuestión —informó significativamente el criado, con la mirada clavada en la levita del visitante—. Pero yo mismo lo anunciaré, ya que gozo de su especial confianza.

—Toma, cógelo —le ordenó Erast Petrovich ofreciéndole el billete—. El segundo lo recibirás de-después, cuando llegue mademoiselle Wanda. Mientras tanto, iré a leer el periódico. ¿Dónde dices que está el bar?

El 25 de junio de 1882, el *Noticiero de la Provincia de Moscú* incluía la siguiente noticia:

Telegrama de Singapur

El famoso viajero N. N. Mikluja-Maklai tiene intención de regresar a Rusia en el clíper Saeta. La salud del señor Mikluja-Maklai se ha quebrantado visiblemente. Está muy delgado y sufre continuas fiebres y neuralgias. Su estado de ánimo parece de lo más sombrío. El viajero ha declarado a nuestro corresponsal que está harto de viajes y desea arribar cuanto antes a las costas patrias.

Erast Petrovich sacudió la cabeza mientras se imaginaba vivamente al mártir de la etnografía, con su rostro demacrado, contraído por un tic nervioso. Pasó la página.

Blasfemia de la publicidad americana

«EL PRESIDENTE HA MUERTO». Este es el anuncio que, en letras descomunales, apareció recientemente en Broadway, la calle principal de Nueva York. Los transeúntes se quedaban pasmados y sólo entonces tenían la posibilidad de leer lo que estaba escrito a continuación en letras más pequeñas: «Sin duda habría muerto si en este incierto clima nuestro no llevase la cálida ropa interior de lana de la firma Garland». El representante de la Casa Blanca ha denunciado ante los tribunales a tan irrespetuosa firma por la utilización del cargo presidencial con fines comerciales.

«Gracias a Dios que aquí no hemos llegado hasta ese punto, y que posiblemente nunca lleguemos —pensó con satisfacción el consejero titular—. A fin de cuentas, nuestro zar soberano no tiene comparación con ninguno de esos presidentes que gastan por allí».

A continuación, como persona no indiferente a la literatura, se interesó por este

otro titular:

Conferencias literarias

En el amplio salón del palacio de la duquesa Trubetskaya, y ante un numeroso auditorio, tuvo lugar una conferencia del profesor I. N. Pavlov sobre literatura contemporánea. La conferencia versó sobre el análisis de las últimas obras de I. S. Turgueniev. El señor Pavlov demostró cuán bajo ha caído el genio en la búsqueda de una realidad falsa y tendenciosa. La próxima conferencia se dedicará al estudio de la obra de Shedrin, máximo representante del realismo literario más engañoso y procaz.

Fandorin leyó y se consternó. Entre el cuerpo diplomático ruso destinado en el Japón se consideraba de buen tono alabar a los señores Turgueniev y Shedrin. Cuán rezagado de la vida literaria, al parecer, se había quedado durante esa ausencia suya de casi seis años. Pero, cambiando de tema, ¿qué había de nuevo en el mundo de la técnica?

Túnel bajo el canal de La Mancha

La longitud del túnel ferroviario que pasará bajo el canal de La Mancha alcanza ya los 1.200 metros. La galería está siendo excavada por el ingeniero Brunton con una barrena de ariete accionada por aire comprimido. De acuerdo con el proyecto, la longitud de esta construcción subterránea deberá rebasar los treinta kilómetros. En el proyecto inicial se preveía que las galerías francesa e inglesa deberían encontrarse al cabo de cinco años, pero los escépticos aseguran que, a causa de los laboriosos trabajos de revestimiento y tendido de los raíles, la apertura de la vía no podrá producirse antes de 1890...

Sensible a los avances del progreso, Fandorin estaba extraordinariamente interesado en la excavación del túnel anglofrancés, mas no pudo acabar de leer aquel artículo tan sugestivo. Y todo porque un señor vestido con traje gris (el mismo en quien Erast Petrovich había reparado un poco antes: estaba en el vestíbulo junto al jefe de recepción) zascandileaba desde hacía unos minutos por el mostrador del bar. Y las palabras aisladas que llegaban a oídos del consejero titular (y su oído era excelente) le resultaban tan intrigantes que dejó de leer en el acto, aunque mantuvo el periódico delante de sus ojos.

—A mí no me andes con rodeos —le exigió el señor de gris al camarero—. ¿Estabas de guardia anoche o no?

—Dormía, señor —contestó el camarero, un zagal mofletudo y sonrosado con una barba grasienta peinada hacia los lados—. De los de anoche sólo está Senka. —Y señaló con la barbita a un muchacho que servía pasteles y té por las mesas.

El hombre de gris hizo señas con un dedo a Senka para que se acercara. «Uno de la secreta», determinó infaliblemente Erast Petrovich, sin sorprenderse en exceso. Había resultado algo celoso ese Evgueni Osipovich, el señor jefe de la policía, que no estaba nada dispuesto a que todos los laureles recayeran sobre el funcionario para misiones especiales.

—Dime, Senka —entonó zalamero el puntilloso señor—, ¿estuvieron anoche en el apartamento de mademoiselle Wanda un general y varios oficiales?

Senka se frotó la nariz, batió varias veces sus rubias pestañas y preguntó a su vez:

—¿Anoche? ¿Un «eneral»?

—Sí, sí, un «eneral» —respondió el de la secreta asintiendo con la cabeza.

—¿«Aquín»? —El muchacho arrugó el entrecejo.

—Aquí, aquí, ¡dónde si no!

—Pero ¿pasean de noche los «enerales»? —inquirió desconfiado Senka.

—¿Y por qué no?

El mozo contestó con profunda convicción:

—Por la noche un «eneral» duerme. Para eso es «eneral».

—¡Oye, tú..., mírame, so pánfilo! —se enfadó el hombre de gris—. ¡A que te llevo a comisaría y verás cómo cantas allí de otra manera!

—Soy huérfano, señor —replicó a eso Senka, y sus ojos bobalicones se llenaron instantáneamente de lágrimas—. Y a comisaría no puede llevarme usted, porque me daría un ataque epiléptico.

—Así que estáis todos compinchados, ¿eh? —escupió el agente—. Pero ¡no importa, ya desenmascararé vuestros manejos! —Y salió de allí dando un portazo.

—¡Qué señor tan «serioso»! —dijo Senka siguiéndolo con la mirada.

—Más «seriosos» eran los de ayer —susurró el camarero del bufé antes de pegarle un papirotazo al muchacho en su afeitado cogote—. Personas así te arrancan la cabeza sin necesidad de ser policías. Así que ya sabes, Senka, ¡punto en boca! Y puede que hasta te diesen propina, ¿o no?

—¡Prov Semienich, por Cristo Dios! —repuso con premura el chico, sin dejar de parpadear—. ¡Se lo juro por el santo icono bendito! Tan sólo me dieron una moneda de quince kopecs, y la eché en el cepillo de la capilla. Para encender una velita por el reposo eterno del alma de mi madre...

—¿Cómo que quince kopecs? Miente lo que quieras, pero no a mí. ¡En la capilla! —exclamó el camarero del bar alzando la mano a Senka, pero el chico lo esquivó con agilidad y, tras coger la bandeja, acudió a la llamada de un cliente.

Erast Petrovich dejó el *Noticiero de la Provincia de Moscú* y se acercó al mostrador.

—¿Ese hombre era de la policía? —preguntó con gesto de extremo desagrado—.

Porque yo, amigo, no he ve-venido aquí a tomarme un té. Estoy esperando a la señorita Wanda. ¿Qué interés puede tener en ella la policía?

El mozo del bar lo miró de pies a cabeza e inquirió con cautela:

—Entonces, ¿el señor tiene una cita?

—¡Y cómo no iba a tenerla! Ya le he dicho que la estoy esperando. —Los ojos celestes del joven mostraron una inquietud extrema—. Pero a mí la policía no me hace maldita la falta. Me recomiendan a mademoiselle Wanda como una señorita decente, ¡y, de pronto, la po-policía! Menos mal que visto de levita y no de uniforme.

—No se preocupe, noble señor —tranquilizó el mozo al nervioso visitante—. La señorita no es ninguna mujer de mala vida. Todo es de lo más recatado. Hay quienes vienen en uniforme y no lo tienen a deshonra.

—¿En uniforme? —preguntó el joven, incrédulo—. ¿Cómo, y son oficiales?

El mozo de la barra y Senka, que había aparecido de nuevo, se miraron el uno al otro y rompieron a reír.

—Sube más alto —picó el anzuelo el muchacho—. Vienen hasta «enerales». ¡Y tan contentos que salen! Llegan sobre las dos piernas y después sus escoltas los sacan de aquí del brazo. ¡Ya ve qué mademoiselle tan alegre!

Prov Semienich le arreó un pescozón al bromista y le recomendó:

—Senka, no te pases de la raya. Te lo he dicho mil veces: la boca cerrada con llave.

Erast Petrovich hizo una mueca de disgusto y regresó a su mesa, pero ya había perdido las ganas de leer sobre el túnel. En ese momento se moría de ganas de hablar con mademoiselle Helga Ivanovna Tolle.

Al consejero titular le quedaba esperar un ratito de nada. A los cinco minutos más o menos, el mozo con el que había hablado antes entró rápidamente en el bar y, dedicándole una inclinación, le susurró al oído:

—Ha llegado, señor. ¿Cómo quiere que lo presente?

Fandorin sacó una tarjeta de visita de su agenda de piel de tortuga y, tras pensar un instante, escribió unas cuantas palabras con un pequeño lápiz de plata.

—Ahí tienes. E-Entrégasela.

El botones cumplió el encargo en un periquete y, ya de vuelta, le informó:

—La señorita lo reclama. Tenga la bondad de seguirme. Yo lo acompañaré.

En el patio ya empezaba a anochecer. Erast Petrovich contempló el edificio anexo, cuya planta baja ocupaba por entero la misteriosa señorita Wanda. Entonces comprendió por qué aquella dama necesitaba una entrada separada. Estaba claro que sus huéspedes preferían la discreción. Por encima de las grandes ventanas de la planta baja sobresalía el balcón del primer piso, apoyado sobre los hombros de una pléyade de cariátides. Molduras en la fachada había más que de sobra, en consonancia con aquel mal gusto de los años sesenta, decenio durante el que, a juzgar por todas las trazas, fue construido el coqueto edificio.

El botones llamó al timbre eléctrico y, nada más recibir el billete prometido, se

despidió con una inclinación. Y con tanto celo quiso representar su exquisita reserva y su más absoluta comprensión de la escena, que el camino de vuelta a través del patio lo hizo de puntillas y dando saltitos.

La puerta se abrió y Fandorin vio ante sí a una mujer delgada y de aspecto frágil con ahuecados cabellos color rubio ceniza y unos enormes y burlones ojos verdes. Aunque en ese preciso momento, bien está decirlo, no era tanto jocosidad como tensión lo que se leía en su mirada.

—Entre, visitante enigmático —lo invitó la mujer con una voz grave y profunda a la que el poético epíteto de «hechicera» le iba que ni pintado. Pese al nombre germano de la inquilina, Fandorin no pudo distinguir en sus palabras el más mínimo acento.

Los aposentos ocupados por mademoiselle Wanda se componían de un vestíbulo y un amplio salón que, por lo visto, hacía también las veces de *boudoir*. Erast Petrovich pensó que, dada la profesión de su moradora, aquello era de lo más natural, pero ese pensamiento lo turbó, pues la señorita Wanda no parecía en absoluto una mujer de conducta ligera. Después de conducir a su huésped al salón, se sentó en un mullido sillón turco, cruzó una pierna sobre la otra y miró expectante al joven, que se había quedado inmóvil en el marco de la puerta. Entonces, bajo la luz eléctrica, Fandorin tuvo la posibilidad de examinar mejor a Wanda y su morada.

No era una belleza, eso fue lo primero que percibió Erast Petrovich. Quizá tuviese la nariz un poco respingona, y la boca más bien ancha; por otro lado, los pómulos también le sobresalían de un modo más ostensible de lo que establecen los cánones clásicos. Pero todas esas imperfecciones ni por asomo debilitaban la impresión general de un atractivo poco frecuente, sino que, al contrario, la reforzaban de manera extraña. Uno deseaba admirar, sin desviar ni un instante la mirada, cuánta vida, cuántos sentimientos contenía ese rostro, así como otros elementos que no se prestan a ser descritos, pero que infaliblemente pertenecen a esa magia que apresa a cualquier hombre y que se denomina femineidad. Sí, si mademoiselle Wanda era tan popular en Moscú, eso significaba que el gusto de los moscovitas no era tan malo, concluyó Erast Petrovich. Apartándose a su pesar de aquella cara tan singular, examinó la pieza con atención. Un interior del todo parisino: una gama cromática entre el púrpura y el rojo burdeos, una mullida alfombra, un mobiliario caro y confortable, multitud de lámparas y velones con tulipas de diversos colores, estatuillas chinas y, en las paredes, la última moda: grabados japoneses con *geishas* y actores de teatro *kabuki*. En el ángulo más alejado, sobre dos columnas, estaba el lecho, pero, por delicadeza, Fandorin no se permitió mantener la mirada en esa dirección.

—¿Qué es «todo»? —preguntó en ese momento la dueña de la casa, con lo que cesó aquella patente y más que prolongada pausa, y Erast Petrovich se estremeció al tener la sensación casi fisiológica de que esa mágica voz tañía en su interior unas misteriosas cuerdas que raramente habían sido tocadas. Ante la cortés perplejidad que se dibujó en el rostro del consejero titular, Wanda declamó con impaciencia—: Usted,

señor Fandorin, escribió en su tarjeta de visita: «Lo sé todo». Y bien, ¿qué es «todo»? ¿Y quién es usted?

—Funcionario para misiones especiales, adjunto al gobernador general, el príncipe Dolgoruki —respondió tranquilamente Erast Petrovich—. Se me ha asignado la investigación de la muerte de general edecán Soboliev. —Al advertir cómo se arqueaban las finas cejas de la dueña del apartamento, Fandorin observó—: Sólo le pido, señora, que no disimule que conocía la muerte del general. Por lo que se re-refiere a la anotación en mi tarjeta de visita, reconozco que la he engañado. Me queda mucho por saber, aunque no ignoro el hecho principal. Michel Dimitri murió ayer en esta habitación alrededor de la una de la madrugada.

Wanda se estremeció y se llevó aquellas delgadas manos suyas a la garganta, como si de repente hubiese sentido un escalofrío, pero no dijo nada. Asintiendo satisfecho, Erast Petrovich continuó:

—Usted no ha traicionado a nadie, mademoiselle, ni ha faltado a la palabra que dio. Los culpables son los señores oficiales. Borraron las huellas de una manera bastante torpe. Le se-seré sincero..., y confío en que obtendré de su parte la misma sinceridad. Dispongo de los datos siguientes. —Y entornó los ojos para no distraerse con el sutilísimo juego tonal de blancos y rosas que se mostraba en el agitado rostro de su interlocutora—. Desde el restaurante del Dusseaux, usted, Soboliev y su séquito vinieron directamente aquí. Eso ocurrió poco después de la medianoche. Y una hora más tarde el general ya estaba muerto. Los oficiales lo sacaron de aquí simulando que estaba embriagado y lo llevaron de vuelta al hotel. Si me completa el cuadro de lo ocurrido, haré todo lo posible por librarla de los interrogatorios de la policía. A propósito, la policía ya ha estado aquí: los mozos de servicio seguramente la pondrán al corriente de ello. Por tanto, le aseguro que será mejor para usted que se sincere conmigo.

Dicho esto, el consejero titular se calló, pues consideraba que ya había hablado demasiado. Wanda se levantó bruscamente, cogió un chal persa del respaldo de la silla y se lo echó por los hombros a pesar de que la noche era cálida, incluso sofocante. Sin apartar la vista del expectante funcionario, recorrió dos veces la habitación. Por fin, se detuvo frente a él.

—Bueno, al menos no se parece usted a un policía. Siéntese, entonces. El relato puede alargarse demasiado.

Ella le señaló un suntuoso diván lleno de almohadones adornados con dibujos de hilo, pero Erast Petrovich prefirió sentarse en una silla. «Una mujer inteligente —se dijo—. Con carácter y mucha sangre fría. No me contará toda la verdad, pero al menos tampoco mentirá».

—Conocí al héroe ayer, en el restaurante del Dusseaux.

Wanda cogió un taburete de brocado y se sentó al lado de Fandorin, pero tan cerca y de tal manera, que lo miraba de abajo arriba. En aquel escorzo, ella se mostraba tentadoramente indefensa, como una esclava oriental a los pies de sus *padishah*. Erast

Petrovich se removió inquieto en la silla, pero separarse de ella habría sido absurdo.

—Un hombre guapo. Naturalmente, había oído hablar mucho de él, pero no imaginaba que fuera tan hermoso. Especialmente aquellos ojos, de color aciano. —Wanda se llevó una mano a las cejas con aire soñador, como si quisiera espantar los recuerdos—. Canté en su honor. Me invitó a sentarme a su mesa. No sé lo que le habrán contado de mí, pero estoy segura de que le habrán dicho muchas mentiras. No soy una santurróna, sino una mujer libre y moderna, y soy yo quien decide a quién debo amar. —Lanzó una mirada retadora hacia Fandorin, y este comprendió que ella hablaba en ese instante sin fingimiento—. Si un hombre me gusta y decido que debe ser mío, no lo arrastro hasta el altar, como hacen sus «mujeres honestas». Cierto, no soy honesta, pero sólo en el sentido de que no reconozco sus reglas.

«Pero ¡qué esclava ni qué desamparo!», se extrañó Erast Petrovich para sus adentros mientras contemplaba aquellos brillantes ojos esmeralda desde arriba. Parecía la reina de las Amazonas. Le resultaba fácil imaginar cómo lograba volver locos a los hombres con aquellas bruscas transiciones suyas desde la altanería a la sumisión y viceversa.

—Le rogaría que fuera al me-meollo del asunto —le espetó secamente Fandorin, que no deseaba rendirse en absoluto a sentimientos inoportunos.

—Al me-meollo voy —lo remedó la Amazona—. ¡No son ustedes los que me compran, sino yo quien los atrapa, obligándolos, además, a pagar por ello! ¡Cuántas de esas «mujeres honestas» suyas considerarían una suerte engañar a sus maridos con un hombre como el General Blanco! Pero ¡sólo lo piensan en secreto, como si fueran delincuentes! Sin embargo, yo soy libre y no tengo por qué esconderme. Sí, es cierto, Soboliev me gustó. —Y otra vez cambió el tono de su voz, de desafiante a pícaro—. Además, por qué habría de ocultarlo, ¡como si no resultara halagador recibir a un macaón como él en mi colección de mariposas! Y después... —Wanda se encogió nerviosamente de hombros—. Después, lo de siempre. Vino a mi casa, bebió vino... Lo que ocurrió a continuación lo recuerdo mal. La cabeza comenzó a darme vueltas. Cuando quise acordarme, ya estábamos ahí, en la alcoba. —Soltó una risa ronca, mas la cortó casi al instante, mientras su mirada se apagaba—. Luego fue horrible, no quiero ni acordarme de ello. Dispénsame de los detalles fisiológicos, ¿de acuerdo? Una desgracia como esa no se la deseo a nadie... Cuando tu amante, en el apogeo de sus caricias, de repente se queda inmóvil y cae sobre ti como un peso muerto...

Wanda prorrumpió en sollozos y se secó las lágrimas con rabia.

Erast Petrovich seguía con atención su entonación y su mímica. La señorita, al menos eso le parecía, decía la verdad. Después de mantener el silencio de rigor, Fandorin le preguntó:

—¿Su encuentro de ayer con el ge-general fue casual?

—Sí. Mejor dicho, no del todo, naturalmente. Había oído que el General Blanco se alojaba en el Dusseaux. Sentía curiosidad por verlo.

—¿Y bebió mucho vino Michel Dimitri en su casa?

—Apenas nada. Media botella de Château d'Yquem.

Erast Petrovich se mostró extrañado:

—¿Trajo él el vino?

También la dueña de la casa pareció extrañarse:

—No, ¿por qué lo dice?

—Verá, mademoiselle, yo conocía bien al difunto. El Château d'Yquem era su vino preferido. ¿Cómo podía usted saberlo?

Wanda agitó vagamente sus finos dedos y contestó:

—No lo sabía. Pero a mí también me gusta el Château d'Yquem. Por lo que se ve, el general y yo teníamos bastantes cosas en común. Fue una pena que nuestra relación resultara tan breve.

Ella esbozó una sonrisa amarga y, como por casualidad, dirigió una mirada de pasada al reloj de la chimenea.

Ese movimiento no escapó a la atención de Fandorin, que hizo una pausa a propósito antes de continuar su interrogatorio.

—Bien, lo que ocurrió después está claro. Usted se asustó. Posiblemente se pondría a gritar. Al instante llegaron los oficiales e intentaron reanimar a Soboliev. ¿Llamaron al médico?

—No, era evidente que estaba muerto. Los oficiales por poco me rompieron en pedazos. —De nuevo esbozó una sonrisa, pero en ese momento su rictus no era de amargura, sino de rabia—. Uno se mostró particularmente enfurecido: el de la circasiana. No dejaba de repetir no sé qué sobre el honor, de una misión en peligro, de lo que suponía encontrar la muerte en la cama de una fulana. —Wanda sonrió con desagrado y dejó al descubierto unos dienteillos blancos e idealmente parejos—. Otro, un capitán de cosacos, también se mostró de lo más amenazador. Al principio se echó a llorar, pero luego dijo que me mataría si me iba de la lengua. Me ofreció dinero. Dinero que, por cierto, acepté. También me asusté con sus amenazas. Unas amenazas demasiado convincentes, en especial las de ese capitán de cosacos.

—Sí, sí, lo sé —replicó Fandorin asintiendo con la cabeza.

—Bien. Luego vistieron al muerto, lo cogieron por los brazos, como si estuviera borracho, y se lo llevaron a rastras. En efecto, era un héroe, pero desapareció para siempre... ¿Quería usted oír la verdad, no? Pues ahí la tiene. Informe a su gobernador de que el vencedor de los mahometanos y la esperanza de Rusia murió como un valiente en la cama de una fulana. Es muy posible que hasta yo entre en la historia como una nueva Dalila. ¿Qué cree usted, monsieur Fandorin, hablarán de mí los manuales escolares?

Y rompió a reír, ya en clara actitud desafiante.

—Lo veo poco probable —respondió pensativo Erast Petrovich.

Los acontecimientos estaban claros. En ese instante, hasta la terquedad con que los oficiales protegían su secreto resultaba comprensible. Todo un héroe nacional... ¡y morir de aquella manera! Resultaba indigno. Al menos, visto a la manera rusa.

Quizá los franceses hubieran perdonado a su ídolo, pero en Rusia se consideraría una vergüenza nacional.

En fin, la señorita Wanda no tenía de qué preocuparse. Naturalmente, su suerte la decidiría el gobernador, sin embargo, se podía asegurar que las autoridades no importunarían a la cantante amante de la libertad con una investigación oficial.

Parecía que el caso podía darse por cerrado, pero a Erast Petrovich, hombre curioso donde los hubiere, no lo dejaba en paz una pequeña observación. Wanda ya había mirado varias veces a hurtadillas hacia el reloj, y al consejero titular se le había antojado que con esos efímeros vistazos se hacía patente en ella una intranquilidad cada vez mayor. Mientras, la manecilla de las horas se acercaba lentamente a las diez: en unos cinco minutos el reloj marcaría en punto. ¿No estaría esperando la señorita Wanda alguna visita... precisamente a las diez? ¿No estarían provocadas su anuencia y sinceridad por esa circunstancia? Fandorin dudaba. Por un lado podía resultar interesante saber a quién aguardaba la dueña a aquella hora tan tardía. Pero, por otro, a Erast Petrovich le habían enseñado desde la infancia que su presencia no debía resultar nunca una carga para las damas. En una situación como esa, un hombre educado, y tanto más uno que hubiera recibido aquello para lo que había acudido, saludaría con una inclinación y se retiraría. ¿Qué hacer?

La indecisión vino a resolverla esta juiciosa reflexión: si daba largas hasta las diez y esperaba a la visita, entonces podría verla, pero ¡ay, sería imposible que entablaran conversación en su presencia! Y él sentía unos deseos terribles de escuchar esa conversación.

Así que Erast Petrovich se levantó, agradeció la sinceridad demostrada y se despidió, lo que proporcionó a mademoiselle Wanda un evidente alivio. Sin embargo, después de salir por la puerta del apartamento, Fandorin no cruzó el patio, sino que se detuvo como para sacudirse una mota de polvo de una hombrera y echó un vistazo hacia atrás, hacia la ventana, para saber si Wanda lo estaba siguiendo con la mirada. No, no lo observaba. Y era natural: una mujer normal que acaba de despedir a una visita masculina y está a punto de recibir a otra, no se lanza hacia la ventana, sino hacia el espejo.

Después de echar también un vistazo, por si acaso, a las ventanas iluminadas de las demás habitaciones, Erast Petrovich apoyó el pie en un hueco del muro, se asió con destreza a la pendiente del antepecho, se elevó y un segundo después se encontró sobre la ventana del salón-dormitorio de Wanda, semitendido en el saledizo horizontal que coronaba la orla superior de la ventana. El joven se acomodó de costado en la estrecha cornisa, apoyó el pie en el busto de una de las cariátides y se agarró con la mano al robusto cuello de otra. Luego se volvió ligeramente y se quedó inmóvil; es decir, tal y como enseña la ciencia de los *ninja* japoneses, los «sigilosos», se convirtió en piedra, en agua, en hierba. Se diluyó en el terreno. Desde un punto de vista estratégico, su posición era ideal. Fandorin no podía ser visto ni desde el patio —estaba oscuro y, por si fuera poco, la sombra del balcón le proporcionaba una

protección suplementaria— ni mucho menos desde las habitaciones. En cuanto a él, desde allí divisaba todo el patio y podía escuchar las conversaciones que tuviesen lugar en el salón del apartamento por la ventana, que estaba abierta a causa del veraniego tiempo. Queriendo, y con cierta dosis de elasticidad, podía incluso colgarse y mirar a través de la rendija que quedaba entre las cortinas.

Aquel escondite tenía un único inconveniente: la incomodidad de la postura. En esa encorvada posición, y sosteniéndose sobre una repisa de piedra de sólo diez centímetros de ancho, una persona normal no podía aguantar mucho. Sin embargo, el grado superior de maestría en el arte ancestral de los «sigilosos» de ninguna manera estriba en la destreza de matar al enemigo con las manos desnudas o de arrojar desde lo alto de los muros de una fortaleza. No, ni mucho menos. El máximo logro para un *ninja* consiste en asimilar el excelso arte de la inmovilidad. Sólo un gran maestro puede permanecer seis u ocho horas sin mover un solo músculo. Erast Petrovich no había alcanzado el grado de gran maestro, pues había comenzado a instruirse en esa noble y terrible ciencia a una edad demasiado madura, pero en ese momento se podía consolar con el pensamiento de que no era probable que la fusión con el medio se prolongara demasiado tiempo. El secreto para superar una situación difícil es muy simple: no hay que ver la dificultad como un mal, sino como un bien. Pues el mayor gozo que puede sentir un hombre noble deviene de la superación de las limitaciones de su propia naturaleza. Y en eso es en lo que hay que pensar cuando esas limitaciones resultan particularmente dolorosas. Por ejemplo, cuando un borde de piedra se te está clavando de forma horrible en un costado.

Dos minutos de placer más tarde, la puerta trasera del Inglaterra se abrió y apareció una silueta masculina: robusta, segura y rápida. Fandorin le distinguió la cara sólo de manera fugaz, cuando el hombre, ya ante la puerta, penetró en el rectángulo de luz que caía desde la ventana. Se trataba de un rostro como cualquier otro, desprovisto de detalles especiales: contorno ovalado, ojos un poco juntos, pelo rubio, arcos supraciliares ligeramente prominentes, bigotes retorcidos a la manera prusiana, nariz mediana y un hoyuelo en el cuadrado mentón. El desconocido entró en el apartamento de Wanda sin llamar a la puerta, lo que ya de por sí resultaba curioso. Erast Petrovich aguzó el oído. Casi de inmediato le llegaron voces desde la habitación, y al instante comprendió que esa vez no le bastaba sólo con el oído, sino que debía aguzar también su conocimiento del alemán, pues la conversación se desarrollaba en la lengua de Schiller y Goethe. Durante su mocedad, el estudiante de gimnasio Fandorin no había hecho demasiados progresos en esa disciplina, por lo que aquel artificio para la superación de las dificultades se trasladó de manera natural de la incomodidad de la postura a la tensión intelectual. Pero, como no hay mal que por bien no venga, en cierta manera logró olvidarse del punzante borde de piedra.

—Me está haciendo un mal servicio, fraulein Tolle —dijo una aguda voz de barítono—. Naturalmente, obró correctamente al entrar en razón y ejecutar lo que se le había ordenado, pero ¿qué necesidad tenía de hacerse de rogar y ponerme nervioso

en vano? Porque yo no soy una máquina, sino un ser humano.

—¿De veras? —respondió burlona la voz de Wanda.

—Juzgue usted misma. Ciertamente, pese a todo, ha cumplido su tarea a la perfección. Pero ¿por qué debía enterarme de ello a través de un periodista conocido mío y no de usted? ¿Quiere que me enfade? Pues no se lo aconsejo. —Entonces a la voz de barítono se añadió un tono metálico—. ¿Recuerda lo que puedo hacer con usted?

La voz de Wanda respondió con cansancio:

—Lo recuerdo, herr Knabe, lo recuerdo.

En ese momento Erast Petrovich se agachó cuidadosamente y miró hacia el interior de la habitación, pero el misterioso herr Knabe se encontraba de espaldas. El hombre se había quitado el sombrero hongo, mas era poco lo que se distinguía: unos cabellos pulcramente peinados («un rubio de tercera categoría con un ligero tono pelirrojo», precisó Fandorin con un término policial específico) y un cuello robusto y sonrosado (a primera vista, una talla seis como mínimo).

—Está bien, está bien, la perdono. Vamos, no se enfade.

El visitante acarició la mejilla de la dueña de la casa con una mano de dedos cortos y la besó por debajo de la oreja. El rostro de Wanda estaba en el campo de luz, y Erast Petrovich vio que un rictus de repugnancia recorría sus finos rasgos.

Sin embargo, por desgracia tuvo que interrumpir la observación visual. Un poco más y Fandorin se habría desplomado, lo que en esa situación hubiera sido de lo más inoportuno.

—Cuéntemelo todo. —El hombre dulcificó la voz para hacerla más embaucadora—. ¿Cómo lo hizo? ¿Utilizó el preparado que le di? ¿Sí o no? —Silencio—. Es evidente que no. Sé que la autopsia no descubrió rastros de veneno. ¿Quién podía pensar que llevarían el asunto hasta la autopsia? Pero, entonces, ¿qué ocurrió? ¿O hemos tenido suerte y se murió de repente él solito? Sería entonces obra de la Providencia, sin duda alguna. Dios protege a nuestra Alemania. —La voz del barítono vibró de emoción—. ¿Por qué está tan callada?

Wanda repuso sordamente:

—Márchese. Hoy no puedo recibirlo.

—Otra vez con las contingencias femeninas. ¡Qué hartito estoy de ellas! Está bien, está bien, no me fulmine con la mirada. Se ha llevado a término una gran proeza y eso es lo importante. Es usted una buena chica, fraulein Tolle, así que me marcharé. Pero mañana deberá contármelo todo. Lo necesito para el informe.

Entonces se oyó el sonido de un beso prolongado. Erast Petrovich arrugó el entrecejo, pues recordaba el asco que había visto dibujado en el rostro de Wanda. Luego se escuchó un portazo.

Herr Knabe, silbando una melodía, cruzó el patio y desapareció.

Fandorin saltó al suelo sin hacer ruido, se irguió con alivio, estiró sus entumecidas extremidades y siguió los pasos de la visita de Wanda. El caso adquiriría

un matiz completamente distinto.

Capítulo Quinto

En el que Moscú aparece como una jungla

—... Y mis pro-propuestas se concretan en lo siguiente —dijo Fandorin haciendo balance de su informe—: disponer de inmediato la vigilancia sobre el súbdito alemán Hans-Georg Knabe y descubrir cuáles son sus enlaces.

—Evgueni Osipovich, ¿y no sería mejor arrestar a ese canalla? —opinó el gobernador general frunciendo sus teñidas cejas.

—Es absolutamente imposible arrestarlo sin pruebas —respondió el jefe de la policía—. Además, resultaría absurdo con un perro viejo que se las sabe todas. Yo, excelencia, preferiría arrestar a esa Wanda y luego sacudirla como se merece. Así quizá encontraríamos alguna pista.

El cuarto participante de la reunión secreta, Piotr Parmienovich Jurtinski, se mantenía en silencio.

Llevaban reunidos ya bastante tiempo, desde por la mañana. Erast Petrovich había informado de los sucesos de la tarde anterior y de cómo había seguido al misterioso visitante, quien había resultado ser el comerciante alemán Hans-Georg Knabe, con domicilio en la calle Karetni, representante en Moscú de la entidad bancaria berlinesa Kerbel und Schmidt. Cuando el consejero titular se hallaba relatando la abyecta conversación mantenida por Knabe y Wanda, fue necesario interrumpir temporalmente el informe, ya que el príncipe Dolgoruki entró en un estado de fortísima conmoción y, agitando los puños, se puso a gritar:

—¡Ah, miserables! ¡Ah, canallas! ¿Cómo es posible que se hayan atrevido a matar al paladín de la tierra rusa? ¡Qué fechoría tan inaudita! ¡Un escándalo mundial! ¡Esos germanos lo pagarán caro!

—Cálmese, excelencia —murmuró con aire tranquilizador el jefe de la sección secreta—. Se trata de una hipótesis dudosa. ¡Envenenar al General Blanco! ¡Qué desvarío! No puedo creer que los alemanes hayan podido atreverse a tanto. ¡Estamos hablando de una nación civilizada y no de una Persia cualquiera!

—¿Civilizada? —repuso con hostilidad el general Karachentsev apretando los dientes—. Pues aquí traigo el resumen de la prensa británica y alemana del día de hoy, que me ha enviado la agencia telegráfica rusa de noticias. Como todos saben, Michel Dimitri no apreciaba en nada a esos dos países, y tampoco se preocupaba de ocultar lo que opinaba sobre ellos. Pero comparen el tono. ¿Da su permiso, excelencia? —El jefe de la policía se puso sus quevedos y sacó un folio de la carpeta—. El *Standard* inglés escribe: «A los compatriotas de Soboliev les resultará muy difícil reemplazarlo. Que apareciese en la línea del frente montado en su caballo blanco era suficiente para despertar entre sus soldados un entusiasmo que no llegaban a alcanzar ni los veteranos del ejército de Napoleón I. La muerte de un hombre así en

el crítico momento actual supone una pérdida irreparable para Rusia. Era enemigo de Inglaterra, pero en nuestro país sus hazañas eran seguidas con poco menos interés que en su misma patria».

—Pues yo diría que está escrito con mucha nobleza y sinceridad —aprobó el príncipe.

—Exacto. Pues ahora leeré un fragmento del *Boerzen Kourier* del pasado sábado. —Karachentsev cogió otra hoja—. Mmmm... Veamos... Esto mismo: «El oso ruso ha dejado de ser un peligro. ¡Que los paneslavistas lloren sobre el féretro de Soboliev! En cuanto a nosotros, los alemanes, reconocemos con toda sinceridad que nos alegramos de la muerte de nuestro acérrimo enemigo. No compartimos ningún sentimiento de pena. Ha muerto el único hombre de Rusia realmente capaz de llevar sus ideas a la práctica...». Y sigue hasta el final con ese mismo tono. ¿Y a esto llaman «civilizada», eh?

El gobernador se indignó:

—¡Qué desvergüenza! En efecto, el talante antigermano del difunto era bien conocido. Todos recordamos que aquel discurso suyo en París sobre la cuestión eslava provocó un auténtico revuelo y a punto estuvo de enemistar al zar con el káiser. «¡El camino hacia Constantinopla pasa por Berlín y Viena!». Una declaración de fuerza bruta desprovista de la más mínima diplomacia. Pero ¡de ahí... a optar por el asesinato! ¡Resulta inaudito! ¡Informaré inmediatamente a su majestad! ¡Aun sin Soboliev daremos a esos «devoradores de salchichas» una tunda que...!

—Excelencia —refrenó suavemente Evgueni Osipovich al sulfurado gobernador—. ¿Antes no sería mejor terminar de escuchar al señor Fandorin?

A partir de ahí, escucharon a Erast Petrovich sin interrumpirlo, pero su propuesta final —limitarse a vigilar a Knabe— defraudó claramente a los presentes, como se puede inferir de las réplicas anteriormente transcritas. A lo dicho por el jefe de la policía, Fandorin repuso:

—La detención de Wanda supondría un escándalo. Con ello sólo denigraríamos la memoria del difunto y es probable que no consiguiéramos nada. Quizá tan sólo asustar a herr Knabe. Además, después de espiar su charla, tengo la impresión de que mademoiselle Wanda no mató a Soboliev. De hecho, la autopsia del pro-profesor no ha descubierto ningún veneno.

—¡Exactamente! —intervino de forma contundente Piotr Parmienovich, que se dirigió exclusivamente al príncipe—. Un infarto corriente y moliente, su excelencia. Es triste, pero ocurre a veces. Incluso a la radiante edad del finado. No sé si el señor consejero titular habrá escuchado mal. O tal vez lo haya imaginado todo. ¡Hasta él mismo reconoce que no domina el alemán demasiado bien!

Erast Petrovich miró al interlocutor con una atención especial, mas no respondió nada. En cambio, el pelirrojo jefe de la policía reaccionó inmediatamente a las insinuaciones de Jurtinski:

—¡Qué fantasías son esas! ¡Soboliev tenía una salud de hierro! ¡Cazaba osos con

jabalina, se bañaba en agua helada, en agujeros abiertos en el hielo! ¿Acaso insinúa que sobrevivió al fuego cruzado en Plevna y en el desierto turcomano, y no soportó los esfuerzos del juego amoroso? ¡Qué disparate! ¡Señor Jurtinski, mejor estaría usted recopilando los chismorreos de la ciudad que metiendo sus narices en asuntos de espionaje!

Una confrontación tan palmaria sorprendió a Fandorin, pero el gobernador parecía estar acostumbrado desde hacía tiempo a escenas de ese cariz. Así que alzó las manos para poner paz y dijo:

—Señores, señores, dejen de reñir. Bastantes vueltas me da ya la cabeza. ¡Cuánto quehacer con esta muerte! Que si telegramas, que si pésames, que si recepciones... Todo el pasaje del Teatro está lleno de ramos de flores: ya no se puede recorrer ni andando ni en coche de caballos. Las más altas autoridades acudirán al entierro: tendremos que recibirlas, que instalarlas... El ministro de la Guerra y el jefe del Estado Mayor llegan esta noche. El gran duque Kiril Aleksandrovich vendrá mañana por la mañana, justo antes de los funerales. Ahora mismo me disponía a visitar al duque de Lichtenburg. Él y su consorte se encontraban en Moscú por casualidad. Su esposa, la condesa Mirabeau, es hermana carnal del difunto. Tengo que ir a darles el pésame, ya les he anunciado mi visita. Usted, querido Erast Petrovich, acompáñeme y repítamelo todo de nuevo por el camino. Juntos pensaremos qué decisiones tomar. Y usted, Evgueni Osipovich, aquí tiene este trabajito: límitese por ahora a vigilar a esos dos, al alemán y a la señorita. Nos vendría de perlas interceptar ese informe del que hablaba Knabe. Ajá, mire lo que puede hacer. Deje que lo redacte y entonces cójalo con las manos en la masa. Dé las órdenes oportunas y venga a verme de nuevo, se lo ruego. Cuando regrese con Erast Petrovich, tomaremos una decisión definitiva. No debemos echar más leña al fuego. Este asunto huele a guerra.

Inmediatamente después de que el general chocase los talones y abandonara la estancia, Jurtinski se lanzó hacia la mesa del gobernador.

—Excelencia, unos documentos urgentes —dijo doblándose hasta poner la cabeza a la altura de la oreja del príncipe.

—¿Tan urgentes son? —masculló este—. ¿No me has oído, Petrusha? ¡Tengo prisa, el duque me espera!

El consejero adjunto se llevó la palma de una mano a su almidonada y condecorada pechera.

—Así es, de la máxima urgencia. Si tiene la bondad, Vladimir Andreevich, aquí tiene el presupuesto para la terminación de los frescos de la catedral. Propongo concederle el encargo al señor Gegechkori, pintor famoso y de ideología más que loable. Pide una suma considerable, pero lo realizará en el plazo pactado, es hombre de palabra. Firme aquí y dé por resuelto el asunto. —Piotr Parmienovich puso el documento delante de las narices del gobernador con habilidad y, acto seguido, sacó el siguiente de la carpeta—. Y este otro, Vladimir Andreevich, es el proyecto de excavación del metropolitano subterráneo, que sigue el ejemplo del de Londres. El

contratista es el consejero de comercio Zikov. Una obra importante. Ya tuve el honor de informarle.

—Lo recuerdo —rezongó Dolgoruki—. ¡Vaya invento este, el metropolitano! ¿Y cuánto dinero hace falta?

—Una insignificancia. Zikov pide sólo medio milloncito para el trabajo de prospección. He estudiado el presupuesto, es razonable.

—«Sólo» —suspiró el príncipe—. ¿Y desde cuándo eres tan rico, Pietka, para que medio millón te parezca una insignificancia? —Y, advirtiendo la mirada de Fandorin, que estaba sorprendido por aquel grado de familiaridad que había en la relación del gobernador con el director de la sección secreta, aclaró—: Trato a Piotr Parmienovich como a un pariente, como a uno más de la familia. ¿Sabe?, creció en mi casa. Era hijo de mi antiguo cocinero, ya difunto. ¡Si Parmien, al que Dios tenga en su gloria, oyera con qué desdén hablas tú, Petrusha, de millones!...

Jurtinski dirigió una mirada hostil y aviesa a Erast Petrovich, al parecer disgustado porque este había sido testigo de aquella alusión a su origen plebeyo.

—Y este otro relacionado con el precio del gas. Vladimir Andreevich, he redactado una memoria sobre la cuestión. Estaría bien reducir la tarifa a fin de abaratar la iluminación callejera. Bajarla a tres rublos los mil pies cúbicos. Incluso así resulta caro.

—Bueno, dame tus documentos, los leeré y firmaré en la carroza —replicó Dolgoruki levantándose—. Es hora de irse. No es muy bonito hacer esperar a un hombre tan ilustre. Vámonos, Erast Petrovich, charlaremos por el camino.

En el pasillo, Fandorin preguntó con el mayor respeto:

—Entonces, excelencia, ¿no viene el zar? A fin de cuentas no ha muerto un cualquiera, sino el mismísimo Soboliev.

Dolgoruki miró al consejero titular de soslayo y respondió reveladoramente:

—No lo ha considerado factible. Pero ha enviado a su hermano, a Kiril Aleksandrovich. ¿Por qué? Ese no es asunto que nos concierna.

Fandorin se limitó a asentir con la cabeza en silencio.

Sin embargo, no hubo oportunidad para charlar por el camino. Cuando ya estaban instalados en la carroza —el gobernador sobre unos cómodos almohadones, Erast Petrovich enfrente de él, en un banco forrado de piel—, la portezuela se abrió nuevamente y, entre bufidos, subió el ayuda de cámara del príncipe, Frol Viedishev. Sentándose sin cumplidos al lado del príncipe, le gritó al cochero:

—¡Arrea, Mishka, arrea!

Luego, desentendiéndose por completo de Erast Petrovich, se volvió hacia Dolgoruki y le dijo:

—Voy con usted, Vladimir Andreevich —proclamó en un tono que no dejaba lugar a objeción alguna.

—Frolushka —se resistió brevemente el príncipe—, me he tomado la medicina. Así que ahora no me molestes, que tengo que mantener una conversación importante

con el señor Fandorin.

—Esa conversación de ustedes puede esperar —repuso el tirano con un gesto de despecho—. ¿Qué documentos son esos que le ha entregado Pietka?

—Aquí los tengo, Frol —respondió Vladimir Andreevich, y abrió la carpeta—. Un encargo al pintor Gegechkori para la conclusión de los murales de la catedral. Ya está calculado el presupuesto, ¿lo ves? Y este es el contrato del comerciante Zikov. Vamos a excavar una línea de ferrocarril por debajo de Moscú, para que se pueda llegar más rápido a cualquier sitio. Y además está este otro sobre la bajada de los precios del gas.

Viedishev echó un vistazo a los documentos y declaró resuelto:

—No hay que encargarle lo de la catedral a ese tal Gegechkori. Es un bribón de renombre. Mejor déselo a uno de los nuestros, a un moscovita. También ellos tienen que vivir. Saldrá más barato y quedará igual de hermoso. ¿De dónde vamos a sacar ese dinero? Pero ¡si no hay! Además, Gegechkori le ha prometido a su Pietka pintarle la dacha, por eso Pietka muestra tanto celo.

—¿Así que crees que no hay que darle el encargo a Gegechkori? —rumió Dolgoruki meditabundo mientras colocaba el documento debajo del todo.

—Ni se le ocurra —zanjó Frol la cuestión—. Y ese metropolitano, menudo antojo. ¿Qué necesidad hay de excavar un agujero en la tierra y meter ahí una locomotora? ¿Para qué, para tirar al viento el dinero público? ¡Hay que ver qué cosas inventan!

—Ahí creo que no tienes razón —repuso el príncipe—. El metro es una buena idea. ¡Mira si no cómo está aquí la circulación, apenas nos movemos!

Y era cierto: la carroza del gobernador se había atascado en el cruce de la calle Niglinniaya, y por mucho que se empeñaran los gendarmes de escolta, no había manera de despejar la vía, llena a más no poder aquel sábado de mercado por los carros y las galeras de los comerciantes de Ojotni Riad.

Viedishev sacudió la cabeza y dio a entender al príncipe que también en esa cuestión era inútil insistir.

—Sí, pero los consejeros municipales dirán en la Duma que Dolgoruki ha perdido por completo la chaveta. Y los enemigos de «Piterburgo» tampoco pasarán el detalle por alto. No firme, Vladimir Andreevich.

El gobernador suspiró contrariado y apartó también el segundo documento.

—¿Y con el gas?

Viedishev cogió la memoria informativa, pasó las hojas y se puso a mover los labios, como si calculara algo mentalmente.

—Esto sí se puede. Va en provecho de la ciudad y es un alivio para los moscovitas.

—Eso pienso yo también —quiso aclarar el príncipe, y tras abrir el pupitre con escribanía que estaba atornillado a la portezuela, estampó su extensa firma.

Sacudido por esa increíble escena, Erast Petrovich simuló normalidad con todo su

empeño, como si no ocurriera nada especial, y se puso a mirar con redoblado interés por la ventanilla. Justo en aquel momento llegaron a la casa de la princesa Belosielskaya-Belozierskaya, donde se hallaban hospedados el duque de Lichtenburg y su esposa, de soltera Zinaida Dimitrievna Sobolieva, entonces titulada condesa Mirabeau tras su boda con un miembro de la casa imperial.

Erast Petrovich sabía que Evgueni de Lichtenburg, general mayor de la Guardia Rusa y jefe de los Coraceros Imperiales de Postdam, era nieto natural del zar Nicolás I. Sin embargo, el duque no había heredado la famosa mirada de basilisco de su temible abuelo: los ojos de su alteza tenían el color azul de la porcelana de Sajonia y miraban a través de los quevedos con suavidad y cortesía. Por el contrario, la condesa sí que se parecía bastante a su insigne hermano. Pese a que el óvalo de su cara era más delicado y su complexión no resultaba tan imponente, ni su porte tan marcial, aquellos ojos azules eran idénticos, y la raza, inconfundible: indudablemente «soboliesca». De principio a fin, la audiencia transcurrió por cauces poco interesantes.

—La condesa y yo habíamos venido a Moscú por un asunto bien distinto, ¡y de pronto esta calamidad! —comenzó el duque, tartajeando graciosamente con la «l» y ayudándose con movimientos de una mano, adornada en el dedo anular por un zafiro linajudo.

Zinaida Dimitrievna no dejó terminar a su marido.

—Pero ¡cómo pudo suceder! —exclamó, y por su rostro encantador, en ese momento congestionado por los sollozos, comenzó a fluir un torrente de gruesas lágrimas—. ¡Qué pena tan grande, príncipe Vladimir Andreevich!

La boca de la condesa se arqueó como el cigñal de un pozo y no pudo decir una palabra más.

—Todo es voluntad de Dios —farfulló confuso el gran duque, quien, sumido en el pánico, miró a Dolgoruki y Fandorin.

—Evgueni Maximilianovich, alteza, le aseguro que las circunstancias de la muerte de su pariente se están investigando minuciosamente —informó el gobernador con voz emocionada—. Precisamente el señor Fandorin, aquí presente, mi agente para misiones especiales, se está encargando de ello.

Erast Petrovich saludó con una inclinación y el duque mantuvo la mirada en el rostro del joven funcionario, mientras la condesa se anegaba aún más profusamente en sus lágrimas.

—Zinaida Dimitrievna, queridísima —comenzó a sollozar también el príncipe—, Erast Petrovich fue compañero de armas de su hermano. Por voluntad del destino se alojó en su mismo hotel, el Dusseaux. Se trata de un detective muy inteligente y experimentado. Él lo aclarará todo y nos informará de ello. Y para qué llorar más, si ya no nos lo devolverán...

Los quevedos de Evgueni Maximilianovich emitieron un brillo frío e imperioso y exigió:

—Si el señor Fandorin averigua algo importante, le pido que me lo comunique inmediatamente en persona. Mientras no llegue el gran duque Kiril Aleksandrovich, yo represento aquí a la persona de nuestro zar soberano.

Erast Petrovich respondió en silencio con una nueva inclinación.

—Sí, nuestro soberano... —Zinaida Dimitrievna sacó un arrugado telegrama de su *ridicule* con manos temblorosas—. Nos entregaron este despacho de su majestad. «Nos estamos destrozados y afligidos por la súbita muerte del general edecán Soboliev. —Tras sollozar y sonarse la nariz, siguió leyendo—: Una pérdida difícilmente reemplazable para el ejército ruso y, como no podía ser de otro modo, sentidamente llorada por todos los militares de pro. Es triste perder a un estadista tan eficaz y entregado a su causa. Alejandro».

Fandorin arqueó ligeramente las cejas. El telegrama le resultó más bien frío. ¿«Difícilmente reemplazable»? ¿Quería decir entonces que reemplazarlo, a pesar de todo, era posible? La pérdida de un estadista así era «triste»... ¿y sólo eso?

—Mañana se celebrarán el velatorio y la misa de réquiem —dijo Dolgoruki—. Los moscovitas quieren rendir al héroe un último tributo. Después, obviamente, el cuerpo será enviado en tren a la capital, ¿no es así? Es natural que su majestad ordene unos funerales de Estado. Son muchas las personas que desearán despedirse de Michel Soboliev. —El gobernador adoptó una pose solemne—. Su alteza, hemos tomado todas las medidas. El cuerpo ha sido embalsamado, de modo que no surgirán contratiempos.

El duque miró de reojo a su esposa, que seguía secándose unas lágrimas que no dejaban de manar. Luego replicó a media voz:

—Verá, príncipe, el zar ha accedido a los deseos de la familia y ha dado su permiso para que se entierre a Michel en la intimidad, en la hacienda familiar de Riazán.

Vladimir Andreevich aprobó la noticia con una innecesaria precipitación, a juicio de Fandorin.

—Una medida acertada. Así resultará más humano, sin tanta pompa. Como fue él en vida: un alma sencilla.

He ahí una frase que no debió pronunciar, pues la condesa, que ya había empezado a tranquilizarse, se echó a llorar de nuevo con más intensidad que antes. El gobernador, batiendo las pestañas con suma rapidez, sacó un enorme pañuelo con el que secó paternalmente el rostro de Zinaida Dimitrievna, y con el que después, como él también se había emocionado, se sonó ruidosamente la nariz. Evgueni Maximilianovich contempló aquella incontinencia sentimental eslava con cierta perplejidad.

—Pero ¡cómo puede ser esto, Vladi... Vladimir Andre... evich! —exclamó la condesa aplastándose contra el pecho del príncipe, muy realzado por el corsé—. ¡Y tenía sólo seis años más que yo!... ¡Uh-uh-uh! —ululó ella con un alarido que ya no era aristocrático, sino propio de una mujerona del pueblo llano, mientras que

Dolgoruki perdía su entereza a ojos vista.

—Usted, palomito... —El príncipe se dirigió a Fandorin por encima de la nuca castaña de Zinaida Dimitrievna con la voz gangosa propia de la emoción—. Usted..., ande y váyase. Yo me quedaré aquí un rato. Váyase con Frol, váyase. Ya volverá después la carroza a por mí. Hable con Evgueni Osipovich. Tomen una decisión entre los dos. Ya ve qué situación...

Durante todo el camino de vuelta, Frol Grigorich se estuvo quejando de los intrigantes (a los que llamaba «antrigantes») y los dilapidadores de la hacienda pública.

—¡Porque ya ve qué hacen esos monstruos! ¡Cada pulgón se las apaña para arrancar su bocado! Que un comerciante quiere abrir una tienda de pantalones de pana, pongamos por caso. ¿Hay algo más simple que eso? Pues a pagar el impuesto municipal de quince rublos y a comerciar. ¡Ah, pero no! ¡Antes tiene que sobornar al guardia del barrio, al recaudador de impuestos, al inspector sanitario!... ¡Y todo sin contar con Hacienda! De esa manera, si iba a vender los pantalones al bonito precio de un rublo y cincuenta kopecs, al final se ponen en los tres rublos. Esto no es Moscú, sino una verdadera jungla.

—¿Cómo dice? —se extrañó Fandorin.

—La jungla. ¡Una fiera detrás de otra! O tomemos como ejemplo el vodka. ¡Ah, señor, lo del vodka es una auténtica tragedia! Si yo le contara...

Y a continuación se sucedió una dramática historia sobre cómo los comerciantes, violando todas las leyes divinas y humanas habidas y por haber, compraban a los recaudadores de impuestos los sellos de timbre, a un kopec la pieza, los pegaban en botellas que contenían vodka de matarratas, y luego las vendían como si fueran producto estatal. Erast Petrovich no sabía qué responder, pero, por suerte, no parecía que su participación fuera necesaria.

Cuando la carroza, traqueteando sobre el adoquinado, se acercaba ya a la puerta principal de la residencia del gobernador, Viedishev cortó por lo sano su filípica:

—Vaya enseguida al despacho. El jefe de la policía estará impaciente. Yo me dedicaré a mis tareas. —Y con una agilidad de piernas que no se adecuaba ni a sus años ni a sus pomposas patillas, desapareció rápidamente por un pasillo lateral hacia vaya usted a saber dónde.

La conversación cara a cara resultó productiva, de profesionales. Fandorin y Karachentsev se comprendían al vuelo y eso caldeaba el ánimo de ambos.

El general se acomodó en un sillón junto a la ventana y Erast Petrovich frente a él, en una silla de terciopelo.

—Si le parece bien, le hablaré primero sobre herr Knabe —comenzó Evgueni Osipovich, que, pese a que tenía su carpeta a mano, no la hojeó hasta pasado un buen rato—. Conozco perfectamente a ese sujeto, pero yo no quería, delante de todos... —

Torció elocuentemente los labios y Fandorin comprendió que la alusión se dirigía hacia Jurtinski. El general palmeó la carpeta—. Guardo aquí una circular secreta redactada el año pasado. El departamento, la secretaría de la Tercera Sección, que, como bien sabe, se encarga de todos los casos políticos, me ordenó establecer vigilancia sobre Hans-Georg Knabe. Para tenerlo controlado. —Erast Petrovich ladeó la cabeza con aire inquisitivo—. Es un espía —aclaró el jefe de la policía—. Capitán del Estado Mayor alemán, según la información de que disponemos. El responsable de la red de espías del káiser en Moscú. Como sabía todo eso, me creí su relato de inmediato y a pies juntillas.

—¿Y naturalmente no lo detiene porque es mejor un espía identificado que otro sin identificar? —quiso precisar más que preguntar el consejero titular.

—¡Exacto! Y porque también tenemos que respetar las reglas de conveniencia diplomática. Suponga que lo detengo y lo expulso del país. ¿Y qué? Pues que los alemanes expulsarían a uno de los nuestros. ¿Y qué necesidad hay de eso? No se debe molestar a los agentes residentes sin una orden concreta al respecto. Pero este caso sobrepasa todos los límites de la caballerosidad.

Erast Petrovich se sonrió a su pesar al oír el *understatement* del jefe de la policía.

—Sí, por decirlo en palabras finas.

El general también sonrió.

—Así que a herr Knabe le vamos a echar el guante. La cuestión es cuándo y dónde. —La sonrisa de Evgueni Osipovich se hizo más amplia—. Soy partidario de que sea esta tarde, en el restaurante La Rosa Alpina. Según los datos que obran en mi poder —y de nuevo palmeó la carpeta—, Knabe suele ir allí por las tardes. Hoy también ha telefoneado para reservar mesa a las siete. Por razones que desconozco, ha hecho la reserva a nombre de un tal Rosenberg, a pesar de que en el restaurante, como usted comprenderá, lo conocen perfectamente.

—¡Interesante! —opinó Fandorin—. En verdad, hay que capturarlo.

El general asintió con la cabeza.

—Tengo la orden de arresto del gobernador general. Me limito a actuar como un soldado: la superioridad lo ordena y hay que obedecer.

—¿Y cómo sabe que Knabe ha te-telefoneado para reservar mesa con nombre falso? —inquirió Erast Petrovich tras meditar un instante.

—El progreso técnico. —Los ojos de Karachentsev sonrieron con picardía—. Las conversaciones telefónicas se pueden escuchar desde comisaría. Pero que eso quede rigurosamente entre nosotros. Si se supiera, perderíamos la mitad de la información. Por cierto, su amiga Wanda también actuará esta noche en La Rosa. Le ordenó al portero que le buscara un coche a eso de las seis. Esperamos un encuentro interesante. Lo ideal sería detener a los dos pichoncitos juntos. La cuestión es: ¿cómo hacerlo?

—Con decisión, pero sin meter la pa-pata.

El jefe de la policía suspiró y repuso:

—Mis muchachos tienen decisión más que de sobra. Pero de pata andamos peor.

Erast Petrovich comenzó a hablar con medias frases:

—¿Y si lo hiciera yo? ¿A título individual? De esa manera..., no habría conflictos diplomáticos. Los suyos sólo estarían allí para mayor seguridad, ¿eh? Pero eso sí, excelencia, sin ir cada uno por su lado, como ayer en el Inglaterra.

«¡Que el diablo me lleve si trabajar contigo no es un placer!», pensó para sí el general, pero lo que dijo en voz alta fue esto otro:

—Pido disculpas por lo de ayer. No volverá a repetirse. Y por lo que a hoy se refiere... ¿Dos en la calle, dos en la sala? ¿Cómo lo ve?

—En la sala no hace falta nadie: un espía profesional siempre los reconoce —respondió con firmeza el consejero titular—. Y en la calle, uno en una calesa junto a la puerta principal, y otro en la puerta trasera. Por si acaso. Con eso creo que será suficiente. A fin de cuentas, no es un terrorista, sino un espía.

—¿Y cuál es su plan?

—La verdad es que no lo sé. Dependerá de la situación. Veré el ambiente, comprobaré el terreno. No me gusta hacer planes.

—Comprendo —dijo el general con un movimiento afirmativo de cabeza—. Confío plenamente en su criterio. ¿Dispone de armas? El señor Knabe está en una situación desesperada. De la expulsión esta vez no hay quien lo libre, y si ocurre algo, sus jefes no darán la cara por él. Si bien no es un terrorista, puede reaccionar con nerviosismo.

Erast Petrovich metió la mano en algún recoveco situado bajo la levita y un segundo después apareció en su mano un revólver pequeño y ligero, con la culata rugosa y desgastada por el uso.

—¿Una Herstal Agent? —le preguntó Evgueni Osipovich con admiración—. Una maravillosa miniatura. ¿Me permite echarle un vistazo? —El general cogió el revólver, abrió con pericia el tambor y chasqueó la lengua—. ¿Automática? ¡Qué preciosidad! Pero ¡si es capaz de disparar las seis balas una detrás de otra! ¿Y no le parece endeble el mecanismo de disparo?

—Ahí tiene ese botoncito: es el seguro —le mostró Fandorin—. Eso evita que se le dispare a uno en el bolsillo. Naturalmente, la precisión deja que desear, pero en nuestro trabajo lo importante es la rapidez de disparo. No tenemos por qué matar a una liebre de un tiro en el ojo.

—Tiene toda la razón —convino Evgueni Osipovich antes de devolverle el arma—. Pero ¿y si ella lo reconoce? Me refiero a Wanda.

—No se pre-occupe por mí, excelencia. Poseo toda una colección de disfraces. No me reconocerá.

Completamente satisfecho, Karachentsev se retrepó en el sillón. Aunque la conversación parecía ya agotada en su vertiente profesional, no tenía ninguna prisa en darla por cerrada. El general ofreció un puro a su interlocutor, mas este sacó los suyos de un precioso estuche de ante.

—Un Batavia auténtico, Evgueni Osipovich. ¿No quiere uno?

El jefe de la policía cogió un palito delgado de color chocolate, lo prendió y exhaló con placer un hilo de humo. Ciertamente, al general le caía bien el señor Fandorin, así que tomó la decisión final de llevar la conversación hacia un terreno delicado.

—Es usted un recién llegado a nuestras junglas moscovitas... —comenzó con cautela.

«Otro que habla de junglas», se sorprendió Erast Petrovich para sus adentros, aunque sin dejarlo entrever. Sólo dijo:

—Sí, y también a las rusas.

—A eso iba. Mientras usted viajaba, por aquí han cambiado muchas cosas... — Fandorin esperó la continuación con una sonrisa cortés: a juzgar por aquellas palabras, la conversación no prometía ser nada baladí—. ¿Qué opinión le merece nuestro Volodia *Gran Mortaja*? —le preguntó de repente el jefe de la policía.

Después de vacilar un segundo, Erast Petrovich respondió:

—A mi parecer, su excelencia no es tan simple como aparenta.

—¡Ay! —El general expulsó impetuosamente hacia arriba un espeso chorro de humo—. En su tiempo el príncipe fue un hombre complejo, diría incluso que muy complejo. No es fácil dirigir durante dieciséis años la ciudad madre de todas las Rusias con mano de hierro. Pero los dientes del viejo lobo se han debilitado. Y no debe sorprendernos: ya tiene más de setenta años. Está envejecido, ha perdido garra. —Evgueni Osipovich se inclinó hacia delante y bajó la voz en tono confidencial—. Está viviendo sus últimos días. Usted mismo ha visto a esos dos «pompadores»: Jurtinski y Viedishev hacen con él lo que quieren. ¡Y esa cacareada catedral! Ha chupado todos los jugos de la ciudad. ¿Y para qué?, nos podemos preguntar. ¡Cuántos asilos y hospitales se habrían podido construir con ese dinero! No, pero a toda costa nuestro Keops redivivo desea dejar una pirámide tras de sí. —Erast Petrovich escuchaba con atención, aunque sin abrir la boca—. Comprendo que usted no quiera opinar sobre este asunto —añadió Karachentsev retrepándose de nuevo en el sillón—. Pero escuche a este hombre que siente por usted una sincera simpatía. No le oculto que en la corte no están satisfechos con Dolgoruki. El mínimo error por su parte... y se acabó. A Niza, a descansar. Y cuando eso ocurra, Erast Petrovich, toda su camarilla moscovita se irá al traste. Llegará un hombre nuevo, con otros principios. Y traerá consigo a sus hombres. Su gente, los suyos ya están aquí. Preparando el camino.

—¿Por ejemplo, usted?

Evgueni Osipovich guiñó los ojos en señal de asentimiento.

—Coge usted las palabras al vuelo, así que no le diré más. Creo que ya tiene claro el sentido de mi propuesta.

«Y tan cierto que esto no es la ciudad madre de todas las Rusias, sino una jungla —pensó Erast Petrovich mirando los ojos del pelirrojo jefe de la policía, que

rezumaban aprecio—. Un hombre inteligente y honesto, eso se ve a distancia». El consejero titular le sonrió afectuosamente y abrió los brazos.

—Valoro su confianza y me siento adulado por ella. Quizá a Moscú le vaya mejor con un nuevo gobernador. Con respecto a lo demás, no me atrevo a opinar, pues desconozco completamente los problemas de la ciudad. Excelencia, he vivido cuatro años en el Japón y, ¿sabe usted?, me he niponizado por completo: a veces hasta yo mismo me sorprendo. Los samuráis japoneses, y usted y yo, según sus parámetros, somos samuráis, deben guardar fidelidad a su señor por muy despreciable que este sea. No podría ser de otro modo, porque todo su sistema se desplomaría. No se puede decir que Vladimir Andreevich sea mi señor en sentido estricto, pero yo no puedo sentirme libre de mis obligaciones para con él. Por eso le ruego que me dispense.

—Pues es una lástima, eso es todo lo que puedo decir —suspiró el general al comprobar que sería inútil tratar de persuadirlo—. Podría tener usted un gran futuro, pero no importa. Quizá lo tenga a pesar de todo. Al menos, siempre podrá usted contar con mi apoyo. ¿Puedo confiar en que esta conversación quede entre nosotros?

—Sí —respondió lacónicamente el consejero titular, y Karachentsev lo creyó al instante.

—Bien, ya es hora —dijo levantándose—. Daré las órdenes oportunas para la operación de La Rosa. Le escogeré a los agentes más avisados. Y, por lo que respecta a usted...

Salieron juntos del despacho del gobernador, acordando mientras caminaban los últimos detalles de la inminente operación. Un segundo después se abrió una portezuela situada en un rincón, la puerta que conducía a la habitación de descanso donde al príncipe le gustaba sestear después del almuerzo. Por ella, caminando silenciosamente sobre unas pantuflas de fieltro, Frol Grigorich Viedishev entró en la estancia con sus espesas cejas canosas fruncidas en un gesto severo. El ayuda de cámara del príncipe se acercó al sillón en que minutos antes se había sentado el jefe de la policía y, con violencia, comenzó a escupir una parda saliva de tabaco directamente sobre el asiento de piel.

Capítulo Sexto

En el que una mujer de negro entra en escena

A Erast Petrovich lo aguardaba una sorpresa en el hotel. Cuando el joven se aproximaba a su habitación, la número veinte, la puerta se abrió de pronto y una corpulenta camarera salió corriendo en la misma dirección por la que llegaba el inquilino. Fandorin no logró ver su cara porque la llevaba vuelta hacia atrás, pero ciertos detalles significativos no escaparon a la atención de una persona tan observadora como el consejero titular: llevaba el delantal puesto al revés, la cofia de encaje caída hacia un lado y el vestido abotonado en los ojales que no correspondían. Masa apareció satisfecho en el umbral de la puerta y nada turbado por el inesperado regreso de su amo.

—Las mujeres rusas son exquisitas —proclamó el criado con profunda convicción—. Antes ya me lo figuraba, pero ahora lo digo con conocimiento de causa.

—¿Con conocimiento de causa? —preguntó curioso Fandorin mientras contemplaba la reluciente fisonomía del japonés.

—Sí, mi señor. Son ardientes y no exigen regalos a cambio de su amor. No como las naturales de la ciudad francesa de París.

—Pero ¡si no sabes ruso! —repuso Erast Petrovich sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo has podido declararte a ella?

—Tampoco sabía francés. Sin embargo, para declararse a una mujer no hacen falta las palabras —sentó cátedra Masa con gesto altanero—. Lo que importa es la respiración y la mirada. Si respiras rápido y haciendo ruido, la mujer comprende que estás enamorado de ella. Y con los ojos se hace esto. —Entornó sus ya de por sí pequeños ojos, que, sorprendentemente, parecieron echar chispas. Fandorin no pudo menos que emitir una exclamación de asombro—. Después sólo resta cortejarla un poquito, y la mujer ya no se puede resistir.

—¿Y cómo la has cortejado tú?

—Señor, cada mujer exige su método. A las delgadas les gustan los dulces, y a las gordas, las flores. A esa fabulosa mujer que ha salido corriendo al escuchar sus pasos, le he regalado un ramo de magnolias y luego le he dado un masaje en el cuello.

—¿Dónde has encontrado las magnolias?

—Allí. —Masa señaló escaleras abajo—. Crecen en tiestos.

—¿Y qué pinta aquí un masaje de cuello?

El criado contempló a su patrón con aire conmisericordioso y respondió:

—Al masaje de cuello le sigue un masaje de hombros, luego un masaje de espalda, luego...

—Está claro —suspiró Erast Petrovich—. No tienes por qué seguir. Anda, mejor

será que me traigas el pequeño baúl con los accesorios de maquillaje.

Masa se animó.

—¿Tenemos función?

—«Tenemos» no, «tengo». Y mira tú por dónde: esta mañana no he dispuesto del tiempo necesario para hacer mi gimnasia y ahora necesito estar en forma.

El japonés comenzó a despojarse de la bata de algodón que habitualmente llevaba en casa.

—Señor, ¿corremos un poco por el techo o hacemos lucha otra vez? Mejor el techo. Mire, aquí hay una pared idónea.

Fandorin examinó la pared decorada con papel pintado y el techo de molduras y manifestó sus dudas:

—Demasiado alta. Por los menos doce *shaku*. Pero bueno, por probar...

Masa esperaba de pie, con una cinta de tela en la cadera como única vestimenta. En la frente llevaba anudado un trapo blanco y limpio sobre el que había escrito el ideograma de «fervor» con tinta roja. Por su parte, Erast Petrovich se enfundó unos leotardos cortos, elásticos y decorados a rayas horizontales, y luego se calzó unas zapatillas de caucho. Después de dar algunos saltos de calentamiento, se puso en cuclillas y dio la señal.

—*Ichi, ni, san!*

Los dos echaron a correr al mismo tiempo pared arriba, y poco antes de llegar al techo se separaron de ella. Tras dar una voltereta en el aire, aterrizaron sobre sus pies.

—Señor, yo he llegado más arriba. Mire, justo hasta esa rosa de ahí. Usted se ha quedado dos rosas más abajo —se jactó Masa mientras señalaba el papel de la pared.

Fandorin dio la callada por respuesta y después se limitó a gritar de nuevo:

—*Ichi, ni, san!*

Repitieron el vertiginoso ejercicio, pero esta vez el criado, luego de hacer una cabriola, tocó el techo con un pie.

—¡He llegado y usted no! —anunció—. Y eso, señor, pese a que usted tiene las piernas mucho más largas que yo.

—Estás hecho de goma —farfulló Fandorin ligeramente sofocado—. Bueno, luchemos entonces un poco.

El japonés saludó inclinando la cabeza a la altura de la cintura y, como con desgana, se colocó en posición de combate: las piernas dobladas por las rodillas, los brazos distendidos, los pies abiertos hacia fuera...

Erast Petrovich saltó hacia delante, giró en el aire y, con la punta de la zapatilla, le asestó a su contrincante, que no había tenido tiempo de volverse, un fuerte golpe en la coronilla.

—¡Primer golpe marcado! —gritó—. ¡Vamos!

Masa hizo una maniobra de distracción —se desanudó el trapo blanco de la frente y lo arrojó a un lado—, y mientras la mirada de Fandorin seguía involuntariamente la trayectoria de la tela, el criado lanzó un grito gutural, rodó por el suelo como una

pelota y trató de derribar a su amo con una patada en el tobillo. Sin embargo, Erast Petrovich no sólo se las arregló para saltar hacia atrás en el último momento, sino que además pudo propinar un ligero golpe con el borde de la mano en la oreja de su pequeño contrincante.

—¡Segundo golpe marcado!

El japonés se puso en pie con agilidad y comenzó a desplazarse a pasos cortos por la habitación dibujando un semicírculo. Fandorin giraba lentamente, manteniendo las manos a la altura de la cintura con las palmas hacia arriba.

—¡Ah, señor, me había olvidado por completo! —dijo Masa sin dejar de moverse—. No tengo perdón. Una mujer vino a verlo hace una hora. Toda vestida de negro.

Erast Petrovich bajó los brazos.

—¿Qué mujer?

Y justo en ese momento recibió una patada en el pecho que lo hizo volar contra la pared. Masa exclamó alborozado:

—¡Primer golpe marcado!... Una mujer fea, entrada en años. Toda la ropa que vestía era de color negro. Como no entendía lo que quería, se ha marchado.

Fandorin se levantó friccionándose el pecho contuso.

—Ya es hora de que vayas aprendiendo ruso. Mientras esté fuera, coge el diccionario que te regalé y apréndete ochenta palabras.

—¡Cuarenta serán más que suficientes! —se rebeló Masa—. ¡Se está vengando de mí! Además, hoy ya he aprendido dos palabras: *miloshka*, que significa «honorable señor», y *kitainik*, que significa «japonés»^[2].

—Ya me imagino quién te las ha enseñado. Pero ¡a mí ni se te ocurra llamarme «miloshka»!... He dicho ochenta palabras, ochenta. Así aprenderás a pelear de manera más honesta la próxima vez.

Erast Petrovich se sentó delante del espejo y comenzó a maquillarse.

Examinó varias pelucas y finalmente eligió una castaño oscuro, de corte redondo y parejo, con la raya bien marcada en el centro. Luego enrolló sus ensortijados bigotes negros y pegó encima otros más frondosos y de tono más claro. En el mentón se fijó una tupida barba en forma de escoba. Después se tiñó las cejas con un color a juego. Las movió para un lado y para el otro, hizo mohines con los labios, amortiguó el brillo de sus ojos, apagó el colorete de sus mejillas, se repantigó en la silla y de pronto, como por encanto de una varita mágica, se transformó en la viva imagen de un insolente comerciante del mercado de Ojotni Riad.

Pasadas las siete de la tarde, un carruaje de lujo se aproximó al restaurante alemán La Rosa Alpina, situado en el barrio de Santa Sofía: se trataba de una calesa barnizada, instalada sobre ballestas de acero y tirada por un par de caballos negros de crines trenzadas con cintas bermejas, que tenía los radios de las ruedas pintados en ocre. El cochero no sólo lanzó un grito atronador para detener a los animales, sino que además

agitó el látigo de manera insolente.

—¡Despiértese, señoría, hemos llegado! ¡Un viaje magnífico!

Atrás, retrepado en el asiento de terciopelo, roncaba el pasajero: un joven comerciante vestido con levita azul de grandes faldones, chaleco carmesí y botas de color oscuro. En la cabeza del juerguista se ladeaba, imponente, un brillante sombrero de copa.

El comerciante entreabrió sus soñolientos ojos y soltó una especie de hipido:

—¿A-Adónde?

—Adonde ordenó su señoría. Ahí está La Rosa.

Había varios carruajes aparcados en fila en las inmediaciones del restaurante, famoso en todo Moscú. Los otros cocheros miraron con disgusto a su ruidoso colega: con sus gritos y su restallar de látigo asustaba a los caballos ajenos. Un joven calesero de rostro afeitado y nervudo que llevaba un lustroso abrigo de cuero se acercó al alborotador y comenzó a reprenderlo en tono severo.

—¿Qué haces con el látigo? ¡Esto no es una feria de gitanos! ¡Ya que estás aquí, podrías comportarte como todos los demás! —Y añadió en voz baja—: ¡Márchate, Sinielnikov! Ya lo has traído, así que vete, basta de lucimientos. Yo tengo aquí otro coche. Y dile a Evgueni Osipovich que todo marcha de acuerdo con el plan.

El comerciante saltó a la acera, se tambaleó, le dedicó un gesto de la mano al cochero y le dijo:

—¡Arrea! Pasaré toda la noche aquí.

El cochero hizo restallar el látigo y, silbando como un rufián, salió al galope, mientras que el libertino de Ojotni Riad daba varios pasos inseguros y trastabillaba. El cochero afeitado, que estaba a su lado, lo cogió por el codo.

—Yo lo ayudaré, señor. Si no, puede tropezar. —Asiéndolo suavemente, le susurró luego a toda prisa—: Agente Kliuev, nobilísimo señor. Ahí está mi carruaje, el del caballo alazán. Esperaré en el pescante. En la puerta trasera está el agente Nieznamov. Finge ser afilador, lleva un delantal de hule. El objetivo ha llegado hace diez minutos. Lleva una barba roja postiza. Un fulano con muchos tics. Y va armado: lleva demasiado abultada la axila. Su excelencia me ordenó que le entregara esto.

Ya en la puerta, el «cochero» introdujo hábilmente una hoja con ocho pliegues en el bolsillo del comerciante y, tras quitarse la gorra, se inclinó servilmente, aunque no recibió ninguna propina, razón por la cual, cuando la puerta se le cerró en las narices, graznó muy enojado. Saludado por un coro de burlas («¿Qué, listillo, le has sacado una moneda de veinte kopecs?»), regresó lentamente hacia su calesa y, con aire abatido, subió al pescante.

En líneas generales, el restaurante La Rosa Alpina pasaba por ser un local decente y a la europea. Al menos durante el día. En la hora del desayuno y el almuerzo solían acudir a él moscovitas de origen alemán, comerciantes o militares. Comían manitas de cerdo con col, bebían auténtica cerveza bávara y leían los periódicos de Berlín, Viena o Riga. Pero al atardecer los aburridos bebedores de cerveza se iban a sus casas

a cerrar balances en los libros de cuentas, a cenar y a meterse en la cama con la luz del sol aún por los tejados, y entonces por La Rosa comenzaba a dejarse caer un público más divertido y rumboso. Con todo, predominaban los extranjeros, aquellos de costumbres más relajadas que, además, preferían divertirse no a la rusa, sino a la europea, sin desaliño ni gritos de borracho. La mayoría de los rusos que se asomaban por allí lo hacían por curiosidad y, de un tiempo a esa parte, también para oír cantar a mademoiselle Wanda.

El comerciante de Ojotni Riad se detuvo en el vestíbulo, cubierto de mármol blanco. Soltó un hipido, echó un vistazo a las columnas y a la alfombrada escalera, le arrojó al lacayo su deslumbrante sombrero de copa y le dedicó unas señas al *maître d'hôtel*.

Lo primero que hizo fue meterle un billetito en el bolsillo. Luego exigió entre regüeldos de coñac:

—Tú, alemán-pimiento-salchicha, me vas a dar una mesa, y que no sea de esas perdidas que nadie quiere ocupar durante el espectáculo, sino una que me guste.

—Señor, hay mucha gente... —comenzó el *maître d'hôtel* abriendo los brazos para allanar una disculpa. Aunque fuera alemán, hablaba el ruso como un auténtico moscovita.

—¡O me la das —lo amenazó el comerciante con el índice— o te monto un numerito! A todo esto..., ¿dónde tenéis el retrete?

El *maître d'hôtel* llamó con el dedo a un sirviente que se encargó de conducir con todo respeto al escandaloso caballero hasta el cuarto de baño, cuya fontanería era el último grito de la técnica europea: evacuatorios de porcelana, desagües y lavabos con espejos.

Pero el comerciante no pareció prestar ningún interés a las innovaciones alemanas; antes bien, después de ordenarle al lacayo que lo esperara fuera, sacó la hoja doblada del bolsillo y, arrugando el entrecejo con aire concentrado, se puso a leer.

Era la transcripción de una conversación telefónica.

2 horas 17 minutos de la tarde. Abonado 1: de sexo masculino. Abonado 2: de sexo femenino.

A1: Señorita, póngame con el número setecientos sesenta y dos... ¿El Inglaterra? Soy Georg Knabe. Le ruego que llame a la señorita Wanda al aparato.

Voz: (*Sexo no determinado*). Un momento, señor.

A2: Wanda al aparato. ¿Quién es?

A1: (*Anotación al margen: «A partir de ahora, todo en alemán.»*) Soy yo. Se trata de algo urgente. Muy importante. Dígame sólo una cosa, ¿hizo algo? Usted comprende a qué me refiero. ¿Lo hizo o no? ¡Dígame la verdad, se lo ruego!

A2: (*Después de una larga pausa*). No hice eso a lo que usted se refiere. Todo sucedió solo. Pero ¿qué le pasa? Tiene una voz...

A1: ¿No, de verdad que no lo hizo? ¡Ah, gracias a Dios! No se puede imaginar en qué estado me encuentro. Esto es una pesadilla.

A2: Me alegro mucho. (*Una frase incomprensible*).

A1: No bromeo. ¡Todos me han vuelto la espalda! En lugar de elogios por mi iniciativa, ¡únicamente recibo sucia ingratitud! E incluso algo peor. Puede ocurrir que el suceso que usted conoce no aleje el conflicto, sino, al contrario, que lo acerque. Pero ¿de veras que no hizo nada?

A2: Ya le he dicho que no.

A1: ¿Y dónde está la ampolla?

A2: Aquí, en mi habitación. Y sellada, como me la entregó.

A1: Tengo que ir a recogerla. Ahora mismo.

A2: Hoy canto en el restaurante y no podré salir. Ya he faltado dos noches.

A1: Lo sé. Estaré allí. Ya he reservado mesa. A las siete. No se sorprenda: iré disfrazado. Hay que actuar en secreto. Llévese la ampolla. Y otra cosa más, fraulein Wanda: se está tomando usted demasiadas licencias en estos últimos tiempos. Sepa que no soy de esos a los que se puede gastar bromas.

(A2, sin responder, cuelga el teléfono).

Mecanografió y tradujo del alemán: Yuli Schmidt.

Debajo, con inclinado trazo militar, había una posdata:

«¿No querrá quitarla de en medio, asustado como está, eh? E. O.».

El hombre salió del baño visiblemente más fresco. Acompañado por el *maître d'hôtel*, entró en la sala. Con mirada turbia recorrió las mesas, cubiertas por manteles de una blancura imposible y envueltas completamente en el resplandor de la plata y el cristal. Escupió en el brillante suelo de parqué (el *maître d'hôtel* sintió un estremecimiento) y por fin señaló con el dedo una mesa (gracias a Dios, estaba libre) situada junto a la pared. A la izquierda había dos estudiantes adinerados en compañía de unas modistas bastante bebidas que se reían a más no poder, y, a la derecha, un señor de barba rojiza con una chaqueta a cuadros. Estaba sentado, miraba el escenario y bebía a sorbitos su vino del Mosela.

Si no hubiese mediado la advertencia del agente Kliuev, Fandorin de ningún modo habría reconocido a herr Knabe. También él era un maestro del transformismo. Y cómo no iba a serlo; en aquella profesión no era nada sorprendente.

De pronto en la sala comenzaron a aplaudir de forma descompasada pero entusiasta. En el escenario, de baja altura, apareció Wanda: delgada, impetuosa, como

una serpiente mágica con aquel vestido suyo que emanaba destellos cambiantes.

—Un saco de huesos, no hay nada que ver —refunfuñó la modista regordeta de la mesa de al lado, ofendida porque los dos estudiantes observaban a la cantante con los ojos abiertos como platos.

Wanda abarcó la sala con sus brillantes ojazos y, sin palabras de presentación ni introducción musical, comenzó a cantar con voz queda. El pianista acompañante cogió a destiempo la melodía y se puso a trenzar una labor de encaje alrededor de aquella grave voz que penetraba hasta el mismo corazón.

*En un lejano cruce de caminos
enterrado está en la arena el cuerpo del suicida;
crece sobre él una florecilla azul,
la flor del que se quitó la vida...*

*Allí estaba yo, suspirando... Envuelta
en frío y sueño la noche infinita.
Y bajo la luna se movía suavemente
la flor del que se quitó la vida.*

Extraño repertorio para un restaurante, pensó Fandorin, escuchando atentamente la letra de la canción, cantada en alemán. ¿No era una poesía de Heine, acaso?

En la sala se hizo un gran silencio y luego todos rompieron a aplaudir al unísono; incluso la celosa modistilla gritó: «¡Bravo!». De repente, Erast Petrovich cayó en la cuenta de que había olvidado su papel interpretativo, aunque, al parecer, nadie había advertido aquella seria expresión que tan intempestivamente había aparecido en el ebrio rostro del comerciante de Ojotni Riad. En cualquier caso, el hombre de la barba rojiza que se sentaba a la mesa de la derecha no había apartado la mirada del escenario.

Aún sonaban los últimos acordes de la triste balada cuando Wanda comenzó a chasquear los dedos imponiendo un ritmo más vivo. El pianista, zarandeando su greñuda melena, descargó los diez dedos sobre el teclado y el público comenzó a balancearse en las sillas al son de una desenfadada *chansonnette* parisina.

Un caballero ruso, un industrial a juzgar por su aspecto, hizo una extraña maniobra: llamó a la florista, cogió del canastillo un ramito de pensamientos y, rodeándolo con un billete de cien rublos, se lo envió a Wanda. Esta, sin dejar de cantar, olió el ramo y ordenó que lo devolvieran junto con el billete. El industrial, que hasta entonces había mantenido una pose de monarca, se arrugó a ojos vista y se bebió de un trago dos copas rebosantes de vodka. Por alguna razón algunos de los presentes le lanzaron miradas de burla.

Erast Petrovich ya no se olvidó más de su papel. Así que se puso a hacer el tonto: escanció champaña en una taza de té, de ahí lo derramó en el platillo y luego,

inflando los carrillos, comenzó a sorberlo, en pequeña cantidad para no emborracharse, pero con mucho ruido. Después ordenó al camarero que le sirviera más champaña («Pero no champaña de garrafón, sino uno auténtico, un Moët») y que le asaran un lechón. El lechón tenía que estar obligatoriamente vivo y debían llevárselo para que él lo viera («¡Que os conozco, alemanuchos, vosotros sois capaces de colocarme carne del congelador!»). Fandorin calculaba que emplearían cierto tiempo en buscar un lechón vivo, y para entonces la situación ya se habría resuelto de un modo u otro.

El disfrazado Knabe dirigió una mirada de disgusto a su ruidoso vecino, aunque no mostró mayor interés. El agente sacó cuatro veces su reloj suizo, marca Breguet; era evidente que estaba nervioso. A las ocho menos cinco, Wanda anunció que cantaría su última canción antes del descanso y comenzó a entonar una sentimental balada irlandesa sobre Molly, una muchacha que no llegó a ver el regreso de su amado de la guerra. Alguien en la sala comenzó a enjugarse las lágrimas.

«Ahora terminará de cantar y se sentará con Knabe», pensó Fandorin, y se preparó para ello: apoyó la frente en un codo, como si se hubiera desmayado, pero antes apartó de la oreja derecha un mechón de pelo que le molestaba, y luego, aplicando las enseñanzas de la concentración mental, desconectó todos sus sentidos, a excepción del oído. Por así decir, todo su ser se convirtió en su oreja derecha. En ese momento la canción de Wanda parecía llegar de muy lejos, pero el más mínimo movimiento de herr Knabe, sin embargo, resonaba con especial claridad. El alemán estaba inquieto: hacía rechinar la silla y arrastraba los pies, y a continuación, de pronto, se puso a zapatear con los tacones. Para evitar sorpresas, Erast Petrovich volvió la cabeza y entreabrió los ojos... ¡justo a tiempo de comprobar que el de las barbas rojas se deslizaba sigilosamente por una puerta lateral! En la sala estallaron los aplausos.

—¡Divina! —gritó emocionado uno de los estudiantes. Las modistillas aplaudían con fuerza.

Al consejero titular no le gustó nada aquella silenciosa retirada de herr Knabe. Si esa decisión se combinaba con el disfraz y el falso apellido, la conducta del alemán resultaba alarmante.

De modo que el comerciante beodo se levantó bruscamente tirando su silla al suelo y, en tono confidencial, confesó al bullicioso grupo de la mesa vecina:

—¡Uf, qué ganas tan grandes de aliviarme me han entrado! —Y, bamboleándose ligeramente, echó a andar hacia la salida lateral.

—¡Señor! —El camarero se le acercó volando desde atrás—. El cuarto de baño no está en esa dirección.

—¡Largo! —gritó el bárbaro, que lo apartó de un empujón sin girarse siquiera—. Yo me alivio donde me da la gana.

Asustado, el camarero se quedó inmóvil mientras el comerciante seguía hacia delante a grandes zancadas. ¡Ah, aquello no olía bien! Debía apresurarse. Wanda ya

había salido de escena y desaparecido entre bastidores.

Justo en la puerta tropezó con un nuevo obstáculo. Al encuentro del caprichoso cliente llevaban un lechón que gruñía desesperadamente.

—¡Aquí lo tiene! ¡Como usted ha pedido! —El sofocado cocinero mostró orgulloso su trofeo—. Vivito y coleando. ¿Da su permiso para asarlo?

Erast Petrovich miró los ojitos sonrosados rebosantes de terror del cochinito y de pronto sintió lástima por aquella pobre criatura, nacida sólo para contentar la barriga de algún tragaldabas.

El comerciante aulló:

—¡Qué pequeñito todavía! ¡Deje que engorde sus mantecas!

Descorazonado, el cocinero apretó al artiodáctilo contra su pecho, mientras aquel déspota, golpeándose contra la jamba de la puerta, entraba trastabillando en el corredor.

«Bien —pensó febrilmente Fandorin—, si el vestíbulo está ahí, a la derecha, el servicio y el camerino de Wanda deben de quedar a la izquierda».

Y a toda carrera se lanzó por el pasillo. De repente se escuchó un grito y ruido como de trifulca detrás del recodo, en un hueco en penumbra.

Erast Petrovich se abalanzó impetuosamente hacia el lugar de donde procedía el alboroto y entonces vio cómo el hombre de la barba roja cogía a Wanda por la espalda, le tapaba la boca con una mano y acercaba una fina hoja de metal a la garganta de la cantante.

Aunque Wanda había aferrado con ambas manos la muñeca de él, ancha y cubierta de vello rojizo, la distancia entre el puñal y su delicado cuello iba reduciéndose drásticamente.

—¡Alto! ¡Policía! —gritó Fandorin con voz enronquecida por la angustia, a lo que herr Knabe, mostrando una rapidez de reflejos fuera de lo común, reaccionó empujando a la forcejeante Wanda contra Erast Petrovich.

El consejero titular abrazó instintivamente a la señorita por sus frágiles hombros, mientras ella, temblando de pies a cabeza, se agarró a su salvador con el abrazo de la desesperación. Por el contrario, el alemán esquivó a los dos con un par de saltos y echó a volar pasillo adelante, mientras rebuscaba algo en una axila en plena carrera. Fandorin advirtió que la mano del fugitivo aparecía de nuevo con un objeto negro y pesado. Apenas tuvo tiempo de tirar a Wanda al suelo, donde casi la aplastó con su cuerpo. Un segundo más y la bala los habría atravesado a los dos. Por un instante, el consejero titular ensordeció por el fragor que invadió por completo aquel estrecho pasillo. Wanda soltó un grito y se acurrucó debajo del joven.

—¡Soy yo, Fandorin! —resolló él mientras trataba de levantarse—. ¡Suélteme!

Quiso ponerse de pie de un salto, pero Wanda, tirada en el suelo, lo agarró con fuerza del tobillo mientras sollozaba histéricamente.

—¿Por qué lo ha hecho, por qué? ¡Ay, no me abandone!

El joven intentó retirar el pie, mas era una empresa inútil: la cantante se había

aferrado a él y no lo soltaba. Entonces Erast Petrovich dijo con voz deliberadamente tranquila:

—Usted sabe perfectamente por qué. ¡Dé gracias a Dios por haberse librado!

Con delicadeza, pero también con firmeza, aflojó los dedos y se lanzó en persecución del espía. No importaba, en la puerta estaba Kliuev. Era un policía listo y no lo dejaría escapar. Lo cogería de todas maneras.

Sin embargo, cuando Fandorin cruzó las puertas del restaurante y salió al malecón del río, vio que la situación estaba tomando mal cariz. Knabe ya se había colado en una calesa inglesa de un solo asiento —de ahí su nombre: «egoísta»— y fustigaba los lomos de un rocín bayo y flaco. El caballo alzó las pezuñas delanteras en el aire y saltó hacia delante de una manera tan brusca que derribó al alemán contra el respaldo del asiento.

El diligente Kliuev estaba sentado en la acera y se agarraba la cabeza con las manos mientras la sangre se deslizaba entre sus dedos.

—Lo siento, se me ha escapado —gimió sordamente—. Le he dado el alto, pero él me ha pegado con la culata en la frente y...

—¡Aprisa, levántese! —Erast Petrovich tiró del hombro al herido y lo obligó a ponerse en pie—. ¡Está huyendo!

Sacando fuerzas de flaqueza, Kliuev se restregó la viscosa sangre por la cara y echó a andar hacia la calesa bamboleándose de un lado a otro.

—No es nada, pero todo me da vueltas —masculló trepando al pescante.

Fandorin subió atrás de un salto, Kliuev sacudió las riendas y el caballito alazán se puso a trotar ruidosamente por el adoquinado y ganó velocidad progresiva pero lentamente, demasiado lentamente. La egoísta ya les sacaba un centenar de pasos.

—¡Rápido! —le gritó Erast Petrovich al desfallecido Kliuev—. ¡Más rápido!

Desde la corta calle Sofiika los dos carruajes entraron en la ancha Lubianka a una velocidad vertiginosa —ante sí desfilaban velozmente casas, rótulos de tiendas y atónitos peatones—, y allí la persecución comenzó a ponerse seria. El guardia municipal que vigilaba la circulación justo enfrente de la fotografía de Moebius dio un indignado toque de silbato y levantó un puño con aire amenazador hacia los infractores, pero no pudo hacer más. «¡Qué pena no disponer de un aparato telefónico en la calesa —fantaseaba mientras tanto Fandorin— y poder avisar a Karachentsev para que enviara un par de coches del parque de gendarmes a cortar el camino!». Una fantasía estúpida y fuera de lugar, ya que en ese momento toda su esperanza dependía del caballo alazán. Y lo cierto es que aquel angelito lo estaba intentando con todas sus fuerzas, lanzando temerariamente sus patas hacia delante, sacudiendo la crin y mirando a hurtadillas hacia atrás con un ojo enloquecido que se le salía de la órbita, como si dijera: «¿Qué, está bien así o echo más leña a la caldera?». «Más leña, bonito, más leña», suplicaba Erast Petrovich. Era evidente que Kliuev se había recuperado un poco, porque en ese preciso instante, de pie, hacía restallar el látigo y azuzaba al caballo de tal manera que parecía como si por aquella tranquila calle

galopase toda una horda tártara.

El trecho que los separaba de la egoísta se iba reduciendo poco a poco. Knabe miró hacia atrás una, dos veces, y debió de comprender que no podría escapar. Cuando la distancia entre ellos era sólo de treinta pasos, el espía giró el cuerpo, echó hacia atrás la mano izquierda, la que llevaba el revólver, y disparó. Kliuev se encogió y exclamó:

—¡Es buen tirador, ese diablo! ¡La bala me ha pasado silbando justo por encima de la oreja! ¡Utiliza un Reichsrevolver! ¡Dispare usted, excelencia! ¡Al caballo! ¡Se nos escapa!

—¿Qué culpa tiene el pobre animal? —masculló Fandorin, que todavía se acordaba del lechón de hacía un rato.

A decir verdad, no se habría apiadado del bayo estando como estaban en juego los intereses de la patria, pero —¡qué desgracia!— su Herstal Agent no estaba concebida para acertar a un blanco a tanta distancia. No fuera que la bala, Dios no lo quisiera, le diera a herr Knabe en lugar de al caballo y toda la operación se fuera al garete...

En el cruce con el bulevar Srietienki, el alemán se volvió de nuevo hacia atrás y, tras tomarse un buen tiempo para apuntar, escupió humo por el cañón. Kliuev cayó instantáneamente de espaldas justo encima de Erast Petrovich. Un ojo miró con pavor el rostro del consejero titular, mientras que, en el lugar que ocupara el otro, en ese momento sólo había un agujero encarnado.

—Su exce... —balbuceó sin llegar a terminar la frase.

La calesa comenzó a desviarse hacia un lado y Fandorin tuvo que apartar al caído de un empujón, sin miramientos. Cogió las riendas y tiró de ellas justo a tiempo, ya que el carruaje se habría hecho pedazos contra la verja de hierro del bulevar. El alazán se encabritó, pues aún se empeñaba en continuar la carrera, pero la rueda delantera del lado izquierdo estaba atascada en un mojón.

Erast Petrovich se inclinó sobre el agente y comprobó que el único ojo que le había quedado ya no lo miraba asustado, sino con una concentrada inmovilidad, como si Kliuev estuviera observando allá arriba algo muy interesante, más interesante que el cielo y las nubes.

Fandorin levantó una mano mecánicamente para despojarse del sombrero, mas sobre su cabeza no había nada, pues aquel maravilloso tocado suyo se había quedado en el guardarropa de La Rosa Alpina.

La operación parecía concluir con un resultado excelente: un policía muerto y Knabe huido.

Pero ¿adónde podía haber huido? Además de a su casa, situada en la calle Karetni, por el momento el espía no tenía otro sitio al que dirigirse. A la fuerza debía aparecer por allí, aunque sólo fuera durante cinco minutos: para coger dinero y nuevos documentos de identidad, aparte de para destruir el material comprometedor.

No había tiempo para entregarse a la aflicción. Erast Petrovich levantó al muerto por las axilas y lo sacó a rastras de la calesa. Lo colocó sentado en el suelo, con la

espalda apoyada en la verja.

—¡Kliuev, quédate aquí por ahora! —barboteó el consejero titular, quien, sin prestar atención a los viandantes, pasmados por el espanto y la curiosidad, trepó al pescante.

La inconfundible egoísta estaba detenida junto a la entrada de la bonita casa residencial, en cuyo tercer piso residía el representante de la entidad bancaria Kerbel und Schmidt. El caballo bayo, bañado en sudor, daba pisotones nerviosamente y agitaba su mojada testa. Fandorin corrió hacia allí.

—¡Alto! ¿Adónde va? —Lo detuvo por un brazo un portero mofletudo, quien al instante, sin explicaciones de ningún tipo, recibió en un pómulo un puñetazo que lo despidió hacia un lado.

Arriba se cerró una puerta. ¡Y, al parecer, era justo en el tercer piso! Erast Petrovich subió saltando los escalones de dos en dos. Tenía la Herstal presta para disparar. Utilizaría dos balas: una para su mano derecha, otra para la izquierda. A Wanda había intentado cortarle la garganta con la derecha, pero luego había disparado con la izquierda. Por tanto, se manejaba con las dos manos por igual.

Por fin apareció la puerta con la placa de cobre: «Hans-Georg Knabe». Fandorin dio un tirón de la manilla de bronce: no estaba cerrada. A partir de ahí sus movimientos debían ser rápidos pero precavidos. Adelantó la mano del revólver y quitó el seguro.

El largo pasillo estaba oscuro: sólo entraba luz por una ventana abierta que había justo al fondo. Por eso Erast Petrovich, que esperaba el peligro por delante y por los lados, pero nunca por abajo, no advirtió aquel objeto oblongo tirado a sus pies, tropezó con él y a punto estuvo de caerse al suelo por su culpa. Se giró rápidamente preparado para disparar, mas no le hizo falta.

Boca abajo, con una mano hacia delante, yacía en el suelo aquella conocida figura vestida con una chaqueta a cuadros cuyos faldones estaban levantados. «Un misterio», eso fue lo primero que pensó Erast Petrovich. Pero al volverlo sobre la espalda reparó inmediatamente en el mango de madera del cuchillo de cocina que sobresalía de su costado derecho. Allí no había misterio alguno. El espía había sido asesinado y, a juzgar por la sangre que manaba a borbotones de la herida, apenas hacía un momento.

Fandorin entornó los ojos con rabia y comenzó a recorrer una a una las habitaciones. Aquello era el caos, todo estaba patas arriba: había libros esparcidos por el suelo, y en el dormitorio las plumas del desgarrado edredón flotaban en el aire como un blanco viento invernal. Y no había ni un alma por ninguna parte.

Erast Petrovich echó un vistazo por la ventana que iluminaba el pasillo y vio que, justo debajo, se extendía el tejado del edificio adyacente. «¡Vaya, mira por dónde!».

El consejero titular dio un salto y comenzó a andar ruidosamente sobre las chapas de hierro. La vista que se abría desde el tejado era extraordinaria: un ocaso escarlata se extendía sobre los campanarios y las torres de Moscú, y sobre ese fondo escarlata

se dibujaba una sinuosa bandada de cornejas. Pero Fandorin, que por lo general era bastante sensible a la belleza, ni siquiera dedicó una mirada a aquel maravilloso panorama.

¡Qué cosa tan rara! El asesino había desaparecido, aunque por el tejado no se podía ir a ningún sitio. ¿Habría escapado volando?

Dos horas después, el piso de la calle Karetni estaba irreconocible. Los funcionarios de la policía iban de aquí para allá por las estrechas habitaciones; los colaboradores de la sección de cifrado numeraban y clasificaban en carpetas de cartón todos los documentos que se encontraban, y el fotógrafo de la gendarmería fotografiaba el cadáver desde distintos ángulos. Los jefes —el de la policía, el de la sección secreta de la cancillería del gobierno general y el funcionario para misiones especiales— se habían instalado en la cocina, donde el registro ya se había efectuado.

—¿Cuáles son las conclusiones de los señores detectives? —preguntó Jurtinski antes de acercarse a la ventana de la nariz una pizca de tabaco.

—El cuadro está claro —dijo Karachentsev encogiéndose de hombros—. Se trata de una simulación de robo. De un engaño bobo. Han puesto el piso patas arriba, pero no se han llevado nada valioso. Los escondrijos secretos tampoco han sido tocados: el arma, el libro de cifrado y los instrumentos técnicos de espionaje, todo está en su sitio. Al parecer, confiaban en que no descubriésemos el engaño.

—¡At... chis! —estornudó con estrépito el consejero adjunto, aunque no llegó a recibir ningún deseo de salud.

El general le dio la espalda y continuó, dirigiéndose a Fandorin:

—Un detalle particularmente «verosímil» es el arma del crimen. Cogieron el cuchillo de allí. —Y señaló unos ganchos, de donde colgaban varios cuchillos de distintos tamaños. Uno estaba vacío—. Para que pensáramos que el ladrón agarró lo primero que encontró a mano. Una artimaña tosca, netamente alemana. Pero la puñalada ha sido asestada en el hígado de una manera muy profesional. Alguien estaba esperando a nuestro herr Knabe en el oscuro pasillo.

—¿Quién es entonces el culpable, señoría? —le preguntó Piotr Parmienovich, ocupado en alimentar cuidadosamente la segunda fosa nasal.

El jefe de la policía no se dignó dar explicaciones, así que fue Erast Petrovich quien tuvo que responder:

—Probablemente, uno de los suyos. Na-nadie más, al parecer, estaba interesado.

—Los «salchichas» se han asustado, temen un conflicto diplomático —coincidió Evgueni Osipovich—. Es evidente que el robo ha sido simulado. ¿Qué necesidad había de destripar el edredón? No, lo que pretendían era borrar huellas. Eso no está bien, *meine Herren*, no es de cristianos liquidar a tu propio espía como a un cerdo en el matadero. Pero comprendo la causa de su miedo. Si todo se descubriera, el resultado no sólo sería un escándalo: significaría la guerra. El capitán del Estado

Mayor se pasó de la raya, mostró demasiado celo. El excesivo fervor es materia peligrosa. Se lo tenía merecido, ese arribista. Fuera lo que fuere, señores, nuestro trabajo ha terminado. Las circunstancias de la muerte del general Soboliev han sido aclaradas. Nuestro mando supremo tiene ahora la palabra... En cuanto a Wanda, ¿qué hacemos?

—Ella no tiene nada que ver con la muerte de Soboliev —terció Fandorin—. Además, ya ha sido suficientemente castigada por su contacto con el espía alemán. Casi acaba con su vida.

—No hay que tocar a la cantante —lo apoyó Jurtinski—. Podrían salir a flote demasiadas cosas, y eso no nos hace ninguna falta.

—Bien. —El jefe de la policía se dispuso a sacar conclusiones y a pergeñar, de paso, el informe destinado a las altas esferas—: La investigación ha aclarado la concatenación de los hechos en apenas dos días. El espía alemán Knabe, que deseaba hacer méritos ante sus jefes, maquinó por su cuenta y riesgo la eliminación del mejor estratega militar ruso y líder virtual del partido nacionalista ruso, conocido por su belicoso antigermanismo. Al enterarse de la inminente visita de Soboliev a Moscú, Knabe decidió engatusar al general con una dama de conducta dudosa, a quien entregó una ampolla con un veneno muy efectivo. La agente no quiso utilizarla o no tuvo tiempo para ello. Al día de la fecha, la ampolla aún sellada se encuentra depositada en la Dirección de la Gendarmería del gobernador de Moscú. La muerte del general se produjo por causas naturales, pero Knabe, que desconocía esta circunstancia, se apresuró a informar a Berlín sobre la acción ejecutada, pues confiaba en recibir su recompensa. Las autoridades de Berlín, presas del terror y previendo las posibles consecuencias de un asesinato político de tales características, decidieron desembarazarse inmediatamente de un agente tan diligente como comprometedor, lo que fue ejecutado al momento. No se aprecian pruebas directas que puedan justificar una petición de explicaciones diplomáticas al gobierno alemán, sobre todo porque, de hecho, no ha existido ningún atentado. —En ese punto Evgueni Osipovich abandonó el tono oficial para concluir con el ordinario—: Una fatal concatenación de circunstancias ha llevado a la ruina al vivales de Hauptmann. Se lo tiene bien merecido, el muy miserable.

Jurtinski se levantó y dijo:

—¡Amén! En fin, señores, me imagino que ustedes aún tienen cosas que hacer aquí. Yo, con su permiso, me retiro. Su excelencia espera mi informe.

Erast Petrovich llegó al hotel bien pasada la medianoche. Masa lo aguardaba en el pasillo, de pie delante de la puerta, inmóvil.

—Señor, ella está aquí de nuevo —le informó lacónicamente el japonés.

—¿Quién?

—La mujer de negro. Llegó y ya no se quiso marchar. Consulté el diccionario y le

dije que no sabía cuándo regresaría usted: «Señorito ahora no. Después sí». Pero ella se sentó y aún sigue ahí. Hace tres horas que espera: ella sentada y yo aquí, de pie en la puerta.

Erast Petrovich soltó un suspiro, entreabrió la puerta y echó un vistazo por la rendija. Sentada junto a la mesa, con las manos en las rodillas, había una muchacha de cabellos dorados vestida con ropa de luto y un sombrero de ala ancha cubierto con un velo negro. Podía ver sus entornadas y largas pestañas, su fina nariz ligeramente curvada y el afilado óvalo de su cara. Al escuchar el chirrido de la puerta, la desconocida levantó los ojos y Fandorin se quedó alelado por lo hermosos que eran. El consejero titular se apartó instintivamente de la puerta y refunfuñó:

—Masa, me dijiste que no era joven. ¡Sin embargo, no tiene más de veinticinco años!

—Las mujeres europeas parecen tan viejas... —se justificó Masa sacudiendo la cabeza—. Además, señor, ¿acaso se es joven con veinticinco años?

—¡Dijiste que era fea!

—Y es fea, la pobre. Cabellos rubios, nariz grande y ojos acuosos, idénticos a los suyos, señor.

—Ya —susurró Erast Petrovich herido en su orgullo—. ¡Aquí el único guapo eres tú!

Y tras suspirar de nuevo profundamente, pero en esta ocasión por otro motivo, entró en el cuarto.

—¿El señor Fandorin? —le preguntó la muchacha, que se levantó impetuosamente—. Es usted quien lleva la investigación de las circunstancias de la muerte de Michel Dimitri Soboliev, ¿no es cierto? Me lo dijo Gukmasov.

Erast Petrovich saludó con una silenciosa inclinación y escrutó el rostro de la desconocida. Una combinación de voluntad y fragilidad, de inteligencia y femineidad: una proporción que no se ve con demasiada frecuencia en los rasgos de las muchachas. Quizá la joven recordara en algo a Wanda, pero en el contorno de su boca no existía la más mínima señal de dureza o cinismo burlón.

La visitante nocturna se acercó hasta casi rozar al joven, lo miró a los ojos y con voz temblorosa por la rabia o el esfuerzo que hacía por retener las lágrimas, eso no estaba claro, inquirió:

—¿Sabe usted que Michel Dimitri fue asesinado? —Fandorin arrugó el entrecejo—. Sí, sí, asesinado. —Los ojos de la muchacha brillaban febrilmente—. ¡Y todo por culpa de esa maldita cartera!

Capítulo Séptimo

Donde todos se lamentan y Fandorin pierde el tiempo en vano

El domingo, desde muy temprano, por el apacible cielo de Moscú, nacarado a causa del radiante sol, flotaba un incesante tañido de campanas. El día parecía bonancible y las bulbosas cúpulas doradas de las innumerables iglesias brillaban de una manera que obligaba a entornar los ojos; sin embargo, una gélida melancolía pesaba en el ánimo de la ciudad extendida sobre suaves lomas. Triste y monótonamente repicaban las campanas ortodoxas: era Moscú, que en los oficios religiosos rogaba y se lamentaba por el reposo eterno del recién fallecido siervo del Señor, Michel.

El finado había vivido largo tiempo en Petersburgo e iba a la antigua capital sólo en fugaces visitas, pero Moscú lo quería con mucha más fuerza que la fría y burocrática Peter, lo quería con abnegación femenina, sin reflexionar demasiado en las cualidades de su paladín. Bastaba con que fuera hermoso y célebre por sus victorias, aunque a Soboliev los moscovitas lo amaban más que nada porque veían en él a un auténtico hombre ruso, sin los caprichos ni las ambigüedades foráneas. Por eso las litografías del General Blanco con su amplia barba y su afilado sable desenvainado pendían en prácticamente todas y cada una de las casas de Moscú: en los hogares de la burocracia de menor rango, en los de los comerciantes y en los de la pequeña burguesía.

La ciudad no había mostrado una aflicción tan inmensa ni el mes de marzo del año anterior, cuando se celebraron los funerales por el zar Alejandro *el Libertador*, salvajemente asesinado, ni después, cuando todos sus habitantes estuvieron de luto durante doce meses: sin engalanarse, sin organizar fiestas populares, sin hacerse permanentes en el cabello ni representar ninguna comedia.

Mucho antes de que el cortejo fúnebre comenzara a cruzar el centro de Moscú en dirección a la Puerta Roja y la iglesia de los Tres Santos Varones, donde debía celebrarse la misa de cuerpo presente, las aceras, las ventanas, los balcones e incluso los tejados del pasaje del Teatro, de la calle Lubianka y de la Miasnitzkaya estaban atestados de espectadores. Los niños habían trepado a los árboles, y, los más temerarios, a los canalones de las casas. Por todo el itinerario que debía seguir el desfile del catafalco se alineaban en hileras los soldados destinados a la guarnición en la ciudad y los alumnos de las academias de Oficiales y de Alejandro I. En la estación de Riazán esperaba ya un tren fúnebre de quince vagones, adornado con banderas, cruces de San Jorge y hojas de roble. Ya que Petersburgo no quería despedirse del héroe, ante él se inclinaba la vieja madre Rusia, cuyo corazón se encontraba justamente situado entre las ciudades de Moscú y Riazán; allí, en la aldea de Spasski, del distrito de Ranenburg, había juzgado el destino que debía recibir eterno reposo.

El cortejo fúnebre se extendía a lo largo de más de un kilómetro. Para empezar,

los almohadones que exhibían las medallas del muerto sobrepasaban las dos decenas. La estrella de San Jorge de primera categoría la llevaba el comandante en jefe de la región militar de Petersburgo, el general Ganietzi. ¡Y coronas, cuántas coronas! La ofrendada por los comerciantes de Ojotni Riad, la del Club Inglés, la del Consejo de Burgueses de Moscú, la de la Orden de San Jorge... La lista sería interminable. Delante del catafalco —una cureña de cañón, cubierta con terciopelo carmesí y coronada con un baldaquino dorado— cabalgaban unos heraldos con antorchas, a los cuales seguían los organizadores de las exequias: el gobernador general y el ministro de la Guerra. Detrás del ataúd, sobre una yegua negra de sangre árabe, cabalgaba el gran duque Kiril Aleksandrovich, hermano político y representante personal del zar. A continuación, los edecanes conducían por las riendas y bajo un paramento de duelo al níveo *Bayaceto*, el famoso caballo turcomano de Soboliev. Y cerrando la comitiva marchaban a paso lento la guardia de honor, otros portadores de coronas —estas más discretas— y, a pie y con la cabeza descubierta, los invitados ilustres: altos dignatarios, generales, los consejeros de la Duma de Moscú, los ricos de la ciudad... El espectáculo era grandioso, sin parangón posible.

El sol de julio se escondió tras las nubes como si se avergonzara de su improcedente resplandor. El día se hizo gris, y cuando el cortejo alcanzó la Puerta Roja, donde sollozaba y se santiguaba una muchedumbre de cien mil personas, comenzó a caer una menuda y lagrimeante llovizna. La naturaleza armonizaba con el ánimo popular.

Fandorin se abría paso entre el espeso gentío y trataba de localizar al jefe de la policía. Al amanecer, poco después de las siete, se había presentado en la casa del general, en el bulevar Tverskoi, pero había llegado tarde. Le dijeron que su excelencia había salido para el Dusseaux. Una responsabilidad tan grande en un día tan señalado no era ninguna broma. Y todo recaía sobre sus espaldas, las de Evgueni Osipovich.

Después siguió una retahíla de desencuentros. En la entrada del hotel Dusseaux, un capitán de gendarmes le dijo a Erast Petrovich que el general «ha estado aquí hasta hace un minuto, pero acaba de salir a caballo hacia la Dirección». En la Dirección, en la calle Malaya Nikitskaya, tampoco encontró a Karachentsev: había salido precipitadamente a poner orden en la explanada de la iglesia de los Tres Santos Varones, donde amenazaba con formarse un tumulto.

El asunto urgente y de vital importancia que Fandorin tenía entre manos también podía resolverlo el gobernador general. Y contaba con la ventaja de que a este no hacía falta buscarlo: allí estaba, se le veía desde todas partes, pues presidía el cortejo fúnebre con pose estatuaria sobre un garañón gris con manchas tordas... ¡Como para acercársele!

En la iglesia de los Tres Santos Varones, en la que Fandorin pudo entrar gracias al secretario del príncipe, que había vuelto la cabeza hacia él en el momento preciso, las cosas no presentaban mejor cariz. Aplicando las enseñanzas disciplinarias de los

«sigilosos», Erast Petrovich se abrió camino hasta muy cerca de donde se encontraba el féretro, pero delante de él las espaldas de los asistentes se fundían en un muro compacto y continuo. Vladimir Andreevich estaba de pie entre el gran duque y el duque de Lichtenburg. El gobernador presentaba un gesto solemne, los bigotes bien engominados y una lágrima senil en sus ojos saltones. No existía posibilidad alguna de hablar con él, y si la hubiera habido, difícilmente habría apreciado en ese momento la urgencia del caso.

Furioso de impotencia, Fandorin escuchó el enternecedor discurso del obispo Ambrosio, que teorizaba sobre la incomprendibilidad de los caminos del Señor. Pálido de emoción, un cadete declamó con voz sonora un largo epitafio en verso que terminaba con las palabras:

*¿Y no lo temía el altivo enemigo
como al celeste trueno divino?
¡Aunque ahora sólo sea podredumbre y polvo,
el espíritu del héroe sigue viviendo entre nosotros!*

De nuevo todos los que se hallaban alrededor, y ya no era ni la primera ni la segunda vez, se pusieron a lagrimear. Comenzaron a arrastrar los pies, a buscar los pañuelos de bolsillo. La ceremonia se desarrollaba con la lentitud que exigía la ocasión.

Y mientras tanto el tiempo se esfumaba.

* * *

La noche anterior, Fandorin se había enterado de unas nuevas circunstancias que iluminaban el caso con una luz completamente diferente. La visitante nocturna, a quien el criado, no habituado a los cánones europeos, catalogó de vieja y fea, y su señor, propenso al romanticismo, de hermosa e intrigante, resultó ser Ekaterina Aleksandrovna Golovina, profesora de un gimnasio femenino de Minsk. A pesar de una constitución frágil y unos sentimientos claramente conturbados, Ekaterina Aleksandrovna se expresaba con una valentía y una franqueza que no eran propias de las docentes gimnasísticas: o era así por naturaleza o la amargura la había endurecido.

—Señor Fandorin —comenzó, pronunciando cada sílaba con premeditada claridad—, antes de nada debo aclarar qué tipo de relaciones me unían con... con... el difunto...

Con todo, esa palabra sí se le resistió. En su alta y limpia frente se dibujó una dolorosa arruga, pero su voz no tembló. «Una muchacha de temple espartano —pensó Erast Petrovich—. Una verdadera y auténtica espartana».

—... Si no lo hiciera así, usted no se explicaría por qué yo sé lo que los demás,

incluidos los ayudantes de Michel Dimitri, no saben. Michel y yo nos queríamos. — La señorita Golovina miró a Fandorin con aire escrutador, y por lo visto, no dándose por satisfecha con la amable y atenta expresión de su cara, estimó necesario precisar —: Era su amante.

Ekaterina Aleksandrovna oprimió las manos cerradas en puños contra su pecho y, en ese momento, Fandorin volvió a encontrarle un gran parecido con Wanda cuando la cantante hablaba sobre el amor libre: la misma expresión de reto y de disposición a la ofensa. Pero el consejero siguió contemplando a la señorita como lo había hecho antes: con amabilidad y sin el más mínimo asomo de crítica. Ella suspiró y le aclaró al zoquete una vez más:

—Vivíamos como marido y mujer, ¿comprende? Por eso conmigo era más sincero que con cualquier otra persona.

—La he comprendido, señorita. Co-Continúe —abrió la boca por primera vez Erast Petrovich.

—Porque sabrá usted que Michel tenía esposa legítima. —A pesar de todo, Ekaterina Aleksandrovna consideró oportuno puntualizar ese extremo. Dejó bien claro que deseaba evitar cualquier reticencia y que no se avergonzaba lo más mínimo de su estado.

—Lo sé. De soltera, condesa Titova. Pero hace tiempo que Mijail Dimitrievich se separó de ella. Ni siquiera ha ve-venido a sus funerales... Pero hábleme de la cartera...

—Sí, sí. —Parecía que Golovina iba a perder el hilo—. Mas quiero contarle las cosas por orden. Porque antes tengo que explicarle... Hace un mes Michel y yo tuvimos una pelea... —Se ruborizó—. Resumiendo, que nos separamos y desde entonces no nos vimos más. Él se fue de maniobras, luego regresó a Minsk por un día e inmediatamente...

—Conozco todos los pasos que dio Mijail Dimitrievich en su último mes. —Fandorin trataba, cortés pero inflexiblemente, de que su interlocutora volviese al tema principal.

Ella hizo una pausa y luego le espetó de repente:

—¿Y sabía usted, señor, que Michel, el pasado mes de mayo, convirtió todos sus títulos y acciones en efectivo, retiró todo el dinero de que disponía en sus cuentas bancarias, empeñó su hacienda de Riazán y hasta pidió un importante préstamo en el banco?

—¿Y por qué razón? —inquirió Erast Petrovich arrugando el entrecejo.

Ekaterina Aleksandrovna bajó la mirada.

—Eso no lo sé. Tenía entre manos un asunto secreto y de gran importancia del que no quería ponerme al corriente. Yo me enfadé y reñimos... Nunca compartí las ideas políticas de Michel: lo de Rusia para los rusos, su paneslavismo, la vía propia no europeísta y todas las demás tonterías... Nuestra última y definitiva disputa también estuvo provocada en parte por esa cuestión. Pero había otro motivo...

Comprendí que yo había dejado de ocupar en su vida el lugar principal. Había surgido algo mucho más trascendental que yo... —Ella se sonrojó—. Incluso puede ser que no fuese algo, sino alguien... Bueno, eso no importa. Lo importante es otra cosa. —Golovina bajó la voz—. Michel llevaba todo su dinero en una cartera que compró en París el pasado mes de febrero, durante un viaje oficial. Una cartera de piel, de color marrón, con dos cerraduras de plata que se cerraban con unas llavecitas.

Fandorin arrugó de nuevo la frente y trató de recordar si alguna cartera de esas características figuraba entre los objetos personales del muerto que se habían encontrado durante el registro practicado en la habitación número cuarenta y siete. No, estaba seguro, no figuraba.

—A mí me dijo que necesitaba el dinero para un viaje que tenía que hacer a Moscú y Petersburgo —prosiguió la maestra—. El viaje estaba previsto para finales de junio, en cuanto terminasen las maniobras... Usted no encontró esa cartera entre sus cosas, ¿verdad? —Erast Petrovich negó con la cabeza—. Gukmasov también dice que la cartera se ha perdido. Michel la llevaba siempre en la mano y en la habitación del hotel la metió en la caja fuerte, el mismo Gukmasov vio cómo lo hacía; pero luego..., después de... Cuando Projor Ajrameiavich abrió la caja fuerte, encontró varios documentos, aunque la cartera no estaba. Entonces Gukmasov no le concedió demasiada importancia porque todavía estaba conmocionado y porque, además, no sabía qué suma había dentro de ella.

—¿Y cuánto había? —preguntó Fandorin.

—Por lo que sé, más de un millón de rublos —respondió tranquilamente Ekaterina Aleksandrovna.

Erast Petrovich dio un silbido de sorpresa, mas se excusó inmediatamente. Aquellas noticias no le gustaban lo más mínimo. ¿Un asunto secreto? ¿Qué asunto secreto podía tener un general edecán, general de infantería y comandante en jefe de un cuerpo del ejército? ¿Y cuáles podrían ser esos documentos que, al parecer, guardaba en la caja fuerte? Cuando Fandorin miró allí dentro en presencia del jefe de la policía, la caja fuerte estaba completamente vacía. ¿Por qué desearía Gukmasov escamotear esos documentos a la investigación? No era algo que se pudiese tomar a broma. Y lo más importante: ¡aquella enorme, sencillamente increíble suma! ¿Para qué la querría Soboliev? Y la pregunta esencial: ¿dónde estaría en esos momentos?

Al advertir el gesto de preocupación en el rostro del consejero titular, Ekaterina Aleksandrovna añadió rápida, apasionadamente:

—Lo han asesinado, estoy segura. Por culpa de ese maldito millón. Y después simularon una muerte por causas naturales. Michel era fuerte, un auténtico hércules, su corazón habría aguantado cien años de conmociones y batallas. ¡Estaba creado para los tumultos!

—Sí —asintió aprobador Erast Petrovich—, todos dicen lo mismo.

—Y por eso no le insistí en el matrimonio —prosiguió sin escucharlo Golovina, sofocada por sus tempestuosas emociones—. Sentía que no tenía derecho, que su

misión era otra. Él no puede pertenecer a una sola mujer y a mí no me gustan las sobras... ¡Dios mío, qué digo! Perdone... —Se tapó los ojos con una mano y luego continuó más pausadamente, haciendo esfuerzos—. Ayer recibí el telegrama de Gukmasov y corrí inmediatamente a la estación. Ya entonces no me creía lo de la parada cardíaca, pero cuando me enteré de la desaparición de la cartera... Ha sido asesinado, no tengo ninguna duda. —De repente cogió a Fandorin de la mano, y este se sorprendió de la fuerza que había en sus delgados dedos—. ¡Encuentre al asesino! Projor Ajrameiavich asegura que es usted un genio analítico, que puede conseguirlo todo. ¡Hágalo! Él no pudo morir de un infarto. ¡Ustedes no conocían a ese hombre como lo conocía yo!

En ese punto ella estalló finalmente en sollozos, de una manera infantil, escondiendo el rostro en el pecho del consejero titular. Mientras abrazaba torpemente a la muchacha por los hombros, Erast Petrovich recordó cómo unas horas antes, en unas circunstancias completamente diferentes, también había abrazado a Wanda. Los mismos hombros frágiles e indefensos, el mismo perfume en los cabellos. Quizá ya comprendiese por qué Soboliev se había prendado de la cantante: era imposible que no le recordara a su amor de Minsk.

—Naturalmente, yo no lo conocía como usted —repuso suavemente Fandorin—; pero sí lo suficiente como para dudar que la muerte de Mijail Dimitrievich se debiera a causas naturales. La gente de su temple no fallece de muerte natural.

Erast Petrovich sentó en un sillón a la muchacha, que se estremecía en sollozos, y se puso a pasear por la habitación. De repente dio ocho sonoras palmadas, una detrás de otra.

Ekaterina Aleksandrovna se estremeció y miró temerosa al joven con los ojos brillantes por las lágrimas.

—No me haga caso —se apresuró a tranquilizarla Fandorin—. Es un ejercicio oriental pa-para facilitar la concentración. Lo ayuda a uno a desechar lo secundario para concentrarse en lo esencial. ¡Venga conmigo!

Salió resueltamente al pasillo y Golovina, aturdida por el asombro, lo siguió a toda prisa. Sin interrumpir la marcha, Erast Petrovich le soltó a Masa, que esperaba detrás de la puerta:

—Coge el maletín con los instrumentos y alcánzanos.

Medio minuto después, cuando Fandorin y su acompañante aún bajaban la escalera, el japonés ya estaba a su lado, andando a pasitos cortos y resoplando en la nuca de su señor. El criado llevaba en la mano un pequeño maletín de viaje. Allí guardado estaba todo el instrumental necesario para una investigación criminal, un montón de instrumentos útiles, algunos incluso imprescindibles, en la labor de un detective.

En el vestíbulo, Erast Petrovich llamó al portero de noche y le ordenó abrir la habitación número cuarenta y siete.

—No es posible de ninguna manera —replicó el sirviente, que abrió los brazos en

un gesto de impotencia—. Los señores de la policía sellaron la puerta y se llevaron la llave. —Y luego, en voz baja, añadió—: Ahí reposa el difunto, ¡que el cielo lo tenga en su gloria! Vendrán a recogerlo al amanecer. Mañana por la mañana se celebran los funerales.

—¿Que sellaron la habitación? Menos mal que no pusieron centinelas —masculló Fandorin—. Sería estúpido, centinelas en el dormitorio... Bueno, ya me encargo yo de abrir. Pero ven conmigo, porque tendrás que encender las velas.

Entraron en «el corredor de Soboliev» y el consejero titular, tras arrancar intrépidamente el lacre de la puerta, sacó del maletín un manojito de ganzúas. Un minuto después ya estaban dentro de la habitación.

El portero miró de reojo y con temor hacia la puerta cerrada del dormitorio y, sin parar de santiguarse, encendió las velas. Ekaterina Aleksandrovna también clavó la mirada en el blanco rectángulo de madera tras el cual se encontraba el cuerpo embalsamado del general. Sus ojos se detuvieron hipnotizados y sus labios comenzaron a temblar, pero Fandorin no tenía tiempo que dedicar a la maestra ni a sus emociones: estaba trabajando. De la misma poco ceremoniosa forma se libró del segundo sello, pero la ganzúa ya no le resultó necesaria, puesto que la puerta del dormitorio no estaba cerrada con llave.

—Bueno, ¿por qué te quedas ahí parado? —Erast Petrovich se volvió con impaciencia hacia su sirviente—. ¡Trae las velas!

Y a continuación entró en el reino de la muerte.

El féretro, gracias a Dios, estaba clausurado: de no haber sido así, quizá hubiera tenido que abandonar su tarea para dedicarse por completo a la señorita. En la cabecera de la cama había un breviario abierto y ardía un grueso velón de iglesia.

—Señorita —gritó Fandorin girándose hacia el salón—, le ruego que no entre aquí. Sería un estorbo. —Luego le gritó a Masa en japonés—: ¡Pronto, la linterna!

Y armado con una pequeña linterna eléctrica inglesa, se dirigió de inmediato hacia la caja fuerte. Alumbró la hendidura de la cerradura y dijo por encima del hombro:

—La lupa número seis.

El fuerte aumento hizo que unos arañazos recientes quedaran por completo visibles: no habían abierto con llave, sino con una ganzúa. Y además, cosa extraña, había rastros de una sustancia de color blanco. Fandorin cogió una muestra con unas pinzas en miniatura y la examinó. Parecía cera. Curioso.

—¿Estaba sentado allí? —Una voz aguda y tensa sonó a sus espaldas.

Erast Petrovich se volvió con disgusto. Ekaterina Aleksandrovna estaba de pie en la puerta y se abrazaba los codos como si tuviera frío. La mujer no miraba el ataúd, incluso se esmeraba en darle la espalda, pero había clavado los ojos en el sillón en el que, supuestamente, había muerto Soboliev. «¡A la pobre no le hace ninguna falta saber dónde ocurrió todo realmente!», pensó Fandorin.

—¡Le había pedido que no entrara! —le gritó con severidad a la maestra, porque

en una situación como aquella la severidad siempre funcionaba mejor que la compasión. Así, la amante del fallecido general recordaría para qué habían entrado allí en mitad de la noche. Cuando lo recordase, recuperaría el control de sí misma. Golovina se dio la vuelta en silencio y regresó al salón—. ¡Y siéntese! —chilló Fandorin—. Esto puede alargarse más de la cuenta.

La concienzuda inspección del cuarto se alargó más de dos horas. El portero, que hacía tiempo había dejado de asustarse del ataúd, se instaló tranquilamente en un rincón y comenzó a pegar cabezadas. Masa seguía a su amo como una sombra, tarareando una invariable cancioncilla y, de cuando en cuando, pasándole los útiles que necesitaba. Ekaterina Aleksandrovna no apareció más por el dormitorio. Fandorin tan sólo se acercó a verla en una ocasión: estaba sentada a la mesa, con la frente hundida entre los brazos cruzados. Al sentirse observada, se levantó rápidamente y abrasó a Erast Petrovich con la mirada, pero no hizo preguntas.

Sólo al amanecer, cuando ya no era necesaria la luz de la linterna, Fandorin encontró una pista. En el alféizar de la ventana que había más a la izquierda advirtió una leve y estrecha huella de calzado, como de mujer. Sin embargo, el zapato era claramente masculino, y con la lupa incluso se podía apreciar el rameado de la suela, apenas marcado, lleno de cruces y estrellitas. Erast Petrovich levantó la cabeza. La parte superior de la ventana, que era basculante, estaba entornada. De no haber visto la huella, no le habría concedido la más mínima importancia, pues la abertura era demasiado estrecha.

—¡Eh, amigo, despierta! —llamó al soñoliento portero—. ¿Han hecho limpieza en la habitación?

—No, en absoluto —respondió el empleado restregándose los ojos—. ¡Qué limpieza! El señor mismo lo puede apreciar. —Y sacudió la cabeza en dirección al ataúd.

—¿Y las ventanas, las han abierto?

—Eso ya no lo sé con certeza. Pero no creo. Donde velan a un muerto no abren las ventanas.

Erast Petrovich examinó las otras dos, aunque no descubrió nada que mereciera su atención.

A las cuatro y media hubo que interrumpir el registro. El maquillador y sus ayudantes se presentaron dispuestos a adecentar a Aquiles para su último viaje sobre el carro fúnebre.

El consejero titular despidió al portero del hotel y se despidió de Ekaterina Aleksandrovna sin decirle nada. Ella le apretó una mano con fuerza y lo miró a los ojos con aire inquisitivo, pero salvó la situación sin palabras superfluas. Lo que Fandorin había pensado: era una auténtica espartana.

Erast Petrovich ardía en deseos de quedarse solo, pues quería meditar sobre los resultados del registro y elaborar un plan de acción. A pesar de que había pasado toda la noche en vela, no tenía ganas de dormir ni sentía ningún cansancio. Así que

regresó a su cuarto y se puso a analizar la situación.

Había que reconocerlo. En un primer momento, a Erast Petrovich la versión de que al héroe popular lo hubieran matado por dinero se le antojó increíble, incluso absurda. Pero lo cierto era que alguien, en la noche de autos, se había introducido en la habitación por el postigo de la ventana, había forzado la caja fuerte y robado la cartera. La política no tenía nada que ver. El ladrón no se había llevado los documentos que se guardaban en la caja de caudales, y eso que eran lo suficientemente importantes como para que Gukmasov considerara imprescindible quitarlos de en medio antes de que aparecieran las autoridades. Entonces, ¿al desvalijador lo único que le interesaba era la cartera?

Había un detalle curioso. El ladrón sabía que Soboliev no estaría esa noche en su habitación y que tampoco regresaría de improviso: la caja fuerte había sido forzada tomando todas las precauciones, sin ninguna prisa. Lo que más le llamaba la atención era que la caja robada no la dejaran abierta, sino que la hubieran cerrado cuidadosamente, y eso que, como todo el mundo sabe, en esa operación se emplea mucho más tiempo y destreza que en la propia apertura. ¿Qué necesidad había de asumir un riesgo innecesario, si de todos modos el dueño iba a descubrir la desaparición de la cartera? ¿Y por qué razón el ladrón entró por la parte superior de la ventana si podía haberla abierto toda?... Conclusiones...

Fandorin se levantó y comenzó a pasearse por la habitación.

Conclusión número uno. El ladrón sabía que Soboliev no regresaría; no vivo, en cualquier caso.

Conclusión número dos. Sabía también que nadie, a excepción de Soboliev, echaría en falta la cartera, porque sólo él conocía la existencia del millón de rublos.

Todo ello presuponía un nivel informativo realmente fantástico. Conclusión número tres.

Y, naturalmente, conclusión número cuatro: tenía que encontrar al ladrón. Aunque sólo fuera porque, quizá, no sólo se tratara de un ladrón, sino también de un asesino. Un millón de rublos parecía un estímulo lo bastante serio para matar.

¡Encontrarlo! Era fácil decirlo. Pero ¿cómo?

Erast Petrovich se sentó a la mesa y acercó una resma de papel.

—¿Pluma y tintero? —le preguntó Masa acudiendo solícito y a toda prisa.

Hasta entonces había permanecido inmóvil junto a la pared, respirando en tono menos audible de lo habitual para no molestar a su amo en la aprehensión de la gran espiral en la que están ensartadas todas las causas y consecuencias verdaderas, tanto las más importantes como las más fútiles. Fandorin asintió con la cabeza sin dejar de reflexionar.

El tiempo era oro. La noche anterior alguien se había hecho rico gracias a un millón de rublos. Tal vez el ladrón y su botín estuviesen ya muy lejos. Pero, si era inteligente —y todo daba a entender que no era precisamente astucia lo que a aquel mequetrefe le faltaba—, evitaría realizar movimientos bruscos y se escondería.

Mas ¿quién podía conocer al desvalijador? Tal vez su excelencia, Evgueni Osipovich. ¿Debía hacerle una visita? Sí, pero el general estaría durmiendo, recuperando fuerzas para el ajetreado día que se le avecinaba. Además, no iba a tener el fichero de delincuentes en su casa. Y en la Dirección, tan temprano, tampoco habría nadie. Entonces, ¿no sería mejor esperar a que abrieran las oficinas?

Ah, pero ¿tendrían un fichero? Cuando Fandorin trabajaba en la Dirección, en aquella fábrica no se hilaba tan fino. No, no merecía la pena aguardar a la mañana.

Entre tanto, Masa trituró rápidamente una barrita de tinta china deshidratada en una escudilla laqueada con forma de cubo, echó unas gotas de agua, mojó un pincelito y se lo tendió respetuosamente a Fandorin. Se quedó de pie, a la espalda de su amo, para no distraerlo en sus prácticas de caligrafía.

Erast Petrovich levantó lentamente el pincel, lo mantuvo un segundo en el aire y luego, con cuidado, comenzó a dibujar sobre el papel el ideograma japonés de «paciencia». Se esforzó en pensar tan sólo en una cosa, en que le saliera perfecto. Pero lo que le salió fue un verdadero churro: las líneas estaban forzadas, los elementos carecían de armonía, y a un lado brotó un manchurrón de tinta. La hoja, hecha una bola, voló hasta el suelo. A la primera le siguieron una segunda, una tercera y una cuarta. El pincel se deslizaba cada vez más rápido, más firme. A la decimoctava hoja el ideograma resultó absolutamente irreprochable.

—¡Toma, guárdala! —le dijo Fandorin a Masa mientras le entregaba aquella obra de arte.

Este la contempló, le dio su visto bueno con un movimiento de labios y guardó la hoja en una carpetita especial de papel de arroz.

Entonces Erast Petrovich supo qué hacer. La sencilla y acertada decisión que había tomado le tranquilizó el alma. Las decisiones acertadas son siempre sencillas. Ya lo dice el proverbio: un hombre noble no inicia una actividad desconocida hasta conseguir sabiduría y un buen maestro.

—Prepárate, Masa —le ordenó Fandorin—. Vamos a hacer una visita a mi antiguo maestro.

Ksaveri Feofilaktovich Grushin, antiguo comisario de la Dirección de la Policía Secreta, ese era el hombre. Más valioso que cualquier fichero. Bajo su paternal e indulgente tutela había comenzado el joven Erast Petrovich su carrera detectivesca. Aunque no había tenido ocasión de servir mucho tiempo a su lado, aquella temporada le resultó muy provechosa. Grushin ya era viejo y llevaba tiempo retirado, pero conocía a todos los ladrones de Moscú. Los había estudiado de frente y de través en sus largos años de servicio. A veces, cuando el veinteañero Fandorin paseaba con él por el barrio de Jitrovka o, pongamos por caso, por el bandidesco Grashevka, no dejaba de sorprenderse. Una vez era un delincuente de cara fiera quien se acercaba al jefe; otra, un vagabundo repelente; una tercera, un figurín todo engominado de mirada huidiza. Uno se quitaba el sombrero como muestra de respeto, el otro le hacía una reverencia, el tercero le daba los buenos días. Con el primero Ksaveri

Feofilaktovich secreteaba un ratito al oído, al segundo le propinaba un sopapo en la oreja sin mala intención, al tercero le estrechaba la mano. Y allí mismo, cuando aquellos conocidos suyos se alejaban, ponía al día a su escribiente novato:

—Ese es Tishka *el Gordo*, ladrón de trenes. Trabaja en las estaciones. Roba maletas de las carretas en marcha. Y ese otro, Gulia, un cambista de primera clase.

—¿Un cambista? —le preguntaba tímidamente Erast Petrovich mientras examinaba de arriba abajo a aquel señor de porte esmerado con sombrero hongo y bastón ligero.

—Eso digo. Vende oro de mano en mano. Tiene mucha habilidad para cambiar un anillo de bisutería por otro de oro auténtico. A su cliente le enseña oro, pero le entrega una medalla de imitación. Un oficio muy respetable, exige mucha experiencia.

Luego Grushin se detenía detrás de los trileros —esos que limpian a los bobos con tres dedales— y lo aleccionaba.

—Joven, ¿ha visto usted cómo Stieпка ha colocado la bolita de pan debajo del dedal de la izquierda? Pues bien, no crea a sus ojos: la bolita la lleva pegada a la uña y nunca se le quedará debajo de ningún dedal.

Y cuando el fogoso Fandorin exclamaba en tono reprobatorio un «¡Y nosotros sin arrestar a esos estafadores!», Grushin, burlón, se limitaba a sonreír y decir:

—Pichoncito, todos debemos vivir. Yo sólo les exijo una cosa: que tengan conciencia y no dejen en cueros a nadie.

Entre los ladrones de Moscú, el comisario gozaba de un respeto especial: por su equidad, porque dejaba vivir a los pajaritos y, sobre todo, por su desinterés. Ksaveri Feofilaktovich no exigía gratificaciones como otros policías, por eso nunca pudo construirse una mansión de piedra y, al jubilarse, se fue a una humilde casita con huerto al otro lado del río Moscova. Cuando estaba destinado en la misión diplomática rusa en el lejano Japón, de vez en cuando Erast Petrovich recibía noticias de su antiguo jefe, y cuando lo trasladaron a Moscú, pensó en visitarlo sin falta en cuanto estuviera instalado. Pero la situación exigía que la visita se realizara ya, de inmediato.

Cuando la tosca calesa traqueteaba sobre el puente Moskvarietski, bañado por la más temprana y tímida luz de la mañana, Masa le preguntó preocupado a su amo:

—Señor, ¿«Gurushin»-sensei es simplemente *sensei* o es *onshi*? —Y manifestó su duda moviendo la cabeza con aire de reproche—. Porque si para una visita de respeto a un *sensei* la hora es demasiado temprana, para una respetuosísima visita a un *onshi* lo es mucho más.

Entre los japoneses, un *sensei* es un maestro, pero un *onshi* es alguien inconmensurablemente más importante: un maestro hacia el que se profesa un profundo y sincero agradecimiento.

—Un *onshi*, más bien. —Erast Petrovich miró la franja encarnada del amanecer que se divisaba justo en la mitad del cielo y reconoció a la ligera—: Cierto, es

temprano. Pero, bueno, puede que Grushin sufra de insomnio.

Y, en efecto, Ksaveri Feofdaktovich no dormía. Estaba sentado junto a la ventanita de su casa (que, aunque pequeña, al menos disfrutaba en propiedad), situada en el laberinto de callejuelas que había entre la Gran y la Pequeña Ordinka, entregado a la reflexión sobre las extrañas propiedades del sueño.

«Por un lado, el hecho de que en su vejez el hombre duerma menos que durante su juventud, parece lógico y hasta justo. ¡Para qué perder tiempo en vano, si de todas formas, muy pronto, deberá recuperar a la fuerza el sueño atrasado! Pero por otro, ¡cuánta más falta hace el tiempo durante la juventud! De joven me solía ocurrir que me pasaba todo el día andando de un sitio para otro, de la mañana a la noche, y las piernas ya no me daban más de sí, y con sólo una horita más de que hubiera dispuesto, podría haber arreglado todos mis asuntos. Pero disponer de esa hora me resultaba imposible porque tenía que entregarle a la almohada sus ocho horas reglamentarias. Algunas veces me sentía triste por ello, mas no podía hacer nada: la naturaleza siempre exigía lo suyo. Sin embargo, ahora dormito una o dos horas en el jardincito y después ya me puedo pasar toda la noche sin pegar ojo, pero ocurre que ya no tengo nada en qué ocuparme. A nuevos tiempos, nuevos sistemas de vida. Al viejo caballo lo han dado de baja y lo han enviado al cálido establo a vivir sus últimos años. Y, naturalmente, tengo que dar las gracias por ello, quejarme sería un pecado. Sin embargo, resulta aburrido. Mi esposa yace ya bajo tierra: va a hacer tres años que murió. Mi única hija, Sashenka, corrió a casarse con un alférez de navío cabeza de chorlito y se fue con su marido al fin del mundo, a la ciudad de Vladivostok. La cocinera Nastasia, naturalmente, cocina, y lava la ropa, pero también a uno le gusta hablar. Aunque ¿de qué se puede hablar con ella, con lo tonta que es? ¿Sobre el precio del queroseno o del grano?

»Porque Grushin todavía podría ser útil, ¡ah, y tanto! Aún no he perdido todas mis fuerzas, y mi cerebro, gracias a Dios, no se ha oxidado. Me descartó usted demasiado pronto, señor jefe de la policía. ¿Ha enchironado usted a muchos malhechores con esos estúpidos sistemas antropométricos de Bertillon? Ahora andar por Moscú da miedo: en un abrir y cerrar de ojos te roban el bolso y, de noche, hasta puedes recibir un trastazo en la cocorota con una barra de plomo».

De la trifulca dialéctica con sus antiguos mandos, Ksaveri Feofilaktovich pasaba habitualmente al abatimiento. El comisario retirado era honrado consigo mismo. Sabía que, mejor o peor, la policía sin él se las apañaba, pero él sin la policía se aburría.

—¡Ah, qué tiempos aquellos, cuando salía por la mañana para investigar un caso y en mi cabeza sonaba un tintineo, como si me hubieran apretado un resorte hasta el límite! Después del café y la primera pipa, mi mente siempre estaba clara, mi propio discurrir se encargaba de señalarme cómo actuar. Ahora lo veo claro, aquello era la

felicidad, aquello era la auténtica vida. ¡Ay, Señor, con lo que he vivido y he pasado, y cuánto más me gustaría aún vivir! —suspiró Grushin, contemplando con desaprobación cómo el sol comenzaba a asomar por encima del tejado: empezaba otro día, largo y vacío.

Pero he aquí que el Señor lo escuchó. Ksaveri Feofilaktovich entornó sus ojos de gavilán y los dirigió hacia la calle sin pavimentar. Parecía como si un coche de caballos se acercara del lado de la calle Pianitzkaya levantando polvo. Los pasajeros eran dos: uno iba con corbata; el otro, bajito, enfundado en algo verde. ¿Quiénes podrían ser a esas horas tan tempranas?

Después de los inevitables besos, abrazos y preguntas, a las que Grushin respondió de manera extremadamente prolija y Fandorin extremadamente lacónica, los dos antiguos conocidos pasaron al grano. Erast Petrovich no quiso entrar en los pormenores de la historia, y sobre todo calló sobre Soboliev: se limitó a describir las características del trabajo.

Dijo que en cierto hotel habían robado una caja fuerte y que el autor había dejado allí su firma profesional. La cerradura había sido forzada con no demasiado primor: a juzgar por los rasguños, el ladrón se había conducido con una profesionalidad media. Una nota característica: en la cerradura habían quedado rastros de cera. El delincuente se distinguía por una delgadez insólita: había entrado por la parte superior de una ventana, que medía dieciocho por treinta y seis centímetros. Calzaba unas botas o unas polainas con un dibujo rameado en las suelas lleno de cruces y estrellitas. Longitud aproximada del pie: veinticuatro centímetros. Anchura: unos ocho centímetros... Sin embargo, Fandorin no tuvo tiempo para terminar de enumerar las características del trabajo, porque, de repente, Ksaveri Feofilaktovich interrumpió al joven.

—Botas...

Asustado, el consejero titular miró de reojo a Masa, que dormitaba en un rincón. ¿No habrían hecho el viaje en balde? ¿No habría perdido la chaveta el viejo *onshi*?

—¿Qué ha dicho?

—Que son botas —repitió el comisario—. Nada de polainas. Botas cromadas, bruñidas como un espejo. Otra cosa no calza.

A Fandorin se le paralizaron todas las vísceras. Con cuidado, como si temiera amedrentarlo, le preguntó:

—¿Acaso conoce al sujeto?

—Lo conozco perfectamente. —Grushin sonrió satisfecho con toda su arrugada y fofa cara, en la que había más piel de lo que su cráneo exigía—. Es Misha *el Pequeño*, no puede ser nadie más. Lo extraño es que empleara tanto tiempo con la caja fuerte. Para él, abrir una caja fuerte de hotel es un juego de niños. De todos los desvalijadores de Moscú, Misha es el único que puede meterse por la parte superior de una ventana. Además, siempre unta las cerraduras con cera: es muy sensible, no soporta los chirridos.

—¿Misha *el Pequeño*? ¿Y quién es ese?

—¿Que quién es? —Ksaveri Feofilaktovich desató la bolsa de tabaco y llenó su pipa sin prisas—. El rey de los «profesionales» de Moscú. Un desvalijador de cajas fuertes de primera clase que no siente remilgos ante los delitos de sangre. Y también un «gato», que comercia con lo robado, y jefe de una banda. Un maestro de amplio diapasón, un Benvenuto Cellini del crimen. Estructura pequeña: metro y medio. Flacucho. Ropa elegante. Astuto, ladino y cruel como una fiera. Un personaje muy conocido en Jitrovka.

—¿Tan famoso y no está en presidio? —se extrañó Fandorin.

El comisario soltó un «¡hum!» cargado de ironía y aspiró la pipa con placer: la primera bocanada de la mañana era siempre la más dulce.

—¡Anda y prueba a meterlo entre rejas! Yo no pude, y es poco probable que lo consigan los de ahora. El muy canalla tiene a su gente en la policía, eso es seguro. Con las veces que yo intenté echarle el guante... Pero ¡ni por esas! —Grushin hizo un gesto con una mano—. Se escapa de todas las redadas. Sus amistades le dan el soplo. ¡Y le tienen miedo, ay, cómo lo temen! Su banda está plagada de asesinos. Ya sabe usted cómo me respetan en Jitrovka, pero si pregunto por Misha nadie se va de la lengua, ni siquiera arrancándoles los dientes con unas pinzas. Y eso que yo nunca utilizo pinzas. Lo más que hago es darles un sopapo que otro en la boca. Y Misha después, ya no digo pinzas, con unas tenazas al rojo vivo les arranca la carne a bocados a los soplones. Una vez, hace ahora cuatro años, estuve a punto de cazarlo. Me había trabajado a una de sus chicas de la calle. Era guapa, la muchacha, y todavía no estaba perdida del todo. Pues bien, poco antes de que iniciáramos la batida, poco antes de que atrapáramos a Misha en su madriguera de bandidos, tiraron un saco en las mismas puertas de la Dirección. Y allí dentro estaba mi confidente: cortada con una sierra, en doce rodajas... Pero ¡ay!, Erast Petrovich, alma mía, yo contándole mis aventuras, y supongo que usted apenas dispondrá de tiempo. De no ser así, no habría venido a visitarme a las cinco y media de la mañana.

Y Ksaveri Feofilaktovich, satisfecho de su perspicacia, entornó los ojos con picardía.

—Necesito encontrar a Misha *el Pequeño* —dijo Fandorin amohinando el gesto—. Parece increíble, pero de alguna manera está relacionado con... Aunque no tengo derecho a... Sin embargo, le aseguro que se trata de una cuestión de Estado y, además, de máxima urgencia. ¿No podríamos ir ahora a mismo a apresar a su Benvenuto, eh?

Perplejo, Grushin levantó los brazos y replicó:

—¡Cualquier cosa pide usted! Me conozco Jitrovka de cabo a rabo, mas ignoro dónde duerme Misha *el Pequeño*. Lo ideal sería una redada general. Pero que la orden viniera directamente de arriba, sin que los jefes municipales ni de distrito se enteraran: si no, darían el chivatazo. Habría que rodear todo el barrio de Jitrovka y cardarlo muy bien, sin prisas. Probablemente, si no al mismo Misha, al menos

atraparíamos a alguno de su banda o a una de sus amiguitas. Pero para una operación así habría que movilizar como mínimo medio millar de policías. Y que hasta el último minuto no supieran el motivo. Eso es imprescindible.

Y aquí tenemos a Erast Petrovich corriendo de un lado para otro en esta ciudad embargada por el desconsuelo; moviéndose sin parar entre el bulevar Tverskoi y la Puerta Roja; buscando a la más alta autoridad que pueda encontrar. ¡Se estaba perdiendo un tiempo precioso, se perdía! Con una suma de dinero tan fabulosa, Misha *el Pequeño* podría marcharse con viento fresco a la alegre ciudad de Odessa, a Rostov o a la misma Varsovia. El imperio era grande, había espacio suficiente para que un pillo con suerte pudiera darse un buen paseo. Ya llevaba Misha dos noches sentado sobre un botín que nunca hasta entonces podía siquiera imaginar. Resultaba sensato eso de esperar un poco para tranquilizarse y observar si se levantaba o no demasiado ruido. Y eso Misha, un perro viejo con mucha experiencia, de seguro lo comprendía. Aunque un dineral como ese estaría quemando su corazón de bandido. No podría aguantar mucho: un poco más y saldría volando. Si no lo había hecho ya. ¡Ah, qué intempestivos esos funerales!...

Hubo un momento —Kiril Aleksandrovich había avanzado un paso hacia el ataúd y en la iglesia reinaba un respetuoso silencio— en que Fandorin cazó la mirada del gobernador general y le hizo un saludo con la cabeza a fin de llamar su atención, pero el príncipe le respondió con un saludo de la misma factura, suspiró penosamente y, acto seguido, con aire pesaroso, clavó la mirada en la flameante araña cuajada de velas. Sin embargo, la gesticulación del consejero titular sí que fue advertida por su alteza, el duque de Lichtenburg, que permanecía allí de pie, entre todo aquel baño de oro bizantino, con una expresión un tanto confundida, santiguándose no como los demás, sino de izquierda a derecha y, al parecer, en general, sintiéndose fuera de lugar. Arqueando ligeramente una ceja, Evgueni Maximilianovich mantuvo la mirada en aquel funcionario que lanzaba señales tan extrañas y, tras pensárselo un segundo, tocó con un dedo el hombro de Jurtinski, cuyo aplastado peinado se hacía visible por encima de la charretera del gobernador. Piotr Parmienovich resultó más avisado que su jefe. Comprendiendo al momento que sucedía algo fuera de lo común, señaló a su vez con el mentón hacia una puerta lateral, como diciendo: «Vayamos hacia allá y hablaremos».

Erast Petrovich comenzó a deslizarse otra vez entre la muchedumbre, pero en otra dirección: no hacia el centro, como había hecho antes, sino en ángulo oblicuo, así que en esta ocasión avanzó más rápidamente. Y mientras el consejero titular se abría paso entre aquellas dolidas personas, bajo las bóvedas del templo retumbaba la voz profunda y varonil del gran duque, a quien todos escuchaban con especial interés. No se trataba sólo de que Kiril Aleksandrovich fuera hermano, y además el hermano más querido, del zar. Muchos de los asistentes al panegírico sabían perfectamente que

aquel general guapo y de proporcionada estatura, de rostro ligeramente aguileño, como de ave de rapiña, no sólo era el comandante en jefe de la guardia imperial, sino que además aparecía como el verdadero dirigente del imperio. Era el jefe del Ministerio de la Guerra y del Cuerpo de Policía, y, lo que era aún más significativo, del Cuerpo Autónomo de la Gendarmería. Pero el hecho principal era que, como se decía, el zar no tomaba ninguna decisión sobre un asunto de importancia sin discutirlo previamente con su hermano. Abriéndose dificultosamente camino hacia la salida, Erast Petrovich seguía con atención el discurso del gran duque mientras pensaba que la naturaleza le había jugado a Rusia una mala pasada: de haber nacido un hermano dos años antes y el otro dos años después, el verdadero autócrata ruso no habría sido el lento, indolente y taciturno Aleksander, sino el sabio, perspicaz y decidido Kiril. ¡Ah, cómo habría cambiado entonces la somnolienta vida rusa! ¡Y cómo habría relumbrado esa potencia en la arena internacional! Sin embargo, no era justo lamentarse de la naturaleza, y si había que culpar a alguien, desde luego no era a ella, sino a la providencia. Pero la providencia, además, no hacía nada sin un motivo supremo, y si no estaba escrito en el destino del imperio levantarse de un salto de la mano de un nuevo Pedro *el Grande*, era porque, por lo visto, Dios no lo consideraba necesario. Era otro el destino que le reservaba a la Tercera Roma, un destino bien diferente, misterioso. ¡Ah, qué alegría si se tratara de un destino feliz y brillante! Con ese pensamiento, Fandorin se santiguó, acto que ejecutaba raramente, pero su movimiento no llamó la atención de nadie, pues todas las personas que había a su alrededor se persignaban constantemente. ¿No estarían pensando ellas lo mismo que él?

Kiril hablaba de un modo excelso: noble, ponderadamente, con palabras que llegaban al corazón.

—... Muchos son los que se lamentan de que este valeroso héroe, la esperanza de la tierra rusa, nos haya abandonado de una manera tan repentina y, para decirlo con franqueza, tan absurda. Este hombre, al que llamaban Aquiles por su legendaria fortuna militar, que tantas veces lo salvó de una muerte inminente, no sucumbió en el campo de batalla, sino que encontró una muerte tranquila y burguesa. Pero ¿fue así realmente? —Su voz adquirió el tañido del bronce viejo—. El corazón de Soboliev se partió porque había sido desgastado por muchos años de duro trabajo al servicio de nuestra patria, debilitado por las innumerables heridas recibidas en los combates contra nuestros enemigos. ¡No era Aquiles el nombre que mereció recibir, oh, no! Seguramente, protegido por el agua estigia, Aquiles fue invulnerable a las espadas y a las flechas, y hasta el mismo día de su muerte no derramó ni una gota de su sangre. Pero Mijail Dimitrievich llevaba en su cuerpo las huellas de catorce heridas, cada una de las cuales, de manera invisible, acercaba la hora de su muerte. No, no es con el afortunado Aquiles con quien deberíamos comparar a Soboliev, sino más bien con el noble Héctor, aquel sencillo mortal que arriesgaba su vida en igualdad de condiciones con sus soldados...

Erast Petrovich no escuchó el final de aquel emotivo discurso porque justo en ese punto alcanzó por fin la puerta de salida, donde ya lo esperaba el jefe de la sección secreta de la cancillería del gobierno general.

—Y bien, ¿qué ha ocurrido? —preguntó el consejero adjunto arrugando la piel de su alta y pálida frente mientras conducía a Fandorin al patio, lejos de oídos ajenos.

Erast Petrovich, con su sempiterno laconismo y su claridad matemática, expuso el meollo del asunto y concluyó con estas palabras:

—... Y punto seis: es necesario llevar urgentemente a cabo una redada masiva, a más tardar esta misma noche.

Jurtinski escuchó en tensión, en dos ocasiones lanzó una breve exclamación y finalmente hasta se aflojó el cuello postizo, que llevaba demasiado apretado.

—Me está usted matando, Erast Petrovich, sencillamente matando —imploró—. Esto es un escándalo peor que el del espionaje. Que al héroe de Plevna lo mataran por el vil metal significaría nuestra vergüenza ante todo el mundo. Y eso a pesar de que un millón, naturalmente, no sea una suma en absoluto desdeñable... —Piotr Parmienovich hizo crujir los dedos mientras buscaba una salida—. ¡Dios mío, qué podemos hacer, qué podemos hacer!... Recurrir a Vladimir Andreevich es del todo absurdo, no está él ahora precisamente para estas cosas... Tampoco Karachentsev nos podría ayudar: en estos momentos no dispone ni de un solo agente ocioso. Esta noche se espera cierto revuelo popular con ocasión de tan doloroso acontecimiento, y además han acudido a los funerales muchos personajes ilustres, a los que hay que proteger y salvaguardar de los terroristas y las bombas... No, nobilísimo señor, una redada hoy es del todo imposible, ni lo piense.

—Entonces lo dejaremos escapar —casi gimió Fandorin—. Huirá.

—Lo más probable es que ya haya huido —dijo Jurtinski suspirando lúgubrementemente.

—Aunque haya huido, al menos el rastro estará aún fresco. Posiblemente encontremos alguna pista.

Piotr Parmienovich cogió delicadamente del codo a su interlocutor.

—Tiene usted razón. Es un delito perder más tiempo. Como no es este el primer año que dirijo la sección secreta de Moscú, conozco a Misha *el Pequeño*. Hace tiempo que intento echarle el guante, pero ese animal es muy listo. Escuche entonces lo que voy a decirle, querido Erast Petrovich. —La voz del consejero adjunto sonó amistosa y confidencial, y aquellos ojos suyos, siempre entornados, se abrieron todo lo que daban de sí para mostrarse sagaces y sensatos—. He de serle sincero: al principio usted no me gustó. Quiero decir, no del todo. Pensé: «Un botarate, un estudiante señorito. Aquí está, revoloteando y preparándose para arrebatarse lo que otros han logrado con sudor y sangre». Pero Jurtinski siempre está dispuesto a reconocer sus errores. Me equivoqué con usted: los sucesos de estos dos últimos días lo han demostrado con toda elocuencia. Ahora veo que es usted un hombre experto e inteligente, un detective de primera clase. —Fandorin hizo una leve reverencia, a la

espera de lo que seguiría después—. Y he aquí la propuestilla que le hago. Si, naturalmente, no tiene usted miedo... —Piotr Parmienovich se acercó hasta rozarlo y bajó la voz hasta el susurro—; para no perder esta noche, ¿por qué no se da usted una vuelta por los garitos de Jitrovka, un paseíto de reconocimiento? Sé que es un insuperable maestro del disfraz, así que para usted será un juego de niños hacerse pasar por un habitante más de ese barrio. Yo le podría indicar en qué locales es más probable encontrar la pista de Misha. Dispongo de información. Y también le asignaría algunos de mis mejores agentes para que lo acompañaran. Qué, no le hará ascos a un trabajo así, ¿no?... ¿O es que tiene miedo?

—Ni le hago ascos ni tengo miedo —respondió Erast Petrovich, a quien la «propuestilla» del consejero adjunto le parecía más que razonable. De hecho, si una operación policial en toda regla era imposible, ¿por qué no podía probar por su cuenta y riesgo?

—Y si encuentra alguna pista —continuó Jurtinski—, ya hacia el amanecer podríamos realizar la redada. Bastará con que me avise. Naturalmente, no podré reunir quinientos policías, pero tampoco hacen falta tantos. Además, supongo que usted, para entonces, habrá reducido el campo de acción... Envíeme el recado con uno de mis hombres, que de lo demás ya me encargaré yo. Y nos las arreglaremos perfectamente sin la intervención de Evgueni Osipovich.

Erast Petrovich arrugó el entrecejo al advertir en esas palabras un eco más de las intrigas moscovitas, que en aquellos momentos habría sido preferible obviar.

—Le agradezco la ayuda que me propone, pero no necesito a sus agentes —repuso el joven—. Estoy acostumbrado a arreglármelas solo. Tengo un ayudante muy capaz.

—¿Ese japonés suyo? —inquirió Jurtinski demostrando de forma inesperada estar muy bien informado. Aunque de qué asombrarse, si en eso precisamente consistía su trabajo: en saberlo todo de todos.

—Sí. Con él tendré más que su-suficiente. De usted sólo necesito una cosa: que me diga dónde puedo encontrar a Misha *el Pequeño*.

El consejero adjunto se santiguó devotamente al repique de una campana que se oyó en lo alto.

—En Jitrovka hay un local de mucho cuidado. Una taberna, El Presidio se llama. De día allí no hay más que borrachos despreciables, pero por la noche se dejan caer los «profesionales»: así es como llamamos en Moscú a los delincuentes. También Misha *el Pequeño* suele recalar por allí de vez en cuando. Quizá no acuda él en persona, pero alguno de sus matones aparecerá sin falta. Préstele atención también al tabernero, es un criminal de marca mayor. —Jurtinski movió la cabeza con reprobación y añadió—: Hace mal rechazando a mis agentes. Es un sitio peligroso. Estos no son los bajos fondos de París, sino Jitrovka. Una puñalada traperera y desapareces sin dejar rastro. Permita al menos que alguno de los míos lo lleve hasta El Presidio y se quede vigilando fuera. Se lo ruego, no sea testarudo.

—Muchas gracias, de verdad, pero ya me las arreglaré solo —le respondió Fandorin con cierta presunción.

Capítulo Octavo

En el que ocurre una catástrofe

—Nastasia, ¿qué gritos son esos? Ni que te estuvieran degollando... —observó enfadado Ksaveri Feofilaktovich, que se había asomado al vestíbulo alarmado por las voces.

La cocinera era una vieja tonta de lengua incontinente e irrespetuosa con el dueño de la casa. Si Grushin, a pesar de todo, seguía manteniéndola a su lado, era sólo por la fuerza de la costumbre y también porque la muy idiota sabía hornear unas riquísimas empanadas de hígado con ruibarbo. Pero su atronadora voz, que Nastasia no economizaba en sus eternas batallas con la vecina Glashka, con Silich, el municipal del barrio, o con los mendigos, distraía frecuentemente a Ksaveri Feofilaktovich de la lectura del *Boletín de la Policía de Moscú*, de sus reflexiones filosóficas e incluso de su dulce sueñecito vespertino.

Y hete aquí que también en ese momento la maldita bruja se había puesto a chillar de tal manera que Grushin no tuvo otro remedio que emerger de su agradable somnolencia. Y fue una lástima, porque estaba soñando que no era ningún jefe de policía retirado, sino un repollo de col que crecía en el huerto. Veía su cabeza sobresalir directamente del arriate, y, junto a él, un cuervo que le picoteaba en la mejilla izquierda, aunque no le resultaba doloroso en absoluto, sino que, al contrario, le producía una sensación de tranquilidad y placer. No tenía que andar ni correr hacia ninguna parte, y tampoco preocuparse de nada. Una maravilla. Pero luego el cuervo empezó a hacer el gamberro, a picotearle ya no en broma, sino de modo cruel, produciendo chasquidos, y encima el muy cochino se puso a graznar de un modo ensordecedor, y fue entonces cuando Grushin se despertó con dolor de cabeza por los alaridos de Nastasia.

—¡Que se te retuerza también el alma! —gritaba la cocinera al otro lado de la pared—. ¿Y tú, infiel, por qué guiñas de esa manera? ¡Ahora verás cómo te zurro con este trapo en esa calvorota tan brillante que tienes!

Ksaveri Feofilaktovich escuchó la filípica y se interesó por lo que pasaba. ¿Quién tenía que retorcerse? ¿Qué infiel sería ese? Se levantó con esfuerzo y se fue a poner orden.

El sentido de las misteriosas palabras de Nastasia se hizo manifiesto cuando Grushin salió al porche.

Asunto aclarado: otra vez pedigüenos. Todo el día vagando por las callejuelas de Zamoskvarietski, de la mañana a la noche. Uno era un viejo jorobado y encorvado que se apoyaba en dos cortos bastones. El otro, un sucio quirguiz con un guardapolvo lleno de manchas y un raído gorro asiático de piel. «¡Señor, qué gentuza se empadrona en nuestra querida Moscú!», pensó el comisario.

—¡Basta, Nastasia, que me vas a dejar sordo! —reprendió Grushin a gritos a la escandalosa cocinera—. Dale a cada uno un kopec y que se vayan por donde han venido.

—Pero ¡si preguntan por usted! —dijo la mujer volviéndose hacia él, dominada por la ira—. Este de aquí —y empujó al jorobado— hasta me ha dicho: «¡Anda y despiértalo, que tenemos un asunto con tu amo!»... ¡Yo sí que te voy a despertar, a escobazos! ¡Largo de aquí! ¡Que no dejáis dormir a nadie!

Ksaveri Feofilaktovich se fijó con más atención en los pordioseros. ¡Un momento! ¡El quirguiz le sonaba de algo! Pero ¡qué quirguiz ni qué narices! El comisario se llevó la mano al corazón y le preguntó:

—¿Qué le ha pasado a Erast Petrovich? ¿Dónde está? —«¡Ah, a lo mejor no entiende nada de ruso!»—. ¿Y tú, viejo, vienes acaso de parte de Fandorin? —Se inclinó hacia el jorobado y añadió—: ¿Ha ocurrido algo?

Sin embargo, inesperadamente el inválido se enderezó y resultó ser media cabeza más alto que Grushin.

—Bueno, si ni siquiera usted, Ksaveri Feofilaktovich, me ha reconocido, quiere decir que el disfraz funciona —dijo el jorobado con la voz de Erast Petrovich.

Grushin fue presa del entusiasmo.

—¡Como para reconocerlo! ¡Cuánta habilidad! Si no hubiera sido por su criado, nunca lo habría reconocido. Pero tendrá que ser agotador andar tan encorvado...

—Bah, no tiene importancia. —Fandorin hizo un gesto con la mano—. Superar las dificultades es uno de los placeres de la vida.

—En esa cuestión estoy dispuesto a disentir de usted —dijo Grushin franqueando a los visitantes la entrada a la casa—. Pero, naturalmente, ahora no; después, frente a unas tazas de té. Por lo que veo, va usted a una misión...

—Sí. Quiero echar un vistazo por Jitrovka, por una taberna de romántico nombre, El Presidio. Di-Dicen que ese local es como el cuartel general de Misha *el Pequeño*.

—¿Quién lo dice?

—Piotr Parmienovich Jurtinski, el jefe de la sección secreta de la cancillería del gobierno general.

Ksaveri Feofilaktovich se limitó a hacer un gesto con los brazos y repuso:

—Bueno, ese lo sabe todo. Tiene ojos y oídos en todas partes. Entonces, ¿está decidido a ir a El Presidio?

—Sí. Pero antes dígame qué tipo de taberna es, qué ambiente tiene y, lo más importante, cómo llegar hasta ella —le pidió Fandorin.

—Siéntese, pichoncito. Aunque no en el sillón, mejor ahí, en la banqueta, que el disfraz... —Ksaveri Feofilaktovich también se sentó y encendió su pipa—. Se lo contaré todo por orden. Primera pregunta: ¿qué tipo de taberna? Pues le respondo: es parte de los dominios del consejero estatal en activo Yeropkin.

—¿Cómo es eso? —inquirió sorprendido Erast Petrovich—. Pero si yo creía que se trataba de una guarida, de una cloaca de delincuentes.

—Y cree bien. Pero el local es propiedad del general y le proporciona a su excelencia unos jugosos ingresos. El general, naturalmente, no va por allí, mas arrienda el local. Yeropkin tiene muchas casas como esa por todo Moscú. El dinero, como usted sabe, no tiene olor. En el piso superior hay habitaciones con chicas baratas a cincuenta kopecs, y en el sótano está la taberna. Pero el valor principal de la casa del general no reside ahí. En tiempos de Iván *el Terrible* existía en ese lugar una cárcel subterránea provista de cámaras de tortura. La cárcel fue demolida hace mucho, pero el laberinto subterráneo aún está en pie. Y durante estos trescientos años han ido excavando nuevos pasajes, de manera que en ese revoltijo se pierde hasta el mismo diablo. ¡Como para encontrar allí a Misha *el Pequeño*!... Ahora la segunda pregunta: ¿que qué ambiente tiene? —Ksaveri Feofilaktovich hizo con los labios un ruidito de placer. Hacía tiempo que no se sentía tan bien. Hasta la cabeza había dejado de dolerle—. Pues un ambiente horroroso. De criminales. Allí no entra ni la policía ni la ley. En Jitrovka sólo viven dos tipos de personas: las que se pliegan a los fuertes y las que oprimen a los débiles. No hay término medio. Y para ellos El Presidio es como el gran mundo, el no va más: allí se trapichea con objetos robados y se maneja dinero a raudales, y es el lugar de encuentro de todos los jefes de bandas. Tiene razón Jurtinski, allí se puede dar con la pista de Misha *el Pequeño*. Pero ¿cómo?, esa es la cuestión. Allí no se puede entrar así como así.

—Mi tercera pregunta no se refería a eso —le recordó amablemente, pero también con severidad, Fandorin—. Preguntaba cómo llegar a El Presidio.

—Bueno, eso no se lo pienso decir —dijo Ksaveri Feofilaktovich con una sonrisa, retrepándose en el respaldo del sillón.

—¿Y por qué?

—Porque yo mismo lo conduciré hasta allí. Y no discuta conmigo, que no lo voy a escuchar. —Y nada más advertir el gesto de protesta de su interlocutor, el comisario retirado hizo como que se tapaba los oídos—. Primero, porque sin mí usted no lo encontraría de ninguna de las maneras. Y segundo, porque si lo encuentra, no podrá entrar. Y si entra, no saldrá vivo. —Comprobando que sus argumentos no hacían mella en Fandorin, Grushin comenzó a implorar—: ¡No me trate así, pichoncito! Hágalo por los viejos tiempos, ¿le parece? Sea piadoso, dele un placer a este viejo que se consume por la inactividad. ¡Tan bien como paseábamos juntos entonces!...

—Ksaveri Feofilaktovich, amigo mío —repuso Fandorin pacientemente, como si hablara con un niño—. Pero ¡si en Jitrovka se acuerdan de usted hasta los perros!

Grushin sonrió con picardía y objetó:

—Eso no debe preocuparlo. ¿Cree acaso que usted es el único maestro del disfraz?

Y comenzó una larga y agotadora discusión.

Cuando llegaron a la casa de Yeropkin ya había anochecido. Nunca hasta entonces

Fandorin había tenido oportunidad de poner los pies en el desgraciadamente famoso barrio de Jitrovka después de la caída del crepúsculo. ¡Qué sitio tan tenebroso era aquel! Una especie de reino subterráneo habitado por sombras y no por seres vivos. En sus retorcidas calles no alumbraba ningún farol, sus feas casuchas estaban inclinadas hacia la izquierda o hacia la derecha y de los montones de basura emanaba un hedor insoportable. Allí la gente no caminaba, sino que reptaba o renqueaba apoyándose en las paredes. Una sombra gris surgía de algún patio o de alguna portezuela invisible, se deslizaba por una callejuela y luego se esfumaba por otra rendija. «Es el país de las ratas —pensó Erast Petrovich mientras caminaba cojeando sobre sus muletas—. Sólo que las ratas no cantan con voz de borracho, ni gritan a pleno pulmón, ni sueltan palabrotas, ni lloran, ni mascullan ininteligibles amenazas al paso de los viandantes».

—Ahí está El Presidio —informó Grushin. Señaló una siniestra casa de dos pisos, de ventanucos que resplandecían lúgubrementemente, y se santiguó—. Quiera Dios que hagamos el trabajo y podamos salir por nuestro propio pie.

Entraron del modo que habían acordado: primero, Ksaveri Feofilaktovich y Masa, y Fandorin un poquito después. Esa fue la condición que impuso el consejero titular.

—Usted no se preocupe de que mi japonés no hable ruso —le había explicado Erast Petrovich—. Ha estado metido en todo tipo de líos y huele el peligro por intuición. En el pa-pasado fue miembro de una banda de *yakuza*, una organización de bandidos japoneses. Tiene unos reflejos impresionantes y maneja el cuchillo como el cirujano Pirogov el escalpelo. Con Masa tiene la espalda a buen recaudo. Resultaría sospechoso que entráramos los tres juntos: pareceríamos una patrulla policial de arresto.

Total: que logró convencerlo.

El Presidio estaba oscuro. A sus parroquianos no les debía de gustar la luz intensa. Tan sólo había una lámpara de queroseno en el mostrador —para contar el dinero— y una gruesa vela de sebo en cada una de aquellas burdas mesas de caballete. Cuando la llama vacilaba, unas sombras informes se agitaban en las bajas bóvedas de piedra del local. Pero, para un ojo habituado, la penumbra no es un obstáculo. Se sienta uno, acostumbra la vista y asunto resuelto: todo lo que se necesita ver, se ve. Por ejemplo, a ese grupo de «profesionales» que estaba sentado en un rincón en torno a una mesa bien servida, cubierta con mantel incluso. Todos bebían con moderación y comían aún menos mientras intercambiaban unas frases lacónicas, incomprensibles para cualquier extraño. No cabía ninguna duda de que aquellos fogosos muchachos estaban a la espera de algo: a punto de comenzar un trabajo o de iniciar una conversación muy seria. El resto era público de poca monta y ningún interés. Muchachas de la calle, pordioseros completamente borrachos y, naturalmente, los clientes habituales: carteristas y ladronzuelos. Estos últimos, como es costumbre, estaban «llamándose a la parte», es decir, se repartían el botín del día, agarrándose del pecho los unos a los otros y aclarando los más mínimos detalles:

cuánto había cogido fulano y cuánto tocaba por cabeza. A uno ya lo habían tirado debajo de la mesa y lo molían a patadas sin piedad. Él se quejaba entre lamentos y trataba de escapar, pero los otros lo hacían regresar de nuevo y lo aleccionaban para el futuro: «¡No robes nunca a tus amigos, no los robes!».

En ese momento entró un viejo jorobado. Se detuvo un segundo en la puerta, giró la chepa a un lado y a otro, miró a su alrededor y se puso a renquear hacia un rincón manejando con habilidad las muletas. Del cuello del lisiado colgaba una pesada cruz sujeta a una cadena enmohecida y un extraño cilicio formado por estrellas de hierro. El jorobado dio cojeando unos pasos más y se sentó a una mesa. Era un buen sitio, puesto que la pared quedaba a su espalda y había unos vecinos apacibles. A su derecha, un pordiosero ciego que miraba hacia un punto fijo con sus turbias cataratas y cenaba moviendo rítmicamente las mandíbulas. A su izquierda, una muchacha de la vida, con su cabellera morena desparramada sobre la mesa y una botella de litro y medio agarrada, dormía borracha como una cuba. A todas luces debía de ser la chica de alguno de los «profesionales», porque iba vestida de manera más aseada que las demás prostitutas, porque de sus orejas colgaban unos pendientes de piedras turquesas y, lo más importante, porque nadie la molestaba. Y estaba bien claro que no se la podía molestar. La damita estaba cansada, dormía. Cuando se despertara, se tomaría otro trago.

El mozo se acercó al jorobado y le preguntó desconfiado:

—¿De «adónde» vienes, abuelo? Nunca te había visto por aquí.

El jorobado sonrió ampliamente mostrando sus podridos dientes y escupió de un tirón:

—¿De «adónde»? Pues ahora de allá, después de acullá; a veces subo la cuesta a rastras y otras la bajo como una flecha. Y ahora, pichón, tráeme vodka del bueno. Que he estado andando todo el día cargando con esta joroba. Y no te amostaces, que dinero hay. —Hizo sonar la calderilla—. Los buenos cristianos se apiadan de este cojo lisiado.

Entonces el viejo listillo le dedicó un guiño al mozo, se sacó de la espalda una almohadilla de algodón, enderezó los hombros y se irguió. La joroba había desaparecido.

—¡Ay, se me han despachurrado los huesos con este trabajito tan duro!

A continuación el chistoso se inclinó hacia la izquierda y le dio un golpecito a la muchacha que dormía.

—¡Mira, tesoro, la espalda ya está buena! ¿De quién serás? ¿A este viejecito no acariciarás?

Y después soltó otro par de frases de la misma hechura, que obligaron al camarero a reír como un cuervo.

—¡Qué viejo tan gracioso! —dijo. Sin embargo, le ofreció un consejo—: No molestes a Fiska, que no es de tu medida. Si quieres acurrucarte con una hembra, sube por esa escalerita de ahí. Llévate cincuenta kopecs y media botella.

Al viejo le sirvieron su botella de litro y medio, pero no se apresuró a subir las escaleras: al parecer, allá abajo tampoco se lo pasaba mal. Se bebió el primer vaso de golpe y luego se puso a canturrear una coplilla con voz aguda y a disparar miraditas a todos los rincones con los ojos vivarachos y radiantes de un jovencuelo. En un periquete examinó de arriba abajo a todos los parroquianos, detuvo la mirada un momento en los «profesionales» y luego la dirigió hacia el mostrador, donde el tabernero, Abdul, un tártaro tranquilo y fibroso a quien todos conocían y temían en Jitrovka, charlaba a media voz con un viejo vagabundo. Este último hablaba cada vez más y el tártaro se limitaba a responder con monosílabos, desgano, mientras secaba parsimoniosamente y con un sucio guiñapo un vaso de cristal tallado. Pero el viejo de barbas canosas, que llevaba un abrigo de paño de nanquín de buena calidad y chanclos encima de las botas, no lo dejaba en paz: seguía cuchicheándole algo con el cuerpo echado sobre el mostrador, y de cuando en cuando golpeaba con un dedo la caja que colgaba del hombro de su acompañante, un quirguiz de baja estatura que miraba atentamente a todos lados con sus ojillos estrechos y afilados.

Por el momento, todo marchaba según el plan. Erast Petrovich sabía que Grushin estaba representando el papel de un especulador que había adquirido de lance un juego completo de útiles (de óptima calidad) para el robo y buscaba un buen comprador, entendido en la materia. Aunque la idea era bastante buena, Fandorin estaba muy preocupado por la atención que le estaban prestando los «profesionales» al viejecito y a su acompañante. ¿Los habrían descubierto? Pero ¿cómo? ¿Por qué? Ksaveri Feofilaktovich se había disfrazado con auténtico virtuosismo: resultaba imposible reconocerlo.

También Masa olía el peligro: estaba de pie, con una mano metida en la manga y los gruesos párpados entornados a medias. En la manga llevaba un puñal y su pose delataba que estaba en guardia para repeler cualquier ataque.

—¡Eh, tú, bizco! —le gritó uno de los «profesionales», que se había levantado—. ¿De qué tribu eres?

El viejo vagabundo se volvió con desparpajo y respondió:

—Es quirguiz, buen hombre —respondió educadamente pero sin arrugarse en absoluto—. Un huérfano lisiado. Los turcos le rebanaron la lengua. Pero a mí me viene como anillo al dedo. —Ksaveri Feofilaktovich hizo una pícara señal con los dedos—. Afano a los tontos y trafico con humo, así que a mí los charlatanes no me hacen ninguna falta.

Masa también se volvió de espaldas al mostrador, pues comprendía de qué lugar era previsible que procediera el auténtico peligro. Había cerrado los ojos casi por completo, aunque de vez en cuando una chispita le brillaba entre los párpados.

Los «profesionales» se miraron entre sí. Las enigmáticas palabras del viejecito por alguna razón parecieron tranquilizarlos. Erast Petrovich sintió un alivio en el pecho: Grushin era astuto, sabía arreglárselas solo. Fandorin suspiró reconfortado y sacó de debajo de la mesa la mano que un momento antes había preparado para coger

la culata de la Herstal.

Pero no debió retirarla.

De improviso, aprovechándose de que los dos le habían dado la espalda, el tabernero asió por el cordel una pesa de kilo que estaba en el mostrador y, con un movimiento ligero aunque terrible por su potencia, la descargó contra la redondeada nuca del «quirguiz». Se oyó un chasquido espeluznante y Masa se desplomó en el suelo como un saco. Mientras tanto, el cobarde tártaro, con mucha habilidad —se le notaba en aquello una práctica fuera de lo común—, golpeó en la mejilla izquierda a Grushin, que ya había empezado a volverse hacia él, aunque no pudo culminar el giro.

Sin comprender nada de lo que ocurría, Erast Petrovich derribó la mesa mientras sacaba el revólver de debajo de la camisa.

—¡Quietos todos! —gritó con furia—. ¡Policía!

Uno de los «profesionales» metió una mano debajo de la mesa y Fandorin abrió fuego inmediatamente. El tipo dio un grito, se llevó ambas manos al pecho, cayó al suelo y comenzó a agitarse entre convulsiones. Los demás se quedaron petrificados.

—¡Al que se mueva lo mato!

Erast Petrovich apuntaba el cañón de la pistola ora hacia los «profesionales», ora hacia el tabernero, mientras calculaba febrilmente si tendría balas para todos ellos y qué debía hacer. ¡Un médico, hacía falta un médico! Aunque los golpes de la pesa habían sido tan fuertes que el médico apenas serviría de nada... Abarcó toda la taberna con una mirada. A su espalda tenía la pared y en los flancos todo parecía estar en orden: el ciego seguía sentado como antes y se limitaba a girar la cabeza y a pestañear con sus siniestras cataratas; la chica se había despertado por efecto del disparo y había levantado su bonito pero enjuto rostro. Sus ojos eran de un negro radiante: una gitana, evidentemente.

—¡Canalla, para ti será la primera bala! —le gritó Fandorin al tártaro—. No voy a esperar a que te juzguen, ahora mismo te voy a...

Pero no llegó a terminar la frase, porque la gitana, tan silenciosa como una gata, se irguió con ligereza y le dio un botellazo en la nuca. Aunque lo cierto es que Erast Petrovich no llegó a ver eso. Para él sencillamente se hizo la oscuridad: de repente y sin ningún motivo.

Capítulo Noveno

En el que a Fandorin lo esperan nuevas conmociones

Erast Petrovich fue recuperando el conocimiento poco a poco, sus sentidos se fueron reavivando por turno uno detrás de otro. El primero en activarse fue el olfato. Olía a ácido, a polvo y a pólvora. Después resucitó el tacto: su mejilla advertía el contacto con una superficie rugosa de madera y las muñecas le escocían. En la boca tenía un sabor salado: debido no a otra cosa que a la sangre. El oído y la vista fueron los últimos en volver, y con ellos, al fin, comenzó a funcionarle el raciocinio.

Fandorin comprendió que estaba tirado en el suelo, con la cara hacia abajo y las manos atadas a la espalda. Abriendo ligeramente un ojo, el consejero titular vio un suelo lleno de salivazos, una cucaracha rojiza que corría rápidamente hacia un lado y varios pares de botas. Un par eran elegantes, cromadas, con herrajes de plata en la punta y demasiado pequeñas, como para un adolescente. Un poco más allá, detrás de las botas, Erast Petrovich divisó algo que le hizo recordar todo de golpe: directamente hacia él, el ojo muerto de Ksaveri Feofilaktovich lo miraba. El antiguo comisario también yacía en el suelo y su rostro parecía descontento, incluso enojado, como si quisiera decir: «¡Vaya jugada tan estúpida que nos ha salido!». A su lado se veía la nuca de Masa y su pelo negro empapado en sangre. Erast Petrovich entornó los ojos. Quiso regresar de nuevo a la oscuridad, para no ver ni oír nada más, pero las voces ásperas, que retumbaban dolorosamente en su cerebro, no se lo permitían.

—... ¡Bien, Abdul! ¡Qué cabeza la tuya! —exclamó uno excitado, con una gangosidad sifilítica—. Cuando ese empezó a hablar en jerga, pensé que no era él, pero ¡justo entonces, Abdul va y los arrea con la pesa!

Una voz pausada, que se comía el final de las palabras a la manera tártara, repuso con un tono de bajo:

—¡Cómo no iba a ser, estúpido cabezota! Nos lo habían advertido bien clarito: pegadle al que vaya con un chino de ojos rasgados.

—El animal este no es chino, sino quirguiz.

—¡Tú sí que eres un quirguiz! ¿Qué, acaso ves muchos ojos rasgados paseándose por Jitrovka? Además, si me hubiese equivocado, tampoco sería una gran desgracia. Los tiraríamos al río y en paz.

—¡Y vaya con Fiska, menuda chica! —saltó una tercera voz, aduladora, aunque con cierto grado de histerismo—. Si no hubiera sido por ella, el viejo este habría acabado con todos nosotros. ¿Y tú, Misha, decías que serían dos, eh, Mish? Y ya lo ves, Mish, eran tres. Ahí está el Rodajas hecho un colador. El Rodajitas se muere, Mish. La bala le ha quemado las tripas.

Al oír el nombre de Misha, Fandorin abandonó por completo la idea de regresar a las tinieblas. Le dolía la herida de la nuca, pero Erast Petrovich ahuyentó el dolor

arrojándolo al vacío, a esa oscuridad de donde él mismo había surgido un momento antes. En ese momento no estaba para dolores.

—A ti, Fiska, debería darte con el látigo en la cara, para que no bebieras más — declamó pausada e indolente una voz de falsete—. Pero visto lo visto, te perdono. Bien que le has sacudido a ese perro.

Dos botines de tafilete de color escarlata se acercaron, colocándose enfrente de las botas cromadas.

—Si quieres, puedes pegarme en la cara, Mishenka —dijo con gran cadencia una aguardentosa voz de mujer—. Pero no me rechaces. Hacía tres días que no te veía, aguilucho mío. Me moría de nostalgia. Ven conmigo ahora mismo, que te voy a llenar de caricias.

—Las caricias para después. —Las botas elegantes dieron un paso y se acercaron a Fandorin—. Ahora veamos qué escarabajo es este que ha venido a visitarnos. Vuélvelo, Shuja. Mira cómo le brilla el ojo.

A Erast Petrovich lo giraron y lo pusieron de espaldas al suelo.

Allí estaba, Misha *el Pequeño*. De estatura, a la gitana le llegaba poco más arriba del hombro, y comparado con los «profesionales» era una cosita diminuta. Tenía el rostro fino y convulsionado por los tics, con un temblor en la comisura de los labios. Los ojos eran feos, daba la impresión de que no miraba un hombre, sino un pez. Pero en conjunto quizá fuera un guaperas. Sus cabellos, divididos en dos mitades idénticas por la raya del peinado, se rizaban en las puntas. Un detalle desagradable: sus finos bigotitos eran idénticos a los de Erast Petrovich, y también estaban retorcidos de la misma manera. Fandorin se juró inmediatamente que no se los engominaría de nuevo. Aunque asimismo pensó al instante que quizá esa oportunidad no se le presentaría jamás.

En una mano el rey de los bandidos sostenía la Herstal, y, en la otra, el estilete que Fandorin llevaba oculto en la tobillera. Al parecer, lo habían registrado.

—Y bien, ¿quién eres tú? —le preguntó entre dientes Misha *el Pequeño*. Contemplado desde allí abajo, no parecía en absoluto pequeño, al contrario, resultaba un auténtico Gulliver—. ¿De qué comisaría? ¿De la calle Miasnitzkaya? Seguro que sí. Todos mis perseguidores se han juntado allí, esos vampiros insaciables...

En primer lugar, Erast Petrovich se extrañó de las palabras «perseguidores» y «vampiros», y, en segundo lugar, tomó nota para el futuro: en la comisaría de la calle Miasnitzkaya, por lo visto, no admitían sobornos. Una información de lo más útil. Si tuviera oportunidad de utilizarla, claro está.

—¿Por qué habéis venido tres? —inquirió Misha de una manera un tanto incomprensible—. ¿O tú has llegado solo y los otros dos por su cuenta?

Fandorin estuvo tentado de asentir, pero decidió que callar sería más acertado. Y ver así lo que acontecería después.

Pero lo que siguió no fue nada bueno. Levantando ligeramente un pie, Misha le pegó al caído una patada en la ingle. Erast Petrovich adivinó el movimiento y tuvo

tiempo de prepararse. Imaginó que se tiraba al agua de sopetón por un agujero practicado en el hielo. El agua helada lo abrasó de tal manera que, en comparación, el golpe de la bota herrada le pareció una nadería. Fandorin ni siquiera gimió.

—Es fuerte el viejo —se asombró Misha—. Está visto que nos llevará su tiempo. Pero no importa, así resultará más interesante, y además no tenemos prisa. Mientras tanto, chicos, encerradlo en la bodega. Comamos alguno y divirtámonos un poco. Así me pondré caliente y jugueton para que luego Fiska me baje la temperatura.

Acompañado por unas carcajadas estridentes de mujer, el consejero titular fue arrastrado de los pies por el suelo, primero hasta el mostrador, y luego a través de un pasillo oscuro. La puertecita de la bodega chirrió y un segundo después Erast Petrovich desapareció en unas profundas tinieblas.

—¡Ahí tienes tus muletas, jorobado! —le gritaron entre risas desde arriba—. ¡Date un paseíto y reúne algo de limosna!

Una tras otra, las cortas muletas cayeron sobre Fandorin. El cuadrado mate desapareció allá arriba con un chirrido y Erast Petrovich cerró los ojos, ya que de todas maneras no veía nada.

Curvando una mano, palpó con los dedos las cuerdas que le oprimían las muñecas. Era una nadería: una cuerda de lo más simple. Una superficie dura, preferiblemente con salientes, y cierta cantidad de paciencia bastarían. ¿Qué había por allí? Ah, la escalera contra la que acababa de golpearse. Fandorin se colocó de espaldas a la escalera y comenzó, rápida y rítmicamente, a restregar la cuerda contra el puntal de madera. Allí había trabajo, quizá para unos treinta minutos.

Así que Erast Petrovich se puso a contar mentalmente hasta mil ochocientos, no para matar el tiempo, sino para no pensar en cosas terribles. Pero el cómputo no impidió que negros pensamientos se clavaran como agujas en el pobre corazón del consejero titular.

¡Qué estupidez ha cometido usted, señor Fandorin! Esto no tiene perdón y ya nunca lo tendrá.

¡Cómo se le ocurrió arrastrar a su viejo maestro a esta casa de fieras! El bueno de Ksaveri Feofilaktovich confió en su joven amigo, contento de poder prestar un nuevo servicio a la patria... ¡y miren cómo ha terminado todo! No, la culpa no la ha tenido el destino, ni la mala suerte, sino la negligencia y la incompetencia de aquel en quien el comisario jubilado confiaba tanto como en sí mismo. Lo estaban esperando, los chacales de Jitrovka esperaban a Fandorin. O, para ser más exactos, al que fuera acompañado por un «chino». El inepto detective Fandorin había conducido a sus personas más queridas a una ejecución segura. Y eso que Grushin ya le había advertido que Misha *el Pequeño* tenía comprada a toda la policía. El antipático de Jurtinski se habría ido de la lengua con alguno de sus agentes y este habría avisado a los habituales de Jitrovka. Nada más simple. Naturalmente, después se darían cuenta de que había un judas en la sección secreta, pero a Masa y a Grushin ya nadie se los devolvería. ¡Una negligencia imperdonable! No, una negligencia no, un crimen

imperdonable...

Erast Petrovich comenzó a gemir, atenazado por aquella angustia tan insoportable que sentía en el alma, y frotó las manos con más rapidez. De pronto, antes de lo esperado, la cuerda se aflojó y resbaló de sus muñecas. Pero el consejero titular no se alegró por ello, sino que, escondiendo el rostro entre sus manos recién liberadas, se echó a llorar. «¡Ah, Masa, Masa!...».

Cuatro años antes, en Yokohama, Fandorin, por entonces segundo secretario de la embajada rusa, salvó la vida a un joven *yakuza*. A partir de entonces Masahiro se convirtió en su fiel, qué digo, en su único amigo, y más de una vez le salvó la vida a aquel diplomático sediento de aventuras, pero el joven, como al principio, siempre siguió considerándose en deuda con él. ¿Y por esa simple razón el señor Fandorin había arrastrado hasta allí, a la otra punta del orbe, a un mundo ajeno, a aquel japonés de alma noble? ¿Para que de manera absurda, por su culpa, muriera por el golpe traicionero de un criminal?

Amargura, una indescriptible amargura fue lo que sintió Erast Petrovich, y si no se partió la cabeza contra el viscoso muro del sótano fue por el gusto anticipado de la venganza. ¡Ah, qué despiadadamente se vengaría de sus asesinos! A Ksaveri Feofilaktovich, como buen ortodoxo que era, quizá aquella venganza le resultara indiferente, pero el alma japonesa de Masa se regocijaría con ella mientras esperaba su futura reencarnación.

Fandorin ya no temía por su propia vida. Misha *el Pequeño* había tenido su oportunidad para acabar con el consejero titular, allá arriba, cuando él yacía aturdido en el suelo, maniatado y sin defensa. Pero en ese momento, perdone usted, su alteza criminal, como suelen decir los jugadores de cartas, sus naipes pintan bastos.

La cadena con la cruz de cobre y aquel extraño cilicio con cuentas estrelladas seguían colgando del cuello del exjorobado. Y aquellos imbéciles le habían hecho otro regalo al arrojarle las muletas. Eso significaba que Erast Petrovich tenía a su disposición todo un arsenal japonés.

Se quitó el cilicio del cuello y desmontó las estrellas. Pasó un dedo por sus bordes: estaban afilados como una navaja de afeitar. Las estrellas se llamaban *shuriken* y el arte de arrojarlas sin errar en el blanco entraba en el primer nivel de preparación de un *ninja*. Cuando la situación así lo exigía, también se untaban las puntas con veneno, pero Fandorin juzgó que en esa ocasión se bastaría sin él. En ese instante ya sólo faltaba montar el *nunchaku*, un arma mucho más temible que cualquier sable.

Erast Petrovich se despojó de la cadena y, apartando la cruz, ajustó las muletas a ella, cada una a un extremo. Los palos de madera disponían de unos ganchitos especiales para ese propósito. El joven, sin levantarse del suelo, hizo silbar sobre su cabeza aquella especie de ocho relampagueante y quedó completamente satisfecho. El aperitivo estaba servido, ya sólo faltaban los invitados.

Palpando los peldaños en la oscuridad, subió por la escalera. Con la cabeza

presionó la trampilla, que estaba cerrada. Qué se le iba a hacer, tenía que esperar. La avena no va al caballo.

Saltó hacia abajo, se puso en cuclillas y comenzó a buscar por el suelo con las manos. Un minuto después tropezó con un saco de lino putrefacto que expelía un insoportable olor a moho. No importaba, no era momento de delicadezas.

Erast Petrovich inclinó la cabeza sobre la improvisada almohada. Todo estaba muy tranquilo allá abajo, sólo unas vivarachas bestiecillas corrían de un lado para otro: probablemente, ratones, o puede que incluso ratas. «Ah, sí, casi seguro que son ratas», pensó Fandorin, y sin darse cuenta se quedó dormido: no había tenido oportunidad de pegar ojo la noche anterior.

Se despertó con el crujido que hizo la trampilla al abrirse, y al instante recordó dónde se encontraba y por qué. Lo único que no tenía claro era cuánto tiempo había transcurrido.

Un hombre con abrigo acolchado y botas de piel bajó balanceándose por la escalera. En una mano sostenía una vela. Erast Petrovich reconoció en él a uno de los «profesionales» de Misha. A continuación, aparecieron por la trampilla las conocidas botas cromadas con remaches plateados.

En total, los invitados eran cinco: Misha *el Pequeño* en persona y cuatro secuaces que ya conocía de antes. Sólo faltaba Abdul para que la satisfacción de Fandorin fuera completa, y eso lo afligió e incluso lo hizo suspirar.

—Ahora, perro, sí que vas a suspirar —dijo Misha con una amplia sonrisa mostrando sus perlados dientes—. Te voy a hacer dar unos gritos que hasta las ratas se esconderán en sus grietas. ¿Así que abrazado a ese saco de carroña, no? Muy bien, porque pronto estarás como él.

Fandorin miró el saco que le había servido de almohada y se sentó horrorizado. Desde el suelo lo miraban fijamente los hundidos ojos de un viejo cadáver ya putrefacto. Los «profesionales» rompieron a reír a carcajadas. Cada uno de ellos, salvo Misha *el Pequeño*, llevaba una vela en la mano, y uno sostenía además una especie de pinzas o tenazas.

—¿Qué pasa, no te gusta? —se interesó sarcásticamente el que no daba la talla mínima—. Es un espía que cazamos el otoño pasado, también de la comisaría de Miasnitzkaya. ¿Qué, lo conoces? —Se oyeron risas otra vez, y la voz de Misha, que sonó zalamera, viscosa—: Sufrió un buen rato, el pobre. En cuanto empezamos a arrancarle las tripas, se acordó de su mamáita y de su papaíto.

Erast Petrovich pudo haberlo matado en aquel mismo instante: en cada una de las manos que llevaba cruzadas a la espalda tenía un *shuriken*. Pero resulta indigno de un hombre noble entregarse a emociones insensatas. Debía conversar con Misha. Como solía decir Aleksander Ivanovich Pelikan, el cónsul ruso en Yokohama, se le «acumulaban las preguntas» que tenía que formularle. Pero antes, naturalmente, debía neutralizar al séquito de su majestad de Jitrovka. Se habían colocado, además, a punto de caramelo: dos a la derecha y otros dos a la izquierda. No se veía que nadie

llevara armas de fuego, a excepción de Misha, que seguía jugando con su ligera Herstal. Pero no había nada que temer: Misha no sabía lo del botoncito, y el revólver no podía dispararse con el seguro puesto.

Quizá fuera mejor tratar de sonsacar algo al Pequeño mientras todavía se sintiera en superioridad de fuerzas. Porque después no era seguro que estuviera dispuesto a cantar. A juzgar por lo visto, debía de ser un niño bastante obstinado. Pero ¿cuánto resistiría?

—Busco una cartera, Mishutka. Y en ella hay un dineral, miles y miles de rublos —canturreó Fandorin con voz de truhán jorobado y con mala suerte—. ¿Anda, dime, dónde la has metido?

A Misha se le transfiguró la cara y uno de sus compinches preguntó con voz gangosa:

—¿Qué está gargareando este, Misha? ¿Qué miles son esos?

—¡Te estás pasando de la raya, perro sarnoso! —aulló «el rey»—. Lo que quiere es meter cizaña entre nosotros. Pero yo te voy a hacer toser sangre, bastardo.

Sacando de una bota un cuchillo estrecho y largo, el Pequeño dio un paso hacia delante. Erast Petrovich sacó sus conclusiones. Misha había cogido la cartera. Conclusión número uno. Su banda no estaba al tanto y eso quería decir que no estaba muy dispuesto a repartir el botín. Conclusión número dos. Y como temía que todo se descubriera, estaba dispuesto a cerrarle la boca al prisionero inmediatamente. Para siempre. Conclusión número tres. Por tanto, tenía que cambiar de táctica.

—¡Eh, espera, espera un poco, que soy un viejo duro de roer! —soltó apresuradamente Fandorin—. Si me das una torta, me callo como una ostra. Si me haces una caricia, te cuento una noticia.

—Espera, no te lo cargues todavía, Misha —terció el gangoso sujetando de la manga a su jefe—. Déjalo platicar.

—Respetuosos saludos de parte del señor Piotr Parmienovich Jurtinski —dijo, y el consejero titular le guiñó un ojo al Pequeño y examinó su rostro atentamente para averiguar si había dado en el clavo. Pero esa vez Misha ni siquiera parpadeó.

—El viejo se está haciendo el tonto. Ahora se ha sacado de la manga a ese Parmienovich. Pero no importa, ahora mismo le vamos a poner los sesos en su sitio. Tú, Gallina, siéntate sobre sus piernas. Y tú, Pronia, dame las tenazas. Vas a cantar como un gallo, grajo asqueroso.

Entonces Erast Petrovich comprendió definitivamente que el monarca de Jitrovka no iba a contar nada interesante, por temor a sus compinches.

Fandorin respiró profundamente y cerró los ojos un instante. La ufana impaciencia es el más peligroso de los sentimientos. Por su culpa, muchos buenos negocios saltan por los aires.

Erast Petrovich abrió los ojos, sonrió a Misha y, de detrás de la espalda, sacó en primer lugar la mano derecha y luego la izquierda. «Shij... Shij...», silbaron dos pequeñas sombras rotatorias. La primera penetró en la garganta de Gallina, la

segunda en la de Pronia. Estaban todavía los dos dando sus últimos estertores, salpicando de sangre y tambaleándose de un lado para otro sin comprender aún con claridad que se estaban muriendo, cuando el consejero titular ya había cogido del suelo los nunchacos y se había puesto en pie de un salto. Misha no logró no digo ya levantar el seguro de la pistola, sino ni siquiera alzar la mano, antes de que el trozo de madera le golpease la coronilla: aunque no fue un trastazo fuerte, sólo lo suficiente para atontarlo. El robusto muchacho que poco antes había sido llamado con el apodo de Lucio apenas consiguió abrir la boca cuando, justo en ese instante, recibió un fortísimo trancazo en la cabeza que lo tiró de espaldas al suelo, de donde ya no se movería más. El último de los «profesionales», aquel cuyo alias no llegó a conocer nunca Fandorin, resultó ser el más ágil: esquivó los nunchacos, sacó un cuchillo finlandés de la caña de una bota y eludió también el segundo golpe, pero al final el implacable «ocho» terminó por partirle la mano con la que sostenía el cuchillo, y después, por hundir el cráneo de aquel vivales. Una vez terminada la faena, Erast Petrovich se quedó quieto regularizando la respiración. Dos bandidos se retorcían en el suelo, con las piernas trenzadas y tratando en vano de taponar sus gargantas desgarradas. Otros dos yacían inmóviles. Misha *el Pequeño* estaba sentado y sacudía estúpidamente la cabeza. La Herstal brillaba a su lado con el fulgor del acero inoxidable.

Fandorin dijo para sí: «Acabo de matar a cuatro hombres y no siento ningún remordimiento por ello». El alma del consejero titular se había embrutecido por completo durante aquella noche de pesadilla.

Para empezar, Erast Petrovich cogió al desvanecido por el cuello, le dio unas buenas sacudidas y luego le atizó un par de sonoras bofetadas. No lo hizo por venganza, sino para que volviera en sí cuanto antes. Pero los guantazos surtieron un efecto absolutamente mágico. Misha metió la cabeza entre los hombros y comenzó a lloriquear:

—¡No me pegues, abuelito! ¡Te lo contaré todo! ¡No me mates! ¡No acabes con una joven vida!

Fandorin se quedó mirando aquel lloriqueante y crispado hociquito lindo y no pudo menos que maravillarse. La naturaleza humana no dejaba de sorprender a Erast Petrovich con su impredecibilidad. Quién podía imaginar que el autócrata de todos los criminales de Moscú, el terror de la policía, se pudiera derretir de esa manera por un simple par de bofetadas. A guisa de experimento, Fandorin se puso a balancear los nunchacos suavemente, y... la reacción fue inmediata: Misha dejó inmediatamente de gimotear. Hechizado, clavó los ojos en aquel trozo de madera ensangrentado que se mecía rítmicamente, hundió más la cabeza entre los hombros y se echó a temblar. ¡Vaya que si funcionaba! «La crueldad extrema es sólo la otra cara de la cobardía», razonó filosóficamente Erast Petrovich. Lo que en verdad no resultaba nada sorprendente: al fin y al cabo, aquellas eran las dos peores características que podían poseer los hijos de los hombres.

—Si quieres que te entregue a la policía y no morir aquí mismo, responde a mis preguntas —le aconsejó el consejero titular ya con su voz habitual, sin alterarse lo más mínimo.

—Y si te respondo, ¿no me matarás? —inquirió temeroso Misha frotándose la nariz.

Fandorin arrugó el entrecejo. Allí había gato encerrado. Un baboso como aquel no podía aterrorizar a todo el mundillo criminal de una gran ciudad. Para eso se necesitaba una voluntad de hierro, una fuerza extraordinaria. O alguna otra cosa que pudiera sustituir esas cualidades con éxito. ¿Qué facultad podría ser?

—¿Dónde está el millón? —preguntó Erast Petrovich en tono lúgubre.

—Donde estaba, allí sigue —respondió rápidamente el Pequeño. Los nunchacos volvieron a balancearse amenazadoramente.

—Adiós, Misha. Te lo he advertido. Yo también prefiero acabar de esta manera, así podré ajustarte las cuentas por la muerte de mis amigos.

—¡Es la verdad, lo juro por Dios! —El enclenque y asustado hombrecillo se protegió la cabeza con los brazos, y de pronto toda aquella escena le produjo a Fandorin unas náuseas insoportables—. Abuelo, soy sincero, lo juro por Cristo Dios. El dinero estaba en la cartera y allí sigue.

—¿Y la cartera dónde está?

Misha tragó saliva y los labios le temblaron convulsivamente. Contestó de forma casi inaudible:

—Aquí mismo, en un cuarto secreto.

Erast Petrovich tiró los nunchacos, pues ya no le iban a hacer falta. Cogió la Herstal del suelo y de un tirón puso a Misha en pie.

—Vamos, muéstramelo.

Mientras el Pequeño subía por la escalera, Fandorin le clavaba el cañón por detrás y continuaba interrogándolo:

—¿Quién te dio el soplo sobre el «chino»?

—Ellos, Piotr Parmienovich. —Misha se giró hacia él y levantó sus manitas—. Nosotros somos unos subordinados. Él es nuestro benefactor, nuestro protector. Nos pide las cuentas al céntimo y hasta se queda con la mitad.

«¡Qué maravilla! —pensó Erast Petrovich con un rechinar de dientes—. Pero ¡qué maravilla! ¡El jefe de la sección secreta, la mano derecha del gobernador general, la cabeza pensante y el protector de toda la delincuencia de Moscú! Ahora comprendo por qué no había manera de coger a este desecho de Misha y por qué gozaba de tanto poder en Jitrovka. ¡Qué sinvergüenza ese Jurtinski, pero qué sinvergüenza está hecho ese consejero adjunto!».

Salieron a un pasillo oscuro y caminaron por un laberinto de pasadizos estrechos y malolientes. Misha se detuvo delante de una puerta bajita e insignificante y golpeó en ella con una señal acordada bastante complicada. Abrió la tal Fiska de antes, que iba cubierta simplemente con una camisa y tenía los cabellos despeinados y el rostro

ebrio y somnoliento. No se extrañó lo más mínimo por la llegada de los visitantes; a Fandorin ni siquiera lo miró. Arrastrando los pies por el suelo de tierra, se derrumbó sobre la cama y al instante se puso a roncar. En un rincón había un elegante espejo de cuerpo entero que seguramente habrían «tomado prestado» del tocador de alguna dama. En él humeaba un candil de sebo.

—Escondo la cartera en su habitación —informó el Pequeño—. Es tonta, pero incapaz de traicionarme.

—¿Y qué hiciste con el general Soboliev?

—Nada. —Misha se santiguó rápidamente tres veces seguidas—. Que me cuelguen de la horca si no es así. Del general no sé nada. Piotr Parmienovich me dijo tan sólo que cogiera la cartera de la caja fuerte y que hiciera un trabajo limpio. Me aseguró que allí no habría nadie y que tampoco la echarían en falta. Entonces la robé, fue un juego de niños. También me dijo que, cuando todo se calmara, nos repartiríamos el dinero a medias, y que me daría documentos limpios para que pudiera abandonar Moscú. Pero que si ocurría algo, me encontraría hasta debajo de las piedras. Y me habría encontrado, Piotr Parmienovich se las gasta así.

Misha descolgó de la pared un pequeño tapiz que representaba al cosaco Stenka Razin con su princesa, abrió una puertecilla que había en el muro y empezó a trastear en su interior. Mientras, Fandorin se quedó allí inmóvil, bañado en un sudor frío, y trató de comprender en toda su dimensión el monstruoso sentido de lo que había escuchado.

¿Que no habría nadie y que nadie echaría en falta lo sustraído? ¿Eso fue lo que le dijo Jurtinski a su subordinado? ¡Si eso era cierto, el consejero adjunto sabía que Soboliev no regresaría vivo al Dusseaux!

Desgraciadamente, Erast Petrovich había subestimado al soberano de Jitrovka. Misha no era ningún imbécil, ni el deplorable llorón por el que se hacía pasar. Mirando de reojo por encima de su hombro, el criminal vio que Fandorin, como era de esperar, se había quedado de piedra con la información recibida y que había bajado la mano con la que sostenía el revólver. Entonces el vivaracho hombrecillo se volvió bruscamente. Erast Petrovich vio el cañón de una carabina que apuntaba hacia él y apenas tuvo tiempo de desviarlo hacia arriba de un puntapié. El cañón soltó un bramido y una llamarada de fuego que le escaldó el rostro con un aire ardiente. Del techo llovieron cascotes. Sin querer, el dedo del consejero titular oprimió el gatillo, y la Herstal, liberada del seguro, disparó obedientemente. Misha *el Pequeño* se llevó las manos al vientre y se sentó en el suelo entre alaridos de dolor. Recordando el incidente de la botella, Erast Petrovich lanzó una mirada hacia Fiska. Pero esa vez la chica no reaccionó al disparo, ni siquiera levantó la cabeza: se limitó a taparse los oídos con la almohada.

En ese momento comprendió Fandorin la inesperada conformidad que había mostrado Misha hasta entonces. Había representado su papel con astucia, distrayendo la atención del detective y llevándolo allí donde él quería llevarlo. Pero ¿cómo iba a

saber él que la rapidez de reflejos de Erast Fandorin gozaba de reconocimiento hasta entre los mismos «sigilosos»?

La cuestión era en ese instante: ¿estaba allí la cartera o no? Erast Petrovich apartó con un pie el cuerpo que se retorció entre espasmos y metió una mano en el nicho. Los dedos palparon una superficie de piel rugosa. ¡Sí, allí estaba!

El joven se inclinó sobre Misha. El herido parpadeaba sin parar y se pasaba la lengua por los labios de manera febril. En la frente le brotaban gotitas de sudor.

—¡Un médico! —gimió el delincuente—. ¡Se lo contaré todo, no ocultaré nada!

Erast Petrovich comprobó que la herida era grave, pero como el calibre de la Herstal era pequeño, si se le llevaba rápidamente al hospital quizá sobreviviera. Era necesario que sobreviviera: ¡un testigo tan importante!...

—Sigue ahí sentado y no te muevas —le dijo Fandorin en voz alta—. Llamaré a un cochero. Si intentas huir arrastrándote, la vida se te escapará.

La taberna estaba desierta. A través de los turbios ventanucos penetraba la primera y débil luz del amanecer. Justo en medio de la sala, sobre el sucio suelo, se revolcaban abrazados un hombre y una mujer. La mujer tenía levantados los bajos del vestido. Erast Petrovich les dio la espalda. Al parecer, no había nadie más. No, en un rincón dormía el ciego de la noche anterior: había colocado la cabeza sobre el zurrón y el báculo estaba en el suelo. Al tabernero Abdul, a quien Fandorin tanto deseaba echar el guante, no se le veía por ninguna parte. Pero ¿qué era aquel ruido? Parecía como si alguien roncara en la trastienda.

Con cuidado, Erast Petrovich apartó hacia un lado una cortina de percal y sintió alivio en el corazón: allí estaba, el muy cerdo. Tendido a la pata la llana sobre el baúl, con la erizada barba hacia arriba y la boca de gruesos labios entreabierta.

El consejero titular le metió el cañón del arma directamente entre los dientes y dijo en tono cordial:

—Levántate, Abdul. Que por la mañana siempre se ven las cosas con más optimismo. —El tártaro abrió los ojos. Eran de color negro mate, sin expresión alguna—. Anda, intenta resistirte o escapar —le pidió Fandorin— y entonces sí que te mato como a un perro.

—¿Y por qué tendría que escapar? —respondió tranquilamente el asesino, que abrió bien la boca en un bostezo—. No soy ningún niño que quiera escapar.

—Irás a la horca —afirmó Erast Petrovich mirando con odio sus ojos pequeños e indiferentes.

—Como está mandado —convino el tabernero—. Todo es voluntad de Alá.

El consejero titular luchó con todas sus fuerzas contra una irresistible picazón en el dedo que apretaba el gatillo.

—¡Y te atreves todavía a hablar de Alá, basura! ¿Y los cadáveres, dónde están?

—Por el momento los había dejado en el trastero —informó gustosamente el tipejo—. Más tarde pensaba tirarlos al río. El trastero está allí. —Y señaló una puerta de tablas de madera que estaba cerrada con cerrojo.

Erast Petrovich ató las manos de Abdul con su propio cinturón de piel y luego, con un sordo y triste dolor en el corazón, descorrió el cerrojo. Allí dentro reinaba la oscuridad.

Después de pensárselo un momento, el consejero titular dio un paso, después otro, y, de pronto, recibió en el cuello un potente golpe propinado por detrás con el canto de una mano. Sin comprender nada, medio aturdido, cayó al suelo rostro a tierra, mientras alguien se le montaba encima y le gritaba al oído con voz sofocada:

—¿Dónde está mi «senyoo»? ¡Te mataré, «pero»!

Con dificultad, atrancándose —el golpe, además de no haber sido certero, le había dado justo en el chichón de la noche anterior—, Fandorin balbuceó en japonés:

—Vaya, ¿así que a pesar de todo aprendes palabras en ruso, holgazán?

Y sin poder contenerse rompió en sollozos.

Sin embargo, no se acabaron allí las emociones. Cuando Fandorin, después de venderle a Masa el descalabro de la cabeza y de buscar un carruaje, regresó a por Misha al cuartucho de Fiska, la gitana había desaparecido y el Pequeño ya no estaba sentado con la espalda apoyada en la pared, sino tendido en el suelo. Muerto. Y la causa de la muerte no había sido la herida de bala en el vientre: al rey de los bandidos le habían rebanado la garganta con sumo cuidado.

Erast Petrovich echó a correr con el revólver preparado por el oscuro pasillo, pero este se bifurcaba en varias direcciones, que se adentraban en unas tinieblas profundas y húmedas. Allí no sólo no se podía encontrar a nadie: había que rogar a Dios para no perderse uno mismo.

Cuando salió de El Presidio a la calle, Fandorin tuvo que entornar los párpados, cegado por la luz del sol que comenzaba a asomar por encima de los tejados. Masa ya estaba subido a la calesa, apretando con una mano la cartera que le habían confiado y, con la otra, agarrando fuertemente de las solapas al maniatado Abdul. A su lado yacía un bulto informe: el cadáver de Ksaveri Feofilaktovich envuelto en una manta.

—¡Vámonos! —gritó Erast Petrovich brincando al pescante junto al cochero y suspirando por abandonar cuanto antes aquel lugar maldito por Dios—. ¡Sal arreando para la calle Malaya Nikitskaya, al edificio de la gendarmería!

Capítulo Décimo

Donde el general se toma su café con bollo

El sargento de guardia situado en las puertas de la Dirección de la Gendarmería de la provincia de Moscú (Malaya Nikitskaya, 20) observó al extraño trío que se apeaba del coche de caballos con curiosidad pero sin especial asombro: en un puesto como el suyo, qué cosas no se verían. El primero en bajar, después de tropezar en el estribo, fue un tártaro de barba negra con las manos atadas a la espalda. Detrás de él, empujando al prisionero, descendió un oriental de ojos rasgados que llevaba una vieja túnica caucasiana, un turbante blanco y, en la mano, una valiosa cartera de piel. El último en saltar, con demasiada agilidad para sus años, fue un viejo vagabundo. Fijando un poco más su atención, el sargento observó que el anciano llevaba un revólver en la mano, y que en absoluto era un turbante lo que el de los ojos rasgados lucía en la cabeza, sino una toalla enrollada, en algunos puntos manchada de sangre. Sí, estaba claro: agentes secretos que regresaban de una operación.

—¿Se encuentra Evgueni Osipovich en su despacho? —preguntó el viejo con una voz juvenil e imperiosa.

El sargento, un militar con muchas tablas, no hizo amago de preguntar nada, se limitó a saludar echándose mano a la visera y contestó:

—Así es, hace media hora que ha llegado.

—Anda y avisa al oficial de guardia, co-compañero —pidió el disfrazado con un ligero tartamudeo—. Que registre al detenido. Y ahí dentro —y señaló con aire sombrío la calesa, en la que había quedado una especie de gran fardo—, ahí dentro llevamos a uno de los nuestros, muerto. Por el momento que lo lleven a la morgue. Se trata de Grushin, el antiguo comisario de la Dirección de la Policía Secreta.

—Cómo no, señoría, recuerdo perfectamente a Ksaveri Feofilaktovich, trabajamos bastantes años juntos. —El sargento se despojó del quepis y se santiguó.

Erast Petrovich cruzó rápidamente el ancho vestíbulo. Masa, que apenas podía seguirlo, cargaba la abultada cartera, a cuyo vientre de piel le faltaba poco para estallar con tantos fajos de billetes. A aquella hora tan temprana, la Dirección estaba más bien vacía, aunque tampoco era un lugar donde habitualmente los visitantes se apelotonaran. Al fondo del pasillo, por detrás de una puerta cerrada donde colgaba bien visible la tablilla «gimnasio de oficiales», se oían gritos y ruidos metálicos. Fandorin, escéptico, movió la cabeza: otra necesidad vital más para un oficial de la gendarmería, la esgrima con florete. Pero ¿para enfrentarse a quién? ¿A los terroristas de las bombas? Vestigios del pasado. Más provechoso les resultaría aprender jiu-jitsu o, cuando menos, el boxeo inglés. Ante la puerta de la sala de visitas del jefe de la policía le dijo a Masa:

—Siéntate ahí hasta que te llame. Cuida de la cartera. ¿Te duele la cabeza?

—Tengo la cabeza dura —le respondió el japonés con orgullo.

—Y a Dios gracias. Óyeme bien, ni te muevas del sitio.

Ofendido, Masa infló las mejillas, pues al parecer creía que la orden estaba de más. Al otro lado de la alta puerta de doble hoja se encontraba la recepción, desde donde, a juzgar por las tablillas, uno podía pasar al despacho del jefe de la policía si entraba por la puerta de enfrente, o a la sección secreta si lo hacía por la de la derecha. Aunque Evgueni Osipovich disponía de una secretaria particular en el bulevar Tverskoi, su excelencia prefería el despacho de la calle Malaya Nikitskaya porque se encontraba más cerca de los resortes secretos de la maquinaria gubernamental.

—¿Adónde va? —preguntó el capitán edecán de guardia levantándose al encuentro del vagabundo.

—Consejero titular Fandorin, funcionario para misiones especiales adscrito al gobernador general. Se trata de un caso urgente.

El capitán edecán asintió con la cabeza y fue rápidamente a informar. Medio minuto después el que asomaba por la puerta era el propio Karachentsev. Al ver al pordiosero vagabundo, se detuvo atónito.

—Erast Petrovich, ¿es usted? ¡Menudo disfraz! ¿Qué ha ocurrido?

—Demasiadas cosas.

Fandorin entró en el despacho y cerró la puerta tras de sí. El capitán edecán siguió a aquel visitante tan poco habitual con una mirada de curiosidad. Luego se levantó y echó un vistazo al pasillo. No había nadie, tan sólo un quirguiz sentado justo enfrente de la entrada. Entonces el capitán edecán se acercó de puntillas a la puerta del jefe y pegó la oreja. Allá dentro se escuchaba la voz regular del funcionario para misiones especiales, que era interrumpido de vez en cuando por las exclamaciones del general con su tono atiplado. Por desgracia, lo único audible eran precisamente esas exclamaciones.

Las réplicas eran del siguiente tenor:

—¿Qué cartera es esa?

...

—Pero ¡cómo pudo usted!

...

—¿Y él qué hizo?

...

—¡Dios mío!

...

¡¿En Jitrovka?!

Justo en ese momento la puerta que daba al pasillo se abrió y el capitán edecán apenas tuvo tiempo de apartarse de un salto y simular que se disponía a llamar a la puerta del general. Con gesto de fastidio se volvió hacia el que entraba, un oficial desconocido que llevaba una cartera bajo el brazo. El intruso levantó rápidamente una

mano y señaló hacia la puerta lateral, la que conducía a la sección secreta, como queriéndole decir: «No se moleste, voy allí». En un instante cruzó la amplia habitación y desapareció. El capitán edecán pegó de nuevo la oreja a la puerta.

—¡Qué horror! —exclamó conmovido Evgueni Osipovich. Y un minuto después gritó—: ¿Jurtinski? ¡Es increíble!

El capitán edecán se aplastó al máximo contra la puerta con la esperanza de atrapar algo, por mínimo que fuera, del relato del consejero titular, pero en ese instante, ni hecho a propósito, en la sala entró un cochero con un paquete urgente, que tuvo que admitir y firmar.

Dos minutos más tarde el general salió de su despacho: encendido, agitado. Sin embargo, a juzgar por el brillo de sus ojos, las noticias, en su conjunto, debían de haber sido bastante buenas. Tras Evgueni Osipovich salió el enigmático funcionario.

—Acabemos con lo de la cartera para ocuparnos después de nuestro Caín doméstico —dijo el jefe de la policía frotándose las manos—. ¿Dónde está ese japonés suyo?

—E-esperando en el pasillo.

El capitán edecán los siguió con la mirada desde detrás de la puerta y vio cómo el general y el funcionario se detenían ante aquel quirguiz andrajoso. Este se levantó y saludó con una inclinación ceremoniosa y los brazos pegados a las caderas.

Alarmado, el consejero titular le hizo una pregunta al quirguiz en una lengua desconocida.

El asiático se inclinó de nuevo y respondió algo en tono tranquilizador. Pero el funcionario levantó la voz, evidentemente indignado.

En la cara del de los ojos rasgados se dibujó una expresión de perplejidad. Evidentemente, trataba de justificarse.

El general, mientras tanto, miraba ora a uno, ora a otro. Sus pelirrojas cejas se frunció en una expresión de desconcierto.

El consejero titular se llevó una mano a la frente y se giró hacia el capitán edecán.

—¿Ha entrado en la sala de visitas algún oficial con una cartera? —le preguntó.

—Así es. Y ha pasado a la sección secreta.

El funcionario apartó de manera bastante brusca primero al jefe de la policía y después al capitán edecán y echó a correr por la sala de visitas hacia la puerta lateral. Los demás lo siguieron. Detrás de la puerta de la tablilla se abría un corredor estrecho con ventanas que daban al patio. Una de ellas estaba entornada. El consejero titular se dobló sobre el alféizar.

—¡En el suelo hay huellas de botas! ¡Ha saltado al patio! —gimió el emocional funcionario, y en un acceso de furor pegó un puñetazo en el marco de la ventana. Tan fuerte fue el golpe que todos los cristales cayeron al patio hechos añicos emitiendo un ruido lastimero.

—Pero ¿qué ha ocurrido, Erast Petrovich? —inquirió el general con un estremecimiento.

—No comprendo nada —respondió el consejero titular abriéndose de brazos en un gesto de impotencia—. Masa dice que un oficial se ha acercado por el pasillo y se ha dirigido a él por su nombre, luego le ha entregado una carta con sello oficial y ha cogido la cartera dándole a entender que era a mí a quien se la llevaba. Y, efectivamente, el oficial ha estado aquí, pero ha saltado por esta ventana llevándose la cartera. ¡Qué pesadilla!

—¿Una carta? ¿Dónde está esa carta? —preguntó Karachentsev.

El funcionario reaccionó y volvió a parlotear en asiático. El de la túnica quirguiza, dando muestras de un extremo desasosiego, sacó del enfaldo una carta oficial y se la entregó al general dedicándole una reverencia. Evgueni Osipovich le echó una ojeada al sello y la dirección.

—¡Hum! «A la Dirección de la Gendarmería de la provincia de Moscú. De la Sección de Orden y Seguridad Pública del Gobierno de la ciudad de San Petersburgo». —Luego abrió el sobre y comenzó a leer—: «Secreto. Al jefe de la policía de Moscú. De acuerdo con el artículo decimosexto del reglamento sancionado por decreto imperial sobre las medidas de mantenimiento del orden estatal y la tranquilidad pública, y de acuerdo con el gobernador general de San Petersburgo, se le prohíbe a la comadrona María Ivanovna Ivanova residir en San Petersburgo y Moscú por resultar sospechosa dadas sus creencias políticas, de lo cual tengo el honor de informar a su excelencia para su debido conocimiento. Por el jefe de la sección, sargento Shipov». Pero ¡qué disparate es este! —El general volvió la hoja de un lado y de otro y añadió—: Se trata de una circular de lo más normal. Mas ¿qué relación tiene esto con la cartera?

—Está bien cla-claro —respondió con indolencia el disfrazado consejero titular, que incluso empezó a tartamudear de tan abatido como se sentía—. Alguien, con mucha astucia, ha aprovechado que Masa no comprende el ruso y si-siente un ilimitado respeto hacia el uniforme militar, especialmente si ve el sable al costado.

—Pregúntele qué aspecto tenía el oficial —le ordenó el general a Fandorin.

Este escuchó un momento la confusa explicación del asiático e hizo un gesto de desconsuelo con una mano.

—Dice que tenía el cabello rubio, los ojos acuosos... Papara él todos los rusos tenemos la misma cara. —Entonces se dirigió al edecán—: ¿Y usted, ha observado con atención a e-ese hombre?

—Lo siento —contestó el capitán edecán abriendo los brazos y sonrojándose ligeramente—, pero no me he fijado con detalle. Era rubio. De una estatura por encima de la media. Llevaba el habitual uniforme de gendarme. Con charreteras de capitán.

—¿Qué pasa, no le enseñaron a cultivar el espíritu de observación ni a describir los rasgos de un rostro? —se interesó con inquina el funcionario—. ¡De su mesa a la puerta apenas hay diez pasos! —El capitán edecán permaneció en silencio y enrojeció de manera aún más acentuada—. ¡E-excelencia, una catástrofe! —constató el

disfrazado—. El millón ha volado. Pero ¿cómo, de qué manera? ¡Sencillamente, un misterio! ¿Y ahora qué hacemos?

—Tonterías. —Karachentsev hizo un gesto con una mano—. ¿Acaso toda la cuestión era ese millón de rublos? Ya lo encontraremos, no puede desaparecer por arte de magia. Aquí lo importante es otro tema. Hay que hacerle una visita a nuestro querido Piotr Parmienovich. ¡Ah, menudo personaje! —Evgueni Osipovich sonrió con maldad—. Él nos aclarará todos los detalles. ¡Hay que ver lo interesante que se ha puesto el caso! ¡Y bien, también a nuestro Yuri *Mano Larga* Dolgoruki le ha llegado la hora! ¡Ha cobijado una serpiente en su pecho, y con cuánto cariño!

El consejero titular recobró el ánimo.

—Sí, vayamos a ver a Jurtinski. Sin perder un minuto.

—Antes tenemos que visitar al príncipe —suspiró el jefe de la policía—. Sin su consentimiento no podemos hacer nada. Pero no importa, me gustará contemplar cómo ese viejo zorro trata de darle la vuelta a la tortilla. ¡Aunque de eso ni hablar, excelencia! ¡De esta no se escapa!... ¡Svierchinski! —El general miró al capitán edecán—. ¡Mi carroza, rápido! Y una calesa con un grupo de arresto. ¡Que nos siga hasta la casa del gobernador general! ¡Que vayan de paisano! Quizá con tres agentes sea suficiente. Supongo que no habrá necesidad de disparar. —Y sonrió de nuevo como un animal de presa.

El capitán edecán corrió a cumplir la orden y, cinco minutos más tarde, la carroza, tirada por cuatro caballos, se deslizaba a toda velocidad por la calzada de adoquines. Detrás, balanceándose suavemente al trote, la seguía la calesa con los tres agentes de paisano.

Desde la ventana, el capitán edecán acompañó al cortejo con la mirada y luego, descolgando la trompetilla del teléfono, giró la manivela. Marcó un número. Después de echar una ojeada hacia la puerta, preguntó a media voz:

—¿Señor Viedishev, es usted? Aquí Svierchinski.

Tuvieron que aguardar audiencia en la sala de espera. Aunque el secretario del gobernador se disculpó respetuosamente ante el jefe de la policía, le informó también con la suficiente firmeza que su excelencia estaba muy ocupado, que le había prohibido dejar pasar a quien fuera, y que ni siquiera le estaba permitido anunciar a nadie. Karachentsev miró a Erast Petrovich con una sonrisa especialmente burlona, como diciéndole: «Dejemos que el viejo haga el gallito por última vez». Por fin — pasaría como mínimo un cuarto de hora— al otro lado de la monumental puerta dorada se escuchó el repiqueteo de una campanilla.

—Bien, ahora mismo le anuncio a su excelencia —dijo el secretario, que se levantó de la mesa.

Nada más entrar en el despacho descubrieron en qué importante asunto andaba ocupado el príncipe: estaba desayunando. En realidad ya había acabado con la

colación, así que las impacientes visitas sólo pudieron asistir a la última etapa del refrigerio: Vladimir Andreevich había pasado al café. Estaba sentado con una suave servilleta de lino cuidadosamente anudada al cuello, mojaba en la taza un bollito de leche de la casa Filipov y su aspecto era de lo más plácido.

—Buenos días, señores —dijo el príncipe sonriendo amistosamente después de tragarse un bocado—. Perdonen que los haya hecho esperar. Pero mi Frol es muy severo y no consiente que me distraiga mientras como. ¿Les puedo ofrecer un café? Los bollos son excelentes, literalmente se derriten en la boca.

Fue entonces cuando el gobernador se fijó con más detenimiento en el acompañante del general y pestañeó sorprendido. El hecho era que Erast Petrovich se había quitado la peluca y aquella barba canosa de camino hacia la calle Tverskaya, pero no había tenido posibilidad de hacer lo mismo con sus harapos, de ahí que su aspecto fuera insólito.

Vladimir Andreevich sacudió la cabeza con reprobación y tosió para aclararse la garganta.

—Es cierto, Erast Petrovich, que le dije a usted que podía venir a verme sin ceremonias de etiqueta, pero esto, estimado amigo, resulta ya excesivo. ¿Qué le ha pasado? ¿Ha perdido a las cartas? —La voz del príncipe sonó con inusual severidad—. Ciertamente es que soy un hombre sin prejuicios, mas, pese a todo, le rogaría a usted que en adelante no vuelva a presentarse ante mí de semejante guisa. No es correcto.

Y movió la cabeza con aire de reproche mientras masticaba ruidosamente su bollito de leche. Sin embargo, la expresión de los rostros del jefe de la policía y del consejero titular debió de resultarle tan extraña, que Dolgoruki dejó de mascar para preguntar perplejo:

—¿Qué ocurre, señores? ¿No se tratará de un incendio, no?

—Algo peor aún, su excelencia. Mucho peor —respondió Karachentsev con voluptuosidad, y, sin esperar invitación de ningún tipo, se sentó en un sillón. Fandorin, sin embargo, se quedó de pie—. Su jefe de la sección secreta es un ladrón, un criminal y el protector de todos los delincuentes de Moscú. El señor consejero titular tiene todas las pruebas. ¡Qué escándalo, excelencia, qué escándalo! En verdad no sé cómo podremos evitarlo. —Hizo una pequeña pausa para que el viejo asimilara sus palabras y continuó con voz insinuante—. En más de una ocasión tuve el honor de denunciar ante su excelencia el feo comportamiento del señor Jurtinski, pero usted no me prestó atención. Sin embargo, como es natural, nunca pude imaginar que las ocupaciones de Piotr Parmienovich fueran ilegales hasta tal punto.

El gobernador general escuchó aquel efectista y conciso discurso con la boca entreabierta. Erast Petrovich esperaba gritos, indignación, exigencia de pruebas, pero el príncipe no perdió un ápice de su tranquilidad. Cuando el jefe de la policía calló a la espera de acontecimientos, el príncipe, con aire pensativo, terminó de masticar su bocado y tomó un sorbo de café. Después suspiró con aire de reproche.

—Pues muy mal por su parte, Evgueni Osipovich, que no llegara a imaginárselo.

A fin de cuentas, es usted el jefe de la policía de Moscú, el sostén de la legalidad y el orden. Yo, por ejemplo, sin ser ningún gendarme y teniendo más asuntos de qué ocuparme que usted, ya que sobre mí recae todo el laboriosísimo trabajo de la administración municipal, hace tiempo que sospechaba de Petrusha Jurtinski.

—¿Es posible? —inquirió en tono burlón el jefe de la policía—. ¿Y desde cuándo?

—Lo suficiente —repuso el príncipe arrastrando las palabras—. Hace tiempo que Petrusha dejó de gustarme. Hace tres meses le comuniqué por escrito a su ministro, el conde Tolstov, que, por las informaciones de que disponía, el consejero adjunto Jurtinski no sólo era un desfalcador, sino también un malhechor y un ladrón. —El príncipe se puso a rebuscar entre los papeles de su mesa—. Por aquí tenía una copia de esa cartita mía... Ah, aquí está. —Levantó una hoja y la agitó desde lejos—. Y hubo respuesta del conde. ¿Dónde estará la condenada? Ajá. —Y cogió otra hoja con monograma—. ¿Quiere que se la lea? El ministro me tranquilizó del todo y me ordenó que no me preocupara de Jurtinski.

A continuación, el gobernador se enfundó los quevedos y añadió:

—Escuche esto. «En relación con las poderosas sospechas que en su excelencia ha suscitado el comportamiento del consejero adjunto Jurtinski, me apresuro a asegurarle que, si ese funcionario de vez en cuando se conduce de manera poco justificable, no lo hace ni mucho menos por razones criminales, sino tan sólo en cumplimiento de una misión secreta de extrema importancia, de la que estamos informados yo y su alteza imperial. Con ello querría tranquilizarlo, estimado Vladimir Andreevich, y ante todo garantizarle que la misión que lleva a cabo Jurtinski de ninguna forma está dirigida contra...». Hum..., bueno lo que sigue ya no viene al caso. En fin, señores, ya ven: si aquí hay algún culpable, desde luego que no es Dolgoruki, sino más bien la institución que usted dirige, Evgueni Osipovich. ¿O es que podría tener yo algún motivo para desconfiar del ministro del Interior?

Ante semejante golpe, el jefe de la policía perdió el control, se levantó impetuosamente y alargó una mano hacia la carta, lo que resultó bastante tonto por su parte, puesto que en un asunto tan serio como aquel, la posibilidad de un engaño quedaba excluida: resultaba demasiado fácil comprobarlo. El príncipe entregó la hoja de buena gana al pelirrojo general.

—Sí —masculló este—. Es la firma de Dimitri Andreievich. No hay la menor duda...

El príncipe inquirió interesado:

—¿Entonces su jefe no tuvo a bien informarlo? Ay, ay, ay... Qué mal. Qué falta de respeto. Por consiguiente, ¿desconoce usted qué misión secreta era esa que Jurtinski llevaba a cabo?

Karachentsev calló, abatido por completo.

Mientras tanto Fandorin meditaba sobre una circunstancia que le había llamado la atención: ¿cómo podía ser que el príncipe tuviera tan a mano esa correspondencia,

mantenida hacía tres meses, mezclada con otros documentos que estaban en curso en ese momento? Sin embargo, lo que el consejero titular dijo en voz alta fue esto otro:

—También yo ignoro en qué consiste la misión secreta del se-señor Jurtinski, pero esta vez se ha excedido claramente de sus límites. Su conexión con los malhechores de Jitrovka es indudable y no creo que pueda justificarse con ninguna razón de Estado. Y lo más importante: Jurtinski está relacionado directamente con la muerte del general Soboliev.

Y Fandorin sucintamente, punto por punto, relató la historia del millón de rublos robado. El gobernador escuchó con mucha atención hasta el final y luego exclamó resuelto:

—¡Qué canalla! ¡Un canalla innegable! Hay que arrestarlo e interrogarlo.

—Para eso hemos ve-venido a verlo, Vladimir Andreevich.

Con un tono completamente distinto del que había utilizado con anterioridad, el jefe de la policía preguntó con respeto y gallardía:

—¿Da su permiso para proceder, excelencia?

—Pues claro, pichoncito —asintió Dolgoruki—. Ese miserable deberá responder de todo.

Caminaron a paso rápido por los pasillos. A sus espaldas resonaban los taconazos de saludo de los agentes de paisano. Erast Petrovich guardó silencio y evitó a toda costa dirigir la vista hacia Karachentsev. Comprendía el dolor que el jefe de la policía debía de sentir tras su derrota y, lo que resultaba aún más alarmante y desagradable, después de saber que en Moscú se estaban llevando a cabo unas misiones secretas que sus jefes preferían confiar antes a su inveterado rival, el jefe de la sección secreta de la cancillería del gobierno general, que a su persona. Subieron al primer piso, donde se encontraban las oficinas. Erast Petrovich preguntó al agente que montaba guardia en la puerta si el señor Jurtinski se encontraba en su puesto. Resultó que sí, que estaba en su despacho desde muy de mañana.

Karachentsev cobró ánimos y aceleró aún más el paso: en ese instante caminaba por el pasillo como una bala de cañón, sus espuelas tintineaban y los flecos de sus charreteras entrechocaban.

La sala de visitas del jefe de la sección secreta estaba llena de gente.

—¿Está en su despacho? —le preguntó bruscamente el general al secretario.

—Así es, su excelencia, pero ha ordenado que no se le moleste. ¿Desea usted que lo anuncie?

El jefe de la policía le indicó con un gesto de la mano que lo dejara. Miró a Fandorin, se rio con sus espesos bigotes y abrió la puerta.

En un primer momento, a Erast Petrovich le pareció como si Piotr Parmienovich, de pie sobre el alféizar, mirara por la ventana. Pero un segundo después lo vio claro: el consejero no estaba de pie, sino que colgaba de una cuerda.

Capítulo Undécimo

Donde el caso toma un rumbo inesperado

Frunciendo el entrecejo, Vladimir Andreevich Dolgoruki leyó por tercera vez las líneas dibujadas con aquel trazo que le resultaba tan familiar.

Yo, Piotr Jurtinski, me acuso de haber cometido por codicia un delito contra mi deber y de traicionar a quien debía ayudar y servir con toda fidelidad en su difícil tarea. Que Dios me juzgue.

Las frases estaban torcidas, se acercaban las unas a las otras y, además, la última terminaba con un borrón de tinta, como si el que la había escrito hubiese bajado la atención por exceso de arrepentimiento.

—Entonces, ¿qué declaró el secretario? —preguntó lentamente el gobernador—. Repítamelo otra vez y, por favor, Evgueni Osipovich, pichoncito, sin olvidar detalle.

Por segunda vez, en ese momento de manera más ordenada y tranquila que en la primera ocasión, Karachentsev expuso lo que había logrado averiguar.

—Jurtinski llegó al trabajo a las diez, como de costumbre. Su aspecto era el de siempre. El secretario no observó el mínimo indicio de abatimiento o agitación en él. Después de ojear la correspondencia, Jurtinski comenzó a atender a las visitas. Hacia las once menos cinco, un oficial de gendarmes se acercó al secretario y, presentándose como el capitán Pevtsov, un correo de San Petersburgo, manifestó que quería ver al consejero adjunto por un asunto urgente. El capitán llevaba en la mano una cartera marrón que, por la descripción, se corresponde con toda exactitud con la robada. A Pevtsov se le franqueó inmediatamente la entrada en el despacho y la recepción de visitantes quedó interrumpida. Al poco rato Jurtinski se asomó y ordenó que no dejaran pasar a nadie hasta nuevo aviso, y que no lo molestaran bajo ningún pretexto. Según las palabras del secretario, su jefe se mostraba extraordinariamente agitado. Diez minutos más tarde el capitán salió del despacho, repitió que el consejero adjunto estaba muy ocupado y volvió a prohibir taxativamente que se le molestara, ya que estaba examinando unos documentos secretos. Un cuarto de hora después, a las once y veinte, fue cuando aparecieron Erast Petrovich y yo.

—¿Qué ha dicho el médico? ¿Que no fue un homicidio?

—Asegura que se trata de un caso típico de suicidio por ahorcamiento. Se ató al cuello la cuerda del cuarterón de la ventana y saltó. La habitual fractura de las vértebras del cuello. Además, está la esquila que, como usted verá, no deja margen para la duda. Se excluye que haya sido falsificada.

El gobernador general se santiguó y sermoneó con aire filosófico:

—«Y arrojando en el templo las monedas de plata, salió, se alejó y se ahorcó». El destino del criminal está ya en las manos de un juez más justo que nosotros, señores.

Erast Petrovich tenía la sensación de que aquel desenlace le iba al príncipe pintiparado. Sin embargo, al jefe de la policía se le veía claramente desanimado: pensaba que el valioso hilo que lo conduciría al ovillo dorado estaba en sus manos, pero el hilo se le rompió nada más agarrarlo.

Por su parte, el consejero titular no pensaba en secretos de Estado ni en intrigas institucionales, sino en el misterioso capitán Pevtsov. Era absolutamente evidente que el hombre que se había presentado en la sala de visitas de Jurtinski era el mismo que, cuarenta minutos antes, le había robado el millón de Soboliev al pobre Masa. Desde la calle Malaya Nikitskaya el capitán de gendarmes (o alguien disfrazado con el uniforme azul marino del cuerpo, como Fandorin se inclinaba a pensar) se había ido directamente a la calle Tverskaya. El secretario, que lo pudo observar con más detalle que el edecán del jefe de la policía, lo había descrito así: estatura aproximada, un metro setenta y tres centímetros; hombros anchos; pelo color paja. Un rasgo significativo: ojos muy claros, casi transparentes. Erast Petrovich se estremeció al oír aquel detalle. En su juventud se había topado con un sujeto que tenía exactamente el mismo tipo de ojos, y a Fandorin no le gustaba recordar aquella lejana historia, que tan cara le costó en su día. Y como su pesaroso recuerdo no guardaba ninguna relación con el caso, espantó su lúgubre sombra lo más lejos posible.

Las preguntas que se hacía seguían este orden: ¿aquel hombre sería realmente un gendarme? Si lo fuera (y mucho más si no lo fuera), ¿qué papel representaba en el caso Soboliev? Y la más importante de todas, ¿de dónde procedía esa diabólica capacidad de información, esa fantástica omnipresencia que poseía?

Precisamente en ese momento, el gobernador general formuló también una serie de cuestiones que eran de su interés. Aunque, ciertamente, sonaban de un modo bien distinto:

—¿Qué vamos a hacer ahora, señores detectives? ¿Qué debo comunicar a las altas esferas? ¿Fue asesinado Soboliev o murió de muerte natural? ¿Qué asuntos se traía Jurtinski entre manos delante de nuestras narices o, mejor dicho, de las suyas, Evgueni Osipovich? ¿Quién es ese Pevtsov? —En la voz del príncipe, bajo su aparente benignidad, se apreciaban claras notas de amenaza—. ¿Qué me responde su excelencia, valioso protector de nuestras vidas?

Confuso, el general se secó la sudorosa frente con un pañuelo y contestó:

—En mi Dirección no hay ningún Pevtsov. Cabe la posibilidad de que, efectivamente, llegara de San Petersburgo para gestionar sus asuntos directamente con Jurtinski, prescindiendo de las instancias provinciales. Presumo lo siguiente —Karachentsev estiró nervioso su pelirroja patilla—: Que Jurtinski, a espaldas de usted y de mí... —el jefe de la policía tragó saliva—, llevaba a cabo ciertas misiones confidenciales encargadas por las altas esferas. Entre ellas, al parecer, figuraba también el seguimiento de la visita de Soboliev. Para qué era necesaria esa vigilancia

es una cuestión que desconozco. Parece claro que, de alguna manera, Jurtinski se enteró de que Soboliev tenía en su poder una enorme suma de dinero, cuya existencia ignoraba hasta su propio séquito. En la noche del jueves al viernes, Jurtinski fue informado, probablemente por los agentes que mantenían la vigilancia sobre el general, de la repentina muerte de Soboliev en un apartamento del Inglaterra, y entonces... Sabemos que el consejero adjunto era codicioso y nada escrupuloso en cuanto a los medios... Así que entonces, sucumbiendo a la tentación de apoderarse de ese fabuloso botín, envió a su compinche, al desvalijador Misha *el Pequeño*, para que robara la cartera de la caja fuerte. Pero el *affaire* urdido por Jurtinski fue descubierto por el capitán Pevtsov, que, con toda probabilidad, había sido elegido por las altas esferas para vigilar al vigilante: esto, en nuestra organización, es muy frecuente. Cuando Pevtsov recuperó la cartera, se presentó ante Jurtinski y lo acusó de traición y robo. Después de que el capitán se marchase, el consejero adjunto comprendió que era un hombre acabado, y luego de escribir una nota de arrepentimiento, se ahorcó... Esta es la única explicación que se me ocurre.

—Y bien, parece verosímil —reconoció Dolgoruki—. ¿Y qué propone que hagamos?

—Pedir de inmediato a San Petersburgo informes sobre la identidad y los poderes otorgados al capitán Pevtsov. Entre tanto, Erast Petrovich y yo nos dedicaremos a examinar los documentos del suicida. Yo me haré cargo de todo lo que contenía su caja fuerte y el señor Fandorin de la agenda de Jurtinski para analizarla detenidamente.

El consejero titular celebró con una sonrisa involuntaria la habilidad demostrada por el general a la hora de repartir el botín: en una mitad de la balanza, todo lo que contenía la caja fuerte, y en la otra, una vulgar agenda para citas de trabajo, que se encontraba allí a la vista, sobre el escritorio del fallecido.

Dolgoruki se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa y, con un movimiento habitual en él, se colocó en su sitio la peluca, que tenía ligeramente ladeada.

—Por consiguiente, Evgueni Osipovich, sus conclusiones se podrían resumir de esta manera. Soboliev no fue asesinado: murió de muerte natural. Jurtinski fue víctima de su desmedida avaricia. Y Pevtsov es un agente de San Petersburgo. ¿Está de acuerdo con estas deducciones, Erast Petrovich?

Fandorin respondió lacónicamente:

—No.

—¡Curioso! —se animó el gobernador—. ¡Venga, suelte usted esa retahíla suya: «primero», «segundo», «tercero»!

—Si usted me lo permite, excelencia... —El joven hizo una pausa, por lo visto para causar mayor efecto, y comenzó decidido—: El general Soboliev tomaba parte en una operación secreta cuyo objetivo no tenemos claro por el momento. ¿Pru-pruebas? A escondidas de todo el mundo había reunido una enorme suma de

dinero. Prueba número uno. En la caja fuerte del hotel guardaba también unos documentos secretos que el séquito del general ha ocultado a las autoridades. Prueba número dos. El mismo hecho de que mantuvieran a Soboliev bajo vigilancia, y pienso que Evgueni Osipovich sí tiene razón en eso, en que existía esa vigilancia, es la prueba número tres. —Y, ya para sus adentros, Erast Petrovich añadió: «Y prueba número cuatro: el testimonio de la joven Golovina», pero desistió de implicar en la investigación a la maestra de Minsk—. Aún no estoy en situación de sacar conclusiones, pero sí me atrevo con algunas presunciones. Soboliev fue asesinado. Con un método lo bastante hábil como para simular su muerte natural. Jurtinski, creyéndose impune, perdió la cabeza presa de la codicia. En eso también estoy de acuerdo con Evgueni Osipovich. Mas el auténtico criminal, el principal instigador en la sombra, es ese a quien llamamos «capitán Pevtsov». Fue él quien asustó mortalmente a Jurtinski; es un hombre astuto y un bandido donde los ha-haya... Ese hombre tiene la cartera en su poder. «Pevtsov» lo sabe todo y a todos los lugares llega a tiempo. Esa habilidad suya tan sobrenatural no me gusta nada. Es a ese rubio de ojos claros, que por dos veces se ha mostrado con uniforme de la gendarmería, a quien hay que descubrir cueste lo que cueste.

Cansado, el jefe de la policía se frotó los párpados y replicó:

—No excluyo la posibilidad de que Erast Petrovich tenga razón y yo me equivoque. En capacidad deductiva, el consejero titular me da cien vueltas.

Entre bufidos, el príncipe se levantó de la mesa, se acercó a la ventana y durante unos cinco minutos se quedó contemplando los coches de caballos que se deslizaban como un torrente por la calle Tverskaya. Luego se giró y, con un aire diligente impropio de él, dijo:

—Informaré de ello a la superioridad. De inmediato, en mensaje cifrado. En cuanto obtenga la respuesta, los llamaré. Estén localizables y no se ausenten. Evgueni Osipovich, ¿dónde estará usted?

—En mi despacho del bulevar Tverskoi. Rebuscando entre los documentos de Jurtinski.

—Yo estaré en el Dusseaux —terció Fandorin—. Para serles sincero, estoy que me caigo. Llevo ca-casi dos días sin dormir.

—Váyase, pichoncito, y duerma alguna horita que otra. Y póngase por fin una vestimenta decente. Mandaré a recogerlo.

En realidad, Erast Petrovich no tenía intención alguna de dormir, aunque sí de refrescarse: tomar un baño helado y, después, quizá un masaje, que le sentaría muy bien. En cuanto a dormir, ¿qué sueño se podía tener cuando acontecían sucesos de tal calibre? ¿Acaso podía uno dormir?

Fandorin abrió la puerta de su habitación y, asustado, saltó hacia atrás: Masa se había lanzado directamente a sus pies, y con la cabeza vendada apoyada en el suelo, se puso a repetir apresuradamente:

—Señor, no tengo perdón, no tengo perdón, no tengo perdón. No pude proteger a

su *onshi* ni cuidar de esa cartera de piel tan importante. Pero ahí no se acaban mis faltas. Incapaz de soportar la vergüenza, quise acabar con mi vida y me atreví a utilizar su espada. Pero la espada se rompió, y de esta manera he cometido otro terrible delito.

El sable de gala estaba sobre la mesa partido por la mitad.

Erast Petrovich se sentó en el suelo junto al sufridor. Con cuidado, le acarició la cabeza: su enorme chichón se notaba incluso a través de la toalla.

—Masa, tú no tienes la culpa de nada. A Grushin-sensei lo maté yo y eso nunca me lo perdonaré. Y tampoco eres culpable de la pérdida de la cartera. Tú no fuiste cobarde ni te mostraste débil. Simplemente esto es otro mundo, con unas reglas distintas, a las que todavía no te has acostumbrado. Y lo de la espada no tiene importancia, es como una aguja de hacer punto, con ella no habrías podido abrirte el vientre. Ya compraré otra, cuestan cincuenta rublos. No era la espada de mi familia.

Masa se irguió, revelando un alterado rostro por el que corrían las lágrimas.

—A pesar de todo, yo insisto, señor. No puedo vivir después de haberle fallado de manera tan horrible. Merezco un castigo.

—Está bien —suspiró Fandorin—. Deberás aprenderte de memoria las diez páginas siguientes del diccionario.

—¡Diez no, veinte!

—De acuerdo. Pero no ahora. Después, cuando la cabeza se te cure. Mientras tanto, prepárame un baño helado.

Masa salió corriendo con un cubo vacío hacia el piso de abajo, mientras Erast Petrovich se sentaba a la mesa y abría la agenda de Jurtinski. Aquello no era propiamente una agenda, sino un *schedule-book* inglés, en el que cada día del año tenía su propia hoja. Un invento muy útil: Erast Petrovich ya había visto otros iguales. Se puso a repasar las hojas sin confiar en encontrar nada de interés. Por lógica, el consejero adjunto guardaría cualquier asunto secreto o importante en su caja fuerte, mientras que en la agenda se limitaría a anotar aquellos detalles insignificantes que quisiera recordar: las citas de trabajo, la hora de las audiencias o la presentación de sus informes al gobernador. Muchos nombres estaban señalados con una o dos letras. Debía desentrañar todo aquello. La mirada del consejero titular se detuvo un buen rato en el *July 4th, Tuesday* (es decir, el martes 22 de junio, según el calendario ruso), intrigado por una extraña y alargada mancha de tinta. Hasta entonces no había visto en el diario ningún borrón, ni siquiera una tachadura: se notaba perfectamente que Jurtinski debía de ser un hombre muy cuidadoso. Hasta la forma del borrón era extraña, como si la gota de tinta no hubiese caído de la pluma, sino que hubiera sido extendida a propósito. Fandorin observó la hoja al trasluz. No, no se distinguía nada. Luego, con cuidado, pasó la yema de un dedo sobre el papel. Sí, parecía que había algo escrito. El finado utilizaba plumín de acero y, además, presionaba con fuerza. La lectura, empero, resultaba imposible.

Masa regresó con el cubo de hielo y comenzó a afanarse en el baño. Se oyó el

correr del agua. Erast Petrovich cogió el maletín con su instrumental de detective y sacó los útiles necesarios. Volvió la página del borrón, le aplicó una finísima hojita de papel de arroz y pasó un rodillo de caucho varias veces por encima. No era un papel de arroz normal. Estaba impregnado con una solución especial que reaccionaba sensiblemente a la menor irregularidad de relieve. Con dedos temblorosos de impaciencia, el consejero titular levantó la hoja. Sobre el fondo mate del papel se dibujó el débil e impreciso contorno de varias palabras:

Metropol N° 19 Klonov

Había sido escrito el 22 de junio. ¿Qué ocurrió ese día? El general de infantería Soboliev, comandante en jefe del Cuarto Cuerpo del Ejército, terminó sus maniobras y solicitó un permiso oficial. Bien, y ese mismo día, en el hotel Metropol, en la habitación número 19, estaba alojado un tal señor Klonov. ¿Qué relación podría haber entre aquellos dos hechos? Probablemente, ninguna. Pero, entonces, ¿qué necesidad tendría Jurtinski de borrar el nombre y la dirección? Aquello era realmente interesante.

Erast Petrovich se desnudó y se sumergió en el agua helada, lo que lo obligó instantáneamente a renunciar a cualquier pensamiento extraño y le exigió, como era habitual, la máxima tensión de todas sus fuerzas físicas y psíquicas. Fandorin hundió la cabeza en el agua y contó mentalmente hasta ciento veinte. Pero cuando la sacó de nuevo y abrió los ojos, soltó una exclamación y se puso como la grana: de pie, en la puerta del cuarto de baño, petrificada y toda ella también sonrojada se encontraba la condesa Mirabeau, la esposa morganática de su alteza Evgueni Maximilianovich, duque de Lichtenburg.

—Le ruego que me perdone, monsieur Fandorin —balbuceó la condesa en francés—. Su criado me ha franqueado la entrada y ha señalado esta puerta. Pensaba que era su despacho...

Su instinto de bonhomía, que le prohibía permanecer sentado en presencia de una dama, indujo a Erast Petrovich, presa del pánico, a ponerse en pie de un salto, pero un segundo después, dominado por un pánico mayor aún, se desplomó de nuevo sobre el agua. La condesa, ruborizada a más no poder, desapareció por la puerta.

—¡Masa! —gritó Fandorin con voz furibunda—. ¡¡Masa!!

Aquel canalla, aquel verdugo, apareció con la bata doblada en un brazo y saludando con una inclinación.

—¿Qué desea el señor?

—¡Yo sí que te voy a dar lo que deseas! —estalló en alaridos Erast Petrovich, que había perdido completamente la compostura a causa de la indignación—. ¡Por esto sí que te obligaré a hacerte *seppuku*!. Pero ¡no con una aguja de hacer punto, sino con un palillo para comer arroz! ¡Te he dicho bien claro, tejón estúpido, que en Europa tomar un baño es un acto íntimo! ¡Me has hecho quedar como un idiota, y a la señora,

sonrojarse de vergüenza! —Pasándose al ruso, el consejero titular gritó a través de la puerta—: ¡Le ruego que me perdone! ¡Tome asiento, condesa, en un momento estoy con usted! —Y otra vez en japonés—: ¡Dame pantalones, levita y camisa, calamar infame!

Fandorin entró en el salón vestido de pies a cabeza y peinado de una manera irreprochable, pero con el sonrojo todavía en la cara. No imaginaba cómo podría mirar a su huésped después de aquel escandaloso incidente. Pero la condesa, contra todo pronóstico, parecía tranquila y contemplaba con curiosidad los grabados japoneses que colgaban de las paredes. Ella miró de reojo el rostro confuso del funcionario, y en aquellos azules ojos de la casta de los Soboliev se dibujó una sonrisa, que reemplazó inmediatamente con una expresión de lo más seria.

—Si me he atrevido a venir a verlo, señor Fandorin, es porque sé que fue usted un antiguo camarada de Michel y se encuentra investigando las circunstancias de su muerte. Mi marido se marchó ayer por la tarde con el gran duque. Asuntos urgentes. Y yo ya me dispongo a acompañar el cuerpo de mi hermano a nuestra heredad para darle sepultura. —Zinaida Dimitrievna titubeó un momento, como dudando si merecía la pena continuar. Pero inmediatamente, como si un torbellino hubiese entrado en su cabeza, arrancó a hablar con decisión—. Mi marido se fue sin su equipaje. Y en una de las levitas que dejó aquí, la criada encontró esto. ¡Eugène es tan distraído!...

La condesa le ofreció una hoja de papel doblada, pero Fandorin observó que se quedaba con otra hojita más en la mano. En un impreso del Cuarto Cuerpo del Ejército, Soboliev había escrito en francés con trazo amplio:

Eugène, ven a Moscú el 25 por la mañana para aclarar definitivamente el asunto que tú ya sabes. Ha llegado la hora. Me alojo en el Dusseaux. Un fuerte abrazo.

Tuyo,

Michel

Erast Petrovich miró a su visita con aire inquisitivo a la espera de explicaciones.

—Resulta muy extraño. —Por alguna razón, la mujer había bajado el tono de voz hasta el susurro—. Mi marido no me dijo que debía entrevistarse con Michel en Moscú. De hecho, yo ni sabía que mi hermano estuviese en Moscú. Eugène sólo me dijo que debíamos hacer algunas visitas y que luego regresaríamos a Petersburgo.

—Extraño, en efecto —convino Fandorin, que advirtió por el matasellos que el telegrama había sido enviado con urgencia desde Minsk el mismo día 16—. ¿Y por qué no le pidió explicaciones a su alteza?

La condesa, mordiéndose los labios, le pasó la segunda hoja.

—Porque Eugène también me escondió esto otro.

—¿Qué es?

—Una nota de Michel dirigida a mí. Por lo visto, iba unida al telegrama. Por algún motivo, Eugène no me la entregó.

Erast Petrovich cogió la hoja. Era evidente que había sido escrita en el último momento, a toda prisa.

Querida Zizi:

Ven sin falta a Moscú con Eugène. Es muy importante. Ahora no te puedo explicar nada, pero tal vez (la media línea siguiente estaba tachada) no nos veamos durante mucho tiempo.

Fandorin se acercó a la ventana y apoyó la esquila en el cristal para intentar leer lo tachado.

—No se tome la molestia, ya lo he descifrado yo —lo informó a su espalda la voz temblorosa de Zinaida Dimitrievna—. Ahí pone: «ese encuentro sea el último».

El consejero titular se pasó una mano por los húmedos cabellos recién peinados. Entonces, ¿Soboliev sabía que el peligro lo amenazaba? ¿Y el duque lo sabía también? Esa era la cuestión... Se volvió hacia la condesa y le aseguró:

—Ahora no le puedo decir nada, madame, pero le prometo que aclararé todas estas circunstancias. —Y al advertir la inquietud en los ojos de Zinaida Dimitrievna, añadió—: Con toda la delicadeza posible, naturalmente.

En cuanto la condesa se hubo marchado, Erast Petrovich se sentó a la mesa y, deseando concentrarse según su costumbre, se aplicó al ejercicio caligráfico: comenzó a dibujar el ideograma japonés de «tranquilidad». Pero a la tercera hoja, cuando la perfección quedaba aún muy lejos, llamaron a la puerta: brusca, perentoriamente.

Masa miró temeroso hacia su atareado señor, se acercó a la puerta de puntillas y la abrió.

Al otro lado estaba Ekaterina Aleksandrovna Golovina, la amante de cabellos dorados del difunto Aquiles. Ardía de cólera y eso la hacía aún más hermosa.

—¡Desapareció usted por completo! —exclamó la señorita a modo de saludo—. Y yo esperándolo, a punto de volverme loca por la falta de noticias. ¿Qué ha averiguado usted, Fandorin? ¿Con la información tan importante que le di y usted aquí, sentado, dibujando! ¡Exijo una explicación!

—Señora —la interrumpió con brusquedad el consejero titular—, soy yo el que le exige a usted explicaciones. Tenga la bondad de sentarse. —Cogiendo del brazo a su inesperada visita, la llevó hasta el sillón y la obligó a sentarse. Él se acercó una silla—. Me contó usted menos de lo que sabía. ¿Qué estaba organizando Soboliev? ¿Por qué temía por su vida? ¿Qué había de pe-peligroso en su viaje? ¿Para qué necesitaba

tanto dinero? ¿Por qué, en general, tanto secretismo? Y por último, ¿por qué se enfadaron ustedes? Calibré mal la situación por culpa de sus reticencias, Ekaterina Aleksandrovna, y, como resultado, un hombre muy bueno ha perdido la vida. Además de algunos malos, aunque también ellos tenían alma.

La Golovina agachó la cabeza. Una completa gama de intensos sentimientos se reflejó en su dulce rostro, sentimientos, al parecer, no demasiado bien avenidos. Comenzó con una confesión:

—Es cierto, le mentí cuando dije que no sabía en qué asunto andaba implicado. Michel creía que Rusia estaba siendo destruida y quería salvarla. En los últimos tiempos sólo hablaba de Estambul, de la amenaza alemana, de la gran Rusia... Hace un mes, en nuestro último encuentro, de pronto empezó a hablar de Bonaparte y me propuso ser su Josefina... Yo me horroricé. Nosotros siempre habíamos tenido opiniones políticas diferentes. Él creía en la misión histórica de los pueblos eslavos y en una vía de desarrollo específicamente rusa, mientras que yo consideraba, y sigo considerando, que Rusia no necesita para nada los Dardanelos, y sí una Constitución y más enseñanza pública. —Enfadada consigo misma por no lograr dominar su voz, Ekaterina Aleksandrovna agitó un puño en el aire, como si eso la fuera a ayudar a salir de aquel trance tan difícil—. Cuando él mencionó a Josefina, me asusté. Temí que Michel, como una osada mariposa nocturna, se precipitara en el fuego devorador que su ambición le señalaba... Pero aún me asustaba más que pudiera conseguir su objetivo. Y podía conseguirlo. Era tan tenaz, tan fuerte, tan afortunado... Era... ¿En quién podría haberse convertido si hubiera tenido la posibilidad de dirigir el destino de millones de personas? Da miedo pensarlo. Ese ya no habría sido Michel, sino un hombre completamente distinto.

—¿Y lo denunció usted? —le preguntó Erast Petrovich con brusquedad.

Golovina dio un paso atrás, horrorizada.

—¿Cómo puede pensar una cosa así? No, simplemente le dije que tendría que elegir, o yo o su empresa. Yo ya sabía de antemano cuál sería su respuesta... —La muchacha se secó las lágrimas con rabia—. Pero nunca pensé que todo terminaría en una farsa tan vil y brutal. Que asesinaran al futuro Bonaparte por un fajo de billetes... Está escrito en la Biblia: «Los ojos altivos del hombre serán abajados».

Agitó los brazos en el aire, como diciendo: «Basta, ya no puedo más», y comenzó a llorar a lágrima viva, sin intentar contenerse.

Fandorin esperó a que rebasara el punto culminante de sus sollozos y luego comentó a media voz:

—Parece que el asunto no trata en absoluto de billetes...

—Entonces, ¿de qué trata? —gimió Ekaterina Aleksandrovna—. Porque, a fin de cuentas, lo asesinaron, ¿o no? No sé por qué, pero confío en que usted descubra la verdad. Júreme que me contará la verdad de su muerte.

Confuso, Erast Petrovich le dio la espalda, pero después de decirse para sí que las mujeres eran incomparablemente mejores que los hombres: más leales, más sinceras,

más puras. Por supuesto, cuando aman de verdad.

—Sí, claro, lo haré sin falta —masculló, aunque sabía de antemano que nunca, ni por nada, le contaría a Ekaterina Aleksandrovna toda la verdad sobre la muerte de su amado.

Tuvieron que interrumpir la conversación porque, justo en ese momento, un emisario del príncipe llegó en busca de Fandorin.

—¿Cómo le ha ido con el contenido de la caja fuerte, su excelencia? —le preguntó el consejero titular a Osipovich, que ya estaba allí—. ¿Ha encontrado algo interesante?

—Muchas cosas —respondió el jefe de la policía con gesto satisfecho—. El cuadro de los oscuros chanchullos en que andaba metido el muerto ha quedado bastante claro. Aunque todavía hay que trabajar para descifrar sus anotaciones dinerarias. Nuestra abeja recogía néctar de demasiadas flores, no sólo de Misha *el Pequeño*... ¿Y usted ha conseguido algo?

—Sí, algo hay —contestó Fandorin con modestia.

La conversación se desarrollaba en el despacho del gobernador general. Pero Dolgoruki no había llegado todavía: según su secretario, su excelencia estaba terminando el almuerzo.

Vladimir Andreevich apareció por fin. Entró en el despacho con aire grave y enigmático, se sentó y tosió en clave oficial.

—Señores, he recibido la respuesta telegráfica de San Petersburgo a mi detallado informe. Como verán, el asunto ha sido considerado de tanta importancia que el procedimiento ha evitado cualquier demora burocrática. En este caso soy un simple mensajero. He aquí lo que escribe el conde Tolstov: «Muy estimado señor Vladimir Andreevich, en respuesta a su requerimiento pongo en su conocimiento que el capitán Pevtsov, en efecto, está adscrito al comandante del Cuerpo de Gendarmes, encontrándose en estos momentos en Moscú en misión especial. En concreto, y de manera reservada, se le ordenó al capitán sustraer una cartera que pudiera contener documentos de extrema importancia para el Estado. Por ucase imperial se ordena que la investigación de la muerte del general edecán M. D. Soboliev se dé por cerrada; también se enviará la correspondiente nota a Evgueni Osipovich. Por este mismo ucase imperial, se ordena que el funcionario para misiones especiales Fandorin sea apartado de su cargo y sometido a arresto domiciliario hasta nueva orden, por su actitud arbitraria al inmiscuir a un civil en una investigación declarada secreta. El ministro del Interior, D. A. Tolstov».

El príncipe hizo un gesto angustioso con las manos y se dirigió al conmocionado Fandorin.

—Ya ve usted, pichoncito, qué derroteros ha tomado el caso. Pero, en fin, el jefe sabrá lo que hace.

Erast Petrovich se puso en pie lentamente con la cara blanca como la pared. En

realidad no era el severo aunque justo castigo del soberano lo que le había helado el corazón. Lo peor de todo era que la versión de los hechos que había defendido con tanto aplomo se derrumbara de manera tan ignominiosa. ¡Mira que tomar a un agente secreto del gobierno por el más peligroso criminal! ¡Qué equivocación tan vergonzosa!

—Evgueni Osipovich y yo seguiremos aquí hablando a solas. Usted, y no me juzgue mal, será mejor que vuelva a su hotel y descanse —añadió Dolgoruki en tono compasivo—. Y no pierda el ánimo. Me cae verdaderamente simpático, de modo que intercederé por usted ante San Petersburgo.

Abatido, el consejero titular se encaminó hacia la salida. Ya en la misma puerta lo abordó Karachentsev.

—Y bien, dígame, ¿qué ha descubierto usted en la agenda? —le preguntó el general mientras le dedicaba un guiño imperceptible, como diciéndole: «Nada, no se preocupe, el tiempo cura todos los males».

Fandorin calló un segundo y después respondió:

—Nada interesante, su e-excelencia.

Una vez en el hotel, Fandorin anunció desde la misma puerta:

—Masa, he sido deshonrado y sometido a arresto. Uno: Grushin murió por mi culpa. Dos: se me han agotado las ideas. Y tres: mi vida está acabada.

Erast Petrovich llegó hasta la cama, se derrumbó sobre la almohada sin desnudarse y se durmió al instante.

Capítulo Duodécimo

En el que el cepo se cierra

Lo primero que vio Fandorin al abrir los ojos fue el rectángulo de la ventana encendido con el rojo del ocaso.

En el suelo, junto a la cama, con las manos colocadas ceremoniosamente sobre las rodillas, estaba sentado Masa, vestido con un kimono negro de gala, el rostro severo y un vendaje limpio en la cabeza.

—¿Por qué te has engalanado de esa manera? —le preguntó Erast Petrovich picado por la curiosidad.

—Señor, dijo que había sido deshonrado y que ya no tenía más ideas.

—¿Bien, y qué pasa con eso?

—Que tengo una buena idea. Lo he pensado todo muy bien y puedo proponerle una salida honrosa a la penosa situación en que usted se encuentra. A todas mis numerosas faltas anteriores, he añadido una más: infringí la regla de la etiqueta europea que prohíbe franquear el paso a una mujer al cuarto de baño. El hecho de que no comprenda esa extraña regla no me justifica. Me he aprendido de memoria veintiséis páginas enteras del diccionario, desde el fácil vocablo «a-pe-su-to-so», que significa «hombre que huele mal», hasta la difícil palabra «a-u-chi-ri-o», que significa «prestación de ayuda», pero ni siquiera esta dura experiencia ha liberado el peso de mi alma. Y en cuanto a usted, señor, usted mismo lo dijo: «Mi vida está acabada». Así que adelante, señor, dejemos esta vida los dos juntos. Lo tengo todo preparado: incluida la tinta china y la pluma para escribir los versos premortuorios.

Fandorin se desperezó sintiendo un dulce cansancio en las articulaciones.

—Olvídalo, Masa —dijo. Luego bostezó placenteramente—. Tengo una idea mucho mejor. ¿Qué es eso que huele tan bien?

—He comprado unas rosquillas recién hechas, lo mejor que tiene Rusia después de sus mujeres —respondió con tristeza el sirviente—. La sopa esa de col agria que todos comen aquí es sencillamente asquerosa, pero las rosquillas son un invento colosal. Antes de abrirme las carnes con el puñal, quiero calmar mi *hara* por última vez...

—El que te va a abrir en canal soy yo —le advirtió el consejero titular—. Anda, pásame una rosquilla, que estoy muerto de hambre. Comemos un poco y... ¡a trabajar!

—¿El señor Klonov, de la diecinueve? —preguntó a su vez el *kellner* (así, a la manera germana, llamaban en el Metropol a los jefes de camareros)—. Cómo no, lo recuerdo perfectamente. Estuvo hospedado un señor con ese apellido, creo que era

comerciante. ¿Y usted, mister, lo conocía?

Próximo ya el anochecer, el idílico ocaso había desaparecido súbitamente, desplazado por un viento frío y unas espesas tinieblas. El cielo se volvió inclemente y de pronto empezó a caer una lluvia fina que amenazaba con convertirse en serio aguacero a medida que entrara la noche. Fandorin, consecuente con las condiciones climatológicas, se había vestido para hacer frente a los elementos: quepis con visera de hule; cazadora impermeable sueca de cabritilla guateada y botas de agua. Tenía todo el aspecto de ser un extranjero, de ahí el inesperado tratamiento que le había dirigido el *kellner*. «De perdidos al río», decidió el consejero titular, pues a fin de cuentas era ya un arrestado en fuga. Así que se apoyó en el mostrador y susurró:

—No, amigo mío, no lo conozco en absoluto. Soy el capitán Pevtsov, del Cuerpo de Gendarmes, y este asunto es importantísimo, completamente secreto.

—Comprendo —respondió el *kellner* bisbiseando también—. En un momento se lo digo. —Y comenzó a pasar las hojas del libro de registro—. Aquí está. Nikolai Nikolaievich Klonov, comerciante de primera categoría. Llegó la mañana del veintidós procedente de Riazán. Y decidió partir la noche del jueves al viernes.

—¡Cómo! —gritó Fandorin—. ¿Del veinticuatro al veinticinco? ¿Y de madrugada?

—Exacto, señor. Yo no estaba de servicio, pero aquí está la firma, por si quiere verla. La cuenta fue abonada a las cuatro y media de la madrugada, en el turno de noche.

A Erast Petrovich se le encogió el corazón con ese irrefrenable frenesí que sólo conocen los cazadores de liebres. Luego preguntó con calculada desidia:

—¿Y qué aspecto tenía ese Klonov?

—Un señor serio, de posibles. En suma, un comerciante de primera categoría.

—Entonces, ¿tenía barba, una voluminosa panza? Descríbame sus rasgos. ¿Tenía algún detalle particular?

—No, no tenía barba, y tampoco estaba gordo. No era un comerciante de tres al cuarto, sino uno de esos comerciantes modernos. Vestía a la europea. Y su cara... —El *kellner* pensó un momento—. Una cara de lo más normal. Pelo rubio. ¿Un rasgo especial?... Quizá los ojos. Demasiado claros, como los que suelen tener los finlandeses. —Fandorin dio una fiera palmada en el mostrador. ¡Diana! Allí estaba de nuevo el personaje principal. Había llegado el martes, dos días antes de que lo hiciera Soboliev, y se había quitado de en medio a la misma hora en que los oficiales del séquito metían de tapadillo el cadáver de su general en la habitación cuarenta y siete, que ya había sido asaltada. ¡Caliente, muy caliente!

—¿Y dice usted que era un hombre de posibles? Entonces recibiría visitas, gente de negocios...

—No, no tuvo ninguna. Tan sólo la de un par de mensajeros que le entregaron algún telegrama urgente. Se notaba a las claras que el hombre no había venido a Moscú por negocios, sino para divertirse.

—¿Por qué dice «a las claras»?

El *kellner* sonrió con aire conspirador y le susurró a la oreja:

—Lo primero que hizo nada más llegar fue interesarse por el sexo débil; en concreto quiso saber dónde podía encontrar a las mujeres más chics de Moscú. Obligatoriamente debían ser rubias, esbeltas y de buen talle. Un señor con gusto.

Erast Petrovich arqueó las cejas. Aquello se le antojó extraño. No eran precisamente las rubias lo que debía de interesar al «capitán Pevtsov».

—¿Se lo preguntó a usted?

—No, señor, me lo contó Timofei Spiridonich. Antes trabajó como *kellner* con nosotros, en este mismo puesto que ahora ocupo yo. —El empleado suspiró con afectada tristeza—. Timofei Spiridonich falleció el pasado sábado, que Dios lo tenga en su gloria. Mañana se celebran los funerales.

—¿Que murió, dice? —Fandorin adelantó el cuerpo—. ¿Y de qué?

—Una muerte tonta. Regresaba a casa por la noche y, al parecer, resbaló y se golpeó la nuca con una piedra. Aquí cerca, en el patio del pasaje. «Estaba vivo y se murió», como se suele decir. Todos estamos en las manos de Dios. —El *kellner* se santiguó—. Yo era su ayudante. Y ahora he ascendido. ¡Ah, cuánto lo siento por Timofei Spiridonich!...

—¿Y dice que Klonov habló con él de mujeres? —inquirió el consejero titular con el fuerte presentimiento de que de un momento a otro el velo caería de sus ojos y el cuadro de lo ocurrido se mostraría ante él con toda claridad y por completo—. ¿No le dio Timofei Spiridonich más detalles?

—Claro que sí, al finado le gustaba mover la sin hueso. Me dijo: «Le he descrito al “diecinueve”, así llamamos a nuestros clientes entre nosotros, por el número de la habitación, a todas las rubias de primera clase de Moscú. El “diecinueve” mostró especial interés por mademoiselle Wanda, la de La Rosa Alpina».

Erast Petrovich cerró los ojos un instante. Había tirado y tirado del hilo y por fin había llegado al ovillo.

—¿Usted?

Wanda abrió la puerta arropada con un mantón de encaje y observando asustada al consejero titular, cuya mojada cazadora de piel, al reflejar la luz de la lámpara, parecía contorneada por un nimbo radiante. A espaldas del tardío visitante caía y susurraba la lluvia como si fuera un muro transparente, y, más al fondo, las tinieblas se espesaban del todo. Unos arroyitos de agua fluían de la cazadora al suelo.

—Entre, señor Fandorin, está completamente empapado.

—Lo más asombroso —dijo Fandorin como saludo— es que usted, mademoiselle, aún siga viva.

—Gracias a usted —replicó la cantante encogiendo sus estrechos hombros—. Todavía veo delante de mis ojos aquel cuchillo que se acercaba más y más a mi

garganta... No consigo dormir por la noche. Y tampoco cantar.

—No me refería a herr Knabe, sino a Klonov. —Y Fandorin clavó la mirada en aquellos enormes ojos verdes—. Hábleme de ese señor tan interesante.

Wanda ni se sorprendió ni simuló sorpresa.

—¿Klonov? ¿Nikolai Klonov? ¿Y qué tiene él que ver aquí?

—Eso es lo que aclararemos ahora.

Entraron en el salón y tomaron asiento. Sólo estaba encendida la lámpara de la mesilla, cubierta por un chal verde, por lo que toda la habitación parecía un mundo submarino. «El reino de un hada marina», pensó Erast Petrovich, pero resueltamente apartó esa idea tan fuera de lugar.

—Hábleme del co-comerciante de primera categoría Klonov.

Wanda cogió la mojada cazadora de Fandorin y la dejó en el suelo, sin preocuparse lo más mínimo por la integridad de la mullida alfombra persa.

—Un hombre muy atractivo —dijo ella con aire embelesado, y Erast Petrovich sintió algo similar a una punzada de celos, a los que, por otra parte, no tenía ningún derecho—. Tranquilo, seguro de sí mismo. Una buena persona, un hombre de los mejores, de esos que apenas se encuentran. Al menos yo no suelo encontrármelos. Guarda cierto parecido con usted. —Ella sonrió ligeramente y Fandorin comenzó a sentirse mal: lo estaba hechizando—. Pero no comprendo..., ¿por qué le interesa?

—Ese hombre no es la persona por la que se hace pasar. Desde luego, no es ni-ningún comerciante.

Wanda se volvió a medias y su mirada se hizo ausente.

—Eso no me extraña. Además, estoy acostumbrada a que todos tengan sus secretos. Intento no entrometerme en los asuntos ajenos.

—Es usted una mujer muy perspicaz, mademoiselle; de no serlo, difícilmente habría triunfado en su... profesión. —Erast Petrovich se turbó al comprender que no se había expresado de la manera más afortunada—. ¿Es posible que no percibiera en ningún momento el peligro que emanaba de ese ho-hombre?

La cantante se giró velozmente hacia él y contestó:

—Sí, sí. A veces. Pero ¿cómo lo sabe usted?

—Tengo fundadas razones para sospechar que Klonov es un hombre peligrosísimo. —Y, sin transición alguna, prosiguió—. Dígame, ¿fue él quien la incitó a conocer a Soboliev?

—No, rotundamente no —respondió también ella con rapidez. ¿Quizá con demasiada rapidez? Al parecer, también Wanda debió de entenderlo así, pues estimó oportuno mostrarse menos rotunda—. En cualquier caso, no tiene nada que ver con la muerte del general, ¡se lo juro! Todo ocurrió exactamente como se lo conté.

En ese momento sí decía la verdad, o por lo menos eso creía. Todas sus manifestaciones —modulación de voz, gestos, movimientos de los músculos faciales— se mostraban de manera adecuada. Aunque tampoco estaba excluida la posibilidad de que la señorita Tolle poseyera un extraordinario talento teatral.

Erast Petrovich cambió de táctica. Los maestros de la psicología criminal aseguran que, cuando existen sospechas de que el interrogado no es sincero, sino que juega a serlo, hay que bombardearlo con una andanada de rápidas e inesperadas preguntas que exijan una respuesta inmediata.

—¿Klonov sabía de la existencia de Knabe?

—Sí, pero qué...

—¿Le habló de la cartera?

—¿De qué cartera?

—¿Mencionó alguna vez a Jurtinski?

—¿Quién es ese?

—¿Llevaba armas?

—Creo que sí. Pero ¿acaso la ley lo prohí...!

—¿Sigue viéndolo?

—Sí. Es decir...

Wanda empalideció y se mordió un labio. Erast Petrovich comprendió que iba a mentir, así que, rápidamente, antes de que ella hablara, lo hizo él utilizando un tono bien diferente: muy serio, confidencial, con mucho tacto.

—Debe revelarme dónde está. Si estuviese equivocado y no fuera quien creo que es, sería también mejor para él eliminar cuanto antes las sospechas que recaen sobre su persona. Pero, si no me equivoco, se trata de un hombre terrible, otro muy distinto del que usted se figura. Por su patrón de conducta deduzco que no la dejará con vida, eso no entra en sus normas. Estoy incluso sorprendido de que no esté todavía en la morgue de la comisaría del distrito Tverskoi. Y bien, ¿cómo puedo encontrar a su Klonov? —Ella guardó silencio—. Hable. —Fandorin la cogió de la mano, que estaba fría, aunque su pulso latía rápido, rápido—. En una ocasión le salvé la vida y ahora intento hacerlo de nuevo. Le juro que si no es el asesino, no lo tocaré.

Wanda contempló al joven con las pupilas dilatadas. En el interior de la muchacha se libraba una batalla y Erast Petrovich no sabía cómo inclinar el platillo de la balanza de su lado. Mientras pensaba de manera febril, la mirada de Fandorin adquirió dureza: una idea le rondaba la cabeza, pero no lograba atraparla.

—No sé dónde está —respondió la cantante con carácter definitivo.

Fandorin se levantó lentamente y se despidió sin pronunciar una palabra más. ¿Para qué?

Lo importante era que ella volvería a citarse con Klonov-Pevtsov. Para encontrar a su hombre, bastaba con someterla a una estrecha vigilancia. El consejero titular se detuvo en medio de la calle Petrovka sin prestarle atención a la lluvia, que en ese momento no caía con la misma fuerza que antes.

Pero ¡qué vigilancia ni qué tonterías! Estaba bajo arresto y debía permanecer en su habitación. Tampoco tendría ayudantes, y en solitario no habría manera de organizar una vigilancia sensata: para ello se necesitaban como mínimo cinco o seis agentes experimentados.

Para que sus pensamientos retomaran un curso lógico, Fandorin dio ocho rápidas y sonoras palmadas. Los transeúntes que pasaban por allí escondidos bajo sus paraguas se apartaron de un salto de aquel loco, mas en los labios del consejero titular se dibujó una sonrisa de satisfacción. Se le había ocurrido una idea original.

Nada más entrar en el amplio vestíbulo del Dusseaux, Erast Petrovich se dirigió inmediatamente hacia el mostrador de recepción:

—Amigo —le ordenó al portero con voz imperiosa—, ponme con el servicio de habitaciones del Inglaterra, en la calle Petrovka, y después retírate, que se trata de una conversación confidencial.

El portero, que ya había tenido tiempo de acostumbrarse al enigmático comportamiento del importante funcionario de la habitación veinte, le dedicó una inclinación respetuosa, pasó el dedo por la lista de abonados telefónicos que colgaba de la pared, encontró el número que necesitaba y descolgó el auricular.

—El Inglaterra, señor Fandorin —dijo, ofreciéndole el auricular.

Al otro lado de la línea chillaron:

—¿Quién llama?

Erast Petrovich se quedó mirando expectante al portero, que se retiró con mucho tacto al rincón más alejado del vestíbulo.

Sólo entonces, acercando los labios a la misma malla del tubo telefónico, pidió el consejero titular:

—Tenga la amabilidad de avisar a la señorita Wanda. Dígale que es una llamada urgente del señor Klonov. ¡Sí, sí, Klonov!

El corazón del joven se puso a latir de manera desbocada. La idea que se le había ocurrido era inédita y sencilla hasta la temeridad. Sin poner en duda sus ventajas, el hecho era que la red telefónica, que a ritmo vertiginoso iba ganando popularidad entre los habitantes de Moscú, distaba todavía de la perfección técnica. Si bien casi siempre se lograba entender el sentido de lo que se escuchaba, lo cierto era que la membrana del auricular no conseguía transmitir ni el timbre y ni los matices de voz. En el mejor de los casos —aunque no siempre—, se podía determinar si la voz pertenecía a un hombre o a una mujer, pero poco más. Los periódicos aseguraban que el gran inventor mister Bell trabajaba sobre un nuevo modelo, capaz de reproducir el sonido con mayor fidelidad. A pesar de ello, como asegura la sabiduría china, también las imperfecciones tienen su encanto. Erast Petrovich no sabía de nadie que se hubiera hecho pasar por otra persona en una conversación telefónica, pero ¿por qué no intentarlo?

En el auricular sonó una voz chillona, intercalada con unos chirridos metálicos, que en nada se parecía a la voz de contralto de Wanda:

—¿Kolia, eres tú? ¡Qué suerte que me hayas telefoneado!... —«¿“Kolia”? ¿“Tú”...? Hum...». Mientras Fandorin pensaba en eso, Wanda gritaba por el tubo telefónico a gran velocidad y comiéndose las sílabas—:... ¡Kolia, estás en peligro! ¡Acaba de venir a mi casa un hombre que te anda buscando!

—¿Quién? —inquirió el consejero titular, que se quedó paralizado inmediatamente, pues gracias a esa pregunta ella podía desenmascararlo.

Sin embargo, Wanda respondió como si nada:

—Un policía. Un hombre muy hábil, muy listo. ¡Kolia, dice de ti unas cosas terribles!

—¡Tonterías! —repuso lacónico Erast Petrovich, comprendiendo de pronto que aquella mujer fatal estaba seriamente enamorada del capitán y comerciante.

—¿De veras? ¡Lo sabía! Pero ¡de todos modos me he asustado mucho! ¿Kolia, por qué me llamas? ¿Ha habido algún cambio? —Fandorin calló mientras pensaba febrilmente qué debía contestar—. Entonces, ¿no nos vemos-emos mañana? —En la línea telefónica comenzó a oírse un eco, y Fandorin se tapó la otra oreja, ya que le resultaba bastante difícil comprender el rápido parloteo de Wanda—. Pero ¡me prometiste que no te irías sin despedirte-dirte! ¡No serás capaz-paz de hacerme eso-eso!... ¿Kolia, por qué te quedas callado-llado? Entonces, ¿la cita queda suspendida-dida?

—No. —Fandorin, haciendo de tripas corazón, se atrevió a pronunciar una frase más larga—: Sólo quería comprobar que te acordabas de todo.

—¿Cómo dices? ¿Comprobar qué?

Wanda, era evidente, también lo escuchaba muy mal, pero esa circunstancia le iba como anillo al dedo.

—Entonces, ¿te acuerdas de todo? —gritó Fandorin.

—¡Sí, sí, claro-aro! La Posada de la Trinidad, a las seis, habitación número siete, la entrada por el patio, primero dos golpes, luego tres y después dos más-más. Kolia, ¿en vez de las seis no podría ser un poco más tarde-de? Hace un siglo que no me levanto tan temprano-no.

—De acuerdo —convino el consejero titular, ya más confiado, mientras repetía mentalmente: «Seis, número siete, por el patio, dos-tres-dos»—. A las siete. Pero ni un minuto más tarde. Tengo cosas que hacer.

—¡Bien, entonces a las siete! —gritó Wanda.

El eco y los chasquidos habían desaparecido repentinamente, y en ese momento su voz le llegaba tan nítida que casi resultaba reconocible. Era una voz tan feliz que Fandorin sintió vergüenza.

—Voy a colgar —dijo.

—¿Desde dónde telefoneas? ¿Dónde estás?

Erast Petrovich colgó el tubo telefónico en su soporte y dio una vuelta de manivela. Estaba claro que el engaño por teléfono era extraordinariamente fácil. Debería tenerlo en cuenta en adelante para no caer en esa misma trampa. ¿Y si asignara una contraseña a cada uno de sus interlocutores? Bueno, no a todos, naturalmente, digamos que sólo en sus conversaciones con la policía y las de carácter confidencial.

Pero no podía perder tiempo pensando en esas cuestiones.

Ya consideraba su arresto domiciliario como agua pasada, pues ahora sí que tenía algo que ofrecer a sus jefes. El escurridizo, poco menos que incorpóreo Klonov-Pevtsov estaría al día siguiente a las seis en esa Posada de la Trinidad. Pero no sólo desconocía dónde diablos podría estar la tal posada, sino que además no podría hacer nada sin la ayuda de Karachentsev. Había que realizar un arresto en toda regla, prepararlo todo hasta el más mínimo detalle. No podían dejarlo escapar, puesto que el sujeto era demasiado hábil.

* * *

La casa del jefe de la policía, situada en el bulevar Tverskoi, estaba considerada una de las más notables de Moscú. Con su fachada abierta al bulevar por donde, en los días de tiempo apacible, se paseaba la flor y nata de la sociedad moscovita, aquella casa de dos pisos pintada con el típico color amarillo de los edificios estatales parecía salvaguardar, incluso bendecir de cierta manera, a aquel refinado público en su tranquilo y decoroso pasatiempo. «Paséense —parecía decir—, damas e ilustrados caballeros, por esta estrecha *promenade* de corte europeo, respiren el aroma de los tilos y no sientan temor por el resoplido de esta enorme ciudad semiasiática, habitada fundamentalmente por personas analfabetas y malcriadas. El poder está aquí, véanlo, siempre en defensa de la civilización y el orden: el poder nunca duerme».

Erast Petrovich tuvo oportunidad de comprobar esa última aseveración cuando llamó a la puerta de la famosa villa justo antes de medianoche. Pues no fue un conserje el que acudió a abrirla, sino un gendarme armado con sable y revólver, quien, después de escuchar con rostro severo al visitante nocturno sin musitar ni una sola palabra, lo hizo esperar en el umbral mientras llamaba por medio de una campanilla eléctrica al oficial de guardia. Por fortuna, este resultó ser un conocido de Fandorin: el capitán edecán Svierchinski. El oficial, no sin cierta dificultad, logró reconocer en el anglicanizado ciudadano al mendigo desharrapado que aquella misma mañana había provocado tanto revuelo en la Dirección General, y al momento se convirtió en la cortesía personificada. Evgueni Osipovich, le informó, como en él era costumbre, daba su paseo habitual por el bulevar antes de irse a la cama. Le gustaba aquel ejercicio nocturno y no dejaba de practicarlo hiciera el tiempo que hiciera, incluso si llovía.

Erast Petrovich regresó al bulevar, anduvo unos metros hacia la estatua de bronce de Pushkin y, en efecto, divisó aquella silueta familiar, envuelta en un largo capote de oficial de caballería y con la capucha encasquetada en la cabeza, que se acercaba caminando a paso tranquilo hacia donde él estaba. Bastó que el consejero titular se lanzara al encuentro del general para que de pronto, de ningún sitio, como de debajo de la tierra, surgieran dos silenciosas sombras a ambos lados del jefe de la policía y otras dos siluetas más igual de resueltas a sus espaldas. Erast Petrovich sacudió la cabeza: «He aquí la ilusoria soledad de un hombre de Estado en tiempos de

terrorismo político —se dijo—. Ni un paso sin escolta. Dios mío, hacia qué precipicio se desliza Rusia...».

Mientras reflexionaba sobre eso, las sombras lo atraparon por los brazos, delicadamente pero con fuerza.

—¡Erast Petrovich, hablando del rey de Roma!... —se alegró Karachentsev, y gritó a los agentes—: ¡Largo!... Mire qué cosas, estaba paseando y pensando en usted. Y bien, ¿no estaba arrestado?

—No aguantaba estar encerrado, excelencia. Entremos en su casa, Evgueni Osipovich, el tiempo apremia.

El general desistió de hacer más preguntas y puso rumbo de inmediato hacia su residencia. Caminaba a grandes zancadas, mientras lanzaba continuas miradas de soslayo hacia su acompañante.

Entraron en un amplio despacho ovalado y se sentaron uno enfrente del otro a una larga mesa cubierta con un tapete verde. El jefe de la policía ordenó:

—¡Svierchinski, quédese tras la puerta! Puede que lo necesitemos.

Cuando la puerta forrada en piel se cerró sin el menor ruido, Karachentsev inquirió impaciente:

—¿Y bien? ¿Alguna pista?

—Algo mejor —le comunicó Fandorin—. El asesino. En carne y hueso. ¿Me pe-permite fumar?

Exhalando de vez en cuando el humo de su puro, el consejero titular relató los resultados de sus investigaciones.

Karachentsev arrugaba el entrecejo más y más. Cuando terminó de escuchar, preocupado, se pasó una mano por la abrupta frente, apartándose un rebelde mechón de pelo rojizo.

—¿Y cómo interpreta usted todo ese rompecabezas?

Erast Petrovich sacudió una columnita de ceniza.

—Soboliev maquinaba una aventura temeraria. Quizá un golpe de Estado a la manera del siglo dieciocho. En suma, eso que los alemanes llaman un *Putsch*. Ya sabe usted lo popular que era Mijail Dimitrievich entre el ejército y el pueblo. La autoridad del poder supremo ha caído actualmente hasta un punto tan bajo... Pero qué le voy a contar yo, si toda la Dirección de la Gendarmería trabaja para usted recogiendo los rumores de la calle... —El jefe de la policía asintió—. De la conjura no sé nada concreto. Puede que Soboliev se viese como otro Bonaparte o, lo que es más probable, quizá pensara en colocar en el trono a algún miembro de la familia del zar. Ni lo sé ni quiero jugar a las a-adivinanzas. Además, ese detalle resulta superfluo para nuestro trabajo.

Karachentsev reaccionó alzando bruscamente la cabeza y desabrochándose el cuello postizo bordado en oro. Sobre el puente de su nariz aparecieron unas gotitas de sudor.

—Resumiendo, que nuestro Aquiles tramaba algo bastante serio —continuó como

si nada el consejero titular, lanzando hacia el techo una bocanada de humo tan elegante que era una delicia para los ojos—. Pero Soboliev tenía poderosos enemigos en la sombra, y estaban al tanto de sus planes. Klonov, es decir, Pevtsov, es uno de sus hombres de usted. Con su ayuda, el partido antisoboliev decidió eliminar al nuevo Bonaparte, mas sin ruido, simulando una muerte natural. Y así se hizo. La mano ejecutora contó con la ayuda de Jurtinski, que no sólo mantenía relaciones con el partido antisoboliev, sino que, a juzgar por todo, era el representante de sus intereses en Moscú.

—No vaya tan rápido, Erast Petrovich —le suplicó el jefe de la policía—. La cabeza me da vueltas. ¿Qué partido es ese? ¿Dónde está? ¿Dentro de nuestro Ministerio del Interior?

Fandorin se encogió de hombros y contestó:

—Es bastante posible. En cualquier caso, cuentan con su jefe, el conde Tolstov. Recuerde la carta en que justificaba a Jurtinski y el telegrama de cobertura para Pevtsov. Jurtinski fue una pésima ayuda. El consejero adjunto resultó demasiado codicioso, así que se dejó tentar por el millón de Soboliev, decidiendo unir el beneficio con el placer. Pero, sin duda, la figura central de toda esta historia es ese rubio de ojos claros. —Llegado a ese punto, el consejero titular sintió un estremecimiento, asaltado por una nueva idea—. Espere un momento... ¡Quizá todo fuera aún más complicado! ¡Pues claro!

Poniéndose en pie de un salto, comenzó a pasear de un rincón a otro del despacho. El general se limitó a seguir con la mirada al excitado Fandorin, temiendo interrumpir los pensamientos del sesudo funcionario.

—El ministro del Interior de ninguna manera pudo planear la muerte del general edecán Soboliev, tramara este lo que tramara. ¡Sería absurdo! —Con la emoción Erast Petrovich había dejado de tartamudear—. Lo más probable es que nuestro Klonov no sea ese mismo capitán Pevtsov de quien escribe el conde. Es muy posible que el auténtico Pevtsov no se encuentre ya en este mundo. Todo esto huele a una intriga muy sutil, proyectada de tal manera que si el asunto fracasaba, ¡podiera culparse de todo ello a su gendarmería! —fantaseó ya sin cortapisas el consejero titular—. Claro, claro, claro...

De repente Fandorin dio varias palmadas, y poco faltó para que el general, que escuchaba con la máxima tensión, pegara un salto por la sorpresa.

—Supongamos que el ministro descubre la conjura de Soboliev y decide poner al general bajo vigilancia. Punto uno. Otro sujeto, que también está al tanto de la conspiración, quiere matar a Soboliev. Punto dos. A diferencia del ministro, este hombre o, para ser más exactos, estas personas, a las que llamaremos contraconjurados, no están vinculadas a la ley y persiguen tan sólo objetivos particulares.

—¿Qué objetivos? —le preguntó por fin el confuso general con voz débil.

—El poder, naturalmente —respondió Fandorin con indolencia—. ¿Qué otros

objetivos se pueden tener cuando la intriga se desarrolla a estos niveles? Los contraconjurados tenían a su disposición un brazo ejecutor extraordinariamente ingenioso y con mucha iniciativa, ese hombre a quien conocemos por Klonov. Puede estar seguro de que no es ningún comerciante. Se trata de un hombre fuera de lo común, con unas capacidades verdaderamente increíbles. Invisible, inaprensible, invulnerable... Y también omnipresente: en cualquier lugar aparece antes de que lo hagamos nosotros, siempre es el primero en asestar el golpe. Actuamos rápidamente, pero él nos deja con dos palmos de narices una y otra vez.

—¿Y si, a pesar de todo, resulta que es capitán de gendarmes y que actúa con el consentimiento del ministro? —inquirió Karachentsev—. Y si... —El general tragó saliva y continuó—: ¿Y si la eliminación de Soboliev hubiera sido autorizada desde arriba? Perdone, Erast Petrovich, pero usted y yo somos profesionales y sabemos perfectamente que en ocasiones, en defensa de los intereses de Estado, nos vemos obligados a emplear métodos poco tradicionales.

—Si fuera así, ¿qué necesidad habría de robar la cartera, y, precisamente, en la misma Dirección? —contestó Fandorin encogiéndose de hombros—. Porque la cartera ya estaba en manos de la gendarmería y usted la habría enviado por conducto reglamentario a San Petersburgo, al conde Tolstov en persona. ¿Qué necesidad había de rizar el rizo? No, créame, aquí el ministerio no tiene nada que ver. Además, matar a un héroe popular no es lo mismo que estrangular en la cárcel a un general Pichegru cualquiera. ¿Levantar la mano contra Mijail Dimitrievich Soboliev? ¿Sin juicio ni instrucción judicial? No, Evgueni Osipovich, pese a todos los defectos de nuestras actuales autoridades, eso sería ya demasiado. Eso no me lo puedo creer.

—Sí, tiene usted razón —reconoció Karachentsev.

—Además, esa facilidad con la que Klonov comete sus asesinatos se parece muy poco a la manera que tienen de actuar los servicios del Estado.

El jefe de la policía levantó una mano y objetó:

—Un momento, un momento, no se entusiasme. ¿A qué crímenes se está usted refiriendo? Porque todavía ni siquiera sabemos si Soboliev fue asesinado o si murió de muerte natural. Según los resultados de la autopsia, murió por causa natural.

—No, fue asesinado —lo interrumpió Erast Petrovich—; aunque aún desconozcamos cómo lograron ocultar las huellas. Si hubiéramos sabido entonces lo que sabemos ahora, probablemente habríamos aleccionado al profesor Welling para que realizara sus análisis de manera más precisa. El doctor ya estaba convencido de antemano de que la muerte se había producido por causas naturales, y la actitud de partida es determinante. Además —el consejero titular se detuvo frente al general—, no todo se reduce a la muerte de Soboliev. Klonov ha cortado todos los hilos que conducían a él. Estoy convencido de que la misteriosa muerte de Knabe fue obra suya. Juzgue usted mismo: ¿cree acaso que los alemanes habrían matado a su oficial del Estado Mayor por mucho que se hubieran asustado? Eso no es propio de países civilizados. En el peor de los casos, lo habrían inducido a que se pegara un tiro. ¿Pero

clavarle en un costado un cuchillo de carnicero? ¡Resulta inverosímil! A Klonov le habría ido como anillo al dedo que hubiéramos dado por resuelto el caso. Si no hubiese salido a flote lo de la cartera con el millón de rublos, habríamos puesto punto final a la investigación. También resulta extremadamente sospechosa la repentina muerte del *kellner* del Metropol. Al parecer, la única culpa de ese desdichado Timofei Spiridonich fue la de ayudar a Klonov a encontrar a Wanda, su mano ejecutora. ¡Ah, Evgueni Osipovich, ahora todo me resulta sospechoso! —exclamó Fandorin—. También la muerte de Misha *el Pequeño*. ¡Incluso el suicidio de Jurtinski!

—Esto ya es demasiado —dijo el jefe de la policía torciendo el gesto—. Un reguero de muertes en toda regla.

—Con la mano en el corazón, respóndame: ¿consideraba usted capaz a Piotr Parmienovich de suicidarse por el solo temor de que lo descubrieran? ¿Tan hombre de honor era acaso?

—Sí, en líneas generales lo considero poco probable. —En ese instante era Karachentsev el que se había puesto en pie y paseaba a lo largo de la pared—. Más bien habría intentado huir. A juzgar por los documentos que encontramos en su caja fuerte, el finado tenía una cuenta en un banco de Zúrich. Y si no hubiese logrado escapar, habría suplicado indulgencia o intentado sobornar a los jueces. Conozco muy bien a esa clase de personas, son una gentecilla con una capacidad para sobrevivir fuera de lo común. Sí, probablemente Jurtinski se habría marchado antes a presidio que meter el cuello en el nudo de una soga. Sin embargo, la nota estaba escrita por él, de eso no hay duda...

—Lo que más me preocupa es que o las sospechas de asesinato no aparecen en absoluto o, como en el caso de Knabe o de Misha *el Pequeño*, recaen claramente sobre cualquier otro: en el primer asunto sobre los servicios secretos alemanes, y, en el segundo, sobre Fiska. Eso es indicio de una gran profesionalidad. —Erast Petrovich entrecerró los párpados—. Pero hay algo que no comprendo en absoluto, cómo pudo dejar con vida a Wanda... A propósito, Evgueni Osipovich, habría que enviar inmediatamente a varios agentes a que vayan a por ella y la saquen del Inglaterra. ¿Y si de pronto la telefonara el auténtico Klonov? O, lo que aún sería peor, ¿y si a este se le ocurriera de repente corregir su incomprensible negligencia?

—¡Svierchinski! —gritó el general, que ya salía a la antesala a dar las órdenes oportunas.

Cuando regresó, el consejero titular paseaba un dedo por encima del plano de la ciudad que colgaba de la pared.

—¿Dónde se encuentra esa Posada de la Trinidad? —preguntó.

—La Posada de la Trinidad es un hostel del barrio de Pokrovka que no queda muy lejos de la iglesia de la Santísima Trinidad. Está justo en este lugar —aclaró el general señalando sobre el mapa—. En el callejón Jojlovski. Efectivamente, tiempo ha hubo allí un albergue que dependía del monasterio, pero ahora eso no es más que un laberinto de cuchitriles, edificios anexos y barracas de baja estofa. En la actualidad

a la posada la llaman simplemente «la Trinidad». Un sitio poco recomendable: desde allí a Jitrovka sólo hay un paso. Pero los que viven en la Trinidad no son gente perdida del todo: personajes del mundo teatral, modistillas, comerciantes arruinados... Son huéspedes que no residen allí por mucho tiempo: o trepan otra vez hacia arriba y salen a flote, o se hunden del todo en los abismos de Jitrovka.

Mientras respondía con todo detalle a aquella pregunta tan sencilla, el jefe de la policía pensaba en realidad en algo completamente distinto; al parecer, la decisión que debía tomar le estaba resultando bastante difícil. Cuando el general terminó su explicación, se hizo el silencio. Erast Petrovich comprendió que la conversación entraba en su fase culminante.

—Naturalmente, Evgueni Osipovich, se trata de un movimiento demasiado arriesgado —pronunció lentamente el consejero titular—. Si mis hi-hipótesis fuesen erróneas, esto destruiría toda su carrera. Y usted es un hombre ambicioso. Por eso he venido a verlo a usted y no a Vladimir Andreevich, porque él no se arriesgaría en absoluto. Es extremadamente prudente: cosas de la edad. Y eso que su situación es mucho menos problemática que la de usted. Lo cierto es que su ministerio ha organizado una intriga a sus espaldas. Su papel en esta partida, y permítame la franqueza, es el de los naipes de un descarte. El conde Tolstov no estimó conveniente informarlo a usted, al jefe de la policía de Moscú, del caso Soboliev, y, sin embargo, sí confió en Jurtinski, un hombre despreciable y, lo que es peor, un delincuente. Alguien aún mucho más listo que el propio ministro ha llevado a cabo su propia operación. Aunque usted estuvo siempre apartado del rumbo de esos acontecimientos, en última instancia la responsabilidad por ellos recaerá sobre su persona. Me temo que quien pagará los platos rotos será usted. Y lo más humillante es que ni siquiera llegará a saber quién los rompió realmente y por qué. Para comprender el verdadero sentido de esta intriga hay que atrapar a Klonov. Entonces tendrá usted un buen naipe.

—Si, a pesar de todo, resulta que Klonov es un agente del gobierno, me mandarán a la jubilación de cabeza, a bombo y platillo. Eso, en el mejor de los casos —repuso Karachentsev en tono sombrío.

—De todas maneras, Evgueni Osipovich, ya resulta casi imposible que se pueda correr el velo sobre este asunto. Y, de hacerlo, sería un pecado, no tanto ya por Soboliev como por este temor: ¿qué tipo de misteriosa fuerza es esa que está determinando el porvenir de Rusia? ¿Con qué derecho? ¿Y qué podría tramar esa fuerza en el futuro?

—¿Se refiere a los masones? —se extrañó el general—. Es cierto que el conde Tolstov es miembro de una logia masónica, y también Viacheslav Konstantinovich Plehve, el director del departamento de la policía estatal. La mitad como mínimo de las figuras influyentes de San Petersburgo son masones. Pero este asesinato político no les reporta a ellos ningún beneficio. Y mucho menos ahora, cuando ya hay gente que quiere neutralizarlos por ley.

—¡Pero qué masones ni qué tonterías! —Fandorin arrugó enfadado aquella tersa frente que tenía—. A esos todo el mundo los conoce. Pero lo que tenemos aquí es un auténtico complot, no una intriga de opereta. Y si alcanzáramos el éxito, excelencia, usted recibiría en premio la llavecita de una cu-cueva de Aladino tan impresionante que le cortaría el aliento.

Evgueni Osipovich arqueó nervioso sus pelirrojas cejas. «Tentador, demasiado tentador. De ser así, podría poner bien derechos a ese judas de Viacheslav Konstantinovich (y dice que es amigo mío) y al propio conde Tolstov. Nada de bromas con Karachentsev, ya está bien de tomarlo por tonto. Se han pasado de la raya con su juegucito, señores, y aquí tienen el resultado. Que hay que poner a un conspirador bajo vigilancia, de acuerdo, se comprende, en un asunto así hay que hilar fino. Pero que en las mismas narices de tus policías maten a un héroe del pueblo, eso es ya un escándalo. Se han despistado esos listillos de San Petersburgo. Vean cómo se tiran ahora de los pelos y se remueven inquietos en sus poltronas. Y en ese momento llega Evgueni Osipovich con el pichoncito en la bandeja: ¡ea, aquí tienen al miserable! Hum, y hasta podría servir en la bandeja a alguien más importante... Ajá, ajá, menudo asunto».

Se abrieron unas perspectivas tan quiméricas ante la mirada mental del jefe de la policía, que hasta le costaba trabajo respirar. Aunque, simultáneamente, también sintió un dolor en la boca del estómago. Por el miedo.

—Bien, de acuerdo —dijo cautamente Karachentsev—. Supongamos que detenemos a Klonov, pero que él no abre la boca y no suelta prenda, confiando en sus protectores. ¿Qué haríamos entonces?

—Una posibilidad más que razonable —coincidió el consejero titular, sin mostrar su satisfacción por el hecho de que la conversación hubiera pasado del plano teórico al práctico—. Sí, también yo lo había pensado. Si apresar a Klonov no resultará fácil, obligarlo a ha-hablar resultará cien veces más difícil. Pero puedo proponerle un plan.

Evgueni Osipovich aguzó el oído, sabiendo ya por experiencia que aquel joven tan despierto no le propondría ninguna tontería y que él mismo asumiría la parte más compleja.

—Sus hombres rodearán la Trinidad para que la cucaracha no pueda escabullirse. —Fandorin indicó con vehemencia en el mapa—. Aquí un cordón policial, y otros aquí y aquí. Habrá que bloquear todos los pa-patios de acceso de la zona: por fortuna será una hora muy temprana, y la mayoría de los vecinos estarán durmiendo. En las inmediaciones de la Trinidad sólo apostará a unos pocos de sus mejores agentes, tres o cuatro hombres, no más. Deberán actuar con la máxima cautela y disfrazarse a la perfección para no espantar a la liebre, Dios no lo quiera. Se limitarán a aguardar mi señal. Al apartamento de Klonov iré solo y trataré de negociar con él a cara descubierta. No me matará a las primeras de cambio: antes pretenderá averiguar cuánto sé, cómo lo supe y qué interés tengo en el asunto. Y empezaremos a jugar un refinado *de deux*: yo levanto un poco el telón y él, a cambio, se sincera un poquito

conmigo. Luego vuelvo a comenzar yo y después le paso el turno de nuevo. Co-confiado en que podrá liquidarme en cualquier momento, Klonov se mostrará más locuaz que si lo arrestáramos. No veo otra posibilidad.

—Pero correrá un gran riesgo —dijo Karachentsev—. Si tiene usted razón y él es tan virtuoso en el crimen como dice, cuando menos se lo espere...

Erast Petrovich se encogió de hombros frívolamente y repuso:

—Como dijo Confucio, un hombre noble debe responsabilizarse de sus propios errores.

—Entonces, que sea lo que Dios quiera. Es una gran causa. O el pecho cuajado de medallas o la cabeza entre las piernas. —La voz del jefe de la policía tembló conmovida. Estrechó con fuerza la mano de Fandorin—. Por tanto, Erast Petrovich, regrese a su hotel y duerma como es debido. No se preocupe de nada, me encargaré personalmente de preparar la operación. Lo organizaré todo de la mejor manera. Mañana, cuando llegue a la Trinidad, podrá comprobar usted mismo si mis hombres están bien camuflados o no.

—Excelencia, es usted como Basilisa *la Sabia* —rio el consejero titular a mandíbula batiente—. Duerme, Ivanushka, que la noche trae buenos consejos... Bueno, en realidad estoy un poco cansado y el trabajo de mañana no es para tomárselo a broma. A las seis en punto estaré en la Trinidad. La señal acordada para que los suyos acudan en mi socorro será un silbido. Si no hay silbido, que no se le ocurra a nadie meter allí las narices... Y si ocurre algo, no lo deje escapar. Eso ya, Evgueni Osipovich, es una petición personal.

—No se inquiete —prometió el general con gesto serio mientras estrechaba todavía la mano del joven—. Actuaremos a la perfección. Destacaré a mis mejores hombres y en cantidad más que suficiente. Sólo le pido a usted, cabeza loca, que tenga mucho cuidado.

Hacía tiempo que Erast Petrovich se había acostumbrado a despertarse a la hora que se había fijado la víspera. A las cinco en punto de la madrugada abrió los ojos y sonrió, porque justo en ese momento asomaba el primer trocito de sol detrás del alféizar y parecía como si un calvo de cabeza redonda estuviese espiándolo desde la ventana.

Silbando el aria de *L'elisir d'amore*, Fandorin se afeitó y contempló su hermoso rostro en el espejo no sin cierta satisfacción. Un samurái no suele desayunar antes de la lucha, por eso el consejero titular, en lugar de tomar su café matinal, se ejercitó un rato con las pesas y luego comenzó a equiparse minuciosamente, sin prisas. Se armó con todo su arsenal, porque el adversario se presentaba de lo más temible.

Masa ayudaba a su señor a pertrecharse, y su intranquilidad se iba haciendo cada vez más visible. Al fin no pudo aguantar más y dijo:

—Señor, tiene la cara que pone usted siempre cuando la muerte ronda cerca.

—De sobra sabes que un auténtico samurái debe despertarse cada mañana con plena disposición a morir —bromeó Erast Petrovich mientras se ajustaba una chaqueta de seda ligera en tonos claros.

—En Japón siempre me llevaba usted consigo —se lamentó el criado—. Sé que le he fallado dos veces, pero eso no volverá a repetirse. Se lo juro, y si no es así, ¡que en mi próxima vida nazca como una medusa! Déjeme ir con usted, señor. Se lo pido de corazón.

Fandorin le dio un papirotazo cariñoso en la pequeña nariz y replicó:

—Esta vez no me puedes ayudar en nada. Debo ir solo. Además, lo cierto es que no estaré solo, pues a mi lado tendré a todo un ejército de policías. Será mi enemigo quien esté solo.

—¿Es peligroso?

—Mucho. Se trata del mismo que te quitó con engaños la cartera.

Masa resopló, arqueó sus ralas cejas y no dijo más.

Erast Petrovich decidió llegar a Pokrovka dando un paseo. ¡Ah, qué hermosa estaba Moscú después de la lluvia! Aquel frescor, el velo rosa de la primera mañana, aquel silencio... Si había que morir, que fuera en una mañana tan hermosa como aquella, pensó el consejero titular, e inmediatamente se reprochó aquella concesión al melodrama. A paso tranquilo, silbando, entró en la plaza de Lubianka, en cuya fuente abrevaban los caballos de los coches de punto. Torció por la calle Solianka, aspirando beatíficamente el olor del pan recién hecho que llegaba desde las ventanas abiertas de una tahona que había en un semisótano.

Allí estaba la esquina que debía doblar. A partir de ese punto, las casas comenzaron a tener un aspecto más miserable, las aceras eran más estrechas y, ya en las proximidades de la Trinidad, se perdió todo aspecto idílico: charcos en la calzada, cercas torcidas, paredes desconchadas... Por mucho que observó, Erast Petrovich no logró advertir la presencia del cordón policial por ninguna parte, y eso lo llenó de satisfacción.

Justo a la entrada del patio miró el reloj: las seis menos cinco. Era la hora. Unas puertas de madera y, sobre ellas, una tablilla torcida que anunciaba: «Posada de la Trinidad». Todos los edificios eran de un solo piso, y cada apartamento tenía entrada individual. Allí estaban el 1, el 2, el 3, el 4, el 5, el 6. El número 7, era de suponer, quedaría a la izquierda, volviendo aquel recodo.

¡Con tal de que Klonov no le disparase inmediatamente, sin entrar en conversación!... Debía preparar alguna frase que lo desconcertara. Del tipo: «Saludos de la señorita Wanda». O quizá algo más alambicada: «¿Sabía usted que, en realidad, Soboliev sigue vivo?». Cualquier cosa para no perder la iniciativa. Y luego seguir los dictados de su intuición. El peso fiel de la Herstal le tensaba el bolsillo.

Erast Petrovich echó a andar resueltamente hacia la cancela. El barrendero del

patio, con un delantal sucio, barría perezosamente los charcos. Cuando Fandorin pasó, el hombre miró de reojo a aquel elegante señor y el consejero titular le respondió con un guiño imperceptible. Un barrendero de lo más convincente, había que reconocerlo. En la cancela, sentado en el suelo, había otro agente. Se hacía pasar por borracho: al acercársele, este soltó un ronquido y se echó la gorra sobre la cara. Tampoco estaba nada mal. Fandorin miró hacia atrás y vio a una vieja gordinflona que se acercaba dando saltitos por la calle, vestida con una hopalanda sin forma y una toquilla de tela de alfombra calada hasta los mismos ojos. Vaya, eso sí que sobraba, desaprobó con la cabeza el consejero titular. Olía a farsa.

De hecho, el apartamento número 7 fue el primero que se encontró nada más volver el recodo hacia el patio interior. Había un porche bajo con dos escalones. En la puerta, con pintura blanca al óleo, estaba escrito: «N° 7.»

Erast Petrovich se detuvo, llenó de aire el pecho y luego lo fue expulsando en vaharadas breves y regulares.

Levantó una mano y llamó a la puerta suavemente.

Dos golpes, luego tres y, por último, otros dos.

Segunda Parte

AQUIMAS

SKIROVSK

1

El padre se llamaba Pelef, que en hebreo antiguo significa «huida». En el año de su nacimiento, cayó una desgracia sobre los «hermanos en Cristo», que habitaban en Moravia desde hacía doscientos años. El emperador derogó el privilegio que eximía a la comunidad del servicio militar porque había comenzado una gran guerra con otro emperador y necesitaba soldados.

La comunidad inició el éxodo en una sola noche, abandonando tierras y hogares. Se trasladaron a Prusia. A los hermanos en Cristo les daba igual que los emperadores no se avinieran al reparto: su estricta fe les prohibía ponerse al servicio de los señores de la tierra, prestarles juramento de fidelidad, tomar las armas o vestir el uniforme con botones blasonados, grabados con el sello de Satán. Por eso en sus largos trajes sin mangas de color marrón, cuyo diseño no había sufrido variaciones durante más de dos siglos, sólo aceptaban lazos.

En Prusia vivían sus correligionarios. También ellos habían llegado allí hacía mucho tiempo intentando salvarse del Anticristo. El rey les había dado tierra en usufructo y exonerado del servicio militar a condición de que desecaran los ilimitados pantanos prusianos. Los hermanos lucharon contra aquellos intransitables campos cenagosos durante dos generaciones, pero la tercera los venció finalmente y comenzaron a vivir de aquellas tierras ricas en humus en libertad y con abundancia de alimentos. Acogieron con cordialidad a los correligionarios de Moravia, compartiendo con ellos todo lo que tenían, y empezaron a vivir juntos en armonía.

Al cumplir los veintidós años, Pelef se casó. Dios le dio una buena esposa y esta, en el plazo establecido, un hijo. Pero después el Altísimo decidió someter a sus fieles a penosas pruebas. Primero fue la peste, y muchos murieron, entre ellos la mujer y el hijo de Pelef. Él no se lamentó, a pesar de que su vida había cambiado de color, pasando del blanco al negro. Pero al Altísimo aquello le pareció poco y entonces decidió mostrarles su amor en toda su severa inflexibilidad. Un nuevo e iluminado rey decretó que en su Estado todos eran iguales y derogó la ley, promulgada por aquel otro rey que había vivido hacía mucho tiempo. A partir de entonces los hebreos, los menonitas y los hermanos en Cristo debían servir en el ejército y defender la patria con las armas en las manos. Pero, como la patria de los hermanos no estaba entre los desecados pantanos prusianos, sino en los cielos, la

asamblea de los jefes espirituales celebró consulta y decidió que tenían que emigrar hacia el este, hacia las tierras del zar ruso. Allí también existía otra comunidad, de donde a veces se recibían cartas que tardaban mucho tiempo en llegar, portadas siempre por gente devota, pues el correo gubernamental era obra del demonio. En sus cartas los correligionarios rusos escribían que la tierra de aquellas comarcas era feraz y que el poder era condescendiente y se daba por satisfecho con un pequeño tributo.

Reunieron sus pertenencias. Lo que pudieron vender, lo vendieron, lo demás lo abandonaron. Marcharon en sus carros durante siete veces siete días, hasta que llegaron a un país con el difícil nombre de Melitopolstschina. La tierra allí, ciertamente, era fértil, pero doce familias jóvenes, y con ellas el viudo Pelef, decidieron ir más lejos, porque nunca habían visto las montañas y sólo sabían de ellas por las Sagradas Escrituras. Les resultaba imposible imaginar cómo podía ocurrir aquello, que la tierra firme se levantara hacia el cielo a una altura de muchos millares de codos hasta alcanzar las nubes del Señor. Los jóvenes querían verlo, pero a Pelef le daba igual. A él le gustaba cabalgar en su carro tirado por bueyes, cruzando bosques y campos, porque aquello lo distraía de pensar en Raquel y Acab, que se habían quedado para siempre en las húmedas tierras prusianas.

Las montañas resultaron ser exactamente como estaban descritas en las Escrituras. Las llamaban el Cáucaso y se extendían hacia el horizonte, hasta donde alcanzaba la vista. Pelef dejó de pensar en Raquel y Acab, porque allí todo era diferente y había incluso que andar no como antes, sino siempre de arriba hacia abajo o de abajo hacia arriba. Ese mismo año volvió a casarse.

Ocurrió así: los hermanos en Cristo comenzaron a talar el bosque en la única vertiente suave que había y limpiaron los campos para la labranza. Las muchachas del lugar contemplaban cómo aquellos extraños hombres con sus largas y cómicas vestimentas talaban diligentemente los pinos centenarios y despejaban los tenaces tocones. Las muchachas se burlaban de ellos mientras cascaban nueces. Una de ellas, la quinceañera Fátima, no apartaba los ojos de aquel hombretón de cabellos canosos y barba blanca. Era fuerte pero tranquilo y bueno, no como los hombres de su aldea, que eran malvados y rápidos de movimientos.

Fátima tuvo que bautizarse y vestirse con otras ropas: traje negro y cofia blanca. Debió cambiar de nombre: dejó de llamarse Fátima y se convirtió en Sara. Tuvo que trabajar en la casa y en las tareas domésticas desde el amanecer hasta la puesta de sol, aprender una lengua extraña y rezar y cantar todos los domingos en la casa de oración, que había sido construida con troncos antes que las propias viviendas. Pero Fátima no se asustó ante todo aquello, porque se sentía bien al lado del canoso Pelef y porque Alá nunca le había prometido a la mujer una vida fácil.

Al verano siguiente, cuando Sara Fátima yacía en la cama con los dolores de parto, de las montañas descendieron los hostiles chechenos, incendiaron la cosecha de trigo y robaron el ganado. Pelef se quedó mirando cómo se llevaban su caballo, sus dos toros y sus tres vacas, y rezó para que el Señor no lo abandonase y no le permitiese montar en cólera. Por eso el padre le dio al hijo, cuyo primer grito resonó justo cuando ávidas lenguas de fuego trepaban por las paredes bien cepilladas de la casa de oración, el nombre de Aquimas, que significa «el hermano de la ira».

Al año siguiente los montañeses aparecieron de nuevo en busca de su botín, pero esa vez se fueron con las manos vacías, porque en las afueras de la reconstruida aldea se levantaba un fuerte donde vivían un sargento primero y diez soldados. Por ese servicio, los hermanos pagaban quinientos rublos al jefe militar.

El niño nació grande. Poco faltó para que Sara Fátima muriera cuando la criatura salió al exterior. Ya nunca más pudo parir. Aunque tampoco ella quería, ya que nunca pudo perdonarle a su marido el hecho de que se quedara quieto, contemplando cómo los bandidos les robaban el caballo, los toros y las vacas, sin hacer nada.

En su infancia, Aquimas tuvo dos dioses y tres lenguas. El Dios del padre, severo, enseñaba que si alguien le golpeaba la mejilla derecha, debía presentarle la izquierda, que quien se alegraba en esta vida penaría en la otra, y que no había que temer ni el dolor ni los sufrimientos, pues estos eran buenos, la muestra del especial amor que nos tiene el Altísimo. En cambio, el Dios de la madre, al que no debía nombrar en voz alta, era bueno: consentía la alegría y el juego y no le ordenaba perdonar al ofensor. Del Dios bueno sólo podía hablar en susurros, cuando a su lado no se encontrara nadie más que su madre, lo que significaba que el Dios del padre era el más importante. Este hablaba una lengua que daba en llamarse *die Sprache* y era una mezcla de alemán y holandés. El Dios de la madre hablaba en checheno. Y por otro lado estaba el ruso, que Aquimas aprendió de los soldados del fortín. Al niño lo tentaban sobremanera sus machetes y escopetas, pero aquello era ilícito, completamente ilícito, porque el Dios principal prohibía tocar las armas, aunque su madre le murmurara al oído que sí, que se podía. Ella se llevaba al niño al bosque y allí le hablaba de los valientes guerreros de su estirpe, además de enseñarle a poner la zancadilla y a golpear con los puños.

Cuando Aquimas tenía siete años, Melquisedec, el hijo del herrero, dos años mayor que él, le manchó el silabario de tinta a propósito. Aquimas le puso la zancadilla y le pegó un puñetazo en la oreja y Melquisedec corrió llorando a quejarse.

El niño mantuvo una larga y penosa conversación con su padre. Los ojos

de Pelef, tan claros como los de su hijo, estaban enojados y tristes. Aquimas debió permanecer toda aquella tarde de rodillas leyendo salmos. Pero sus pensamientos no se dirigían al Dios del padre, sino al Dios de la madre. El niño rezaba para que sus blancos ojos se convirtieran en negros, como los de su madre y los del hermanastro de ella. Aquimas nunca había visto a su tío Hassan, pero sabía que era fuerte, valiente y afortunado, y que nunca perdonaba a sus enemigos. El tío introducía afelpadas alfombras de Persia y fardos de tabaco de Turquía por los senderos secretos de las montañas, y, de vuelta, sacaba armas a través de la frontera. Aquimas pensaba con frecuencia en Hassan. Se lo imaginaba sentado en su montura y escrutando la pendiente del desfiladero con mirada atenta, por si la guardia fronteriza lo esperaba escondida para tenderle una celada. Hassan llevaba un gorro alto de hirsuta piel, una *burka*, el abrigo de lana típico del Cáucaso, y, al hombro, una escopeta con la culata floreada.

El día en que Aquimas cumplió diez años fue encerrado bajo llave en la leñera desde por la mañana. La culpa fue suya: su madre le había regalado a escondidas un puñal pequeño pero auténtico, con la hoja bruñida y mango de cuerno, y le ordenó que lo escondiera, pero Aquimas no pudo aguantar, de modo que salió al patio a probar cómo estaba de afilado y fue sorprendido por su padre. Pelef le preguntó de dónde había sacado el arma, y cuando comprendió que no obtendría ninguna respuesta, le impuso a su hijo ese castigo.

Aquimas llevaba ya medio día en aquel cuartucho. Sentía una tristeza tremenda por el puñal que le habían arrebatado, y además se aburría. Sin embargo, poco después de mediodía, cuando ya sentía unas ganas terribles de comer, se oyeron gritos y disparos.

Ayudado por cuatro de sus compinches, el bandido Mahoma había tendido una emboscada a los soldados de la guarnición, que en aquel momento estaban lavando sus camisas en el arroyuelo, ya que para ellos era día de baño. Primero, los bandidos dispararon una andanada desde los matorrales y así mataron a dos soldados e hirieron a otros dos. Los demás huyeron hacia el fortín, pero los montañeses montaron a caballo y los degollaron a todos con sus sables. El sargento, que no había ido al riachuelo, se encerró en aquella sólida casa de madera de estrechos ventanucos y comenzó a disparar con su escopeta. Mahoma esperó a que el ruso volviera a cargar el arma para apuntar hacia la tronera, y cuando el sargento asomó de nuevo, le descerrajó una pesada bala redonda en la misma frente.

Aquimas no vio nada de aquello. Lo que vio, apretándose contra una rendija que había entre las tablas, fue a un hombre tuerto y barbudo que llevaba un peludo gorro caucásico de color blanco. El hombre había entrado en el patio y llevaba una larga escopeta. Aquel hombre no era otro que Mahoma. El tuerto se detuvo delante de los padres de Aquimas, que habían salido corriendo al patio, y les gritó algo que él no pudo comprender. Luego cogió a la madre del hombro con una mano y de la barbilla con la otra y levantó su rostro hacia él. Pelef se había quedado quieto, con la cabeza leonina inclinada hacia abajo y moviendo los labios. Aquimas comprendió que estaba rezando. Pero Sara Fátima no rezó, sino que enseñó los dientes y le arañó la cara al tuerto.

Una mujer no debe tocar el rostro de un hombre, así que Mahoma se secó la sangre de la mejilla y mató a la cristiana de un puñetazo en la sien.

Luego mató al marido, porque después de aquello ya no podía dejarlo con vida. Y más tarde tuvo que asesinar también al resto de los habitantes de la aldea: así, al parecer, estaba destinado que fuese el día.

Los montañeses arrearon el ganado, cargaron los enseres útiles y valiosos en dos carretas, prendieron fuego a la aldea por los cuatro costados y se marcharon.

Mientras los chechenos mataban a los aldeanos, Aquimas se quedó en la leñera sin hacer ruido. No quería que lo matasen también a él. Cuando el golpeteo de las herraduras y los chirridos de las ruedas se alejaron en dirección al paso montañoso de Karamik, el niño rompió una tabla con un hombro y pudo salir al patio. En la leñera, de todas formas, ya era imposible quedarse: la pared posterior había comenzado a arder y el humo gris se colaba por las rendijas.

La madre yacía de espaldas. Aquimas se puso en cuclillas y tocó la mancha azulada que tenía entre un ojo y la oreja. A primera vista la mujer parecía estar viva, pero sus ojos no miraban a Aquimas, sino al cielo, que, en aquel momento, para Sara Fátima resultaba más importante que su propio hijo. Y no era para menos, pues allí residía su Dios. Aquimas se inclinó también sobre su padre, pero él tenía los ojos cerrados y su barba, antes blanca, era rojiza. El niño pasó por ella los dedos, que se tiñeron de rojo.

Aquimas recorrió todos los patios. Allí yacían muertos mujeres, hombres y niños. Aquimas conocía muy bien a todos, pero ellos ya no lo reconocían. De hecho, aquellos a quien él conocía ya no estaban allí. Se había quedado solo. Aquimas preguntó primero a un Dios y luego al otro qué podía hacer. Esperó un momento, pero no escuchó respuesta alguna.

A su alrededor todo estaba en llamas. La casa de oración, que también servía como escuela, rugió con estrépito y lanzó hacia arriba una nube de polvo: el techo se había derrumbado.

Aquimas miró en derredor. Montañas, cielo, tierra que ardía y ni una sola alma. En ese instante comprendió que ya siempre sería así. Estaba solo en el mundo y únicamente él tomaría sus decisiones: quedarse o irse, morir o vivir.

Se escuchó a sí mismo, aspiró el olor a quemado y corrió hacia el camino, que primero subía a una altiplanicie y luego bajaba a un gran valle.

Anduvo el resto del día y toda la noche. Al amanecer se desplomó sobre el terraplén del camino. Tenía mucha hambre, pero sobre todo deseaba dormir, y Aquimas se durmió. El hambre lo despertó. El sol estaba justo en el centro del cielo. Continuó caminando y hacia el anochecer llegó a un poblado cosaco.

Junto a la cerca de la aldea se extendían largos arriates de pepinos. Aquimas echó un vistazo a su alrededor: no había nadie. Antes ni se le

hubiera pasado por la cabeza coger algo que no era suyo, porque el Dios del padre decía: «No robarás». Pero en esos momentos ni su padre ni su Dios estaban allí, así que Aquimas se puso a gatas y comenzó a comer con avidez aquellos frutos granulados y flexibles. Los granos de tierra le rechinaban entre los dientes, de ahí que no pudiera escuchar cómo por atrás se le acercaba a hurtadillas el dueño del huerto, un cosaco fortachón calzado con unas mullidas botas. El hortelano agarró a Aquimas por las solapas y le arreó un par de veces con el látigo mientras le decía: «No debes robar, no debes robar». El muchacho ni lloró ni pidió clemencia, sino que se limitó a contemplarlo desde allí abajo con sus blancuzcos ojos lobunos. Aquel detalle enrabetó aún más al propietario, que se puso a azotar al lobezno con todas sus fuerzas, hasta que este vomitó una pasta verde de cohombros masticados. Entonces el cosaco cogió a Aquimas de una oreja, lo arrastró hasta el camino y lo despidió con una patada.

Aquimas echó a andar y pensó que su padre estaba muerto, pero que su Dios seguía viviendo, como también vivían las leyes divinas. La espalda y los hombros le ardían como el fuego, aunque mucho más le ardían las entrañas.

Cerca de un riachuelo angosto y de curso rápido, Aquimas encontró a un chico mayor que él, de unos catorce años. El pequeño cosaco llevaba una hogaza de pan oscuro y un cántaro de barro lleno de leche.

—¡Dámelo! —gritó Aquimas, arrancándole el pan de las manos.

El chico dejó el cántaro en el suelo y le pegó un puñetazo en la nariz. Del ojo de Aquimas saltaron unas chispitas y se desplomó. El chico, que también era más fuerte que el niño, se sentó sobre él a horcajadas y comenzó a aporrearle la cabeza. Entonces Aquimas cogió del suelo una piedra y se la estrelló contra una ceja. El pequeño cosaco salió rodando hacia un lado, escondió la cara entre las manos y se echó a lloriquear. Aquimas levantó la piedra con la intención de golpearlo otra vez, pero entonces recordó que la ley de Dios enseñaba: «No matarás». Y no lo hizo. El cántaro se había volcado durante la pelea y la leche se había derramado, pero Aquimas cogió de nuevo el pan y aquello le pareció suficiente. Echó a andar otra vez por el camino y comió y comió hasta que no le quedó ni una sola miga.

Sin embargo, no debió haber escuchado a Dios, debió haber matado al chico. Aquimas lo comprendió cuando, ya caído el crepúsculo, lo alcanzaron dos jinetes. Uno de ellos llevaba una gorra rusa con una cinta azul, y detrás, a su grupa, iba el pequeño cosaco con un moratón que le desfiguraba el rostro.

—¡Ese es, tío Kondrat! —gritó el muchacho—. ¡Ese es el asesino!

Aquimas pasó la noche en el calabozo, escuchando cómo el suboficial cosaco Kondrat y el guardia rural Kovalchuk decidían su destino. A pesar de que hicieron todo lo posible por averiguar algo de él, quién era y de dónde

procedía, retorciéndole las orejas y atizándole bofetadas, Aquimas no pronunció una sola palabra. Por fin llegaron a la conclusión de que el muchacho era mudo y lo dejaron en paz.

—¿Adónde lo llevamos, Kondrat Panteleich? —le preguntó el guardia. Sentado de espaldas a Aquimas, comía algo y, entre bocado y bocado, bebía de un jarro—. ¿No me digas que a la ciudad? ¿No sería mejor retenerlo aquí hasta que sea de día y echarlo luego de la aldea a empujones?

—Yo sí que te echaría a ti a empujones —respondió el jefe, que estaba sentado enfrente y escribía en un libro con una pluma de ganso—. Poco ha faltado para que le partiera la crisma al hijo del atamán. Adonde hay que mandar a este pequeño salvaje es a Kizliar, a la cárcel.

—¿Y no te da pena mandarlo a la cárcel? Ya sabes, Kondrat Panteleich, cómo se las gastan esos mozos.

—No hay otro sitio —repuso severo el suboficial—. Aquí no tenemos orfanato.

—En Skirovsk creo que las monjas aceptan huérfanos, ¿no?

—Sólo a niñas. Es a la cárcel adonde hay que mandarlo, Kovalchuk, a la cárcel. Lo llevarás mañana por la mañana. Casi tengo cumplimentados los documentos.

Pero por la mañana Aquimas estaba ya muy lejos. En cuanto se marchó el suboficial y el guardia se tumbó en la cama y empezó a roncar, Aquimas alcanzó el ventanuco, se deslizó entre dos gruesos barrotes y saltó al mullido suelo.

Recordó lo que había oído decir de Skirovsk: estaba a sesenta y cuatro kilómetros hacia el oeste.

Al final, resultaba que Dios no existía.

Aquimas llegó al hospicio del monasterio de Skirovsk disfrazado de niña: antes había tenido que robar un vestido de percal y un pañuelo de la ropa colgada a secar en un tendedero. Ante la madre superiora, a quien había que llamar madre Pelagia, se presentó como Lía Welde, huida de la aldea de Neueswelt, arrasada por los montañeses. Welde era su verdadero apellido, pero quien se llamaba Lía era su prima en segundo grado, también Welde, una antipática muchachita pecosa de voz chillona. La última vez que Aquimas la había visto estaba tirada en el suelo, con la cara partida en dos.

La madre Pelagia acarició a la pequeña alemana pasando una mano sobre su albina cabecita pelada casi al rape y le preguntó: «¿Estás dispuesta a aceptar la religión ortodoxa?».

Y Aquimas se convirtió en un ruso más, porque en esos momentos sabía firmemente que Dios no existía, que las oraciones eran una estupidez y que la fe rusa, por tanto, no desmerecía en nada a la fe paterna.

El orfanato le gustó. Comían dos veces al día y dormían en camas de verdad. Pero se rezaba demasiado y los bajos de la falda se le enredaban a todas horas entre las piernas.

Al segundo día, una niña de rostro enjuto y enormes ojos verdes se acercó a Aquimas. Se llamaba Yenia. Sus padres también habían sido asesinados por los bandidos, sólo que de eso hacía tiempo, el otoño anterior.

—¡Qué ojos tan claros tienes, Lía! ¡Como el agua! —le dijo.

Aquimas se sorprendió: habitualmente, sus límpidos ojos resultaban desagradables para los demás. Hasta el mismo suboficial cosaco, mientras le pegaba, había repetido una y otra vez «finlandés ojos blancos».

Yenia seguía a Aquimas como una sombra. Allá dónde él estuviera, allí estaba ella. Al cuarto día, sorprendió a Aquimas con los bajos remangados, orinando en el cobertizo.

Parecía por tanto que el niño debería huir otra vez, sólo que entonces no tenía claro hacia dónde. Decidió esperar a que lo expulsaran, pero no lo expulsaron. Yenia no le dijo nada a nadie.

Al sexto día, el sábado, había que ir al baño. Por la mañana, Yenia se le acercó y le susurró:

—No vayas, di que manchas.

—¿Que mancho? —replicó Aquimas sin comprender.

—Sí, es cuando no puedes bañarte porque sueltas sangre, que es una cosa sucia. Algunas de nuestras chicas ya lo tienen. Katia, Sonia... —

explicó. Había nombrado a las dos pupilas de más edad—. Madre Pelagia no lo comprobará, le da asco.

Y así lo hizo Aquimas. A las monjas les extrañó tanta precocidad, pero autorizaron que no fuera a la sauna. Por la tarde le dijo a Yenia:

—El próximo sábado me marcharé.

Por el rostro de la niña corrieron lágrimas. Ella le respondió:

—Entonces te hará falta pan para el camino.

Desde aquel día la niña no se comió su ración de pan, sino que se la daba a Aquimas a escondidas y este iba guardando los mendrugos en un zurrón.

Pero Aquimas no tuvo que huir, porque en la víspera del siguiente día de baño, el viernes por la tarde, su tío Hassan llegó al hospicio. Fue a ver a la madre Pelagia y le preguntó si habían recogido a una niña de una aldea alemana incendiada por el bandido Mahoma. Hassan dijo que quería conversar con ella para saber cómo habían muerto su hermana y su sobrino. La madre Pelagia llamó a Lía Welde a su celda y salió para no escuchar aquella desgracia.

Hassan resultó completamente diferente de como Aquimas se lo había imaginado. Tenía las mejillas regordetas, la nariz roja, una espesa barba negra y unos ojos vivarachos y pequeños. Aquimas lo miró con odio, porque su tío tenía el mismo aspecto que los chechenos que habían quemado la aldea de Neueswelt.

La conversación no cuajaba. A las preguntas, la huérfana no respondía o respondía con monosílabos, y su mirada, debajo de aquellas pestañas blanquecinas, era terca y mordaz.

—Mi sobrino Aquimas no ha sido hallado —dijo Hassan en ruso con un gorjeo gutural—. ¿Es posible que Mahoma se lo llevara con él?

La niña se encogió de hombros.

Entonces Hassan se quedó un momento pensativo y sacó de su bolsa unos collares de plata.

—Es un regalo para ti —le dijo mientras se los mostraba—. Preciosos, hechos en la misma Semacha. Juega con ellos mientras le pido a la superiora hospedaje para esta noche. Mi viaje ha sido largo y estoy cansado. No me gustaría dormir otra noche al raso...

Y salió, dejando sus armas sobre la silla. En cuanto la puerta se cerró detrás de su tío, Aquimas tiró los collares y se abalanzó hacia el pesado sable con vaina negra y empuñadura de plata. Tiró de ella y apareció la hoja de acero, que lanzó gélidos destellos a la luz de la lámpara. «Una auténtica *gurda*», pensó Aquimas al deslizar un dedo por el arabesco.

Entonces se oyó un leve crujido. Aquimas levantó rápidamente la cabeza y vio que los sonrientes ojos negros de Hassan lo estaban mirando por la

rendija de la puerta.

—Nuestra sangre —le dijo su tío en checheno mostrando sus blancos dientes— es más fuerte que la alemana. Marchémonos de aquí, Aquimas. Pasaremos la noche en las montañas. Bajo las estrellas se duerme mejor.

Sin embargo, una vez que Skirovsk quedó oculto al otro lado del desfiladero, Hassan apoyó una mano sobre el hombro de Aquimas.

—Quiero que estudies, pero antes te haré un hombre —le dijo—. Tendrás que vengarte de Mahoma por la muerte de tu padre y tu madre. No puedes negarte, así es la ley.

Aquimas comprendió que aquella sí era una ley justa.

Hacían noche donde esta los sorprendiera: en cabañas de montaña abandonadas, en tabernas situadas al borde de los caminos, en casas de amigos de su tío, y si no, sencillamente en el bosque, envueltos en sus *burkas*.

—Un hombre debe saber encontrar comida, agua y ruta en las montañas. —Hassan instruía al sobrino en su ley—. Y también defenderse a sí mismo y el honor de su familia.

Aquimas no entendía qué era el honor de la familia. Él no tenía familia. Pero sí que deseaba aprender a defenderse y estaba dispuesto a ejercitarse en ello día y noche.

—Aguanta la respiración e imagina que desde el cañón se estira un rayo delgado. Palpa el blanco con ese rayo —le enseñaba Hassan. Respiraba sobre la nuca del niño y corregía los dedos infantiles, que se aferraban con fuerza a la caja del fusil—. La fuerza no sirve para nada. Un fusil es como una mujer o un caballo: dales comprensión y caricias.

Aquimas se esmeraba en comprender al fusil, en escuchar su nerviosa voz metálica, y el hierro comenzaba entonces a susurrarle al oído: un poco más a la derecha, más... ¡Ahora, dispara!

—¡Oh! —El tío chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco—. ¡Tienes ojos de águila! ¡En la botella, a cien pasos! ¡Así estallará la cabeza de Mahoma!

Pero Aquimas no quería dispararle al tuerto a cien pasos. Quería matarlo de la misma manera que él había matado a Fátima, de un golpe en la sien, o aún mejor, rebanándole la garganta, como Mahoma se la había rebanado a Pelef.

Disparar con pistola era aún más fácil.

—No apuntes nunca —le decía el tío—. El cañón de la pistola debe ser como la prolongación de tu mano. Cuando señalas a alguien con el dedo, no miras por el objetivo, pero apuntas al sitio exacto donde realmente quieres acertar. Actúa como si la pistola fuese tu sexto dedo.

Aquimas señalaba con su largo dedo metálico la nuez que había colocado sobre el tocón de un árbol y el fruto volaba hecho añicos.

Sin embargo, Hassan no le daba el sable a su sobrino. Decía que antes tenían que crecerle el brazo y el hombro. Mas ya el primer día le regaló un puñal y le ordenó que no se apartara nunca de él:

—Cuando te bañes desnudo, cuélgatelo del cuello.

Pasó el tiempo y el puñal llegó a convertirse para Aquimas en una parte más de su cuerpo, como el aguijón para la avispa. Con él podía cortar ramas secas para hacer fuego, cercenar la vena para desangrar al venado herido de un disparo, afilar una astilla de madera para escarbarse los dientes después de comer ciervo asado... En tiempo de asueto, cuando no había nada que hacer, Aquimas lanzaba continuamente su puñal contra el tronco de un árbol, ya estuviera de pie, sentado o tumbado. Ese ejercicio no lo aburría. Al principio sólo podía acertarle a un pino, luego a un haya joven, después a cualquier rama de ese árbol.

—Las armas son una buena cosa —decía Hassan—, pero un hombre también debe saber vencer a su enemigo sin ellas: con los puños, los pies o los dientes, eso da igual. Lo importante es que tu corazón se inflame con la ira divina: ella te protegerá del dolor, aterrorizará a tu enemigo y te conducirá a la victoria. Que la sangre te inunde el cerebro, que todo lo que te rodea se recubra de una neblina roja, y luego ya todo te resultará más fácil. Si te hieren o te matan, no lo notarás. Eso es la ira divina.

Aquimas no discutía con su tío, pero no estaba de acuerdo. Él no quería que lo hirieran o lo mataran. Para mantenerse entre los vivos, era necesario verlo todo con claridad, y la ira y la neblina roja no servían para nada. El niño sabía que podía arreglárselas sin ambas cosas.

Un día, era ya invierno, el tío regresó alegre de la taberna. Un hombre de fiar le había dicho que Mahoma había regresado de Georgia con un buen botín y que estaba dándose la gran vida en Chanaj. Quedaba cerca, a dos días de viaje.

En Chanaj, una aldea grande y belicosa de las montañas, se hospedaron en casa de un amigo de Hassan. Este salió a hacer averiguaciones, a comprobar cómo estaban las cosas. Estuvo fuera mucho tiempo y regresó tarde, enfurruñado. Dijo que el asunto estaba difícil. Mahoma era un hombre fuerte y astuto. Tres de los cuatro hombres que lo habían acompañado en el ataque a la aldea alemana habían llegado y estaban celebrando un banquete con él. Al cuarto, Musa, el de la nariz torcida, lo habían matado los svani. En ese momento su lugar lo ocupaba Jaffar, de Nazrán. Eran cinco, por tanto.

Al anochecer el tío comió copiosamente, rezó sus oraciones y se acostó. Antes de dormirse anunció: «Al amanecer, cuando Mahoma y sus hombres estén cansados y borrachos, iremos a cumplir nuestra venganza. Entonces verás morir a Mahoma y podrás mojar tus dedos en la sangre del que asesinó a tu madre».

Hassan se volvió hacia la pared y se durmió inmediatamente. Entonces el niño le quitó con cuidado el pequeño saquito de seda verde que él siempre llevaba al cuello, donde guardaba las raíces trituradas de una seta venenosa del Cáucaso. El tío decía que si alguna vez los guardias fronterizos lo

atrapaban y lo encerraban en uno de esos agujeros de piedra desde donde no se veían ni el cielo ni las montañas, sólo tenía que ponerse aquellos polvos en la lengua, producir bastante saliva y tragar. Antes de que pronunciara cinco veces el nombre de Alá, en el calabozo ya no quedaría más que un cuerpo sin valor alguno.

Luego Aquimas cogió los pantalones anchos, el vestido y el pañuelo de la hija de su anfitrión. Y también una jarra de vino de la bodega, donde vertió el contenido de la bolsita.

En la taberna había varios hombres sentados que hablaban, bebían y jugaban a los nardos, pero entre ellos no estaban ni Mahoma ni sus compinches. Aquimas se puso a esperar. Pronto vio al hijo del tabernero, que llevaba queso y tortitas de pan a una habitación contigua, y comprendió que Mahoma estaba allí.

Cuando el hijo del tabernero salió, Aquimas entró en la habitación y, sin levantar los ojos, en silencio, dejó su jarra de vino sobre la mesa.

—¿Es bueno el vino, niña? —le preguntó aquel tuerto de barba negra que él tan bien recordaba.

Aquimas asintió con la cabeza, se apartó a un rincón y se quedó inmóvil en cuclillas. No sabía qué hacer con Jaffar de Nazrán. Jaffar era muy joven, apenas tenía diecisiete años. ¿No debería decirle que su caballo estaba pataleando nervioso y se mordía las trabas para que saliera a echarle un vistazo? Pero Aquimas recordó lo que en su día le había pasado con el muchacho cosaco y comprendió que no debía hacerlo. Jaffar no le había hecho nada, pero moriría de todas formas. Ese era su destino.

Y Jaffar fue el primero en morir. Bebió del jarro como los demás y casi de inmediato hincó la cabeza sobre la mesa. Un segundo bandido rompió a reír, mas la risa se convirtió en un ronquido. El tercero dijo:

—Me falta el aire. —Y se echó las manos al pecho y se derrumbó al suelo.

—¿Qué me pasa, Mahoma? —le preguntó el cuarto bandido con la lengua estropajosa, y resbaló de la banqueta, se encogió como un ovillo y quedó inerte.

Mahoma seguía sentado en silencio, pero su cara estaba tan roja como el vino que se había derramado sobre la mesa. El tuerto contempló a sus camaradas muertos y luego clavó la mirada en Aquimas, que seguía esperando pacientemente en su sitio.

—¿De quién eres, niña? —inquirió Mahoma articulando con esfuerzo las palabras—. ¿Por qué tienes esos ojos tan blancos?

—No soy una niña. Soy Aquimas, el hijo de Fátima. Y tú eres un cadáver.

Mahoma mostró sus dientes amarillentos, como si aquellas palabras lo alegraran sobremanera, y comenzó a desenvainar lentamente su sable de

empuñadura dorada. Pero no llegó a desenvainarlo del todo, ya que comenzó a dar estertores y se desplomó sobre el suelo de tierra. Aquimas se puso en pie, sacó el puñal por debajo de aquel vestido de niña y, con la mirada fija en el único ojo de Mahoma, lo deslizó por su garganta con un movimiento ágil y rápido, como su tío le había enseñado. Luego hundió los dedos en la sangre caliente que manaba a borbotones.

EVGUENIA

1

A los veinte años, Aquimas Welde era un joven cortés y poco hablador que representaba más edad de la que tenía. Para los clientes que acudían a tomar las famosas aguas termales de Solenovodsk, y también para el vecindario local, era sencillamente un educado muchacho de una rica familia de comerciantes, estudiante de la Universidad Imperial de Jarkov, que había llegado para disfrutar de unas largas vacaciones y mejorar su salud. Pero entre las «personas listas», esas que difícilmente comparten sus conocimientos con nadie, Aquimas Welde pasaba por ser un joven serio y solvente que hacía siempre lo que decidía emprender. Por sus ojos, las «personas listas» del lugar lo llamaban Aksajir, que significa «mago blanco». Aquimas aceptaba el apodo como algo impuesto: que lo llamaban mago, pues sería mago. Aunque en su magisterio la magia poco tenía que ver; allí todo lo decidía el cálculo, la sangre fría y la psicología.

El carnet de estudiante de la Universidad de Jarkov lo había comprado su tío por trescientos cincuenta rublos en papel moneda: barato, sin duda. Sin embargo, el certificado de estudios del gimnasio, con su sello timbrado y sus firmas auténticas, salió más caro.

Después del incidente de Chanaj, Hassan decidió que su sobrino estudiase en la tranquila ciudad de Solenovodsk, pagó un año por adelantado y se marchó a las montañas. En el internado, Aquimas convivía con otros muchachos, cuyos padres estaban destinados en lejanas guarniciones militares o conducían caravanas del oeste al este —del mar Negro al Caspio— y del norte al sur —de Rostov a Erzurum—. Aquimas no hacía migas con los niños de su edad, pues no tenía nada en común con ellos. Él sabía lo que ellos no sabían y difícilmente algún día podrían saber. Por esa razón, ya durante el primer año, cuando Aquimas estudiaba aún en la clase preparatoria para el gimnasio, surgieron los problemas. Un muchacho robusto y de hombros anchos apellidado Kikin, que tenía sometido y asustado a todo el mundo en el internado, la tomó con el «finlandés», y los demás internos, siguiendo sus pasos, se incorporaron al hostigamiento. Aquimas intentó soportarlo porque solo no podía con todos ellos. Pero la situación empeoraba día a día. Una noche descubrió en el dormitorio que la funda de su almohada había sido embadurnada con bosta de vaca, y fue entonces cuando comprendió que tenía que hacer algo.

Aquimas sopesó todas las posibilidades.

Podía esperar el regreso de su tío y pedirle ayuda. Pero ¡a saber cuándo regresaría Hassan! Además, y eso era lo más importante, no quería que se apagara ese respetuoso interés que había despertado a ojos de su tío después de lo de Chanaj.

Podía intentar zurrar a Kikin, aunque era dudoso que lo consiguiera. Su enemigo era mayor y más fuerte, y tampoco estaría dispuesto a luchar contra él cara a cara.

Podía quejarse al director. Mas el padre de Kikin era coronel, mientras que no estaba claro quién era Aquimas: tan sólo el sobrino de un salvaje montañés que había pagado por el internado y el gimnasio con monedas de oro turcas que sacaba de una petaca de cuero.

La solución que le pareció más simple y acertada fue esta: que Kikin dejara de existir. Aquimas estuvo exprimiéndose la sesera hasta que encontró la manera de eliminarlo de manera limpia y esmerada.

Kikin seguía recibiendo al «finlandés» con empujones, echándole chinchetas por el cuello de la ropa y arrojándole papelitos masticados con un tubo. Aquimas, mientras tanto, aguardaba el mes de mayo. Entonces empezó el verano y los alumnos comenzaron a ir al río Kumka a bañarse. Ya a principios de abril, cuando el agua aún parecía quemar de lo fría que estaba, Aquimas había aprendido a zambullirse. Hacia mayo ya podía bucear bajo el agua con los ojos abiertos, explorar el fondo del río y aguantar la respiración durante un minuto sin la menor dificultad. Estaba preparado.

Todo ocurrió de manera muy sencilla, tal y como lo había tramado. Los estudiantes fueron al río. Aquimas buceó, cogió a Kikin de una pierna y lo sumergió bajo el agua. El muchacho llevaba en la mano una cuerda cuyo extremo había atado fuertemente a un tronco hundido. En cierta ocasión, Hassan le había enseñado a su sobrino el nudo kabardino, que se cierra al instante, y nadie que desconozca su secreto puede desatar.

Con un solo movimiento, Aquimas ciñó el nudo al tobillo de su enemigo, ascendió a la superficie y salió a la orilla. Allí contó mentalmente hasta quinientos y entonces volvió a zambullirse. Kikin estaba en el fondo. Tenía la boca abierta, también los ojos. Aquimas escuchó su corazón y no sintió nada más que una tranquila satisfacción por el trabajo bien hecho. Luego desató la cuerda y ascendió. Los niños gritaban y se salpicaban los unos a los otros. No echaron de menos a Kikin inmediatamente.

Después de solventar esa dificultad, la vida en el internado se hizo mucho más agradable. Sin el instigador Kikin, ya no había nadie que se atreviera a molestar al «finlandés». Aquimas pasó de un curso a otro. No estudiaba ni bien ni mal. Sentía que pocas de aquellas disciplinas le resultarían útiles en la vida. Hassan lo visitaba raramente, pero siempre que lo hacía se llevaba a su sobrino una o dos semanas a las montañas: a cazar y a dormir bajo aquel

cielo cuajado de estrellas.

Cuando Aquimas estaba terminando sexto curso, surgió un nuevo problema. Cerca de la ciudad, a unos tres kilómetros por el camino de Stavropol, había una casa de lenocinio que los hombres que tomaban las aguas iban a visitar por las tardes. Desde hacía algún tiempo Aquimas también se había acostumbrado a recorrer esos tres kilómetros. A sus casi dieciséis años se había estirado mucho, se le habían ensanchado los hombros y perfectamente podía pasar por un muchacho de diecinueve. Lo de aquella casa sí que era real, y no el incoherente estudio de los pasajes de la antigüedad griega en la *Ilíada*.

Un día Aquimas no tuvo suerte. Abajo, en el salón, donde las repintadas muchachas bebían limonada y esperaban a que las condujeran al piso de arriba, se topó de frente con el inspector del gimnasio, el consejero titular Tenetov, que vestía levita y llevaba barba postiza. Por la mirada del chico, Tenetov comprendió que lo había reconocido, pero aunque aquel no le dijo nada, a partir de ese mismo día este sintió un odio visceral hacia el muchacho albino. Pronto comprendió Aquimas lo que pretendía el inspector: suspender inapelablemente sus exámenes de verano.

Como repetir otro año se le antojaba vergonzante y aburrido, se puso a cavilar qué podía hacer.

Si en lugar de Tenetov se hubiera tratado de cualquier otro profesor, Hassan lo habría sobornado. Pero Tenetov no aceptaba regalos, de lo que se enorgullecía mucho. El consejero titular no sentía necesidad de recompensa alguna, ya que el año anterior se había casado con la viuda de un comerciante, que había aportado al matrimonio una dote de ciento cuarenta mil rublos y la mejor casa de toda la ciudad.

Tampoco parecía factible mejorar las relaciones con Tenetov: a una sola mirada de Aquimas, el inspector se echaba a temblar.

Después de considerar todas las posibilidades, Aquimas se quedó con la más segura.

Aquella primavera en Solenovodsk habían abundado los robos: unos maleantes se acercaban a los paseantes tardíos, les clavaban un cuchillo en el corazón y luego les robaban el reloj, la cartera y, si tenían anillos, hasta eso. Se rumoreaba que la famosa banda de «los Carniceros» de Rostov había llegado a la ciudad.

Una noche, cuando el inspector regresaba a su casa desde el restaurante Petrosov por una calle solitaria, Aquimas se le acercó y lo apuñaló en el corazón. Luego despojó al muerto de su reloj de bolsillo con cadena de oro y cogió su cartera. Tiró ambas cosas al río, mas el dinero —veintisiete rublos

en billetes— se lo guardó.

Aquimas creyó que la dificultad había sido solventada, pero todo salió mal. La criada de una casa de los alrededores había visto al chico alejándose rápidamente del lugar del asesinato y limpiando un cuchillo con un manojo de hierba. La sirvienta lo denunció a la policía y Aquimas fue ingresado en prisión preventiva.

Afortunadamente, por aquellos días su tío se encontraba en la ciudad.

Cuando Hassan amenazó con cortarle la nariz y las orejas, la criada fue a ver al jefe de la policía para decirle que se había equivocado de persona. Después fue el propio Hassan quien se presentó personalmente ante el funcionario policial para hacerle entrega de cinco mil rublos en plata —todo lo que había ahorrado gracias a sus negocios de contrabando—, y el preso quedó en libertad.

Aquimas se sentía avergonzado. Cuando su tío lo sentó frente a él, no podía mirarlo a los ojos. Después le contó toda la verdad: sobre Kikin y sobre el inspector.

Tras un largo silencio, Hassan soltó un suspiro y sentenció: «Alá le asigna a cada hombre su destino. Se acabaron los estudios, muchacho, tenemos que ponernos a trabajar».

Y para él comenzó una nueva vida.

Hasta entonces Hassan colaba mercancías de contrabando de Turquía y de Persia y luego se las vendía a los acaparadores. Por entonces él mismo empezó a llevarlas a Stavropol, a Rostov e, incluso, a la feria de Nizhni Novgorod. Como no las vendía caras, se las quitaban de las manos. Él y el comprador sellaban el acuerdo con un amistoso apretón de manos y bebían para celebrar el trato. Luego Aquimas asaltaba al comprador, lo mataba y recuperaba la mercancía para venderla otra vez.

La gira más rentable fue la que hicieron a Nizhni Novgorod en 1859. Llegaron a vender tres veces la misma partida: diez fardos de lana de astracán. La primera vez por mil trescientos rublos (Aquimas abordó al comprador y a su intendente en un bosque y los mató a ambos con su puñal); la segunda por mil cien rublos (el acaparador sólo tuvo tiempo de lanzar una exclamación de sorpresa cuando aquel educado estudiante le clavó en el hígado una hoja de doble filo); y la tercera por mil quinientos rublos (en esa ocasión, en el cinturón del comprador armenio encontraron, ¡qué suerte!, casi tres mil rublos más).

Cuando mataba, Aquimas se mostraba tranquilo y sólo se apesadumbraba cuando la muerte no era instantánea. Pero eso no ocurría con frecuencia, pues tenía el pulso firme.

Aquella situación se prolongó durante tres años. En ese intervalo, el conde Bariatinski logró apresar al imán Shamil y la gran guerra del Cáucaso terminó. Hassan se casó con una muchacha de una acomodada estirpe montañesa y luego tomó a una segunda esposa de una familia más pobre (los documentos rezaban que ella era su discípula). En Solenovodsk compró una casa con un gran jardín, por donde paseaban chillones pavos reales. Hassan engordó. Le gustaba beber champaña en el porche y filosofar. Ya le daba pereza cabalgar por los montes con el contrabando y en esos momentos eran las «personas listas» del lugar las que le llevaban sus mercancías. Pasaban mucho tiempo cerrando tratos, bebiendo té y discutiendo por los precios. Si las negociaciones se ponían difíciles, Hassan llamaba a su sobrino. Aquimas entraba, se llevaba una mano a la frente con un gesto amable y clavaba en silencio sus ojos claros y serenos en el cliente testarudo. El efecto era inmediato.

Un día de otoño, un año después de que en Rusia liberaran a los siervos de gleba, fue a ver a Hassan su viejo amigo Abilgazi. Este le contó que en Semigorsk había aparecido un hombre nuevo, uno de esos convertidos al

cristianismo, Lazar Medvedev, así lo llamaban. Había llegado el año anterior a hacer curas de agua por una dolencia del vientre, le gustó el lugar y se quedó. Luego se casó con una bonita muchacha sin dote, construyó una casa con columnas en lo alto de una colina y compró tres manantiales de aguas termales. A partir de entonces todos los visitantes de Semigorsk bebían el agua y tomaban los baños de Medvedev, y además se rumoreaba que cada semana enviaba diez mil botellas de agua mineral a Moscú y San Petersburgo. Pero lo más interesante no era aquello, sino el hecho de que Lazar tuviera su propia cámara de hierro. El converso no confiaba en los bancos... ¡y hacía bien!: se veía que era un hombre sabio. Así que guardaba toda su enorme fortuna en el sótano de su casa. Allí tenía un cuarto con las paredes de hierro y una puerta a prueba de cañonazos. Era difícil entrar en aquella cámara blindada, decía Abilgazi, por eso él no pedía nada por adelantado, sino que estaba dispuesto a esperar su recompensa el tiempo que fuera. Se trataba de una suma discreta: diez kopecs por cada rublo que Hassan consiguiera.

—Abrir una cámara de hierro es tarea difícil —convino Hassan dándose ínfulas de hombre entendido pese a no haber oído hablar de aquellas cámaras hasta entonces—. Por eso, si Alá me ayuda, amigo mío, recibirás cinco kopecs por rublo.

Luego llamó a su sobrino, le repitió el relato del viejo Abilgazi y le dijo:

—Ve a Semigorsk. Y averigua qué clase de cámara es esa.

Ver la cámara de hierro resultó un asunto más fácil de lo que Aquimas había creído.

Se presentó en la casa de Medvedev con una levita gris y un sombrero de copa del mismo color. Antes, desde el hotel, le había enviado una tarjeta de visita, donde en letras impresas doradas se leía:

Firma comercial Hassan Radaev
AFANASI PETROVICH WELDE, asociado

Medvedev respondió con una esquila en la que decía haber oído hablar de la firma comercial del respetado Hassan Radaev y rogaba que lo visitara inmediatamente. Y Aquimas se encaminó hacia la nueva y hermosa casa, situada a las afueras de la ciudad sobre un abrupto escarpe y circunvalada completamente por un alto muro de piedra. Aquello no era una casa, sino una fortaleza. En ella se podía aguantar hasta un asedio.

Cuando Aquimas cruzó los portones de roble, su impresión inicial se reforzó aún más: dos vigilantes paseaban por el patio armados con carabinas, y eran además vigilantes vestidos con uniforme militar, aunque, eso sí, sin charreteras.

El dueño de la casa estaba calvo y tenía una frente abultada, vientre orondo e inteligentes ojos negros. Sentó al joven a la mesa y le ofreció café y puro. Después de conversar cortés y reposadamente durante diez minutos sobre política y los precios de la lana, el propietario preguntó en qué podía serle útil al respetable señor Radaev.

Fue entonces cuando Aquimas expuso la oferta comercial que se había inventado como pretexto.

—Debemos organizar un intercambio de agua mineral entre Solenovodsk y Semigorsk —dijo el joven—. A su ciudad vienen los que padecen del estómago y a la nuestra los que sufren de los riñones. Pero muchos visitantes quieren curarse de lo uno y de lo otro. Para evitar que esos clientes traqueteen inútilmente por los montes durante más de cien kilómetros, ¿por qué no abrir una tienda de la firma Medvedev en Solenovodsk y otra tienda de la casa comercial Radaev en Semigorsk? Resultaría rentable tanto para usted como para nosotros.

—La idea es buena —convino el converso—. Muy buena. Pero el

problema es que hay muchos bandidos por esos caminos. ¿Cómo podría yo traerme las ganancias que obtuviera en Solenovodsk?

—¿Y por qué traerlas? —se sorprendió Aquimas—. Las podría depositar en el banco.

Medvedev se pasó una mano por la corona de cabellos rizados que le rodeaba la calva y sonrió.

—Afanasi Petrovich, yo no me fío de los bancos. Prefiero guardar el dinero en mi casa —afirmó.

—Pero eso es peligroso... Le pueden robar —replicó Aquimas moviendo la cabeza con aire de reprobación.

—A mí no pueden robarme. —Medvedev le hizo un guiño pícaro—. En primer lugar, porque en mi casa viven soldados retirados, de esos que crecieron en los cuarteles, que vigilan el patio por turnos, día y noche. Y por si fuera poco, dispongo además de una cámara blindada en la que nadie, salvo yo, puede entrar.

Aquimas quiso preguntar qué clase de cámara era aquella, mas no tuvo tiempo, ya que el propio dueño de la casa le propuso:

—¿No le apetece echarle un vistazo?

Mientras bajaban al sótano (al que se llegaba por una entrada independiente que había en el patio), Medvedev le informó de que había sido un ingeniero de Stuttgart quien había construido aquella cámara de caudales dotada de una puerta de acero de un grosor de veinte centímetros. La puerta tenía una cerradura cifrada con una combinación de ocho números. La sabía sólo él, Medvedev, y la cambiaba todos los días.

Entraron en un recinto subterráneo donde ardía una lámpara de queroseno. Aquimas vio un muro de acero y una puerta forjada con remaches redondeados.

—Nadie puede ni abrir ni volar por los aires una puerta así —se ufanó su propietario—. Los comerciantes, el jefe de la policía y hasta el propio gobernador de la ciudad me confían sus ahorros para que se los guarde aquí. Les cobro caro el servicio, pero a pesar de ello mis clientes salen ganando. Esta cámara es más segura que cualquier banco.

Aquimas asintió con respeto, interesado por el hecho de que en aquella habitación de hierro se guardaran otros caudales además de los de Medvedev. Pero acto seguido el converso dijo algo inesperado:

—Así que comuníqueme a su respetado tío, al que Dios le conceda salud y prosperidad en los negocios, que no se preocupe. Soy un recién llegado al Cáucaso, mas estoy informado de todos aquellos a quienes hay que conocer. Preséntele mis respetos y mi agradecimiento a Hassan Muradovich por el interés que muestra hacia mi persona. En cuanto al intercambio de aguas, reitero que es una buena idea. ¿Ha sido suya?

Luego palmeó la espalda del joven con aire protector y le invitó a visitarlo cuando quisiera: la flor y nata de la sociedad de Semigorsk se reunía allí todos los jueves.

El hecho de que el converso resultara ser un hombre hábil y bien informado no suponía un problema. El problema real surgió el jueves siguiente, cuando Aquimas, aceptando la invitación, se presentó en la casa del precipicio para estudiar la disposición de las habitaciones de la casa.

Hasta ese momento, el plan que tenían en mente consistía en eliminar por la noche a los vigilantes y ponerle un puñal en la garganta al dueño de la mansión para comprobar qué le resultaba más querido, la habitación de hierro o su propia vida. El plan era sencillo, pero a Aquimas no le gustaba demasiado. En primer lugar, porque no podrían llevarlo a la práctica sin colaboradores. Y en segundo lugar, porque había personas para quienes el dinero resultaba máspreciado que la propia vida, y su olfato le decía que Lazar Medvedev era de esas.

La velada del jueves había reunido a mucha gente y Aquimas confiaba en que, más tarde, cuando se sentaran a la mesa y bebieran copiosamente, tendría oportunidad de ausentarse sin llamar la atención para inspeccionar la casa. Pero esa oportunidad no se le presentó, porque ya al comienzo mismo de la fiesta se manifestó esa dificultad que ya hemos mencionado.

Mientras el anfitrión presentaba a su esposa a los invitados, Aquimas reparó en que el viejo Abilgazi no había mentido: era una mujer joven y bella, tenía los cabellos dorados y cenicientos, y sus ojos estaban bellamente delineados. Se llamaba Evguenia Alekseevna. Pero como los encantos de madame no guardaban ninguna relación con el asunto que tenía entre manos, Aquimas, tras besar respetuosamente su blanca y delicada mano, pasó al salón y se apostó en el rincón más lejano, junto a las pesadas cortinas, desde donde podía controlar perfectamente a todo el público congregado, además de la puerta que conducía a las habitaciones privadas.

Allí fue a buscarlo la anfitriona. Acercándose a él, le preguntó en voz baja:

—¿Lía, eres tú? —Y se respondió ella misma—: Sí, eres tú. Nadie más puede tener unos ojos como los tuyos.

Aquimas guardó silencio, embargado por un extraño embarazo que nunca había sentido, pero Evguenia Alekseevna continuó en un susurro rápido y entrecortado:

—¿Qué haces aquí? Mi marido dice que eres un bandido y un asesino y que quieres robarle. ¿Es cierto? No me contestes, da igual. Te esperé durante mucho tiempo. Y ahora, cuando he dejado de esperarte y he tomado marido, vas y te presentas. ¿Me llevarás contigo? Que no te haya esperado no tiene importancia... No estarás enfadado, ¿no?... Porque tú me recuerdas, ¿verdad? Soy Yenia, del hospicio de Skirovsk.

Entonces, de repente, Aquimas revivió una escena que no había recordado una sola vez durante todos aquellos años: a Hassan, que se lo llevaba del orfanato, y a aquella niña flaca que corría en silencio detrás del caballo. Al parecer, ella gritó en el último momento: «¡Lía, te esperaré!».

El joven no podía solucionar ese problema de la manera habitual. Aquimas no sabía explicarse la actitud de la mujer de Medvedev. ¿Sería aquello el amor del que hablaban las novelas? Sin embargo, él no creía en las novelas y desde que había terminado el gimnasio sus manos no habían rozado un solo libro de aquellos. Se sentía inquieto, incómodo.

Aquimas abandonó la mansión sin decirle nada a Evguenia Alekseevna. Montó en su caballo y regresó a Solenovodsk. A su tío le describió la habitación de hierro y le contó también la dificultad que había surgido. Tras pensar un momento, Hassan dijo:

—La esposa que traiciona a su marido es una mala cosa. Pero no somos nadie para desentrañar las sutilezas del destino, sencillamente nos limitamos a obedecerlo. Y lo que el destino quiere es que entremos en esa cámara de hierro con la ayuda de la esposa de Medvedev, eso está claro.

Hassan y Aquimas subieron a pie a la casa de Medvedev para no alarmar a los centinelas con el golpeteo de los cascos. Dejaron los caballos abajo, en el fondo del barranco, en el bosque. En el valle brillaban pocas luces: Semigorsk dormía. Por el cielo verdinegro unas nubes diáfanas se deslizaban a paso ligero, por lo que la noche a cada instante se iluminaba o se oscurecía.

Aquimas había maquinado el plan. A una señal convenida, Evguenia les abriría la portezuela del jardín. Por él entrarían en el patio, anularían a los dos centinelas y bajarían al sótano. Evguenia les abriría la puerta blindada, ya que su marido le había enseñado cómo hacerlo. Medvedev escribía siempre el número de la combinación en un papel que luego escondía detrás de un icono en su dormitorio. Temía olvidar la combinación y verse obligado a levantar toda la albañilería del suelo de piedra, ya que no había otra manera de entrar en la cámara blindada. No lo robarían todo, sólo aquello que pudieran transportar. Aquimas se llevaría consigo a Evguenia.

Cuando se ponían de acuerdo, ella lo miró de repente a los ojos y le preguntó:

—Lía, tú no me engañarás, ¿verdad?

Él no sabía qué hacer con ella. Su tío no le dio ningún consejo.

—Cuando llegue el momento de decidir, el corazón te lo indicará —dijo Hassan.

Sin embargo, cogieron tres caballos. Uno para Hassan, otro para Aquimas y el tercero para cargar con el botín. El joven observó en silencio cómo su tío sacaba de la cuadra sólo el rucio, el negro y el bayo, pero no dijo nada.

Mientras se deslizaba silenciosamente a lo largo de la blanca pared, Aquimas pensó: «¿Qué es eso de que el corazón me lo dirá?...». Su corazón por el momento se mantenía callado.

La portezuela del jardín se abrió inmediatamente sin que rechinaran los engrasados goznes. En el vano de la puerta estaba Evguenia. Vestía una *burka* y un gorro de piel de cordero. Estaba preparada para el viaje.

—Ponte detrás, mujer —le susurró Hassan, y ella se apartó y les dio paso.

Los soldados licenciados que Medvedev tenía a su servicio eran seis. Montaban guardia por parejas y se turnaban cada cuatro horas.

Aquimas trepó a un manzano y se puso a observar el patio. Uno de los

centinelas dormitaba sentado en un poyete que había junto a la cancela con la escopeta abrazada. El segundo se paseaba tranquilamente arriba y abajo entre la cancela de entrada y la casa: treinta pasos en el camino de ida y otros treinta de vuelta.

Por supuesto, a los centinelas había que matarlos. Cuando Aquimas acordó con Evguenia que únicamente los aturdiría para amordazarlos, sabía ya que era imposible cumplir esa promesa.

Aquimas aguardó hasta que el centinela que permanecía en vela se detuvo para encender su pipa, y entonces se le acercó por la espalda, corriendo sin hacer ruido con sus blandas babuchas, y le golpeó con un puño metálico un poco más arriba de una oreja. El rompecabezas resulta un arma insustituible cuando se quiere matar a alguien instantáneamente. Mejor que el cuchillo, porque este hay que extraerlo de la herida y eso significa un segundo perdido de más.

El soldado no gritó y Aquimas sostuvo su flácido cuerpo con el brazo, pero el segundo centinela dormía con sueño ligero y el chasquido del hueso al romperse consiguió que se desperezara y volviera la cabeza.

Entonces Aquimas apartó de un empujón el cadáver y en tres enormes saltos alcanzó la cancela. El soldado abrió la oscura boca, aunque no tuvo tiempo de gritar. Su cabeza, al ser golpeada en la sien, se balanceó hacia atrás y chocó sordamente con las robustas puertas de roble.

Aquimas arrastró a uno de los muertos hasta ocultarlo en las sombras. Al otro lo dejó sentado, como había estado.

Luego hizo una señal con la mano y en el patio iluminado por la luna entraron Hassan y Evguenia. La mujer miró en silencio el cadáver que estaba sentado y se abrazó los hombros. Sus dientes comenzaron a castañetear débil e irregularmente. En ese instante, a la luz de la luna, Aquimas pudo advertir que debajo de la *burka* llevaba una circasiana con cartuchera y un puñal al cinto.

—Anda, mujer, y ve a abrir la habitación de hierro —le ordenó Hassan empujándola suavemente.

Bajaron los peldaños que llevaban al sótano. Evguenia abrió la puerta con la llave. Ya abajo, en un recinto cuadrado, una de cuyas paredes era enteramente de acero, Evguenia encendió la lámpara. Luego asió la ruedecilla de la puerta blindada y comenzó a girarla consultando un papelito; ora a la derecha, ora a la izquierda. Hassan observaba con curiosidad, moviendo la cabeza de un lado a otro. Dentro de la puerta se oyó un chasquido. Entonces la mujer tiró de la hoja hacia sí, pero aquella plancha de acero era demasiado pesada para ella.

Hassan apartó a Evguenia y soltó un grito, y la plancha, al principio con dificultad y luego cada vez con más rapidez, comenzó a moverse hacia fuera.

Aquimas cogió la lámpara y entró en la cámara. La habitación era más pequeña de lo que había imaginado: medía unos diez pasos de ancho por unos quince de largo. En ella había baúles, saquitos de tela y carpetas oficiales.

Hassan abrió un baúl e inmediatamente lo cerró de golpe: contenía lingotes de plata. No podrían llevarse muchos, pues pesaban demasiado. Sin embargo, en los saquitos tintinearón monedas de oro y el tío chasqueó la lengua con delectación. Primero comenzó a metérselos en el enfaldo y luego a echárselos sobre la *burka*.

Aquimas estaba más interesado en las carpetas. En ellas encontró acciones y obligaciones del Estado. Escogía las de mayor nominal y tirada masiva. Las acciones de Rotschild, Krupp y las manufacturas Jلود eran más valiosas que el oro, pero Hassan era hombre de viejo cuño y no se lo habría creído por mucho que le insistieran.

Resoplando, se cargó el pesado fardo a las espaldas, miró con pesar a su alrededor, suspiró y se encaminó hacia la salida. Aquimas llevaba bajo la ropa una gruesa carpeta llena de títulos. Evguenia no cogió nada.

Cuando Hassan comenzó a subir por la baja escalera que conducía al patio, sonó una descarga. El tío cayó de espaldas y resbaló por los peldaños cabeza abajo. Su cara tenía la expresión de las personas que son sorprendidas por la muerte de manera repentina. Las monedas de oro, brillando y tintineando, salieron rodando de la *burka* desatada.

Aquimas trepó por la escalera a gatas y se asomó con cuidado. En una mano llevaba un Colt americano de cañón largo cargado con seis balas.

En el patio no había nadie. Los enemigos se habían apostado en el porche de la casa, donde era imposible verlos. Pero tampoco ellos podían ver a Aquimas, porque los peldaños de la escalera quedaban envueltos en una espesa sombra.

—¡Uno de vosotros ha muerto! —se escuchó la voz de Lazar Medvedev—. ¿Quién? ¿Hassan o Aquimas? —Aquimas apuntó el arma hacia la voz, pero no llegó a disparar: no le gustaba errar el tiro—. Hassan, ha sido Hassan —gritó el converso con seguridad—. Usted, señor Welde, posee una figura más esbelta. Salga, joven. No tiene escapatoria. ¿Sabe usted qué es la electricidad? Cuando se abre la puerta de la cámara blindada, en mi habitación salta una señal de alarma. Nosotros somos cuatro: yo y tres de mis valientes. Al cuarto lo he enviado a avisar al jefe de la policía. ¡Salga, para qué perder más tiempo! ¡Ya es tarde!

Dispararon otra andanada: al parecer, para meterle miedo. Las balas restallaron contra las paredes de piedra.

Evguenia susurró a sus espaldas:

—Voy a salir. Está oscuro, y como llevo la *burka* no me reconocerán.

Creerán que eres tú. Entonces saldrán de sus parapetos y los podrás matar.

Aquimas meditó su proposición. Ya podía llevarse a Evguenia consigo, pues había quedado libre un caballo. La pena era que no pudieran alcanzar el bosquecillo.

—No —repuso él—. Me temen demasiado y empezarán a disparar inmediatamente.

—No dispararán —respondió Evguenia—. Pondré las manos bien altas.

Ella pasó con agilidad por encima de Aquimas, que estaba tumbado en el suelo, y salió al patio separando ampliamente los brazos hacia los lados, como si temiera perder el equilibrio. Llegaría a dar unos cinco pasos antes de que los disparos tronaran en desorden.

Evguenia se derrumbó hacia atrás. Con precaución, desde el porche, cuatro sombras comenzaron a descender hacia el cuerpo inmóvil. «Yo tenía razón —se dijo Aquimas—. Han disparado». Y a continuación mató a los cuatro.

En los años siguientes pensaría raramente en Evguenia. Sólo si algo por casualidad hacía que la recordara.

O en sueños.

MAÎTRE LYCOLE

1

A los treinta años a Aquimas Welde le gustaba jugar a la ruleta. No se trataba de una cuestión de dinero, pues sabía ganarlo por otros medios, y en gran cantidad, en más de la que podía gastar. Le gustaba vencer a la ciega fortuna y señorear sobre la fenomenología de los números. Le resultaba agradable el crepitar de la manija de la ruleta, que, emitiendo destellos de metal y de pulida madera roja, rotaba por aquellas particulares leyes que sólo el mecanismo conocía, o al menos eso parecía. Pero el cálculo correcto, el dominio de sí mismo y el control de las emociones funcionaban allí exactamente igual que en todas las demás situaciones conocidas por Aquimas, donde la ley era la misma de siempre, aquella que había aprendido desde su infancia. La unicidad de la vida dentro de la infinita multiplicidad de sus formas: ese era el concepto esencial que provocaba el interés de Aquimas. Cada nueva confirmación de esa verdad universal obligaba a su corazón a abandonar su ritmo regular para acelerar los latidos.

En su vida se habían sucedido prolongados períodos de ocio en los que necesitaba ocupar su tiempo de alguna manera. Los ingleses habían hecho una excelente invención en ese campo: se llamaba *hobby*. Aquimas tenía dos de esos *hobbies*: la ruleta y las mujeres. Entre las mujeres prefería a las mejores, a las más auténticas: a las «mujeres profesionales». Eran complacientes y predecibles, y comprendían que existían reglas que era necesario observar. Las mujeres también eran infinitamente diversas, sin dejar por ello de ser una única e invariable. Aquimas solicitaba a través de una agencia parisina a las más caras, por lo general sólo durante un mes. Si le tocaba en suerte una muy buena, prorrogaba el contrato durante un mes más, pero nunca por más tiempo: esa era su norma.

En los últimos dos años había vivido en el balneario alemán de Ruletenburg, porque allí, en la más divertida ciudad de Europa, esos dos *hobbies* podían satisfacerse sin ningún esfuerzo. Ruletenburg se parecía a Solenovodsk: también tenía aguas termales y ese mismo gentío perezoso y ocioso en el que nadie conoce a nadie ni muestra interés por nadie. Lo único que faltaba eran las montañas, pero esa sensación general de provisionalidad, de fugacidad, de artificialidad, era exactamente la misma. A Aquimas se le antojaba que un balneario era como una especie de maqueta pulcra y ordenada de la vida, realizada a una escala de 1:500 o 1:1000. Un ser humano vivía quinientos meses, mil si la suerte le sonreía, pero a

Ruletenburg iba sólo un mes. Es decir, que la existencia de un residente de balneario se prolongaba treinta días por término medio: con esa exacta periodicidad una generación sustituía allí a otra. En ese intervalo todo tenía cabida: la alegría de la llegada, la adaptación, las primeras muestras de aburrimiento y la tristeza por el regreso al otro, al gran mundo. Allí tenían lugar breves idilios amorosos, pasiones tempestuosas pero superficiales. Surgían celebridades efímeras y lances que causaban una fugaz sensación. El propio Aquimas era un espectador constante de ese teatro de marionetas. Se había impuesto un período particular de existencia que no coincidía con el de los demás residentes.

Vivía en una de las mejores habitaciones del hotel Kaiser, donde se alojaban nababs indios, americanos propietarios de minas de oro y grandes duques rusos que viajaban de incógnito. Sólo sus secretarios sabían dónde encontrarlos. Cuando Aquimas aceptaba un encargo, su habitación quedaba reservada y, a veces, permanecía vacía semanas, incluso meses: todo dependía de la dificultad del trabajo.

La vida allí era agradable. Los períodos de tensión sucedían a los de descanso, cuando los ojos se alegraban con la vista de un tapete verde, y el oído con el golpeteo rítmico de la rueda de la ruleta. A su alrededor bullían las pasiones, condensadas en un brevísimo lapso temporal: ciudadanos acomodados que enrojecían y empalidecían; damas que sufrían desmayos; alguien que, con manos temblorosas, sacaba la última pieza de oro de su portamonedas... Aquimas no se aburría de contemplar aquel apasionante espectáculo. En cambio, él no perdía nunca, porque tenía su «sistema».

El «sistema» era tan simple y palmario que resultaba sorprendente que nadie más lo utilizara. A los otros sencillamente les faltaba paciencia, dominio de sí mismos, habilidad para controlar sus emociones: todo aquello que Aquimas tenía más que de sobra. Bastaba con apostar a un solo sector y doblar continuamente la apuesta. Si uno disponía de dinero de sobra, antes o después recuperaría todo lo que había perdido más alguna ganancia. En eso consistía todo el secreto. Aunque no había que apostar a un único número, sino a un gran sector. Aquimas generalmente prefería el tercio.

Él se acercaba a una mesa donde se jugaba sin límite de apuestas, esperaba a que el premio evitara seis veces seguidas un determinado tercio, y entonces empezaba a jugar. La primera vez apostaba una moneda de oro. Si el tercio no ganaba, apostaba sobre él dos monedas de oro, luego cuatro, después ocho, y así hasta que la bolita se detuviera en el lugar deseado. Aquimas podía elevar la apuesta al importe que hiciera falta: dinero tenía de sobra. En cierta ocasión, poco antes de la Navidad anterior, el segundo tercio, donde él había apostado, falló veinte veces seguidas: hizo seis lanzamientos de preparación y dieciséis con apuesta. Pero Aquimas no llegó

a dudar del éxito final, porque cada fiasco aumentaba sus posibilidades.

Mientras soltaba sobre la mesa aquellos cheques en los que continuamente aumentaba el número de ceros, recordó aquel caso que aconteció durante su «período americano».

El asunto ocurrió en el año 1866. Desde Luisiana le llegó un suculento encargo. Se trataba de liquidar a un comisario del gobierno federal, que impedía que los *carpetbaggers* se repartieran las concesiones de explotación. Llamaban *carpetbaggers*, es decir, «los hombres de la bolsa», a aquellos emprendedores aventureros del Norte que llegaban al derrotado Sur con un saco de viaje medio vacío y regresaban a su lugar de origen en lujosos vagones de tren que reservaban para ellos solos.

Corrían tiempos turbios y una vida humana costaba bien poco en Luisiana. Pero por la de aquel comisario pagaban una pequeña fortuna porque resultaba muy difícil tenerlo a tiro. El comisario sabía que lo querían cazar, así que se comportaba de una manera bastante sabia: nunca abandonaba su residencia. Dormía, comía y firmaba documentos entre cuatro paredes. Soldados de uniforme azul custodiaban la casa día y noche.

Aquimas se hospedó en un hotel situado a trescientos pasos de la residencia: acercarse más le resultó imposible. Desde su habitación se divisaba la ventana del despacho del comisario. Todas las mañanas, exactamente a las siete y media, su blanco corría las cortinas. Aquella tarea le ocupaba apenas tres segundos, por lo que, a una distancia tan larga, no se podía apuntar como era debido. La ventana estaba dividida en dos mitades por el ancho bastidor vertical del marco. Y se daba la dificultad añadida de que, al correr las cortinas, el comisario se colocaba indistintamente a la izquierda o a la derecha del bastidor. Aquimas sólo podía hacer un disparo, de modo que, si lo marraba, podía dar su empresa por perdida, pues no se le presentaría otra ocasión. Por eso tenía que actuar con completa seguridad.

Las posibilidades eran sólo dos: el blanco aparecería a la derecha o a la izquierda. «¡Pues bien, que sea a la derecha!», decidió Aquimas. ¡Qué diferencia había! Así que el fusil de cañón largo quedó apuntado, con la carcasa de madera fijada a un caballete, a nueve centímetros a la derecha del bastidor, exactamente a la altura del pecho de un hombre. Naturalmente, el procedimiento más seguro habría sido instalar dos fusiles, uno encañonado hacia el lado derecho y otro hacia el izquierdo, pero para eso necesitaba un ayudante, y por aquellos años (y también en el presente, salvo en caso de necesidad extrema). Aquimas prefería arreglárselas sin asistentes.

La bala era de un tipo especial, explosiva, con dos pétalos que se abrían al hacer blanco. Dentro llevaba un concentrado de tomaina. Suficiente para

que, si llegaba la más pequeña partícula a la sangre, cualquier herida, por leve que fuera, resultara mortal.

Todo estaba preparado. La mañana del primer día, el comisario se fue al lado izquierdo. La del segundo también. El tiempo no acuciaba a Aquimas, que sabía que a la mañana siguiente, o a la otra, las cortinas serían corridas desde la derecha y entonces apretaría el gatillo.

Pero parecía que al comisario lo hubieran cambiado por otro. A partir del mismo día en que fijó el punto de mira, durante seis jornadas seguidas corrió las cortinas desde la izquierda y no desde la derecha.

Aquimas llegó a la conclusión de que su blanco había instituido ya aquella rutina, así que modificó el punto de mira a nueve centímetros a la izquierda del bastidor. Pero ¡a la mañana del séptimo día el comisario abrió el cortinón desde la derecha! Y también la del octavo, y la del noveno.

Entonces fue cuando Aquimas comprendió que en un juego de azar lo importante es no desesperarse. Así que esperó pacientemente. A la mañana del undécimo día el comisario se acercó por el lado apropiado y el trabajo fue ejecutado.

Y también la Navidad anterior, al decimoséptimo intento, cuando la apuesta ya se había elevado a sesenta y cinco mil, la bolita, por fin, cayó allí donde debía y Aquimas recibió casi doscientas mil monedas de oro. Con eso tuvo para cubrir todo lo apostado... e incluso le quedó una pequeña ganancia.

Aquella mañana de septiembre de 1872 comenzó como de costumbre. Aquimas desayunaba a solas con Azalea. Era una china delgada y flexible con una asombrosa voz, similar al tintineo de una campanilla de cristal. En realidad la llamaban de otra manera, pero su nombre en chino significaba «azalea»: eso fue al menos lo que le dijeron en la agencia. Se la enviaron en calidad de prueba, como una muestra de mercancía oriental que hubiera comenzado a distribuirse recientemente en el mercado europeo. Su precio era la mitad del habitual y si monsieur Welde deseaba devolverla antes de lo convenido, el dinero le sería devuelto. A cambio de condiciones tan favorables, la agencia le pedía como «experto en la materia», y también como cliente fijo, que emitiera su autorizado juicio tanto sobre las cualidades de Azalea en particular, como, en general, sobre las posibilidades comerciales de la mercancía «amarilla».

Aquimas estaba decidido a dar la valoración más alta. Por las mañanas, cuando Azalea se ponía a canturrear sentada ante el espejo veneciano, algo se le encogía al joven dentro del pecho y la sensación no le gustaba. La china era demasiado hermosa. ¿Y si de pronto se encariñaba y decidía no separarse de ella? Así que había tomado la decisión de devolverla antes de tiempo. Pero no sólo no exigiría que le devolvieran el dinero, sino que daría un excelente informe de la muchacha para no estropear su carrera.

A las dos y quince minutos, como hacía habitualmente todos los días, Aquimas entró en la sala de juego. Vestía una chaqueta color chocolate con leche, pantalones a cuadros y guantes amarillos. Los empleados acudieron a recibir al asiduo cliente, retirándole el bastoncito y el sombrero de copa. En los casinos de Rulenburg ya se habían acostumbrado a la presencia de herr Welde. Al principio vieron en su manera de jugar un mal inevitable, pero después advirtieron que la continua duplicación de apuestas practicada por aquel rubio poco locuaz de ojos claros y fríos enardecía la pasión de sus vecinos de mesa. Y Aquimas comenzó a ser juzgado en aquellos locales como unpreciado huésped.

Él se tomó su acostumbrado café con licor y hojeó los periódicos. Inglaterra y Rusia no habían podido llegar a ningún acuerdo sobre tarifas aduaneras. Francia demoraba el pago de las reparaciones de guerra y, en consecuencia, Bismarck había remitido a París una nota amenazadora. En Bélgica estaba a punto de comenzar el proceso contra «el Flautista de Bruselas».

Cuando se fumó el puro, Aquimas se acercó a la mesa número doce, donde se jugaba con apuestas fuertes.

Había tres jugadores, además de un señor canoso que simplemente estaba allí sentado y hacía crujir nerviosamente la tapa de su reloj de oro. Su experiencia y olfato le susurraron al instante: «Ahí tienes a un cliente». No estaba allí por casualidad, lo estaba esperando. Pero Aquimas no dio nada a entender: que fuera él quien lo abordara.

Ocho minutos y medio más tarde ya había determinado a qué tercio jugar: al tercero, del veinticuatro al treinta y seis. Apostó un federico de oro y ganó tres. El canoso seguía mirando, su rostro estaba pálido. Aquimas esperó otros once minutos hasta designar un nuevo sector. Apostó una moneda de oro al primer tercio: del uno al doce. Ganó el trece. La segunda vez apostó dos monedas. Ganó el cero. Apostó cuatro monedas. Ganó el ocho. El premio había sido de doce federicos de oro. Ganaba cinco monedas de oro. Todo marchaba con normalidad, sin imprevistos.

Sin embargo, justo en ese momento el hombre canoso se levantó. Se acercó y le preguntó a media voz:

—¿El señor Welde? —Aquimas asintió con la cabeza sin apartar la vista del giro de la ruleta—. Vengo a verlo por recomendación del barón de... —el canoso pronunció el nombre de su intermediario de Bruselas. Parecía cada vez más agitado, y en un susurro aclaró—: Tengo para usted un asunto muy importante...

—¿Le apetecería dar un paseo? —lo interrumpió Aquimas al tiempo que metía los federicos en su portamonedas.

El señor de pelo canoso resultó ser Leon Fechtél, el dueño del banco belga Fechtél & Fechtél, conocido en toda Europa. El banquero tenía un serio problema.

—¿Ha leído usted el caso del Flautista de Bruselas? —le preguntó el banquero cuando se sentaron en un banco del parque.

Todos los periódicos se hacían eco de la captura (¡al fin!) de aquel maníaco secuestrador de niñas. El *Petit Parisien* escribía que la policía había arrestado al «señor F.», dueño de una villa a las afueras de Bruselas. Fue el jardinero quien denunció haber escuchado durante la noche unos sordos gemidos infantiles procedentes del sótano. La policía penetró de incógnito en la casa, procedió a su registro y descubrió en el sótano una puerta secreta. Lo que vio detrás de ella fue de tal magnitud que, en palabras del propio periódico, «ni el papel prensa soportaría la descripción de una escena tan monstruosa». Pese a todo, la escena era descrita en el párrafo siguiente y con todo lujo de detalles, por cierto. La policía había encontrado los cuerpos troceados de siete de las niñas que habían desaparecido de Bruselas y sus alrededores en los dos últimos años. Estaban en unos barriles de roble,

sumergidos en adobo. Uno de los cadáveres estaba bastante fresco y aún se podían ver en él las huellas de unas torturas indescriptibles. En total eran catorce las niñas, con edades comprendidas entre los seis y los trece años, que habían desaparecido en los últimos tiempos sin dejar rastro. Varias veces se había visto a un señor de espesas patillas e impecablemente vestido subiendo a su carruaje a jóvenes vendedoras de flores y cigarrillos. En cierta ocasión, un testigo llegó a escuchar cómo el hombre de las patillas convencía a la florista Lucille Lanout, de once años, de que le llevara a su casa una cesta entera de flores, con la promesa de enseñarle a cambio un pianoforte mecánico que tocaba solo unas fabulosas melodías. Después de aquel suceso, los periódicos dejaron de llamar al monstruo Barba Azul y comenzaron a nombrarlo el Flautista de Bruselas, por analogía con aquel flautista del cuento que engañaba a los niños con los sonos de su música mágica.

Del detenido, del «señor F.», se informaba que era miembro de la alta sociedad y representante de la «juventud dorada». Y, como se pudo comprobar, tenía en efecto unas espesas patillas morenas, además de un pianoforte mecánico en la villa de su propiedad. El motivo de los asesinatos estaba claro, escribía *The Evening Standard*: una pervertida lascivia acorde con el espíritu del marqués de Sade. Ya se habían fijado la fecha y el lugar del juicio: el 24 de septiembre en la pequeña ciudad de Merlen, situada a media hora de caballo de la capital belga.

—Sí, he leído el caso del Flautista de Bruselas —respondió Aquimas mientras con la mirada metía prisa a su interlocutor, que desde hacía un buen rato guardaba silencio.

Este, retorciendo sus rechonchos dedos cuajados de sortijas, exclamó:

—¡El señor F. es mi único hijo, Pierre Fecht! ¡Y le espera el patíbulo! ¡Sálvelo usted!

—Creo que no le han informado correctamente sobre el carácter de mis actividades. Yo no salvo vidas, las quito —replicó Aquimas con una sonrisa de sus delgados labios.

El banquero, no obstante, musitó con vehemencia:

—Me dijeron que usted obra verdaderos prodigios. Si no acepta mi encargo, significa que no hay esperanza. Se lo ruego. Le pagaré. Soy un hombre muy rico, señor Welde, muy rico.

Aquimas hizo una pausa y luego inquirió:

—¿Está seguro de necesitar un hijo como ese?

El viejo Fecht le contestó sin titubeos: estaba claro que él mismo se había hecho esa pregunta con anterioridad.

—No tengo otro hijo, y tampoco lo tendré. Siempre fue un niño licencioso, pero tiene buen corazón. Si logro librarlo de esta historia, aprenderá la

lección para toda su vida. Lo visité en la cárcel. ¡Está tan asustado!...

Aquimas le pidió entonces que le hablara del proceso judicial que estaba a punto de iniciarse.

El «licencioso» heredero sería defendido por los dos abogados más caros del país. La estrategia de la defensa pasaba por demostrar la irresponsabilidad de conducta del acusado. Sin embargo, según el banquero, existían pocas posibilidades de que los peritos médicos emitieran un informe a su favor: era tal la animadversión que mantenían hacia su muchacho, que hasta se habían negado a recibir unos «honorarios elevados y sin precedentes» por sus dictámenes médicos. Esta última circunstancia parecía haberle dolido al señor Fechtel más que ninguna otra.

En el primer día de proceso, los abogados defensores debían manifestar si reconocían o no culpable a su defendido. Si la respuesta era sí, la sentencia sería dictada por el juez; si era no, la decisión quedaría en manos de un jurado. En el caso de que el informe de los psiquiatras reconociera la responsabilidad de Pierre Fechtel sobre sus actos, los defensores recomendaban seguir la primera vía.

El caso era, aclaró el inconsolable y cada vez más enfurecido padre, que los verdugos del Ministerio de Justicia no habían escogido Merlen por casualidad: tres de las niñas desaparecidas eran precisamente de esa ciudad.

—Es imposible que en Merlen pueda formarse un jurado imparcial —dijo el banquero.

Los habitantes de la ciudad estaban extremadamente excitados. Todas las noches encendían hogueras delante del edificio del tribunal de justicia. Dos días antes, una muchedumbre había intentado asaltar la cárcel para despedazar al preso y hubo que triplicar la guardia.

El señor Fechtel había mantenido conversaciones secretas con el juez, que resultó ser un hombre sensato. Si la decisión dependiera de él, el muchacho sería condenado a cadena perpetua. Pero eso apenas significaba nada. La animadversión de la opinión pública contra el Flautista de Bruselas era tan grande que, con toda seguridad, el fiscal recurriría el fallo y se abriría un nuevo proceso.

—Todas mis esperanzas descansan en usted, señor Welde —concluyó el banquero—. Siempre me había considerado un hombre para el que la palabra «imposible» no existía. Pero en esta situación me siento impotente y lo que está en juego es la vida de mi hijo.

Aquimas observó con curiosidad el rostro purpúreo del millonario. Se veía claramente que aquel hombre no estaba acostumbrado a manifestar sus emociones. En ese momento, por ejemplo, en un instante de emoción tan intensa, sus gruesos labios se desparramaron en una sonrisa absurda y las

lágrimas comenzaron a resbalar de uno de sus ojos. Resultaba de lo más curioso: aquel rostro, tan poco acostumbrado a la mímica sentimental, no sabía representar un gesto de aflicción.

—¿Cuánto? —le preguntó Aquimas.

Fechtel tragó saliva convulsivamente y respondió:

—Si mi muchacho permanece con vida, medio millón de francos. Francos franceses, no belgas —se apresuró a añadir al comprobar que su interlocutor no decía nada.

Aquimas asintió y en los ojos del banquero se encendió una lucecita de demente. La misma lucecita que irradiaba de los ojos de aquellos excéntricos que apostaban todo su dinero al cero en la ruleta. Aquella lucecita se llamaba «¿Y si por un casual...?». Con la única diferencia de que, en el caso del señor Fechtel, ese dinero no era el último.

—Y si usted por un casual... —la voz del banquero tembló— consiguiera no sólo salvar la vida de Pierre, sino también devolverle la libertad, recibiría un millón.

Nunca hasta entonces le habían ofrecido a Aquimas unos honorarios de esa envergadura. Como de costumbre, tradujo la suma a libras inglesas (algo menos de treinta mil), dólares americanos (setenta y cinco mil) y rublos (salían más de trescientos mil). Mucho, muchísimo dinero.

Aquimas entornó ligeramente los párpados y profirió con lentitud:

—Que su hijo renuncie a la peritación psiquiátrica, se declare inocente y exija un juicio con jurado. Y despida a esos abogados tan caros. Yo mismo encontraré a uno.

Étienne Lycole lamentaba sólo una cosa: que su madre no hubiera sobrevivido para verlo. Cuánto soñaba ella con que su hijo estudiara abogacía y vistiera la toga negra y la blanca corbata rectangular... El pago de los estudios universitarios devoraba toda su pensión de viudedad. La mujer escatimaba en médicos y medicinas, por eso no vivió lo suficiente: había muerto la primavera anterior. Étienne apretó los dientes y no se entregó al desconsuelo. Por la mañana iba a clase y por las noches estudiaba concienzudamente los manuales. Así hasta que terminó los estudios, hasta que consiguió el ansiado diploma con el sello real. Su madre ya podía estar orgullosa de su hijo.

Los demás licenciados de su promoción, ya flamantes abogados, lo invitaron a un restaurante de las afueras para «mojar la toga», pero Étienne rehusó. No tenía dinero para francachelas y, sobre todo, quería estar solo ese día. Lentamente bajó la amplia escalinata de mármol del Palacio de Justicia, donde había tenido lugar la ceremonia. Toda la ciudad con sus agujas góticas, sus torres y sus estatuas yacía allá abajo, al pie de la colina. Étienne se detuvo para disfrutar del aquel paisaje que se le mostraba afable y hospitalario. Bruselas parecía abrirse de brazos para recibir al flamante maître Lycole y prometerle las más variadas sorpresas, en conjunto agradables, como era natural.

¿Quién podía discutirlo?: a pesar de todo, el diploma sólo era la mitad del asunto. Sin relaciones ni conocidos influyentes no se conseguían buenos clientes. Además, carecía de medios para poner bufete propio. No tendría más remedio que ofrecerse como ayudante a maître Wiener o a maître Van Gelen, lo que a fin de cuentas no estaba tan mal: al menos le asignarían un sueldo.

Étienne Lycole apretó contra el pecho la carpeta donde llevaba el diploma con el sello encarnado, ofreció el rostro al tibio sol de septiembre y entornó los ojos para saborear aquella plenitud de sensaciones.

En esa ridícula pose lo sorprendió Aquimas Welde.

Había puesto los ojos en el muchacho ya en el salón de actos, mientras resonaban aquellos enfáticos y aburridos discursos. Por su aspecto físico, el joven resultaba ideal. Esto es, era apuesto pero sin llegar a ser un adonis: era delgado y de hombros estrechos, y tenía ojos honestos y muy abiertos. Cuando salió a pronunciar las palabras del juramento, también su voz se demostró idónea: sonora, infantil, trémula de emoción. Pero lo mejor era

aquello que saltaba inmediatamente a la vista: no era uno de esos señoritos de tres al cuarto, sino un vástago de sangre plebeya, un trabajador.

Durante la interminable ceremonia, Aquimas tuvo tiempo de confirmar sus impresiones. Se despejaron sus últimas dudas: sí, estaba ante un material excelente. Sólo había que corregir algunos pequeños detalles.

Sin hacer ruido, se acercó al flacucho joven y tosió levemente.

Étienne se estremeció, abrió los ojos y se dio la vuelta. De pie ante él, como surgido por ensalmo, vio a un caballero con levita de viaje y bastón ligero. La mirada del desconocido era grave y atenta, y sus ojos, de un color poco habitual: excesivamente claros.

—¿Maître Lycole? —le preguntó el hombre con un ligero acento.

Era la primera vez que a Étienne lo llamaban «maître» y la impresión le resultó muy agradable.

Al principio, como era de esperar, el muchacho se alegró al percatarse de que le estaban ofreciendo su primer caso, pero cuando escuchó el nombre del cliente, fue presa del pánico. Aquimas guardó silencio mientras el joven mostraba su indignación haciendo aspavientos con los brazos y asegurando que por nada del mundo defendería a un canalla y a un monstruo como aquel. Aquimas sólo abrió la boca después de que Lycole, agotada ya toda su capacidad de indignación, masculara indeciso:

—Además, no saldría victorioso de un caso como el que me propone. Verá, señor, soy aún demasiado inexperto, acabo de recibir el diploma...

Entonces le llegó el turno a Aquimas, que dijo:

—Entonces, ¿quiere trabajar veinte o treinta años por cuatro perras y para fortuna y gloria de otros abogados? Si es así, para el año mil novecientos, y eso en el mejor de los casos, conseguirá ahorrar los céntimos suficientes para abrir su propio bufete. Mas para entonces ya será usted un hombre fracasado, calvo y desdentado, con un hígado enfermo y, sobre todo, sin una sola gota de ese impulso vital que tiene ahora. Se le habrá esfumado entre los dedos, querido maître, a cambio de esas monedillas de dos kopecs que usted habrá logrado amasar. En cambio, yo le estoy ofreciendo mucho más, y al instante. Con apenas veintitrés años conseguirá un buen dinero y mucho renombre. Y lo conseguirá incluso perdiendo el caso. En su profesión el nombre es mucho más importante que el dinero. Sí, cierto, su fama tendrá el regusto del escándalo, pero aun así será mucho mejor que helarse en la calle haciendo recados. Ganará suficiente dinero para abrir su propio despacho. Mucha gente lo odiará, pero también habrá quien valore el arrojo de un joven abogado que no tuvo miedo de nadar a contracorriente de la sociedad.

Aquimas esperó un minuto a que el muchacho asimilara lo dicho. Después pasó a la segunda parte de su discurso, que, según sus

previsiones, debía producir en el ánimo del joven un efecto decisivo.

—¿Y no puede ser que simplemente tenga miedo? ¿No fue usted quien juró hace un momento «defender la justicia y el derecho de todo hombre a la asistencia jurídica contra cualquier impedimento o coacción»? ¿Sabe por qué le he elegido precisamente a usted entre todos los demás recién licenciados? Porque ha sido el único que ha pronunciado esas palabras con verdadero sentimiento. Al menos, eso es lo que me ha parecido.

Étienne se mantenía en silencio, sintiendo con horror que estaba siendo arrastrado por un impetuoso torrente al que no se podía resistir.

—Y, lo más importante —el desconocido bajó significativamente la voz—: Pierre Fechtel es inocente. Él no es ese Flautista, sino la víctima de un cúmulo de circunstancias y el torpe celo de la policía. Si usted no toma cartas en el asunto, un hombre inocente irá al patíbulo. Cierto, le resultará difícil. Descargarán sobre usted una cascada de injurias, nadie querrá prestar declaración a favor del «monstruo». Pero usted no estará solo. Yo lo ayudaré. Seré sus ojos y sus oídos en la sombra. Dispongo ya de ciertas pruebas que, si bien no demuestran completamente la inocencia de Pierre Fechtel, ponen al menos en duda su culpabilidad. Y aún conseguiré más.

—¿Qué pruebas? —preguntó Étienne con voz débil.

En la pequeña sala del tribunal municipal de Merlen, cuyo aforo era de cien asientos, se habían congregado al menos trescientas personas, a las que había que sumar el público aún más numeroso que se agolpaba en el pasillo y debajo de las ventanas, fuera, en la plaza.

La aparición del fiscal Renan fue recibida con una ovación estruendosa. Por el contrario, cuando metieron en la sala al acusado, un hombre pálido de labios finos, ojos negros demasiado próximos a la cruceta de la nariz y unas patillas que en su día debieron de estar bien cuidadas, pero que en ese momento aparecían desaseadas y desiguales, se hizo un silencio sepulcral, aunque enseguida estalló tal vocerío que el juez, maître Wickxen, rompió la campanita llamando al orden a los presentes.

El juez se dirigió a los representantes de la defensa, y el público, por primera vez, fijó su atención en aquel escuchimizado joven a quien la amplia toga le quedaba excesivamente grande. Ora palideciendo ora enrojeciendo, maître Lycole balbuceó unas palabras que apenas resultaron audibles, pero cuando el juez lo acució a responder si reconocía o no la culpabilidad de su defendido, de repente replicó con voz sonora:

—¡No, su señoría!

La sala estalló de nuevo en gritos de indignación.

—¡Con lo bueno que parecía el chico a primera vista! —gritó una voz de mujer.

El proceso duró tres días.

El primero comparecieron los testigos de la acusación. Empezaron los policías que habían descubierto aquella espeluznante sala, y a continuación siguieron los que habían interrogado al detenido. El comisario declaró que Pierre Fectel temblaba, se contradijo en sus declaraciones, no pudo explicar nada y prometió una suma fabulosa de dinero si lo dejaban en paz.

El jardinero, que había denunciado a la policía los sospechosos gritos procedentes del sótano, no compareció ante el tribunal, aunque tampoco fue necesario. El fiscal llamó a varios testigos que describieron en tonos vivos la disipación y la depravación de Fectel, que en los burdeles siempre pedía las muchachas más jóvenes y delicadas. La madame de una de aquellas casas de tolerancia declaró que el acusado torturaba a sus «niñitas» con unas tenazas curvas al rojo vivo, y que las pobres lo soportaban porque por cada

quemadura el miserable les pagaba una moneda de oro.

La sala estalló en aplausos cuando el hombre que había visto marchar en carroza a la florista Lucille Lanout (cuya cabeza, con los ojos arrancados y la nariz cortada, fue encontrada después en un barril) identificó a Fechtel como aquel mismo señor que había descrito las prodigiosas facultades de su pianoforte mecánico.

Al jurado le fueron mostradas las pruebas del delito: los instrumentos de tortura y el aparato y las placas fotográficos encontrados en la habitación secreta. Luego un fotógrafo, monsieur Brulle, declaró que tres años antes había enseñado a Pierre Fechtel el arte de la fotografía.

En último lugar al jurado se le enseñó un álbum con pequeñas fotografías, que había sido encontrado en el horrible sótano. Las instantáneas no fueron mostradas ni al público ni a los periodistas, pero un miembro del jurado se desmayó y otro se puso a vomitar.

El abogado Lycole permanecía sentado, con la cabeza inclinada como hacen los estudiantes, mientras anotaba afanosamente todas las declaraciones en un cuadernillo. Cuando le enseñaron las fotografías, se puso más blanco que la tiza y se tambaleó ligeramente.

—¡Anda y admíralas, so enclenque! —chillaron en la sala.

Por la tarde, al final de la sesión, ocurrió un incidente: cuando Lycole salía de la sala, la madre de una de las niñas asesinadas se le acercó y le escupió en la cara.

El segundo día los testigos fueron interrogados por la defensa. Lycole se mostró interesado en saber si los policías le habían gritado o no al detenido.

—No, nos intercambiamos besos —respondió con sarcasmo el comisario entre las carcajadas cómplices de la sala.

Al testigo del rapto de Lucille Lanout el abogado le preguntó si había visto o no de frente al hombre con el que se había marchado la florista. No, no lo había visto, respondió el testigo, pero añadió que sí recordaba perfectamente sus patillas.

Más adelante, maître Lycole quiso saber qué tipo de instantáneas hacía Pierre Fechtel cuando aprendía fotografía en aquel curso de aficionados. Resultó que fotografiaba naturalezas muertas, paisajes y gatitos recién nacidos (esta declaración fue recibida con silbidos y mofas, a resultas de lo cual el juez ordenó desalojar a la mitad de los espectadores de la sala).

El abogado concluyó su intervención exigiendo que se llevara sala, a la fuerza si era necesario, al testigo principal, el jardinero, y la sesión fue suspendida durante una hora.

Durante la espera, el párroco local se acercó a Lycole y le preguntó si

creía en Jesús Nuestro Señor. Lycole le respondió que sí, que creía, y que Jesús enseñó a ser misericordioso con los pecadores.

Cuando se reanudó la sesión, un agente judicial informó de que el jardinero no estaba en su domicilio y de que nadie lo había visto desde hacía ya tres días. El defensor le dio las gracias amablemente y dijo que no tenía más preguntas para los testigos.

Luego llegó el momento estrella del fiscal, quien interrogó al acusado de un modo en verdad brillante. Pierre Fectel no pudo responder satisfactoriamente ni a una sola de las preguntas que se le formularon. Tragando saliva, contempló largo rato las pequeñas fotografías que le mostraron. Después aseguró que las veía por primera vez. A la pregunta de si aquel aparato fotográfico marca Weber e Hijos era o no de su propiedad, tras consultar en voz baja con su abogado, respondió que sí, que era de él, pero que hacía un año, habiendo perdido interés por la fotografía, había guardado el aparato en la buhardilla y desde entonces no lo había visto más. El fiscal inquirió si podía o no el acusado mirar a los ojos a los padres de las niñas asesinadas, y la cuestión levantó una tromba de aplausos, pero a instancias de la defensa fue retirada.

Por la tarde, cuando regresó a su posada, Étienne descubrió que su equipaje había sido arrojado por la puerta y estaba esparcido en el barro de la calle. Muerto de vergüenza, tuvo que arrastrarse a cuatro patas para recoger sus calzoncillos zurcidos y sus embarradas pecheras de camisa con los cuellos postizos de cartón.

Para contemplar esa escena se congregó una auténtica multitud que descargó sobre aquel «miserable sicario» todo tipo de imprecaciones. Cuando por fin Étienne logró meter todas sus cosas en el maletín de viaje nuevo que había comprado especialmente para la ocasión, se le acercó el posadero y le arreó dos bofetadas mientras proclamaba en voz alta:

—Toma esto, una propina que sumar a tus honorarios.

Como ninguna de las otras tres posadas de Merlen quiso aceptar a Lycole, la alcaldía puso a disposición del abogado la casita del vigilante de la estación de ferrocarril, pues el hombre se había jubilado el mes anterior sin que aún hubieran contratado a su sustituto.

A la mañana siguiente, sobre la blanca pared de la casita apareció pintada con carbón esta frase: «¡Estirarás la pata como un perro!».

Al tercer día el fiscal Renan se superó a sí mismo. Pronunció un espléndido discurso acusatorio que se prolongó desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde. En la sala la gente sollozaba y profería maldiciones. Los miembros del jurado, hombres de posición acomodada, cada uno de los

cuales pagaba no menos de quinientos francos al año de impuestos, permanecían sentados con gesto ceñudo y severo.

El abogado defensor estaba pálido y varias veces —hecho que fue advertido en la sala— miró con gesto interrogativo hacia su defendido. Pero este permanecía sentado con la cabeza encogida sobre los hombros y ocultándose el rostro con las manos. Cuando el fiscal pidió la pena de muerte, el público se puso en pie al unísono y comenzó a vociferar: «¡Pa-tí-bu-lo, pa-tí-bu-lo!». Los hombros de Fechtél comenzaron a contraerse convulsivamente y hubo que hacerle aspirar sales.

A la defensa se le concedió la palabra después del descanso para el almuerzo, a las cuatro de la tarde.

Durante un buen rato no permitieron hablar a Lycole: apostaba, el público arrastraba los pies, hacía crujir las sillas o se sonaba la nariz ruidosamente. Con el rostro purpúreo por la agitación, el abogado esperaba, arrugando las hojas que había escrito con aquella letra suya de empollón.

Sin embargo, una vez comenzó a hablar, Étienne no echó un solo vistazo a los folios. He aquí el discurso palabra a palabra; los periódicos lo publicaron en sus ediciones vespertinas junto con los comentarios más humillantes:

Su señoría, señores miembros del jurado... Mi defendido es un hombre débil, malcriado y hasta vicioso. Pero ustedes no lo están juzgando por eso... Sólo un hecho está claro: en la casa de mi defendido —o para ser más exactos, en una habitación secreta del sótano, cuya existencia Pierre Fechtél podía incluso desconocer— se cometió un crimen terrible o, mejor dicho, toda una serie de crímenes. La cuestión ahora es averiguar quién los cometió.

(Alguien en voz alta: «¡Menudo enigma!». Risas en la sala).

La defensa tiene su versión de los hechos. Sostengo que los asesinatos fueron cometidos por el jardinero Jean Voiture, la misma persona que informó a la policía de los gritos misteriosos. Este hombre odiaba a su patrón, que le había bajado el sueldo a causa de sus continuas borracheras. Hay testigos que en caso de necesidad se podrían citar para que confirmaran este extremo. El jardinero tiene un carácter extraño, insociable. Cinco años atrás lo abandonó su esposa, que se llevó a los niños. Es de sobra conocido que hombres de este tipo, como Voiture, desarrollan a menudo una tendencia enfermiza que lleva implícita una gran agresividad. Él conocía perfectamente la estructura de la casa, de manera que pudo construir fácilmente una habitación secreta sin el consentimiento del dueño. También pudo coger del desván ese aparato fotográfico, que ya aburría a monsieur

Fechtél, y aprender a utilizarlo. Como también utilizar la ropa de su patrón durante sus habituales ausencias y pegarse esas patillas postizas por las que el acusado resulta tan fácilmente reconocible. Convendrán conmigo en que si Pierre Fechtél hubiese cometido unos crímenes tan atroces, haría tiempo que se habría desembarazado de ese detalle ornamental que lo identificaba de manera tan comprometedora.

Compréndanme bien, señores miembros del jurado. Yo no estoy afirmando que el jardinero hiciera todo eso, sino únicamente que pudo hacerlo. La pregunta clave aquí es la siguiente: ¿por qué el jardinero, que en su día dio un impulso decisivo a la investigación, ha desaparecido de una manera tan repentina? La respuesta quizá sólo sea una: su temor a que durante el juicio fuese descubierto su auténtico protagonismo en este caso y recibiera su justo castigo...

(Hasta este punto maître Lycole había hablado de manera coherente e incluso con vivacidad, pero de pronto trastabilló).

Y he aquí lo que también quisiera decirles. En esta historia hay muchos pasajes poco claros. Para serles sinceros, ni yo mismo sé si mi defendido es o no culpable. Pero mientras quede una mínima sombra de duda —y en esta historia, como acabo de demostrarles, hay demasiadas dudas—, no se puede condenar a un hombre a la pena de muerte. En la facultad me enseñaron que es mejor absolver a un culpable que condenar a un inocente... Señores, eso es todo lo que deseaba decir.

A las cuatro y diez el discurso había concluido. El abogado defensor se sentó en su silla y se secó la frente perlada de sudor.

En algunos lugares de la sala se oyeron risitas, pero la impresión general del discurso fue de lo más diversa. El reportero del *Soir* escuchó (y luego lo escribió en el periódico) cómo el conocido abogado Jan van Brewern le decía a su vecino, jurista también: «Hablando en propiedad, el muchacho tiene razón. Desde el punto de vista más eximio de la jurisprudencia, me refiero. Mas en el presente caso eso no cambia nada».

El juez tocó la campanilla y sacudió la cabeza con aire de reproche en dirección a aquel defensor tan poco sólido: «Había supuesto que el alegato de maître Lycole se alargaría hasta el final de la presente sesión y que incluiría también la sesión matinal de mañana. Ahora, al no ser así, me encuentro en un apuro... De modo que declaro cerrada la sesión de hoy. Mañana por la mañana pronunciaré mis palabras de consejo a los miembros del jurado. Después, señores miembros del jurado, ustedes se retirarán para emitir su veredicto».

Pero a la mañana siguiente la sesión no llegó a celebrarse.

Por la noche se declaró un incendio. Prendieron fuego a la garita del vigilante de la estación. Maître Lycole se quemó vivo allí dentro, ya que la puerta estaba cerrada por fuera. En el muro ahumado seguía escrita aquella frase: «¡Estirarás la pata como un perro!». Nadie había tenido tiempo de borrarla. No pudo encontrarse a ningún testigo del incendio.

El proceso se interrumpió durante algunos días. En la opinión pública se produjeron ciertos cambios, casi imperceptibles mas indudables. Los periódicos volvieron a reimprimir la postrera alocución de maître Lycole, pero esta vez sin mofas y con compasivos comentarios de respetables juristas. Aparecieron conmovedores reportajes sobre la corta y penosa existencia de aquel muchacho de familia pobre, que había estudiado cinco años en la universidad para abrirse camino en la vida y que había ejercido la abogacía poco más de una semana. Retratos del joven dibujados a mano contemplaban al lector desde las columnas de los periódicos: una cara infantil con unos ojos grandes y sinceros.

El colegio de abogados publicó una declaración en defensa de un procedimiento judicial libre y objetivo, ajeno a cualquier chantaje por parte de una sociedad emotiva y partidaria del castigo inmediato.

La sesión final del juicio se celebró el día después de los funerales.

A propuesta del juez, lo primero que hicieron los presentes fue honrar la memoria de Étienne Lycole con un minuto de silencio. Todos se pusieron en pie, incluso los padres de las niñas desaparecidas. En sus palabras finales, el juez Wickxen aconsejó a los miembros del jurado que no se doblegaran a la presión exterior y recordó que, cuando se trataba de un caso de pena capital, el veredicto «culpable» sólo se consideraba efectivo cuando a su favor votaban como mínimo dos tercios del grupo.

Los miembros del jurado deliberaron durante cuatro horas y media. Siete de los doce pronunciaron la palabra «inocente» y exigieron al tribunal que dejara en libertad a Pierre Fectel por insuficiencia de pruebas.

Aquel encargo tan difícil fue ejecutado con limpieza. El cadáver del jardinero yace aún en una fosa llena de cal viva. Por lo que se refiere al joven abogado, hay que decir que murió sin miedo ni sufrimientos: Aquimas lo mató mientras dormía, antes de prender fuego a la garita del vigilante.

LA TRINIDAD

1

En el año en que cumplió sus cuarenta abriles, Aquimas Welde comenzó a pensar si no habría llegado ya la hora de abandonar sus negocios.

No, no era que su trabajo lo hastiara. Como antes, seguía proporcionándole satisfacciones y obligaba a su sosegado corazón a latir un poco más deprisa. Tampoco era que hubiera perdido la forma: al contrario, estaba en el cénit de su madurez y maestría.

La causa era otra. Su trabajo había perdido todo sentido.

El proceso del asesinato en sí no le producía placer, salvo aquellos escasísimos casos en los que se mezclaba algo personal.

Por lo que se refería a los homicidios, la cuestión era bien sencilla. Aquimas se sentía solo en el universo, aunque rodeado por todos lados por las más diversas formas de «vida extraña»: por plantas, animales y personas. Esa vida se encontraba en movimiento constante: nacía, crecía y se extinguía. Resultaba interesante observar sus metamorfosis y, más aún, influir en ella a través de sus propias acciones. Si se pisoteaba algo vivo en alguna parte del universo, en conjunto era poco lo que cambiaba: con su arrebatadora tenacidad, la vida tapaba de inmediato la brecha formada. A veces a Aquimas le parecía que la vida era un césped que crecía impetuosamente, donde él segaba la línea de su destino particular. Para ese menester se exigía delicadeza y hacer las cosas con cálculo: no debía olvidar las hierbecillas molestas, pero tampoco tocar las demás, para no alterar un contorno limpio y homogéneo. Si echaba la mirada hacia atrás, hacia el camino recorrido, Aquimas no veía la hierba segada, sino la trayectoria ideal de su movimiento. Hasta entonces, en su trabajo siempre había tenido dos estímulos: encontrar la solución del problema y ganar dinero.

El primer estímulo ya no lo divertía tanto como antes: eran pocos los encargos que le resultaran verdaderamente difíciles e interesantes de solucionar.

También el segundo estímulo iba perdiendo gradualmente sentido para él.

En la cuenta cifrada de un banco de Zúrich tenía depositados casi siete millones de francos suizos. En Londres, en la caja fuerte del banco Bering, tenía a buen recaudo acciones y lingotes de oro por valor de setenta y cinco mil libras esterlinas.

¿Tanto dinero podía necesitar un hombre que no coleccionaba obras de

arte ni brillantes, ni construía ningún imperio financiero, ni estaba obcecado en ambiciones políticas?

Los gastos de Aquimas se mantenían estables: doscientos o trescientos mil francos al año se le iban en gastos corrientes, más otros cien mil como importe del mantenimiento de la villa. La residencia había sido pagada enteramente hacía ya dos años, en total dos millones y medio de francos. Cara, naturalmente, pero a los cuarenta años un hombre debe poseer su propia casa. Si el hombre es de una madera especial, no tiene por qué tener familia, pero una casa sí que es necesaria.

Aquimas estaba satisfecho con su morada. La villa se adecuaba por completo al carácter de su propietario.

La mansión de mármol blanco se adhería al borde mismo de una estrecha roca, levantada sobre el lago de Ginebra. De ese lado, una extensión vacía, abierta; del otro, cipreses. Tras los cipreses, un alto muro de piedra; detrás del muro, una caída abrupta hacia el valle.

Aquimas podía sentarse durante horas en el porche que se suspendía sobre la plana superficie del agua, contemplando el lago y las lejanas montañas. El lago y las montañas eran también una forma de vida, mas sin las agitaciones y los tráfigos que soportaban la fauna y la flora a ellos inherentes. Influir en esa forma de vida resultaba difícil. Su curso no dependía de Aquimas y por eso le provocaba respeto.

En el jardín, entre los árboles, blanqueaba un elegante pabellón con unas torrecillas redondas en los ángulos. En él vivía la circasiana Leila. Aquimas la había llevado hasta allí el otoño anterior desde Constantinopla. Hacía tiempo que había acabado con la agencia parisina y el relevo mensual de profesionales porque llegó un momento en que a Aquimas dejaron de parecerle diferentes. Se le había formado un gusto definido.

Y su gusto era este: la mujer debía ser hermosa, pero sin afectación; con gracia innata; no demasiado habladora; apasionada, pero sin llegar a ser molesta; poco curiosa y, lo más importante, debía ser poseedora de ese instinto femenino que le permitiera intuir el humor y los deseos de su hombre sin posibilidad alguna de error.

Leila era casi ideal. Podía pasarse todo el día, de la mañana a la noche, peinando sus largos cabellos negros, cantando o jugando sola a los nardos. Nunca se enfadaba, nunca exigía su atención. Además de la lengua materna, sólo conocía el turco y el checheno, por lo que Aquimas era el único que podía hablar con ella. Con la criada, Leila se entendía por gestos. Y si Aquimas deseaba distraerse, ella conocía infinidad de fascinantes historias de la vida de Constantinopla: hasta entonces, Leila había vivido en el harén del gran visir.

En los últimos tiempos, Aquimas raramente aceptaba trabajo, dos o tres

al año. Y lo hacía o por mucho dinero o por algún premio especial. En marzo, por ejemplo, había recibido un misterioso encargo del gobierno italiano: encontrar y eliminar al anarquista Gino Zappa, alias *Chacal*, que pretendía asesinar al rey Humberto. El terrorista estaba considerado extremadamente peligroso y era imposible detenerlo.

El caso resultó fácil en sí: los ayudantes de Aquimas encontraron la pista de Chacal y Aquimas sólo tuvo que ir a Lugano y apretar el gatillo una vez. Pero lo más curioso de todo fue el pago que le dieron. Aquimas recibió, en primer lugar, un pasaporte diplomático italiano a nombre del *cavaliere* Welde, y, en segundo lugar, el derecho de compra de la isla de Santa Croce, situada en el mar Tirreno. Si Aquimas decidiera utilizar el derecho y comprara aquel pedazo de tierra, no sólo recibiría el título de conde de Santa Croce, sino además un derecho de extraterritorialidad, lo que resultaba especialmente atractivo. ¿Ser él mismo el soberano, la policía y la ley? Mmm...

Tentado por la curiosidad, Aquimas fue a echarle un vistazo a la isla y se quedó prendado de ella. No tenía nada de especial, tan sólo peñascos, un par de bosquecillos de olivos y una ensenada. En una hora se podía recorrer toda la isla por la costa. En los últimos cuatrocientos años nadie había vivido allí, sólo de vez en cuando los pescadores arribaban a ella para proveerse de agua potable.

A Aquimas el título condal le atraía bien poco, y eso que en los viajes por Europa a veces un título rimbombante tenía su utilidad. Pero ¿una isla de su propiedad?

Allí podía estar a solas con el mar y el cielo. Allí podía crear un mundo propio, que sólo le perteneciera a él. Una posibilidad de lo más sugestiva.

Un lugar perfecto para retirarse. Navegar a vela, cazar cabras montesas, sentir que el tiempo se detenía hasta no distinguirse de la eternidad...

Ya estaba bien de aventuras, ya no era un niño.

E incluso, ¿por qué no formar una familia?

No es que pensara en serio lo de formar una familia, tan sólo se lo planteaba como una especie de gimnasia mental. Aquimas sabía que nunca tendría una familia. Temía que, de abandonar su soledad, comenzara a temer la muerte. Como la temían los demás.

En esos momentos la muerte no le inquietaba lo más mínimo. Ese hecho era el basamento sobre el que se cimentaba el robusto edificio llamado Aquimas Welde. Que un día su pistola marrara el tiro o que su víctima resultara extremadamente hábil y afortunada... Bien, entonces Aquimas moriría, eso era todo. Significaría que todo habría dejado de existir. Un clásico, puede que Epicuro, lo había dicho ya todo a ese respecto: «Mientras yo esté, la muerte no existe, y cuando ella llegue, ya no estaré yo».

Aquimas Welde ya había vivido y visto lo suficiente. Sólo desconocía el

amor, pero eso era una consecuencia de su profesión. El afecto debilita y el amor te deja indefenso por completo. Sin embargo, Aquimas era invulnerable. ¡Anda, ve e intenta cazar a un hombre que nada teme, ni por nada ni por nadie siente apego!

Pero una isla de su propiedad... Había que pensar esa cuestión con detenimiento.

Aunque aparecía un problema: el financiero. La compra del privilegio resultaba cara, tendría que destinar los depósitos de los bancos de Zúrich y Londres. ¿Y con qué medios adecentaría después su condado? Podía vender la villa de Ginebra, pero eso, quizá, no bastase. Para una compra como aquella debía disponer de un capital más sustancioso.

¿Y no sería mejor borrar esa fantasía de su cabeza?

Sin embargo, aquella isla era mucho más que su roca y el mar mucho más que un lago. ¿Se puede uno contentar con lo pequeño si te ofrecen lo grande?

Pensamientos como esos eran los que ocupaban a Aquimas cuando el hombre de la máscara fue a visitarlo.

Todo comenzó cuando Archibald, el mayordomo, le entregó una tarjeta de visita: un trozo de cartoncito blanco con una corona dorada y unos lazos góticos que decía: «Barón Evgenius von Steinitz». Adjunta a la tarjeta, había una nota escrita en alemán:

El barón Steinitz ruega al señor Welde que lo reciba hoy a las diez de la noche por un asunto confidencial.

Aquimas reparó en que el borde superior de la nota había sido recortado. Quedaba claro que el futuro visitante no deseaba que Aquimas viera el monograma, y eso quería decir en realidad que si era «von», en cualquier caso no era «Steinitz».

El visitante llegó a las diez en punto, ni un minuto antes ni un minuto después. Tal puntualidad permitía presuponer que se trataba realmente de un alemán. El barón ocultaba el rostro tras una máscara de terciopelo, circunstancia por la que el huésped pidió disculpas cortésmente, apelando a la extrema delicadeza del asunto. Aquimas no advirtió nada especialmente llamativo en el aspecto de Von Steinitz: cabellos rubios, patillas bien cuidadas, nerviosos ojos azules... El barón vestía capa, sombrero de copa, camisa almidonada con corbata blanca y frac de color negro.

Tomaron asiento en el porche. Abajo titilaba el lago iluminado por la luna. Von Steinitz no dedicó una sola mirada a aquel sereno paisaje, pues se limitó a observar en todo momento a Aquimas a través de las ranuras de su máscara de opereta. Tampoco se dio prisa en iniciar la conversación: cruzó una pierna sobre la otra y encendió un puro.

Aquimas, que ya había asistido a ese tipo de situaciones multitud de veces, esperó a que el visitante se decidiera a comenzar.

—Recurro a usted por recomendación del señor Du Vallet —dijo al fin el barón—. Me rogó que le transmitiera sus respetos y sus deseos de que goce de una plena..., no, mejor dicho, de una completa felicidad. —Al escuchar el nombre de su intermediario en París y su contraseña, Aquimas asintió en silencio—. Vengo por un asunto de enorme importancia y de una confidencialidad extrema —le informó Von Steinitz con voz queda.

—Justo el tipo de asuntos por los que habitualmente se dirigen a mí —observó Aquimas impasible.

Hasta entonces la conversación se había desarrollado en alemán. De repente, el visitante cambió al ruso. Hablaba sin acento, con corrección, tan sólo con un ligero defecto al pronunciar la ele:

—Habría que llevar a cabo «ev» trabajo en Rusia, en Moscú. Es imprescindible que ejecute «va» empresa un extranjero que conozca bien «va vengua» y «vas» costumbres rusas. Usted se adapta perfectamente a esas exigencias. Nos hemos informado de ello.

¿Que se habían informado? ¿Y además «nosotros»? A Aquimas aquello no le gustó. Quiso interrumpir la conversación inmediatamente, antes de que el huésped diera más detalles, pero en ese preciso momento el «dislábico» añadió:

—Por «va» realización de este «difíciv» y «devicado» trabajo usted recibirá un millón de francos franceses por «adevantado», y «av» cumplimiento de nuestro..., mmm..., contrato un millón de rublos.

Eso cambiaba el asunto. Una suma como esa sería un digno colofón a su brillante carrera profesional. Aquimas recordó de pronto el caprichoso contorno de Santa Croce, cuando la isla se dibujó por primera vez en el horizonte: parecía un sombrero hongo extendido sobre terciopelo verde.

—Señor, usted es un intermediario —repuso secamente y en voz baja, en alemán—. Y yo tengo por norma llevar estos asuntos directamente con el contratante. Estas son mis condiciones. Deberán transferir inmediatamente el anticipo convenido a mi cuenta de Zúrich. Una vez hecha la transferencia, me entrevistaré con mi cliente en el lugar que le convenga y me expondrá todos los detalles del encargo. Si por alguna razón esos detalles no me convinieran, yo les devolvería la mitad del anticipo.

El «barón Evgenius von Steinitz» hizo un gesto de protesta con una de sus bien cuidadas manos (en el dedo anular brilló un antiquísimo zafiro), pero Aquimas ya se había puesto en pie.

—Hablaré sólo con el interesado. Si no es así, vaya buscando otro ejecutor.

La entrevista con el cliente se celebró en San Petersburgo, en un tranquilo callejón adonde fue conducido Aquimas en un faetón cubierto. El coche serpenteó largo rato por las calles, con las cortinas de las ventanillas corridas por completo. Aquella precaución hizo sonreír a Aquimas.

No trató de memorizar el itinerario a pesar de conocer al dedillo la geografía de la capital rusa: hubo un tiempo en que tuvo vahos contratos importantes en la ciudad. No sentía ninguna necesidad de mirar a hurtadillas por las rendijas o contar los giros que daba el carruaje. Aquimas se había preocupado de su seguridad: se había armado de manera pertinente y además llevaba consigo a cuatro ayudantes.

Los asistentes habían viajado a Rusia con él, en el vagón contiguo, y en ese instante seguían al faetón en dos calesas. Eran profesionales y Aquimas sabía que no lo dejarían en la estacada ni se dejarían descubrir.

El faetón se detuvo. El silencioso cochero que había recibido a Aquimas en la estación y que, a juzgar por su porte marcial, no debía de ser un postillón profesional, abrió la puertecilla y, con un gesto, le ordenó que lo siguiera.

En la calle no había un alma. La casa era de un solo piso. Discreta pero limpia. Sólo un detalle resultaba extraño: a pesar de ser verano, las ventanas estaban cerradas y las cortinas corridas. Una se agitó ligeramente y los delgados labios de Aquimas de nuevo se ensancharon en una sonrisa. Aquellas argucias de aficionado comenzaban a divertirlo. Estaba claro: se trataba de aristócratas jugando a la conspiración.

El guía lo condujo a través de una serie de habitaciones oscuras e intercomunicadas. Se detuvo delante de la última y le franqueó el paso. Aquimas entró. Las hojas de la puerta se cerraron a sus espaldas y se oyó el giro de una llave.

Aquimas miró a su alrededor con interés. La habitación resultaba de lo más singular: no tenía una sola ventana. Los únicos muebles eran una mesa pequeña y circular y, junto a ella, dos sillones de alto respaldo. Contemplar la estancia se hacía verdaderamente difícil, ya que ardía una sola vela y su débil luz no alcanzaba los rincones, que desaparecían en las tinieblas.

Aquimas esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad y luego recorrió las paredes con mirada experta. No advirtió nada sospechoso: ni ventanucos ocultos desde donde lo pudieran apuntar con un arma, ni puertas suplementarias. Sin embargo, descubrió que en el rincón más alejado había

otra silla.

Aquimas se sentó en un sillón. Pasados tres minutos, la puerta se abrió y entró un hombre alto. No quiso utilizar el segundo sillón, cruzó la habitación y, sin saludar, se sentó en la silla.

El cliente no era tan simple como parecía. Aquella era una treta magnífica: Aquimas estaba sentado bien a la vista, alumbrado por la vela, y su interlocutor quedaba oculto en la espesa oscuridad. No se le veía ni la cara, sólo su silueta.

A diferencia del «barón Von Steinitz», el cliente no perdió tiempo y abordó inmediatamente el asunto.

—Quería usted reunirse directamente con su cliente —dijo el hombre desde el rincón, en ruso—. Como ve, he aceptado. Ahora no me decepcione, señor Welde. No voy a presentarme, para usted seré sencillamente monsieur NN.

Por su acento supo que era un personaje de la alta sociedad. Al oído sonaba como un hombre de unos cuarenta años. O quizá tuviese menos: era una voz acostumbrada a mandar, y esas voces siempre suenan más adultas. Por sus maneras, era un hombre serio.

Conclusión: si se trataba de un complot aristocrático, no iba en broma.

—Exponga el fondo del asunto —exigió Aquimas.

—Habla bien el ruso —comentó la sombra asintiendo con la cabeza—. Me han informado de que en el pasado fue usted súbdito ruso. Eso nos viene de perlas. Así no harán falta aclaraciones innecesarias. Al menos, en todo caso, comprenderá cuán importante es la persona a la que es preciso asesinar.

Aquimas tomó nota de aquella sorprendente claridad expresiva: en su vocabulario no había lugar para eufemismos, nada de «apartar», «anular» o «neutralizar».

Acto seguido monsieur NN, con la misma fluidez de palabra, sin pausa alguna, añadió:

—Se trata de Mijail Soboliev.

—¿Ese al que llaman el General Blanco? —quiso precisar Aquimas—. ¿El héroe de las últimas campañas militares, el jefe más popular del ejército ruso?

—Sí, el general edecán Soboliev, comandante en jefe del Cuarto Cuerpo del Ejército —confirmó la impasible silueta.

—Le ruego que me disculpe, pero debo contestar con una negativa —repuso Aquimas, que cruzó los brazos sobre el pecho.

En la ciencia de los gestos, aquella pose significaba tranquilidad y una voluntad inflexible. Bueno, y además de eso, que los dedos de su mano derecha reposaban sobre la culata de un pequeño revólver que guardaba en

un bolsillo especial de su chaleco. El arma respondía al nombre de Velodog y había sido diseñada para los ciclistas que eran acosados por perros vagabundos. Cuatro balitas de cabeza redonda y del calibre veintidós. Una chuchería, cierto, pero podía resultar de lo más útil en situaciones como esa.

La negativa a ejecutar un trabajo después de que la víctima hubiera sido identificada resultaba un momento peligrosísimo. Si la situación se complicaba, Aquimas había decidido actuar de la siguiente manera: antes de nada, descerrajar a su cliente una bala en la frente, y luego saltar raudo al rincón más oscuro. Allí no sería nada fácil cazar a Aquimas.

Como a la entrada no lo habían cacheado, tenía su arsenal al completo: tanto el Colt que le habían hecho por encargo personal, como el cuchillo arrojadizo y la navaja de muelle española. Con esas armas podría resistir un par de minutos, y después sus ayudantes acudirían al oír los disparos. Así que Aquimas estaba tenso, pero no preocupado.

—¿Acaso también usted figura entre los partidarios de Soboliev? —le preguntó el cliente con enfado.

—No tengo nada que ver con Soboliev, sólo soy partidario del buen juicio. Y el buen juicio me ordena no aceptar encargos que presupongan la posterior eliminación del agente ejecutor, es decir, en este caso, mi eliminación. Después de operaciones de tamaño dimensión no se dejan testigos. Le aconsejo que busque a alguien entre los novatos. Un asesinato político corriente no es un asunto tan complicado.

Aquimas se levantó y retrocedió con cautela hacia la puerta, dispuesto a disparar en cualquier momento.

—Siéntese. —Con gesto imperioso, el hombre del rincón le señaló de nuevo el sillón—. No necesito a un novato, sino al mejor en su oficio, porque este trabajo es de lo más complejo. Ya lo comprobará usted. Pero antes le expondré ciertas circunstancias que despejarán cualquier sospecha.

Se notaba claramente que monsieur NN no acostumbraba dar explicaciones y que hacía esfuerzos por contenerse y no montar en cólera.

—Esto no es un asesinato político ni un complot. Al contrario, el conspirador y el delincuente político es Soboliev, a quien los laureles del Corso no conceden sosiego. Nuestro héroe está maquinando nada más y nada menos que un golpe militar. En el complot participan los oficiales de su cuerpo del ejército y también antiguos compañeros de armas del general, muchos de ellos destinados actualmente en la Guardia Imperial. Pero lo más peligroso de todo es que Soboliev no sólo es popular en las filas del ejército, sino en todas las capas de la sociedad; mientras nosotros, el palacio y el gobierno, sólo despertamos el descontento de unos y la abierta enemistad de los otros. El prestigio de la casa imperial cayó mucho después del vergonzoso acoso contra el autócrata, que terminó con su muerte.

¡Despedazaron al ungido de Dios como a una liebre en una cacería de perros!

La voz del orador se empapó de una amenazadora intensidad y, al instante, se oyó rechinar la puerta a espaldas de Aquimas. Aquel para quien el palacio y el gobierno entraban en la categoría del «nosotros» hizo un gesto impaciente con una mano enfundada en un guante blanco, y la puerta volvió a cerrarse. Después el misterioso caballero siguió hablando ya más tranquilo, sin ira.

—Conocemos el plan de los conjurados. En este momento Soboliev está dirigiendo unas maniobras cuyo verdadero objetivo no es otro que ensayar el golpe de estado. Después, en compañía de sus secuaces, llegará a Moscú, donde, lejos de San Petersburgo, se entrevistará con algunos de los generales de la Guardia para asegurarse su apoyo y elaborar un definitivo plan de acción. El golpe tendrá lugar a primeros de julio, durante una revista militar en el palacio de Tsarskoie Seló. Soboliev tiene la intención de retener a los miembros de la familia imperial bajo una «tutela temporal» por su propio bien y en nombre de la salvación de la patria. —En su voz resonó un penoso sarcasmo—. La patria misma será declarada en peligro inminente y habrá que proclamar la dictadura militar. Existen serias sospechas para suponer que ese insensato proyecto será apoyado por un sector significativo del ejército, la nobleza, la burguesía e incluso del campesinado. ¡El General Blanco se ajusta a la perfección a ese papel de salvador de la patria!

Monsieur NN se levantó y comenzó a pasearse con despecho a lo largo del muro a la vez que hacía crujir sus dedos. Como antes, se mantenía en la sombra, sin mostrar su rostro. Aquimas sólo pudo distinguir su aristocrática nariz y sus espléndidas patillas.

—Por tanto, señor Welde, sepa que en el caso que nos ocupa usted no cometería ningún delito porque Soboliev ha sido condenado a muerte por un tribunal del que formaron parte los más altos dignatarios del imperio. De entre los veinte jueces designados por el zar, diecisiete de ellos votaron por la pena capital. Y el fallo ya ha sido ratificado por el emperador. El juicio fue secreto, pero no por ello menos legal. El caballero que usted tomó por intermediario fue uno de los jueces y actuó en interés de la paz y la seguridad internacional en Europa. Como usted seguramente sabrá, Soboliev es el líder del belicoso partido proeslavo, de manera que su llegada al poder llevaría inevitablemente a una guerra contra Alemania y el Imperio Austrohúngaro. —El hombre de Estado se detuvo y fijó la mirada en su imperturbable interlocutor—. De ahí que no deba en absoluto temer por su vida. Usted no está tratando con delincuentes, sino con el poder supremo de un gran imperio. No se le está ofreciendo el papel de asesino, sino el de verdugo... ¿Le ha satisfecho mi explicación?

—Supongamos que sí. —Aquimas colocó las manos de nuevo sobre la mesa. Al parecer, a corto plazo no se preveía ningún tiroteo—. Pero ¿en qué estriba la complejidad de este asunto? ¿Por qué no pueden envenenar al general o, en el peor de los casos, matarlo a tiros?

—Ah, entonces, acepta... —Monsieur NN asintió satisfecho con la cabeza y volvió a sentarse en la silla—. Ahora le explico por qué necesitamos a un especialista competente. Empezaré diciendo que acercarse a Soboliev resulta bastante difícil. Edecanes y ordenanzas que le son fanáticamente fieles lo custodian día y noche. Además, no podemos matar a Soboliev ante los ojos del pueblo: Rusia entera se rebelaría. Debe morir de manera natural, sin dar pie a ambigüedades o sospechas. Pero eso no es todo. Nosotros mismos podríamos eliminar al malhechor envenenándolo. Sin embargo, el complot está ya muy avanzado. Incluso puede que la muerte del caudillo no detenga a los conjurados. Llevarán su tarea hasta el final, conscientes de que actúan cumpliendo los deseos de Soboliev. Es muy probable que no logren nada sin su jefe, pero Rusia se sumergiría en un caos sangriento y el poder supremo quedaría definitivamente comprometido. Comparados con los seguidores de Soboliev, los decembristas no eran más que unos chicos revoltosos. Y ahora le expondré la misión en toda su intrincada complejidad.

Y, segando las tinieblas a manotazos de su guante blanco, expuso el plan de manera enérgica y escueta:

—Hay que destruir a Soboliev de manera que al gran público su muerte le parezca natural y no provoque ninguna revuelta. Organizaremos en su honor unos suntuosos funerales, le levantaremos un monumento, incluso bautizaremos con su nombre algún navío de guerra. No debemos privar a Rusia de su único héroe nacional. Pero, al mismo tiempo, Soboliev debe morir de tal manera que sus cómplices queden completamente desmoralizados y no puedan utilizar en lo sucesivo el estandarte que él simbolizaba. Si deja de ser el héroe que es ante los ojos de las masas, tiene que perder su aureola entre los conspiradores. Comprenderá, por tanto, que una tarea así no sea para un novato... Pero dígame, en general, ¿la ve usted factible o no?

Por primera vez, en la voz del que hablaba sonó un eco parecido a la inseguridad.

Aquimas le preguntó:

—¿Cuándo y de qué manera recibiré el resto del pago?

Monsieur NN suspiró aliviado y contestó:

—Cuando Soboliev llegue a Moscú, llevará consigo el dinero para financiar la conjura, cerca de un millón de rublos. La preparación del golpe exige muchos gastos. Cuando elimine a Soboliev, usted se puede quedar con el dinero. Espero que sabrá arreglárselas sin problemas en ese asunto...

—Por el calendario ruso, hoy es veintiuno de junio. Y dice usted que el golpe está fijado para comienzos de julio. ¿Cuándo llegará Soboliev a Moscú?

—Mañana. A más tardar, pasado mañana. Y estará allí hasta el veintisiete. Luego pasará por su finca de Riazán y desde allí vendrá inmediatamente a San Petersburgo. Sabemos que tiene concertadas entrevistas con los generales los días veinticinco, veintiséis y veintisiete. Irán desde San Petersburgo hasta Moscú especialmente para la ocasión... Bueno, no le voy a dar nombres innecesarios. Sin Soboliev, esos hombres no son peligrosos. Con el tiempo los retiraremos tranquilamente y sin hacer ruido. Pero sería mejor que Soboliev no llegara a verse con ellos. No queremos que generales eméritos manchen sus hojas de servicio con un acto de traición al Estado.

—En sus circunstancias, no deberían permitirse delicadezas de ese tipo. —Aquimas no pudo evitar mostrarse brusco. El encargo era ya bastante difícil de por sí sin aquella rigidez suplementaria de plazos—. Quiere usted que haga el trabajo antes del veinticinco de junio, es decir, que me da sólo tres días. Un tiempo exiguo. Lo intentaré, mas no le prometo nada.

Ese mismo día, Aquimas despachó a sus ayudantes después de pagarles, pues ya no necesitaba sus servicios.

En cuanto a él, esa misma noche tomó el tren hacia Moscú.

Según la clasificación elaborada en su día por Aquimas, ese encargo se encasillaba dentro de la cuarta categoría, la de mayor dificultad: asesinato encubierto de una persona ilustre en unos plazos extremadamente restringidos y con condiciones suplementarias.

Las dificultades eran tres.

Primera: la escolta era fuerte y devota.

Segunda: había que fingir una muerte natural.

Tercera: la muerte debía parecer digna a los ojos del gran público y vergonzosa para el reducido círculo de los partidarios de la víctima.

Resultaba interesante.

Aquimas se tumbó cómodamente en el pequeño diván aterciopelado de su compartimiento de primera clase, saboreando por anticipado el fructífero trabajo mental que tenía por delante. Las diez horas de travesía debían bastarle. Para él, dormir no era tarea obligada: en caso de necesidad, podía prescindir del sueño durante tres o cuatro días gracias a su tío Hassan y sus enseñanzas.

«*Also, der Reihe nach*»^[3].

Sacó la información que, a petición propia, le había facilitado su cliente. Se trataba de un dossier completo sobre Soboliev, elaborado —eso resultaba evidente— a lo largo de varios años: una biografía de lo más detallada con la relación de los servicios militares prestados, sus aficiones, contactos, etc... Entre esos datos no descubrió ningún vicio útil que pudiera utilizar: su posible víctima no era jugador, ni opiómano, ni alcohólico. En su ficha personal predominaba la palabra «excelente»: un excelente jinete, un excelente tirador, un excelente jugador de billar... Bien, bien.

Aquimas pasó al apartado «aficiones». Bebía con moderación, su vino preferido era el Château d'Yquem; fumaba puros brasileños; le encantaban las romanzas rusas, especialmente *La retama* (una composición del maestro I. Surikov)... Bien, bien.

«Hábitos íntimos». ¡Ay! Ahí lo esperaba una decepción. No era invertido, ni seguidor del marqués de Sade, ni pederasta. En el pasado, cierto, había sido un famoso rompecorazones, pero en los últimos dos años se había mantenido fiel a su amante, Ekaterina Golovina, maestra de una escuela para señoritas. Constaba que hacía un mes le había propuesto legalizar su situación, pero Golovina, por razones desconocidas, le había respondido con una negativa y sus relaciones se habían interrumpido... ¡Ah, ahí sí había algo que se podía utilizar!

Aquimas miró por la ventana con aire pensativo. Luego cogió el siguiente documento, que incluía los nombres y las características personales de los oficiales del séquito de Soboliev. En su mayoría, gente experta, curtida en la batalla. Durante

sus viajes, al general lo acompañaban como mínimo siete u ocho hombres. Soboliev no iba solo a ningún sitio. Una mala noticia. Pero peor aún era el hecho de que la comida que tomaba el general fuera catada previamente, no por una, sino por dos personas: por su primer ordenanza, el capitán de cosacos Gukmasov, y por su ayuda de cámara.

Sin embargo, la única manera de simular una muerte natural que no despertara sospechas era el veneno. Un accidente desgraciado no le servía: eso siempre olía a chamusquina.

¿Cómo le iba a suministrar el veneno a su víctima evitando todos aquellos controles? ¿Qué persona podía estar más cerca de Soboliev que su ordenanza o su ayuda de cámara?

Resultaba que nadie. En Minsk la víctima tenía un amor, y, naturalmente, de sus manos comería cualquier cosa sin que nadie la probara de antemano. Pero aquellas relaciones se habían roto.

Aunque... *stop!* Sus pensamientos iban por el buen camino. Quien más se puede acercar a un hombre es una mujer, incluso una recién conocida. Claro que con la condición de que exista un contacto amoroso. En esas circunstancias, hasta los ordenanzas y ayudas de cámara deben esperar al otro lado de la puerta.

Entonces, ¿cuándo había roto Soboliev con su amante? Hacía un mes. Por lo tanto, debía de estar hambriento. Durante las maniobras no había tenido tiempo para amores; de no ser así, habría constado en el dossier. Y el general era un hombre pletórico, un hombre en la plenitud de la vida. Y además andaba tramando un plan arriesgado que nadie sabía cómo acabaría...

Aquimas entornó los párpados.

Frente a él, en el mismo compartimiento, tomaba asiento una dama con su hijo, alumno de una escuela militar, al que la madre intentaba persuadir a media voz de que se portara bien y no remoloneara.

—Serg, ya ves que ese señor está trabajando y tú lo molestas con tus caprichos... —lo reprendió la dama en francés.

El muchacho observó al distinguido señor de cabellos rubios, que vestía una chaqueta gris de buena calidad. El germano había desplegado unos aburridos documentos sobre las rodillas y balbucía con los labios. Miró de reojo al cadete y de repente le hizo un guiño con un ojo blancuzco.

Serg arrugó la frente.

«El famoso Aquiles ruso también tiene su talón, y no demasiado original», concluyó Aquimas. No había que perderse en sutilezas; no se trataba de inventar la pólvora. Cuanto más simple fuera el plan, más seguro.

El esquema lógico de actuación se construyó por sí solo:

1) Una mujer era el cebo idóneo para un hombre fuerte con el carácter de Soboliev, harto de tanta abstinencia.

2) El procedimiento más sencillo para suministrar veneno a su víctima era a

través de una mujer.

3) El desenfreno pasional estaba considerado en Rusia algo ignominioso o, en cualquier caso, algo impropio de un héroe nacional. Que un héroe no muriese en el campo de batalla, ni siquiera en el catre de un hospital, sino que expirase en un lecho de disipación y, aún peor, con una prostituta, era, según los parámetros rusos: a) indecente, b) cómico o c) sencillamente estúpido. Una cosa así no se la perdonaban a los héroes.

El resto de la tarea correría a cargo del séquito de Soboliev. Sus edecanes harían todo lo posible por ocultar las vergonzosas circunstancias del fallecimiento del General Blanco a ojos del gran público. Por el contrario, entre los suyos, entre los conjurados, el rumor se extendería inmediatamente. Sin su caudillo sería difícil que se decidieran a emprender algo contra el zar y mucho menos si sobre sus cabezas no ondeaba un estandarte honorable, sino una sábana sucia. El General Blanco perdería toda blancura a ojos de sus fieles.

Y bien, ya había pergeñado el método. En ese momento sólo faltaba la técnica que debía emplear.

En su maleta, entre otros útiles, Aquimas guardaba un buen catálogo de preparados químicos. Para ese caso lo ideal sería un extracto de helecho amazónico. Dos gotas de aquel líquido incoloro y casi insípido bastarían para que cualquier hombre sano, a la más insignificante aceleración de los latidos del corazón, sufriera una parálisis respiratoria y la rotura del músculo cardíaco. En esas circunstancias, la muerte parecería del todo natural y a nadie se le ocurriría sospechar que hubiera sido envenenado. En cualquier caso, pasadas dos o tres horas resultaría imposible descubrir el más mínimo rastro de veneno.

Era un preparado eficaz que Aquimas ya había probado en más de una ocasión. La última vez el año anterior, cumpliendo el encargo de un tunante londinense que deseaba librarse de su tío millonario. La operación fue ejecutada de una manera sencilla y elegante. El amantísimo sobrino organizó un almuerzo en honor de su querido pariente. Entre los invitados también estaba Aquimas. Primero bebió con el viejo el champaña envenenado y luego, escogiendo el momento oportuno, le susurró al millonario que su sobrinito lo quería asesinar. El tío se puso rojo como la grana, se llevó una mano al corazón y se desplomó en el suelo como si le hubieran segado las piernas. La muerte ocurrió ante los ojos de una docena de testigos. Aquimas regresó a su hotel a paso tranquilo y pausado, haciendo tiempo para que el veneno se disolviera y perdiera fuerza.

Aquella víctima era un hombre mayor y de salud frágil. Pero la experiencia demostraba que el preparado actuaba también sobre un hombre joven y fuerte cuando la tensión de su pulso sanguíneo alcanzaba entre los ochenta y ochenta y cinco latidos por minuto.

Por lo tanto, la pregunta que había que plantearse era la siguiente: ¿se desbocaría la sangre del heroico general hasta alcanzar los ochenta y cinco latidos por minuto en

el éxtasis de la pasión amorosa?

Respuesta: pues claro, seguro que se desbocaría; si no, no se trataría de una pasión. Especialmente, si el objeto que provocaba aquel frenesí se mostraba lo suficientemente fogoso.

En ese punto sólo quedaba una minucia: encontrar a la cortesana idónea.

Siguiendo las instrucciones, Aquimas se alojó en Moscú en el moderno y elegante hotel Metropol haciéndose pasar por el comerciante Nikolai Nikolaievich Klonov, de Riazán.

Marcando el número que le había facilitado monsieur NN, telefoneó al representante de su cliente en Moscú, a quien debía llamar «señor Nemo». Aquellos absurdos apodos ya no le parecían a Aquimas tan ridículos: estaba claro que allí no se andaban con bromas.

—¿Diga? —susurró una voz en el auricular.

—Soy Klonov —respondió Aquimas por el aparato—. Quisiera hablar con el señor Nemo.

—¿Diga? —repitió la voz.

—Dígale que me envíe urgentemente una descripción física de Ekaterina Golovina.

Aquimas pronunció una vez más el nombre de la amante de Soboliev y cortó la comunicación.

Mmm... Sí, aquellos defensores del trono no se daban mucha maña como conspiradores. Aquimas cogió la guía telefónica que le había pedido al *kellner* del hotel y comprobó qué abonado figuraba con el número 211. Era el consejero adjunto Piotr Parmienovich Jurtinski, jefe de la sección secreta de la cancillería del gobierno general de Moscú. No estaba mal.

Dos horas más tarde, un correo entregaba un telegrama sellado en el hotel. El texto era breve:

Rubia, ojos azul grisáceo, nariz ligeramente respingona, delgada, esbelta, metro sesenta de estatura, busto pequeño, cintura estrecha, un lunar en la mejilla derecha, una cicatriz en la rodilla izquierda a consecuencia de una caída de caballo. NN.

Lo de la rodilla izquierda y el lunar sobraba. Lo importante era la definición del tipo de la muchacha: una rubia cacoquímica de estatura media.

—Dime, amigo, ¿cómo te llamas? —le preguntó el «número diecinueve» al *kellner* mirándolo de manera vaga, con cierto embarazo.

El empleado, hombre experimentado, conocía muy bien aquel tono y aquella expresión. Así que borró la sonrisa de su cara para no azorar al cliente con una sagacidad excesiva y respondió:

—Timofei, señorita. ¿Ordena algo?

El «diecinueve» (un comerciante de primera categoría de la ciudad de Riazán, según el libro de registro) apartó a Timofei del mostrador, lo llevó hacia la ventana y le metió un rublo en el bolsillo.

—Me aburro, hermano. Estoy solo. ¿Cómo... podría divertirme un poco?

El comerciante agitó sus rubias pestañas y se sonrojó. Resultaba agradable hacer negocios con un hombre tan delicado. El mozo hizo un gesto con los brazos y contestó:

—No hay nada más fácil, señor. En Moscú tenemos señoritas alegres más que de sobra. ¿Quiere que le dé una dirección?

—No, no hace falta ninguna dirección. Quiero una chica especial, con cabeza. No me gustan las baratas —comentó el de Riazán.

—También hay de esas. —Timofei comenzó a doblar los dedos como si contara—. En El Precipicio canta Varia Serebranaya: una chica fascinante que no se va con cualquiera. Luego está mademoiselle Carmencita, una mujer muy moderna: con ella hay que llegar a un acuerdo previo por teléfono. En La Rosa Alpina canta mademoiselle Wanda, una señorita de una clase excepcional. En la Opereta Francesa hay dos bailarinas, Lisette y Anette, muy populares las dos. Luego, entre las actrices...

—Eso, eso querría yo, una actriz —replicó el «diecinueve» animándose—. Pero de mi tipo. Timofei, a mí no me gustan las gorditas. Prefiero las esbeltas de talle delgado, de estatura media y, eso sí, tienen que ser rubias.

El mozo pensó un momento y luego sentenció:

—Entonces su chica es Wanda, la de La Rosa. Rubia, delgada. Y con mucho éxito entre los hombres. Las demás están más bien entradas en carnes. Qué se le va a hacer, señor, esa es la moda.

—Anda, cuéntame cómo es esa Wanda.

—Es alemana. Tiene unos modales exquisitos y se cotiza muy alto. Vive como una gran señora en un apartamento del Inglaterra con entrada particular. Se lo puede permitir, pues cobra quinientos rublos por el servicio. Y es muy selecta, sólo se va con quien le gusta.

—¿Quinientos rublos? ¡Caramba! —El comerciante parecía interesado—. Timofei, ¿y dónde podría encontrar a esa Wanda? ¿Qué sitio es ese, La Rosa Alpina?

El mozo señaló a través de la ventana.

—Está ahí, a dos pasos, en la calle Sofiika. Canta casi todas las noches. Es un restaurante de lo más normalito, sin punto de comparación con el de nuestro hotel o el Bazar Eslavo. La mayoría de sus clientes, perdóneme la expresión, son alemanuchos. Aunque también hay rusos, pero los nuestros sólo van a mirar a Wanda. Además, naturalmente, de los que van con intenciones serias, a contratarla.

—¿Y cómo la contratan?

—Se trata de un procedimiento en toda regla —se puso a explicar Timofei de buena gana—. Al principio, lo correcto es que la invite a su mesa. Pero nada de llamarla de cualquier manera, porque entonces no se sentará con usted. Antes de nada, deberá mandarle un ramo de violetas atado con un billete de cien rublos. Mademoiselle lo observará desde lejos. Si no es de su agrado, le devolverá inmediatamente los cien rublos. Y si no se los devuelve, significa que se sentará con usted. Aunque eso es sólo la mitad del camino. Puede que se sienta y charle con usted de esto y de lo otro y al final se niegue. Pero entonces ya no le devolverá el billete de cien. Como pago por el tiempo perdido. Se dice que gana más con esos cien rublos de las negativas que con los quinientos. Ese es el procedimiento que se ha montado la tal Wanda.

Aquella misma tarde Aquimas ya estaba sentado en La Rosa Alpina, sorbiendo lentamente un pasable vino renano y examinando con atención a la cantante. En verdad que la alemanita era hermosa. Parecía una bacante. Su rostro —insolente, despreocupado— no era alemán en absoluto, y sus verdes ojos emitían unos tornasoles de plata fundida. Aquimas conocía bien esa tonalidad particular que sólo es posible encontrar en las más valiosas representantes del género femenino. Pues no eran sus esponjosos labios ni su delicada nariz los que hacían perder la razón a los hombres apasionados, sino aquel tornasol argentino, aquel brillo pérfido el que los cegaba. ¡Y qué voz! Aquimas, experto tasador de la belleza femenina, sabía que en la voz reside la mitad de su encanto. Cuando una voz tan pectoral se recubre de esa tenue ronquera, como si estuviera helada por una especie de escarcha o, al contrario, chamuscada por cierta clase de fuego, resulta verdaderamente peligrosa. Lo mejor en esos casos es atarse al mástil como hizo Ulises; si no, terminas por ahogarte. El bravo general Soboliev no podría resistirse a aquella sirena, seguro que no se resistiría.

Por otro lado, aún disponía de cierta provisión de tiempo. Sólo era martes y Soboliev llegaría el jueves, así que tenía posibilidad de examinar a mademoiselle Wanda con más detenimiento.

Durante la velada la cantante recibió flores en dos ocasiones. El primer ramo se lo envió un mercader gordo enfundado en una levita carmesí y Wanda se lo devolvió inmediatamente, sin tan siquiera tocarlo. El mercachifle abandonó el local un segundo después, haciendo resonar sus botas y soltando tacos.

El segundo ramo se lo envió un coronel de la guardia del zar que tenía una cicatriz que le cruzaba la mejilla. La cantante se acercó las violetas al

rostro y escondió el billete de banco en una manga de encaje, pero tardó en sentarse a la mesa del galán y estuvo con él muy poco tiempo. Aquimas no pudo oír de lo que hablaban, mas la conversación terminó cuando Wanda echó la cabeza hacia atrás, rompió a reír y, golpeando la mano del coronel con su abanico, se alejó de allí. El oficial de la guardia encogió filosóficamente sus hombreras cuajadas de charreteras doradas y poco después le envió un nuevo ramo de flores, pero Wanda se lo devolvió al instante.

En cambio, cuando un rubio de mofletes sonrosados, dueño de una apostura mucho menos imponente que la del desdeñado oficial, llamó a la vanidosa con un movimiento desconsiderado de su dedo, la cantante no se hizo esperar y se sentó inmediatamente a su mesa. El rubio habló con indolencia, tamborileando sobre el mantel con unos dedos regordetes cubiertos de vello rojo, mientras ella lo escuchaba en silencio y sin sonreír lo más mínimo. En dos ocasiones ella asintió con la cabeza. ¿Sería su chulo?, se preguntó Aquimas sorprendido. Pero no, no lo parecía.

Sin embargo, a medianoche, cuando Wanda salió por la puerta lateral (Aquimas acechaba en la calle), era precisamente el mejillas sonrosadas quien lo esperaba en la calle en un coche de punto y fue con él con quien se marchó. Aquimas los siguió en una calesa de un solo pasajero que previsoramente había alquilado en el Metropol. Cruzaron el puente Kuznetski y torcieron por la calle Petrovka. Junto a un gran edificio que hacía esquina y que exhibía un rótulo iluminado con luz eléctrica que decía Inglaterra, Wanda y su acompañante bajaron del carruaje y despidieron al cochero. Era tarde, y eso significaba que aquel antipático caballero se quedaría allí a pasar la noche. ¿Quién sería él, su amante? Pero la expresión de Wanda no parecía demasiado feliz.

Tendría que pedir informes al señor Nemo.

Para no arriesgarse y perder tiempo en balde, Aquimas no rodeó sus violetas con un billete de cien, sino con un pequeño anillo con una esmeralda engarzada que había comprado aquella mañana en Kuznetski. Una mujer podía rechazar dinero, pero nunca una chuchería cara.

Naturalmente, la estratagema funcionó. Wanda examinó con curiosidad el obsequio y luego, con el mismo interés, buscó con los ojos al oferente. Aquimas le dedicó una leve inclinación. Ese día vestía esmoquin inglés y corbata blanca con pasador de brillantes. A juzgar por su aspecto, parecía una mezcla de lord británico y empresario moderno: una nueva tribu cosmopolita que comenzaba a darse tono en Europa y Rusia.

El descarado rubio de la tarde anterior (sobre el que Aquimas había recibido un informe detallado y, por cierto, bastante curioso) no se encontraba en la sala.

Nada más terminar la canción, Wanda tomó asiento frente a Aquimas, lo miró a la cara y le espetó de improviso:

—¡Qué ojos tan claros tiene! ¡Parecen riachuelos de montaña!

Por alguna razón, a Aquimas aquella frase le atenazó un instante el corazón y despertó uno de esos recuerdos nebulosos y esquivos que los franceses suelen describir con la expresión *déjà vu*. Entonces arrugó ligeramente el ceño... Pero ¡qué tontería era aquella! Aquimas Welde no era de esos hombres que pican el anzuelo a la primera argucia femenina.

—Comerciante de primera categoría Nikolai Nikolaievich Klonov, presidente de la Cámara de Comercio de Riazán —se presentó él.

—¿Comerciante? —se sorprendió la dueña de aquellos ojos verdes—. Pues no lo parece. Más bien parece un marino. O un criminal.

Y soltó una risa levemente ronca. Por segunda vez, Aquimas se sintió mal. Hasta entonces nadie le había dicho que se pareciera a un malhechor. Él tenía que ofrecer un aspecto de persona ordinaria y respetable: era condición *sine qua non* de su profesión.

La cantante, mientras tanto, seguía sorprendiéndolo.

—Y su acento no es de Riazán —dijo en tono burlón—. ¿Por casualidad no será usted extranjero?

En efecto, en el habla de Aquimas se apreciaba un acento ligerísimo, casi imperceptible: una especie de sonoridad que no era propiamente rusa y que conservaba desde la infancia, pero que sólo un oído extraordinariamente agudo podía captar. Y por ello resultaba tan asombroso escuchar esa

observación precisamente de una alemana.

—He vivido mucho tiempo en Zúrich —dijo él—. Nuestra compañía tiene una representación comercial en esa ciudad. Nos dedicamos a las indianas y el lino ruso.

—Y bien, comerciante riazano-zuriqués, ¿qué quiere usted de mí? —prosiguió la mujer como si nada—. ¿Comerciar conmigo?... ¿Qué, lo he adivinado?

Aquimas se tranquilizó: la cantante simplemente coqueteaba.

—Sí, eso precisamente —repuso en tono seguro y sereno, como siempre hablaba con las mujeres de su tipo—. Tengo que hacerle una proposición comercial confidencial.

Ella rompió a reír, dejando al descubierto unos dientes menudos y parejos.

—¿Confidencial? Qué bien habla usted, monsieur Klonov. Justo lo que siempre me proponen, exclusivamente asuntos confidenciales.

Eso sí que lo recordaba Aquimas: eso mismo y casi con las mismas palabras, es lo que le había dicho él al «barón Von Steinitz» hacía una semana. Sonrió sin querer, pero prosiguió inmediatamente en tono serio:

—No se trata de lo que usted piensa, señorita. La Cámara de Comercio de Riazán, que tengo el honor de presidir, me encomendó hacerle un regalo generoso y excepcional a uno de nuestros paisanos, un hombre emérito y famoso. Puedo elegir el regalo a mi gusto, pero nuestro paisano debe quedar completamente satisfecho. En Riazán quieren mucho a ese hombre y lo tienen en alta estima. Queremos hacerle el regalo de manera delicada, sin resultar inoportunos. Incluso de manera anónima. Él no deberá saber siquiera que el dinero se consiguió por suscripción entre los comerciantes de su Riazán natal. He pensado durante mucho tiempo qué se le podría regalar a un hombre afortunado a quien el destino se lo ha dado todo. Sin embargo, al verla he comprendido que el mejor de los regalos es una mujer como usted.

Sorprendentemente, ella se ruborizó.

—Pero ¡cómo se atreve! —Sus ojos echaban chispas—. ¡Yo no soy un objeto que se pueda regalar!

—No me refiero a usted, señorita, sino a su tiempo y su maestría profesional —replicó Aquimas secamente—. ¿O es que me han hecho caer en un error y en realidad usted no comercia con su tiempo y su arte?

Ella lo observó con odio.

—¿Sabe usted, comerciante de primera categoría, que una sola palabra mía es suficiente para que lo pongan de patitas en la calle?

Los labios de Aquimas esbozaron una sonrisa.

—A mí nadie me ha echado nunca a la calle, señorita. Le aseguro que

eso queda completamente excluido. —Inclinándose hacia delante y mirando fijamente aquellos ojos que ardían de furor, añadió—: No se puede ser cortesana sólo a medias, señorita. Es mejor mantener unas relaciones comerciales honestas: trabajo a cambio de dinero. ¿O es que usted se dedica a su profesión sólo por placer?

Las pavesas de sus ojos se apagaron y aquella boca ancha y sensual se cubrió de una sonrisa amarga y burlona.

—¿Qué placer hay en ello?... Ande y pídamme champaña. Sólo bebo champaña. No se puede beber otra cosa en mi profesión si no quieres terminar alcoholizada. Ya está bien de cantar por hoy. —Wanda le dedicó una señal al camarero y este, que al parecer ya conocía los hábitos de la mujer, sirvió una botella de Veuve Clicquot—. Tiene usted razón, señor filósofo. Venderse a medias es sólo engañarse a uno mismo.

Se bebió la copa de un trago, pero no permitió que él se la llenara de nuevo. Todo parecía ir sobre ruedas y a Aquimas únicamente lo inquietaba una cosa: que él, el elegido de Wanda, fuera el centro de todas las miradas. Pero no tenía por qué preocuparse: abandonaría solo el restaurante, entonces lo tomarían por un rechazado más y pronto lo olvidarían.

—Raramente me hablan como me habla usted. —La mirada de la cantante no se aclaró con el champaña; al contrario, se entristeció—. Más bien me adulan. Al menos al principio. Luego comienzan a tutearme y a llamarme haciendo señas con las manos, como si yo fuera una barragana. ¿Sabe usted qué quiero yo?

—Lo sé. Dinero. Y la libertad que proporciona —respondió Aquimas distraído mientras pensaba hasta el último detalle los pasos que debía dar a continuación.

Ella se quedó mirándolo fijamente, asombrada.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Yo también soy así —respondió él lacónico—. Y bien, ¿cuánto dinero necesita para que por fin pueda sentirse libre?

Wanda suspiró y contestó:

—Cien mil rublos. Hace tiempo que hice los cálculos, cuando todavía era una tonta y malvivía dando clases de música. Pero no quiero hablar de ello... No es interesante. Viví mucho tiempo en la pobreza, casi en la indigencia. Hasta los veinte años. Luego tomé una decisión: basta, me dije, se acabó. Seré rica y libre. De eso hace ya tres años.

—¿Y qué, lo ha conseguido?

—Otros tres años y lo conseguiré.

—¿Significa eso que ya ha logrado reunir cincuenta mil? —Y Aquimas sonrió. Decididamente, la cantante le gustaba.

—Exacto —se echó a reír ella, pero ya sin amargura ni aire de desafío,

sino en el mismo tono burlón con que cantaba sus *chansonnettes* parisinas. A él también le gustó eso: que no se embriagara de autocompasión.

—Puedo acortar sus trabajos forzados medio año como mínimo —aseguró él levantando una ostra con el tenedor de plata—. La cámara de comercio consiguió reunir diez mil rublos para el regalo.

Por la expresión de su rostro, Aquimas comprendió que Wanda no estaba en condiciones de pensar con sangre fría y que lo iba a mandar inmediatamente al diablo con sus diez mil rublos. Por eso se apresuró a añadir:

—No los rechace, lo lamentaré. Además, usted no sabe de quién se trata. Ah, mademoiselle Wanda, le estoy hablando de un gran hombre. Muchas damas, incluso de la alta sociedad, pagarían una fortuna por pasar una noche con un hombre así.

Calló un instante, consciente de que ya no se iría. Aún no había nacido la mujer cuyo orgullo fuera más fuerte que su propia curiosidad.

Wanda lo miró de reojo con severidad. Después ya no pudo aguantar más y bufó:

—Suéltelo de una vez, no me tenga más sobre ascuas, víbora de Riazán.

—Nada menos que el general Soboliev en persona, el incomparable Aquiles, el terrateniente de la provincia de Riazán —enfaticó Aquimas en tono solemne—. Mire qué hombre le estoy ofreciendo, no un vulgar mercader con el vientre hasta la rodilla. Luego, cuando disfrute de su vida de libertad, podrá escribirlo en sus memorias. Diez mil rublos y, por si fuera poco, Aquiles. En mi opinión, no está nada mal. —A la cantante se le leía en el rostro que vacilaba—. Y le propongo algo más —añadió Aquimas en voz muy baja, casi en un murmullo—. Puedo librarla de una vez para siempre de la compañía de herr Knabe. Si así lo desea, naturalmente.

A Wanda el corazón le dio un vuelco. Asustada, preguntó:

—¿Quién eres tú, Nikolai Klonov? No eres ningún comerciante, ¿cierto?

—Un comerciante, un comerciante. —Chasqueó los dedos para que le llevaran la cuenta—. Lino, percal, lona... No se sorprenda de que disponga de tanta información. La cámara de comercio me ha encargado un trabajo importante y en los negocios me gusta ser minucioso.

—Claro, por eso ayer me mirabas de esa manera cuando subí al coche con Knabe —dijo ella de improviso.

«Es observadora», pensó Aquimas sin decidir aún si aquello era bueno o malo. También el hecho de que ella hubiera comenzado a tutearlo exigía una reflexión. ¿Qué sería lo más apropiado: confiarse a ella o mostrarse distante?

—¿Y cómo podrás librarme de él? —inquirió una Wanda ansiosa—. Si ni siquiera sabes quién es... —Y reparando en que se estaba yendo de la

lengua, se interrumpió a sí misma—. Además, ¿cómo has podido pensar que quiero librarme de él?

—Eso es asunto suyo, mademoiselle —repuso Aquimas encogiéndose de hombros tras llegar a la conclusión que la distancia sería más efectiva—. Y bien, ¿está de acuerdo?

—De acuerdo —suspiró ella—. De todos modos, algo me dice que no podría desembarazarme de ti.

Aquimas asintió con la cabeza.

—Es usted una mujer muy inteligente. No venga mañana por aquí. Y por la tarde, a eso de las cinco, esté en su casa. Le haré una visita al Inglaterra y llegaremos a un acuerdo definitivo. Procure estar sola.

—Estaré sola. —Lo miró de un modo extraño, pero él no comprendió qué significado tenía esa mirada. Luego, de repente, le preguntó—: Kolia, no estarás engañándome, ¿verdad?

No fueron tanto sus palabras como la entonación con que las pronunció lo que le resultó a Aquimas tan familiar y hasta le provocó un pasmo en el corazón.

Y entonces lo recordó. Cierto, *déjà vu*. Aquello ya le había ocurrido.

Evguenia le había preguntado exactamente lo mismo veinte años atrás, poco antes del robo de la habitación de hierro. Y también ella, la niña Yenia, había hecho la misma observación sobre sus ojos transparentes en el orfanato de Skirovsk.

Aquimas se desabotonó el almidonado cuello: de pronto, hasta respirar se le había hecho difícil.

Con voz monótona, respondió:

—Palabra de honor de comerciante. Y bien, mademoiselle, hasta mañana.

En el hotel, un mensajero urgente esperaba a Aquimas con un telegrama de Petersburgo.

Ha tomado un mes de permiso y ha salido en tren hacia Moscú. Llegará mañana a las cinco de la tarde. Se alojará en el hotel Dusseaux, en el pasaje del Teatro, habitación número cuarenta y siete. Lo acompañan siete oficiales y su ayuda de cámara. Sus honorarios están en una cartera marrón. La primera entrevista está fijada para el viernes a las diez de la mañana con Ganietzi, comandante en jefe de la región militar de Petersburgo. Le recuerdo que ese encuentro no es deseable. NN.

El 24 de junio, jueves, Aquimas, vestido con una levita listada, la raya del pelo bien abrigada y un *canotier* de paja, remolineaba desde bien temprano por el vestíbulo del Dusseaux. Tuvo tiempo suficiente para entablar relaciones de negocios con el recepcionista, el conserje y el mozo de habitaciones que atendía el ala del edificio destinada al insigne huésped. Dos circunstancias contribuyeron a que estableciera esas relaciones: la primera, la tarjeta de visita que lo acreditaba como corresponsal del *Noticiero de la Provincia de Moscú* y que le había procurado el señor Nemo, y, la segunda, unos generosos sobornos (el recepcionista recibió veinticinco rublos, el conserje diez y el mozo tres). La inversión más provechosa resultó ser precisamente el billete de tres rublos, pues el mozo introdujo de incógnito al reportero en la habitación cuarenta y siete.

Aquimas mostró su admiración ante el lujoso mobiliario, comprobó hacia dónde daba la ventana (al patio, al lado de la calle Roshdestvenka, y eso le iba de perlas) y reparó en la caja fuerte, incrustada en una de las paredes del dormitorio. Eso también le iba de maravilla: así no habría necesidad de revolverlo todo en busca del dinero. Naturalmente, depositarían la cartera en la caja fuerte y la cerradura de esta era de lo más vulgar, una Van Lippen belga, apenas cinco minutos de forcejeo. Como muestra de gratitud por el servicio prestado, el corresponsal del *Noticiero de la Provincia de Moscú* le entregó al mozo otros cincuenta kopecs, pero con tan mala fortuna que la moneda cayó al suelo y rodó debajo del diván. Mientras el muchacho la buscaba a gatas, Aquimas hizo prodigios con la falleba del batiente lateral de

la ventana: la desplazó de manera que sólo simulara que estaba en la posición correcta, pero la ventana se abriría a la menor presión desde el exterior.

A las cinco y media, Aquimas, con un bloc de notas en la mano, estaba en la puerta principal del hotel contemplando la llegada del gran personaje entre una nube de mirones y corresponsales. La multitud hizo amago de gritar «¡Hurra!» cuando Soboliev, en uniforme blanco, salió de la carroza, pero el héroe miró a los moscovitas allí presentes con un gesto tan severo y los edecanes se pusieron a agitar los brazos de una manera tan frenética, que la ovación se descompuso sin desarrollarse como era debido.

A Aquimas le pareció que el General Blanco guardaba una similitud sorprendente con un siluro: la frente arqueada, los ojos ligeramente saltones, largos bigotes y unas patillas anchas y dispersas en varias direcciones que le recordaban las agallas de un pez. Pero no, el siluro era perezoso y apacible, mientras que este otro ejemplar paseó en derredor una mirada tan acerada que Aquimas trasladó inmediatamente a su víctima al orden de los grandes predadores marinos. Un pez martillo: eso como mínimo.

Delante de él nadaba su pez piloto, un bravo capitán de cosacos que abría paso ferozmente entre la multitud con aletazos de sus blancos guantes. A ambos lados del general iban tres oficiales. Cerraba la comitiva el ayuda de cámara, quien, no obstante, nada más llegar a la puerta volvió de nuevo sobre sus pasos hasta el coche de punto y se puso a dirigir la operación de descarga del equipaje.

Aquimas advirtió que Soboliev llevaba en la mano una cartera de piel de becerro de grandes dimensiones y, al parecer, bastante pesada. Resultaba cómico: era la víctima la que cargaba con la recompensa que debía pagar su propia eliminación.

Los corresponsales siguieron en tromba al héroe dentro del vestíbulo con la esperanza de llevarse algo a la boca: hacer una preguntita o cazar algún pequeño detalle. Sin embargo, Aquimas actuó de manera bien diferente. Con movimientos pausados se acercó al ayuda de cámara y tosió respetuosamente para anunciar su presencia. Y antes de lanzarse a formular una serie de preguntas, esperó a que le prestara atención.

El ayuda de cámara, un viejo flácido con adustas cejas canosas (Aquimas conocía al detalle su biografía, costumbres y flaquezas, incluyendo su perniciosa predisposición a levantar el codo desde por la mañana), miró de reojo y con cierto disgusto a aquel pisaverde con sombrero de paja, pero apreció su delicadeza de modales y volvió benévolamente su perfil hacia él.

—Soy el corresponsal del *Noticiero de la Provincia de Moscú* —se identificó Aquimas aprovechando inmediatamente la oportunidad que se le ofrecía—. Como no me atrevo a importunar a su excelencia ilustrísima, ¿le

importaría que le preguntase a usted en nombre de nuestros lectores moscovitas qué piensa hacer el General Blanco con ocasión de su visita a nuestra capital? ¡Quién podría saberlo mejor que usted, Anton Lukich!

—Desde luego que saberlo lo sé, pero no se lo voy a contar a cualquiera —respondió severo el ayuda de cámara, aunque se veía claramente que se sentía halagado.

Aquimas abrió su cuaderno de notas y simuló que estaba dispuesto a anotar devotamente cada una de las valiosas palabras que escuchara. Lukich hinchó el pecho y rebuscó hasta encontrar el nivel más sublime de su oratoria:

—Para hoy está prevista una jornada de reposo. El señor está cansado después de las maniobras y el viaje en tren. Ni visitas ni veladas de gala; tampoco, Dios nos libre, se le permitirá el acceso a gente de su oficio. No se admitirán invitaciones ni comisiones de ningún tipo. Se nos ha ordenado encargar la cena en el restaurante del hotel, a las ocho y media. Si quiere husmear un poco, reserve una mesita antes de que sea demasiado tarde. Pero tendrá que observar desde lejos, sin importunar con preguntas.

Aquimas se llevó las manos al pecho en un gesto implorante e inquirió melosamente:

—¿Y qué planes tiene su excelencia ilustrísima para esta noche?

El ayuda de cámara frunció el entrecejo y respondió:

—Eso no es asunto mío, y suyo, mucho menos.

«Perfecto —pensó Aquimas—. La víctima comenzará mañana sus entrevistas de trabajo, pero parece dispuesto a reservar esta noche al “reposo”. En este punto nuestros intereses son plenamente coincidentes».

Por tanto, tenía que preparar a Wanda.

No le falló, lo esperaba en su apartamento y estaba sola. Recibió a Aquimas con una mirada extraña, como si esperara algo de él, pero cuando el visitante comenzó a hablarle de trabajo, la mirada de la señorita perdió animación.

—Pero ¡si ya lo acordamos todo!... —repuso ella de mala gana—. ¿Para qué perder más tiempo en discusiones? Kolia, conozco mi oficio...

Aquimas examinó la estancia, que era al mismo tiempo salón y *boudoir*. Todo estaba en su sitio: las flores, las velas, las frutas... La cantante se había hecho con una buena remesa de champaña para ella, pero no se había olvidado de la botella de Château d'Yquem, sobre la que había sido aleccionada la noche anterior.

Con aquel vestido de color burdeos de escote bajo, talle ceñido e inquietante insinuación de curvas, Wanda estaba extraordinariamente atractiva. Todo parecía perfecto, pero ¿picaría el gran pez?

A juicio de Aquimas, el gran pez debía picar.

1) Ningún hombre sano y normal podría resistirse al ataque de Wanda.

2) Si el informe estaba en lo cierto —y hasta el momento monsieur NN no le había fallado—, Soboliev no sólo era un hombre normal, sino un hombre que estaba en ayunas como mínimo desde hacía un mes.

3) Mademoiselle Wanda pertenecía al mismo tipo femenino que aquel amor bielorruso a quien el general había pedido matrimonio. La petición fue rechazada y luego ella lo había dejado.

En una palabra, la mina explosiva estaba preparada. Pero para garantizar su funcionamiento hacía falta una chispa.

—Kolia, ¿por qué arrugas la frente? ¿Acaso temes que no le guste a tu paisano? —preguntó Wanda en tono retador, pero Aquimas advirtió en la modulación de su voz un oculto desasosiego.

Todas las mujeres hermosas, rompedoras sistemáticas de corazones, necesitan una continua confirmación de su irresistibilidad. En el corazón de cualquier mujer fatal siempre se agita ese gusanillo que no deja de murmurar: «¿Y si de repente mis encantos se volatilizan? ¿Y si de pronto esta mágica seducción nunca más se vuelve a repetir?».

Según su carácter, a una mujer o hay que convencerla de que es la más hermosa, encantadora y cándida de todas o, al contrario, hay que despertar en ella el espíritu de competición. Y Aquimas estaba seguro de que Wanda pertenecía a ese segundo grupo.

—He estado viéndolo esta mañana —dijo él observando a la cantante con aire suspicaz— y ahora temo haberme equivocado de regalo. En Riazán tenemos a Mijail Dimitrievich por un seductor, pero en realidad es mucho más serio de lo que parece. ¿Y si de pronto todo fallara? ¿Y si al general no le gustara nuestro regalo?

—Eso no es asunto tuyo —repuso Wanda, cuyos ojos echaban chispas—. Tu cometido es pagar el dinero prometido. ¿Lo has traído? —Él dejó en silencio un paquete sobre la mesa. Wanda cogió los billetes y, con toda intención, simuló que los contaba—. ¿Están los diez mil? Bien, así se hace —dijo golpeando levemente con un dedo la nariz de Aquimas—. No temas, Kolia. Vosotros, los hombres, sois simples. Tu héroe no se me va a escapar. Dime, ¿le gustan las canciones? Creo que allí, en el restaurante del Dusseaux, hay un pianoforte.

«Eso es —pensó Aquimas—. Esa es la chispa que hará estallar la mina explosiva».

—Sí, le gustan. Especialmente la romanza *La retama*. ¿La conoces?

Wanda caviló un momento y luego negó con la cabeza.

—No. Canto pocas canciones rusas, la mayoría son europeas. Pero eso no es problema, ahora mismo la busco.

Cogió un cancionero del atril del pianoforte y empezó a pasar hojas hasta

que la encontró.

—¿Te refieres a esta?

Paseó los dedos sobre las teclas y tarareó un momento la tonada sin palabras. Luego empezó a cantar a media voz:

*No, no puede la retama
al lado del roble mudarse.
Como una huérfana estaré,
moviendo siempre sola mis ramas.*

—¡Qué bobada tan sensiblera! Los héroes son un público sentimental —comentó ella dedicándole una mirada fugaz a Aquimas—. Y ahora vete. El general aceptará vuestro regalo de Riazán. Se aferrará a él con las dos manos.

Pero Aquimas no hacía ademán de marcharse.

—No está bien visto que una dama vaya sola a ningún restaurante. ¿Qué podemos hacer?

Wanda puso los ojos en blanco con gesto doliente.

—Kolia, yo no me entrometo en tus negocios de lona, así que no metas tú la nariz en los míos.

Él se quedó allí de pie un minuto más, escuchando cómo aquella voz grave y pasional moría en deseos de acercarse al roble. Luego se dio la vuelta en silencio y se encaminó hacia la puerta.

La canción se interrumpió. Wanda preguntó a sus espaldas:

—Kolia, ¿no te da pena entregarme a los brazos de otro? —Aquimas se giró hacia ella—. Está bien, vete —añadió haciéndole una señal con la mano—. El trabajo es el trabajo.

Todas las mesas del restaurante del hotel Dusseaux estaban ocupadas, pero el portero, que había sido aleccionado de antemano, no falló y le reservó una al señor reportero en el lugar más idóneo: en un extremo, con vistas a todo el salón. A las nueve menos veinte, anunciados por el tintineo de las espuelas, entraron primero tres oficiales, detrás de ellos el general en persona y, por último, otros cuatro oficiales. Los demás clientes, a quienes el *maître d'hôtel* había advertido severamente que no molestaran al héroe con señales de atención, se comportaron con delicadeza y simulaban que habían ido al restaurante simplemente a cenar y no a quedarse embobados contemplando al famoso personaje.

Soboliev cogió la carta de vinos y, al no encontrar en ella el Château d'Yquem, ordenó que fueran a buscarlo a una famosa bodega de las inmediaciones. El séquito prefirió tomar champaña y coñac.

Los señores militares conversaban a media voz y varias veces estallaron en risotadas de camaradería, entre las que, por cierto, destacaba el sonoro timbre de barítono del general. A juzgar por todo ello, los conspiradores se encontraban de un humor excelente, y eso convenía a Aquimas.

A las diez menos cinco, cuando el Château d'Yquem no sólo había sido llevado a la mesa, sino que ya estaba incluso descorchado, las puertas del restaurante se abrieron de par en par como impelidas por un viento mágico y en el umbral apareció Wanda. Quedó como paralizada en una pose artística, tras refrenar el impulso que su flexible cuerpo iniciaba hacia delante. Su rostro se ruborizó, sus enormes ojos brillaron como luminarias de medianoche. Toda la sala volvió la cabeza al oír el revuelo y se detuvo pasmada, hechizada por aquella prodigiosa visión. El glorioso general se quedó completamente rígido, con el tenedor y la porción de níscolo marinado que portaba detenidos a medio camino en el trayecto hacia su boca.

Wanda mantuvo aquella pose un segundo, lo suficiente para que los espectadores apreciaran el efecto causado, pero sin darles tiempo a que inclinaran la cabeza de nuevo hacia el plato.

—¡Helo aquí, nuestro héroe! —exclamó con voz resonante la fantástica visión.

E impetuosamente, haciendo resonar los tacones, entró volando en la sala.

Crujía la seda color burdeos, oscilaba ora a un lado ora al otro la pluma de avestruz de su sombrero de ala ancha. Horrorizado, el *maître d'hôtel* dio

una palmadita con las manos para evocar su veto a las muestras públicas de reconocimiento, pero se alarmó en vano: Soboliev no se indignó lo más mínimo, sino que se limpió los brillantes labios con una servilleta y se levantó con galanura.

—Pero, señores, ¿por qué se quedan ahí sentados sin rendir honores a la gloria de nuestra tierra rusa? —inquirió la exaltada patriota volviéndose hacia la sala sin perder un instante la iniciativa—. ¡Un hurra por Mijail Dimitrievich Soboliev!... ¡Hurra!

Entonces dio la impresión de que esa era la señal que los comensales aguardaban. Pues todos saltaron de sus asientos como impulsados por un resorte, estallaron en aplausos y resonó un hurra tan entusiasta que osciló la araña de cristal que colgaba del techo.

El general se ruborizó de manera encantadora y saludó inclinándose en todas direcciones. A pesar de la fama de que gozaba en toda Europa y de la veneración que le tenía toda Rusia, al parecer no terminaba por acostumbrarse a ese fervor público.

La bella se acercó fogosamente al héroe y extendió hacia él sus delicados brazos:

—¡Permítame que lo bese en nombre de todas las mujeres de Moscú! —Y, rodeándole el cuello con fuerza, lo besó tres veces a la ancestral manera moscovita: directamente en la boca.

Soboliev se ruborizó aún más.

—¡Gukmasov, cambia de sitio! —Empujó por los hombros al capitán de cosacos de negros bigotes y señaló la silla vacía—: ¡Señorita, háganos el honor!

—¡No, no, qué dice usted! —se alarmó la impresionante rubia—. ¿Cómo podría yo atreverme? Pero, si me permite, cantaré para usted su canción preferida.

Y con la misma fogosidad se encaminó hacia el blanco pianoforte situado en el centro de la sala.

A Aquimas se le antojó que Wanda actuaba de manera excesivamente directa, vulgar incluso, pero se notaba claramente que se sentía muy segura de sí misma y que sabía a la perfección lo que se hacía. Siempre es un placer trabajar con profesionales. Y se convenció plenamente de ello cuando su profunda y ronca voz comenzó a flotar por la sala, oprimiendo desde la primera nota el corazón de todos los presentes.

*Qué murmuras tú, retama delicada,
mientras te meces
y con reverencia inclinas
la cabeza sobre la empalizada.*

Aquimas se levantó y salió en silencio. Nadie le prestó ninguna atención, pues todos escuchaban la romanza.

En ese momento debía entrar furtivamente en el apartamento de Wanda y sustituir la botella de Château d'Yquem.

La operación resultó sencilla hasta el aburrimiento. No hizo falta más que paciencia.

A las doce y cuarto de la noche llegaron tres coches al Inglaterra: la víctima y Wanda iban en el primero, y en los otros dos, todos los oficiales del séquito, los siete.

Previamente, Aquimas (con barba postiza y gafas, como un profesor numerario) había alquilado una *suite* de dos habitaciones con ventanas que daban a los dos lados, a la calle y también al patio donde se encontraba el edificio de apartamentos de Wanda. Apagó la luz para que no advirtieran su silueta en la ventana.

La escolta del general hacía bien su trabajo. Cuando Soboliev y su acompañante desaparecieron tras la puerta del apartamento, los oficiales tomaron las medidas oportunas para velar el reposo de su jefe de armas. Uno de ellos se quedó en la calle, en la puerta de entrada del apartamento; otro comenzó a pasearse por el patio interior y un tercero se introdujo subrepticamente en el apartamento y, al parecer, tomó posiciones en el recibidor. Los otros cuatro se dirigieron al bar. Lógicamente, iban a montar guardia por turnos.

A la una menos veintitrés minutos, en las ventanas del apartamento de Wanda se apagó la luz eléctrica. Las cortinas quedaron iluminadas desde dentro por un mortecino resplandor rojizo. Aquimas movió la cabeza con gesto de aprobación: la cantante actuaba siguiendo todas las reglas de la maestría parisina.

El oficial que hacía la ronda en el patio miró receloso a todos lados, se acercó a la ventana iluminada por la luz rojiza y se puso de puntillas, pero inmediatamente, como si se avergonzara, se apartó de un salto y comenzó a pasearse de nuevo de un lado a otro, silbando con un ímpetu exagerado.

Aquimas no apartaba la mirada del minuterero de su reloj. ¿Y si el General Blanco, célebre por su sangre fría en el combate, nunca perdiera la cabeza y su pulso no se acelerara ni con la misma pasión del acto amoroso? Era poco probable, porque iría en contra de la fisiología. ¡Cómo se había acalorado en el restaurante con los besos de Wanda!... Y en esos instantes la cuestión no se limitaba ya a unos simples besos...

Parecía más probable que, por alguna razón, el general no llegara a probar el Château d'Yquem. Pero según las leyes de la psicología debía hacerlo. Si los amantes no se habían arrojado inmediatamente el uno en

brazos del otro —y antes de que se apagara la luz en el *boudoir* de Wanda debían de haber transcurrido unos buenos veinte minutos—, en el ínterin tenían que haberse entretenido con algo. Y qué mejor que tomarse una copa de aquel vino predilecto, que se encontraba allí de manera tan oportuna. Y si no lo probaba esa noche, lo probaría la siguiente. O la siguiente. Soboliev se quedaría en Moscú hasta el veintisiete y podía estar seguro de que, a partir de ese momento, preferiría pasar las noches allí antes que en la habitación cuarenta y siete de su hotel. La Cámara de Comercio de Riazán estaría encantada de sufragar el abono amoroso-nocturno de su paisano: el dinero recibido de monsieur NN daba más que de sobra para todos aquellos gastos suplementarios.

A la una y cinco de la madrugada, Aquimas escuchó un grito apagado de mujer y luego otro, más fuerte y prolongado, aunque no pudo distinguir las palabras. El oficial del patio se sobresaltó y echó a correr hacia el apartamento. Un minuto después las ventanas se iluminaban con una luz intensa y varias sombras se recortaban sobre las cortinas.

Y eso fue todo.

Aquimas caminó en dirección al pasaje del Teatro sin apresurarse, balanceando su bastoncito. Había tiempo de sobra. Hasta el Dusseaux había siete minutos a paso tranquilo (aquel día había hecho dos veces el recorrido por el trayecto más corto y lo había cronometrado con el reloj). Entre la agitación y el pánico, mientras trataban de reanimar al general y discutían entre ellos si sería mejor llamar al médico al Inglaterra o llevar antes a su jefe al Dusseaux por razones de decencia, transcurriría no menos de una hora.

El problema era otro: ¿qué hacer con Wanda? Las reglas más elementales de higiene laboral exigían borrar todas las huellas una vez terminada la operación, para que todo quedara bien limpio. Naturalmente, no habría investigación policial ni instrucción judicial alguna: los oficiales del séquito harían todo lo posible por evitarlas, y tampoco monsieur NN lo permitiría. Y también resultaba del todo inverosímil que Wanda advirtiera que la botella de vino había sido sustituida. Pero si, a pesar de todo, la figura del comerciante de Riazán salía a la palestra y se averiguaba que el auténtico Nikolai Nikolaievich Klonov no había abandonado su almacén para ir a sitio alguno, entonces surgiría una complicación innecesaria. Como dice el dicho: «Ayúdate tú, que Dios ya te ayuda».

Aquimas arrugó el entrecejo. ¡Ay, también su trabajo tenía algunos momentos desagradables!

Con esos tristes aunque inevitables pensamientos, Aquimas abandonó la calle Sofiika para introducirse por un pasaje cubierto que desembocaba muy

convenientemente en el mismo patio trasero del Dusseaux, y, además, justo debajo de la ventana de la habitación de Soboliev.

Después de pasear la mirada por las oscuras ventanas (los huéspedes del hotel hacía tiempo que dormían), Aquimas apoyó en el muro una caja que había preparado con anterioridad. Con un suave empujón, la ventana del dormitorio se abrió casi sin hacer ruido, tan sólo la falleba chirrió levemente. Cinco segundos después, Aquimas estaba dentro.

Moviendo el resorte de su linterna de bolsillo, esta se encendió y segó las tinieblas con un pequeño rayo de luz tenue que, no obstante, le bastó para localizar la caja fuerte.

Aquimas introdujo una ganzúa en la hendidura de la cerradura y comenzó a girarla metódica y regularmente a derecha e izquierda. En labores de descerrajadura se tenía por un diletante, pero en una carrera tan larga como la suya qué cosas no habría aprendido. Llevaría poco más de tres minutos trabajando cuando escuchó un crujido: uno de los tres trinquetes del cerrojo había saltado. Los dos restantes le ocuparon menos tiempo aún, unos dos minutos.

La portezuela de acero rechinó. Aquimas metió la mano y palpó unos papeles. Alumbró con la linterna: listados de nombres, planos... Naturalmente, monsieur NN se alegraría mucho de recibir esas hojas, pero las condiciones del contrato no estipulaban robo alguno de documentos.

Además, Aquimas no estaba para pensar en papeles de ningún tipo.

Sin embargo, lo esperaba una sorpresa: la cartera no estaba en la caja fuerte.

Aquimas se pasó todo el viernes tumbado en la cama, concentrado en sus reflexiones. Lo sabía por experiencia: cuando se está en un atolladero, lo mejor es no ceder al primer impulso, sino quedarse quieto, inmóvil, como la cobra antes de su salto fulgurante y mortal. Por supuesto, siempre que las circunstancias permitieran esa pausa. En el presente caso se lo permitían, ya que previamente había tomado unas medidas básicas de precaución. La noche anterior Aquimas había abandonado el Metropol para mudarse a la Posada de la Trinidad, unos apartamentos baratos próximos a la iglesia del mismo nombre. Desde aquellos retorcidos y sucios callejones de Pokrovka, Jitrovka quedaba a un tiro de piedra, y era precisamente allí donde debía buscar la cartera.

Cuando abandonó el Metropol, Aquimas renunció a tomar un coche de punto. Durante bastante tiempo, todavía de madrugada, vagó por las calles hasta asegurarse de que nadie lo seguía, y cuando llegó a la Trinidad se alojó con otro nombre.

El apartamento era sucio y oscuro pero estaba bien emplazado, con su entrada independiente y una buena vista sobre el patio.

Tenía que analizar debidamente lo ocurrido.

La noche anterior había registrado minuciosamente las habitaciones de Soboliev, pero pese a todo no encontró la cartera. No obstante, en el alféizar de la última ventana del dormitorio, que estaba cerrada herméticamente, descubrió un pequeño pegote de barro. Levantó la cabeza y vio que la parte superior estaba entreabierta. Sin duda alguien había entrado por allí hacía poco.

Aquimas examinó esa zona detenidamente, caviló un momento y sacó sus conclusiones.

Quitó el barro del alféizar y cerró la ventana por la que habían entrado.

Abandonó la habitación por la puerta y luego la cerró desde fuera con la ganzúa.

El vestíbulo del hotel estaba oscuro y silencioso, tan sólo una vela humeaba en la oficina del portero de noche. Este echaba una cabezadita, así que no advirtió a aquella negra figura que salía subrepticamente del corredor. Cuando la campanita tintineó, el portero se puso en pie de un respingo, pero el cliente ya estaba en la calle.

—¡No me habré quedado dormido, el Señor me perdone! —exclamó el portero bostezando. Luego se santiguó a la altura de la boca y fue a echar el

cerrojo.

Aquimas aceleró el paso en dirección al Metropol pensando qué plan de acción debía tomar. El cielo comenzaba a ponerse gris: las noches a finales de junio son cortas.

Entonces una calesa dobló la esquina. Aquimas reconoció la silueta del capitán de cosacos de Soboliev. Estaba sentado y rodeaba con ambos brazos una figura vestida de blanco que, por el otro lado, también sostenía otro oficial. La cabeza del hombre que vestía de blanco se balanceaba inerte al ritmo del repiqueteo de los cascos del caballo. A continuación iban dos calesas más.

«Quién sabe cómo se las apañarán para hacerlo pasar por delante del portero del hotel —pensó distraído Aquimas—. Pero seguro que algo se les ocurrirá. Al fin y al cabo son militares».

El camino más corto al Metropol atravesaba una galería: Aquimas lo había recorrido más de una vez en los dos últimos días.

Cuando cruzaba la tenebrosa arcada haciendo resonar sus botas sobre las losas de piedra, sintió de pronto la presencia de un extraño. Aquimas no lo advirtió con la vista ni tampoco con el oído, sino con un inexplicable sentido periférico que no era la primera vez que le salvaba la vida. La piel de la nuca pareció distinguir un movimiento a su espalda, más ligero que el desplazamiento del aire. Podía ser un gato que se escabullía o una rata que trepaba corriendo a un montón de desperdicios, pero Aquimas no temía hacer el ridículo en tales circunstancias: sin pensárselo un segundo, saltó hacia un lado.

De pronto sintió como si una corriente de aire que soplaba de arriba hacia abajo le bañara la mejilla. Por el rabillo del ojo Aquimas pudo distinguir muy cerca de su oreja que un objeto de acero de un brillo opaco sesgaba el aire. En una acción rápida y experta, cogió su Velodog y disparó sin apuntar.

Se escuchó un grito sordo y una sombra echó a correr hacia un lado.

En dos saltos Aquimas alcanzó al que huía y le asestó un bastonazo enérgico y certero desde arriba.

Con la linterna alumbró al caído. Su rostro era tosco, bestial. A través de sus cabellos despeinados y grasientos goteaba una sangre negruzca. Sus dedos cortos y regordetes se aferraban a un costado y también estaban empapados en sangre.

El caído vestía a la rusa: con camisa abrochada al costado, chaleco de paño, pantalones acolchados y botas untadas con brea. A su lado, en el suelo, divisó un hacha con un astil extraordinariamente corto.

Aquimas se agachó aún más, dirigiendo la luz directamente al rostro del hombre. Entonces brillaron unos ojos redondos, con las pupilas dilatadas fuera de lo normal.

Del lado del pasaje Neglinni se escuchó un silbato y otro más por el pasaje del Teatro. Disponía de poco tiempo.

Poniéndose en cuclillas, agarró al herido por debajo de la mandíbula con dos dedos y apretó con fuerza. Luego tiró el hacha bien lejos.

—¿Quién te envía?

—La pobreza, señor —respondió el herido con voz ronca—. Le imploro perdón.

Aquimas oprimió el nervio facial con los dedos. Esperó a que el caído se retorciera de dolor unos segundos y después repitió la pregunta:

—¿Quién?

—Déjame, déjame, maldito alcastraz —le espetó con voz débil el herido, que golpeaba el suelo con los tacones—. Me estoy muriendo...

—¿Quién? —le preguntó Aquimas por tercera vez, y con la otra mano le oprimió un globo ocular.

El moribundo tosió y de su boca manó un caño de sangre.

—Misha —profirió el herido con voz casi inaudible—. Misha *el Pequeño*... ¡Déjame! ¡Me haces daño!

—¿Quién es Misha? —Aquimas apretó más fuerte.

Pero en eso se equivocó. El fallido homicida vivía ya sus últimos instantes. La tos se transformó en un ronquido; la sangre comenzó a verterse por su barbilla como un manantial continuo. Estaba claro que ya no le podría decir una palabra más. Aquimas se irguió. El silbato del municipal, como un gorjeo, se escuchaba demasiado cerca.

Hacia el mediodía todas las posibles variantes ya habían sido analizadas. También estaba tomada la decisión definitiva.

Y bien, primero habían robado a Aquimas y después habían intentado asesinarlo. ¿Guardaban esos acontecimientos alguna relación entre sí? Sin duda. El que le había tendido la emboscada en la galería había sido informado de qué camino iba a tomar Aquimas y cuándo.

Por lo tanto: 1) lo habían estado siguiendo durante la víspera, justo cuando comprobaba el atajo que debía tomar, y lo habían hecho con mucha habilidad, pues él no se había percatado de la presencia de su perseguidor; 2) alguien sabía perfectamente lo que iba a hacer la noche anterior; 3) la cartera había sido sustraída por alguien que estaba completamente seguro de que Soboliev no regresaría con vida a su habitación. De no haber sido así, ¿qué sentido tenía dejar la caja fuerte bien cerrada después del robo y salir del cuarto por la parte superior de la ventana? De todas maneras, el general habría descubierto el robo...

Pregunta: ¿y quién estaba informado de la operación y de la existencia de

aquella cartera?

Respuesta: sólo monsieur NN y sus hombres.

Si se hubieran limitado a quitar de en medio a Aquimas, habría sido vergonzoso pero comprensible.

Vergonzoso porque él, un profesional de máxima categoría, no había valorado correctamente la situación, se había equivocado en sus cálculos y se había dejado engañar.

Comprensible porque en un asunto de tanta importancia y tan extraordinaria complejidad, era consecuente y natural que trataran de eliminar al brazo ejecutor. Aquimas mismo, puesto en el lugar de su cliente, habría actuado de idéntica manera. Posiblemente lo del juicio imperial secreto fuera mentira. Pero lo habían ideado muy bien, hasta el experimentado señor Welde había picado el anzuelo.

En definitiva, todo resultaría explicable e incluso de lo más normal... si la cartera no hubiese desaparecido.

¿Monsieur NN y un robo con descerrajadura? Absurdo. ¿Sólo para robar el millón de rublos, dejando allí el archivo de los conjurados? Inverosímil. Tan sólo imaginar que aquel asesino a sueldo con cara de bestia que lo había atacado a la entrada del patio pudiera estar relacionado de alguna manera con NN o con el «barón Von Steinitz» resultaba absolutamente imposible.

«Alcatraz»: así había llamado a Aquimas el maestro del hacha. En la jerga criminal, ese insulto debía de representar el máximo grado de menosprecio: no era un ladrón, ni un desvalijador, sino una criatura de lo más pacífica. ¿Aquel tipo, entonces, era un criminal? ¿Un personaje del famoso barrio de Jitrovka?

A juzgar por sus modales y su manera de hablar, así debía de ser. Por el contrario, hasta el cochero de NN, por su porte, parecía un militar. Algo no encajaba allí.

Como la información de que disponía era insuficiente para llevar a cabo un examen analítico, Aquimas intentó abordar el problema desde otra perspectiva. Si no estaban claros los puntos de partida, sería más acertado comenzar por la definición de los objetivos.

¿Qué tenía que hacer obligatoriamente?

- 1) Borrar las huellas una vez terminada la operación.
- 2) Encontrar la cartera.
- 3) Ajustar las cuentas a aquel o a aquellos que habían jugado sucio con Aquimas Welde.

Precisamente en ese orden. Primero defenderse, luego recuperar lo que le pertenecía y, como postre, la venganza. Pero un postre de obligado cumplimiento: era una cuestión de principios y ética profesional.

Y todo eso, traducido a acciones concretas, definía un plan con las

siguientes etapas:

1) Eliminar a Wanda. Una pena, naturalmente, pero era obligado.

2) Ocuparse del misterioso Misha *el Pequeño*.

3) A través del propio Misha podría también asegurarse el postre. Alguien entre los hombres de monsieur NN tenía extrañas amistades.

Una vez elaborado su plan de acción, Aquimas se volvió y se durmió al instante.

La ejecución del punto número uno estaba fijada para aquella misma noche.

Sin que nadie lo viese, se introdujo en el apartamento de Wanda. Como era de esperar, la cantante aún no había regresado de La Rosa Alpina. Entre el *boudoir* y el recibidor se encontraba el guardarropa: estaba lleno de vestidos colgados y había cajas de zapatos y sombreros por todo el suelo. La disposición del cuartito era sencillamente ideal: una de sus puertas daba al *boudoir*, y la otra al recibidor.

Si Wanda volvía sola, todo ocurriría rápidamente, sin complicaciones. Abriría la puertecilla para cambiarse de ropa y en ese mismo instante moriría, sin tiempo siquiera de asustarse. Aquimas no deseaba que ella sintiera terror o dolor alguno.

Por un momento pensó en qué sería lo más idóneo, simular un accidente o un suicidio, y al final eligió el suicidio. ¿Eran acaso pocos los motivos que podían empujar a una dama de costumbres dudosas a atentar contra su vida?

El hecho de que Wanda no utilizara los servicios de una doncella facilitaba el trabajo. Si se está acostumbrado desde la infancia a cuidar de uno mismo, lo más cómodo es apañárselas sin criados. Eso lo sabía él por experiencia. En la isla de Santa Croce sus empleados vivirían en un lugar aparte. Construiría para ellos una casa bien lejos de los aposentos condales. Cuando le hicieran falta, siempre los podría llamar.

Pero ¿y si Wanda no volvía sola?

El suicidio entonces sería doble. En aquellos tiempos estaba de moda.

Se oyó el ruido de una puerta que se abría y luego unos pasos leves.

Estaba sola.

Aquimas hizo un gesto de descontento al recordar con qué voz le había preguntado ella: «Kolia, ¿no estarás engañándome, verdad?». Justo en aquel momento, la puertecilla del guardarropa se abrió por el lado del *boudoir* y un delicado brazo desnudo descolgó de una percha una bata china de seda con dragones estampados.

Había dejado escapar la oportunidad. Aquimas miró por la rendija. Wanda estaba de pie delante del espejo, aún no se había despojado del vestido y sostenía la bata en la mano. Tres sigilosos pasos y el trabajo estaría hecho. Ella apenas tendría tiempo de ver en el espejo la silueta que había surgido a su espalda.

Aquimas entreabrió lentamente la puertecilla, pero de repente saltó hacia atrás: el timbre eléctrico había emitido un corto repiqueteo.

Wanda salió al vestíbulo, intercambió unas palabras con alguien y regresó al salón contemplando un pequeño cartoncito. ¿Una tarjeta de visita?

Ahora ella estaba de perfil y Aquimas pudo apreciar cómo le temblaba el rostro.

Casi inmediatamente volvieron a llamar a la puerta.

Otra vez le resultó imposible escuchar lo que se hablaba en el vestíbulo, ya que de ese lado la puertecilla estaba herméticamente cerrada. Pero Wanda y el tardío visitante pasaron de inmediato al salón, de manera que Aquimas pudo no sólo escuchar, sino ver lo que sucedía.

Sin embargo, entonces el destino le proporcionó una inesperada sorpresa. Cuando el recién llegado —un hombre joven y esbelto que vestía levita a la moda— penetró en el círculo iluminado por la pantalla de la lámpara, Aquimas reconoció en el acto su cara. En el transcurso de aquellos años había cambiado mucho, se había hecho más viril y había perdido su anterior blandura juvenil, pero sin duda se trataba del mismo hombre. Aquimas retenía para siempre en su memoria los rostros de sus «objetivos», a todos los recordaba hasta el más mínimo detalle, y ese, en concreto, con mucho mayor motivo.

Era una historia lejana, de aquel interesante período en que Aquimas había trabajado con contrato fijo para la organización Azazel. Unos señores muy serios y que, además, pagaban siempre la tarifa más alta, pero... eran unos románticos. ¿Qué falta hacía aquella obligatoria condición de pronunciar la palabra «Azazel» justo en el momento de ejecutar cada acción? Sentimentalismos. Aunque Aquimas observó aquella ridícula condición: un contrato es un contrato.

Le resultaba desagradable contemplar a aquel atractivo moreno. Más que nada porque seguía respirando y caminando sobre la faz de la tierra. En toda la carrera profesional de Aquimas sólo se habían producido tres intentos fallidos, y en ese momento tenía ante sí a uno de ellos. Lamentarse parecía un pecado: tres fracasos en veinte años de trabajo indicaban una eficacia más que buena. Pero su humor, maleado ya de antemano, había terminado por estropearse del todo.

«¿Cómo llamaban a este niño de teta? Empezaba con efe...».

—Usted, señor Fandorin, escribió en su tarjeta de visita: «Lo sé todo». Y bien, ¿qué es «todo»? ¿Y quién es usted? —preguntó Wanda en tono hostil.

«Eso es, Fandorin, así es como lo llamaban. Erast Petrovich Fandorin. Ah, y mira por dónde, ahora resulta que es el funcionario para misiones especiales adjunto al gobernador general...».

Aquimas, sin dejar de escuchar atentamente la conversación que se desarrollaba en el aposento, trató de comprender el significado de aquella inesperada visita. Sabía que las coincidencias de ese tipo no eran habituales.

Aquello era una señal del destino. Pero ¿buena o mala?

El sentido del trabajo bien hecho lo impulsaba a matar al moreno pese a que el plazo del encargo que le habían encomendado en su día había concluido mucho tiempo atrás y sus mismos clientes habían desaparecido sin dejar huella. Estaba feo dejar un trabajo sin terminar. Pero, por otro lado, doblegarse a las emociones resultaba poco profesional. ¡Que el señor Fandorin siguiera su camino! Al fin y al cabo, ya entonces, seis años atrás, Aquimas no tenía nada personal contra él.

Pero cuando el funcionario derivó la conversación por el cauce más peligroso —hacia el Château d'Yquem—, Aquimas ya estaba dispuesto a cambiar su decisión anterior: el señor Fandorin no saldría vivo de aquella habitación. Entonces Wanda lo sorprendió: no hizo el mínimo comentario sobre el comerciante de Riazán, ni tampoco sobre lo extraordinariamente bien informado que estaba de los hábitos del difunto héroe. Y desvió la conversación hacia otro tema. ¿Qué significaría aquello?

Poco después el moreno se despidió.

Wanda estaba sentada a la mesa con el rostro oculto entre las manos. En ese instante matarla habría sido de lo más fácil, pero Aquimas se tomó su tiempo.

¿Matarla, para qué? Había resistido el interrogatorio sin irse de la lengua. Si las autoridades habían sido tan perspicaces como para adivinar la verdad que se escondía tras la farsa doméstica representada por el séquito del general y ponerse en la pista de mademoiselle Wanda, lo mejor sería no tocarla por el momento. Un repentino suicidio de la testigo resultaría sospechoso.

Aquimas sacudió la cabeza con disgusto. No era necesario que se engañara a sí mismo, eso no estaba en sus principios. Aquellas eran simples excusas para dejarla en el mundo de los vivos. Precisamente en ese contexto el suicidio de la culpable involuntaria de aquella tragedia nacional sería interpretado como algo absolutamente comprensible: como una muestra de arrepentimiento, de arrebatos nerviosos, de temor a unas consecuencias imprevisibles. ¡Ya estaba bien de perder el tiempo! ¡A trabajar!

Pero de nuevo sonó el timbre.

Parecía como si mademoiselle Wanda hubiese puesto anuncios en los periódicos.

Y la visita también resultó ser una persona conocida, sólo que esa vez, a diferencia de Fandorin, no era una cara del pasado, sino muy reciente. El agente alemán Hans Georg Knabe.

Las primeras palabras del espía obligaron a Aquimas a ponerse en guardia desde un principio.

—Me está haciendo un mal servicio, fraulein Tolle.

Aquello sí que era una sorpresa. Aquimas escuchaba la conversación y no daba crédito a sus oídos. Pero ¿de qué otro «preparado» hablaban? ¿Había recibido Wanda la misión de envenenar a Soboliev? ¿Qué era eso de que Dios protegía a Alemania? ¿Qué delirio era ese? ¿O se trataba en realidad de una extraordinaria coincidencia de donde se podría sacar algún provecho?...

Nada más cerrarse la puerta detrás del alemán, Aquimas salió de su escondite. Al principio Wanda, que regresaba de nuevo a la habitación, no advirtió que había alguien más allí de pie, en un rincón, pero cuando lo vio, se llevó una mano al corazón y soltó un grito agudo.

—¿Es usted una espía alemana? —le preguntó Aquimas con curiosidad, dispuesto a taponarle la boca si se le ocurría dar la alarma—. ¿Me estaba tomando el pelo?

—Kolia... —balbuceó ella, llevándose la mano a la boca—. ¿Estabas escuchando? ¿Quién eres? ¿Quién eres realmente?

Él sacudió la cabeza con impaciencia, como si ahuyentara una mosca.

—¿Dónde está ese preparado?

—¿Cómo has entrado? ¿Para qué? —inquirió Wanda atropelladamente, sin que, al parecer, él escuchara sus preguntas.

Aquimas la cogió por los hombros y la obligó a sentarse. Ella lo miraba con unas pupilas dilatadas donde se reflejaba por partida doble la diminuta tulipa de la lámpara.

—La nuestra es una conversación extraña, mademoiselle —repuso él, sentándose frente a ella—. Sólo preguntas y ni una sola respuesta. Alguien debería responder primero... Bien, comenzaré yo. Me ha hecho usted tres preguntas: quién soy, cómo he entrado aquí y para qué. Le respondo. Soy Nikolai Nikolaievich Klonov. He entrado por la puerta. Y para qué: ¡pues me imagino que usted ya lo sabrá! La contraté para que complaciera a nuestro famoso paisano Mijail Dimitrievich Soboliev, y él no sólo no recibió placer alguno, sino que encima estiró la pata. ¿Acaso no debo pedir explicaciones? Resultaría irresponsable por mi parte, no sería propio de un comerciante como yo. ¿Qué le podría decir después a la cámara de comercio? Porque he gastado el dinero que me entregaron...

—Se lo devolveré —repuso rápidamente Wanda, y saltó del asiento.

—El dinero ahora es lo de menos —replicó Aquimas deteniéndola—. Estaba ahí y he escuchado la conversación que ha mantenido usted con sus invitados. Ahora veo que este asunto es harina de otro costal. Resulta que usted y el señor Knabe tenían su propio juego. Así que, mademoiselle, desearía saber qué le ha hecho usted a nuestro héroe nacional.

—Nada. ¡Se lo juro! —Y, corriendo hacia un pequeño armario, sacó algo

de allí—. Aquí está el frasco que me entregó Knabe. ¿Ve? Está lleno. Yo no me meto en juegos ajenos.

Las lágrimas resbalaban por su rostro, pero su mirada no era de súplica, y tampoco había en ella reproche alguno. Sí, sin duda era una mujer excepcional. No había perdido el ánimo, y eso que la situación en que se encontraba era peliaguda en extremo: de un lado, la policía rusa; de otro, el servicio de inteligencia alemán; de otro más, él mismo, Aquimas Welde, mucho más maligno que todas las policías y todos los servicios secretos juntos. Cierto que ella aún no se había percatado de eso último. Él le echó un vistazo a su tenso rostro. ¿O sí se había percatado?

Aquimas agitó el frasco, lo miró al trasluz, olisqueó el tapón. Al parecer se trataba de simple cianuro.

—Mademoiselle, cuéntemelo todo con franqueza. ¿Desde cuándo mantiene relaciones con el servicio secreto alemán? ¿Qué misión le encargó Knabe?

Wanda experimentó un cambio no del todo comprensible. De pronto dejó de temblar, las lágrimas se le secaron y en sus ojos asomó una expresión extraña que Aquimas ya había visto una vez: la tarde anterior, cuando ella le había preguntado si no lo entristecía empujarla a los brazos de otro hombre.

Ella se sentó más cerca, en el brazo del sillón, y apoyó una mano en el hombro de Aquimas. Su voz estaba tranquila, cansada.

—Claro, Kolia. Te lo contaré todo. No te ocultaré nada... Knabe es un espía alemán. Vengo tratando con él desde hace algo más de dos años. Entonces me comporté como una tonta: quería conseguir dinero cuanto antes y él pagaba generosamente. No pedía amor, sino información. A mí acuden personas de todo tipo, cada vez más gente del palo ganador. A veces hasta reyes y ases. Gente como tu Soboliev. Y los hombres en la cama se van de la lengua. —Ella paseó un dedo por su mejilla—. A personas como tú, eso no les ocurre. Pero como tú hay pocos. ¿O acaso crees que gané los cincuenta mil rublos sólo en la cama? No, querido, soy exigente, los hombres me tienen que gustar. Por supuesto, a veces Knabe me señalaba a alguien en concreto. Como tú con Soboliev. Intenté desligarme de él, pero me tenía bien atenazada. Al principio me hablaba con buenas palabras. Me decía: «¿Por qué debe vivir usted en Rusia, fraulein? Usted es alemana, tiene una patria. Una patria que no olvidará sus servicios. Allí la esperan seguridad y honores. Aquí usted será siempre una mujer de vida alegre, incluso cuando sea rica. Pero en Alemania nadie conoce su pasado. En cuanto quiera, la ayudaremos a instalarse con distinción y confort...». Pero luego sus palabras cambiaron: cada vez más me acusaba de pedir demasiado y me decía que me tenía que ganar el derecho a la ciudadanía alemana. Pero ¡menuda falta que me hace a mí su maldita ciudadanía! Ya no tengo escapatoria. Me ha

puesto la soga al cuello. Hasta puede que me mate. Sin problemas, incluso. Para que sirva de escarmiento a otras. Porque no soy la única que tiene en sus manos. —Por un momento Wanda pareció acobardarse, pero enseguida se pasó una mano por el vaporoso peinado despreocupadamente—. Anteayer, cuando Knabe se enteró de la llegada de Soboliev, yo misma, tonta de mí, se lo dije: quería hacer méritos, se puso de lo más insistente. Comenzó a decir que Soboliev era un enemigo jurado de Alemania. Murmuró algo sobre un golpe militar. Dijo que si Soboliev no era eliminado, se declararían una gran guerra y que Alemania no estaba preparada para ella. Dijo: «Siempre devanándome los sesos para ver cómo se le podían parar los pies a ese escita, ¡y de pronto un golpe de suerte tan repentino!... ¡Esto es fruto de la Providencia!».

Me trajo el frasco con el veneno. Me lo prometió todo, mas yo le dije que no. Entonces comenzó a amenazarme. Se puso como un perro rabioso. Decidí no discutir con él y le prometí que lo haría. Pero yo no envenené a Soboliev, palabra de honor. Murió de muerte natural, del corazón. Kolia, créeme. Seré mala, cínica, venal, pero no soy una asesina.

En esos momentos sí que se podía leer la súplica en sus verdes ojos, pero humillación no había. Se trataba de una mujer con mucho orgullo. Sin embargo, no podía dejarla en el mundo de los vivos. ¡Una lástima!

Aquimas suspiró y colocó la mano derecha en el cuello desnudo de Wanda. Tenía el pulgar sobre la arteria y el dedo corazón sobre la cuarta vértebra, en la base del cráneo. Bastaba apretar con fuerza para que aquellos vivaces ojos, que tan confiados lo miraban desde allá abajo, comenzaran a enturbiarse, a apagarse.

Pero en aquel preciso instante ocurrió algo inesperado. Fue Wanda la que rodeó el cuello de Aquimas, atrayéndolo hacia ella y aplastando su ardiente mejilla contra la frente de él.

—¿Entonces eres tú? —susurró ella—. ¿Eres tú a quien aguardaba desde hacía tanto tiempo?

Aquimas contempló su piel: blanca, suave. Algo extraño le estaba sucediendo.

Cuando salió al amanecer, Wanda dormía profundamente, con la boca entreabierta, como los niños.

Aquimas se quedó contemplándola un minuto y sintió un raro estremecimiento en la parte izquierda del pecho. Luego se marchó en silencio.

«No hablará —pensó mientras salía a la calle Petrovka—. Si ayer no le dijo nada a Fandorin, mucho menos ahora. No hay razón alguna para matarla».

Pero su alma estaba confusa: resultaba inadmisiblemente mezclar el trabajo con los asuntos personales. Antes nunca se lo había permitido.

«¿Y Evguenia?», le recordó una voz desde allí, desde donde sentía aquel inquietante estremecimiento. Estaba claro, había llegado la hora de retirarse.

Lo que había ocurrido aquella noche no volvería a repetirse. Se habían acabado los contactos con Wanda.

¿Quién podía relacionar al comerciante Klonov, hospedado hasta el día anterior en el Metropol, con la cantante de La Rosa Alpina? Nadie. Quizá sólo Timofei, el *kellner* del hotel. Era poco probable, pero sería mejor no correr riesgos. Así, la faena quedaría asegurada y no perdería mucho tiempo en ello.

La voz le susurró:

«El *kellner* morirá para que Wanda pueda vivir».

No importaba. En compensación, Knabe sí que merecía morir. Sin duda la tarde anterior el señor Fandorin se habría cruzado con el espía al salir del apartamento de Wanda. Tan avispado y observador como era el funcionario, de ningún modo dejaría de interesarse por aquel visitante tardío. También era razonable suponer que el verdadero carácter de las actividades de herr Knabe fuera bien conocido por las autoridades rusas. Un espía residente no era persona que pudiera pasar desapercibida.

Comenzaba a perfilarse una excelente maniobra para desviar la investigación policial por un camino inofensivo.

«Y Wanda se libraría de su nudo corredizo», añadió despiadadamente aquella perspicaz voz interna.

Aquimas tomó posiciones en un desván situado enfrente de la casa de Knabe. El lugar era idóneo, pues tenía buena visibilidad sobre las ventanas

del tercer piso, donde vivía el espía.

Afortunadamente, el día se presentaba caluroso. Si bien el tejado de la buhardilla ya echaba fuego a las ocho de la mañana y se hacía difícil respirar, Aquimas era insensible a las pequeñas incomodidades. En cambio, las ventanas de Knabe estaban abiertas de par en par.

Podía seguir todos los desplazamientos del espía de una habitación a otra como si los hiciera sobre la palma de su mano: allí estaba, afeitándose ante el espejo, bebiendo café, hojeando el periódico y marcando con un lápiz aquello que le interesaba... A juzgar por sus animosas evoluciones y la expresión de su cara (en la vigilancia se ayudaba de un binóculo de doce aumentos), el señor Knabe se hallaba de un humor excelente.

Pasadas las once, salió del portal y se puso a caminar en dirección a la puerta Petrov. Aquimas se unió a su estela. Por cómo se había ataviado, a Aquimas se le podía tomar por un oficinista o un dependiente de comercio: gorra con agrietada visera laqueada, levita de largos faldones y buen paño y una barbita canosa de chivo.

Balanceando enérgicamente los brazos, Knabe llegó a Correos en apenas un cuarto de hora. Dentro del edificio, Aquimas redujo la distancia y cuando el espía se acercó a la ventanilla del telégrafo, se plantó justo detrás de él.

El espía saludó alegremente al empleado y le entregó una hoja. Era evidente que el funcionario había atendido sus envíos en más de una ocasión:

—Lo de siempre, a Berlín, a la compañía Kerbel und Schmidt. Las cotizaciones de bolsa. Pero —sonrió—, Pantelemon Kuzmich, hágame el favor, no se las dé a Serdiuk como hizo la última vez. Cambió dos cifras de sitio y después tuve un disgusto con los jefes. Se lo pido por amistad, déselas a Semionov, que las transmita él.

—Está bien, Ivan Egorich —le respondió el empleado igual de jovial—. Así lo haremos.

—Pronto debo recibir la respuesta, así que luego me pasaré de nuevo por aquí —dijo Knabe. Y después de deslizar una mirada por el rostro de Aquimas, se encaminó hacia la salida.

El paso del espía se había hecho más lento, de paseo. Silbando despreocupadamente, caminaba por la acera. Sólo una vez, con modos de experto, comprobó si lo seguía alguien, más por costumbre que por otra cosa. No parecía sospechar que lo vigilaran.

Y, sin embargo, esa vigilancia se llevaba a efecto y con mucha competencia profesional, por cierto. Aquimas no descubrió a los sabuesos de manera inmediata. Pero aquel artesano de la acera de enfrente llevaba ya demasiado tiempo contemplando detenidamente las vitrinas de unas tiendas

caras que no estaban al alcance de su bolsillo. Claro como el agua: estaba vigilando por el reflejo del cristal. Y atrás, a unos cincuenta pasos, un cochero conducía su calesa a un paso demasiado lento. Alguien pidió sus servicios, pero se negó; luego un segundo viandante le hizo otra señal y ocurrió lo mismo. Curioso aquel cochero...

Indiscutiblemente, el señor Fandorin no había perdido el tiempo la noche anterior.

Aquimas tomó medidas de precaución para no hacerse notar más de la cuenta. Entró en un patio, se arrancó la barba de un solo movimiento, se puso unos anteojos con cristales normales, se libró de la gorra y volvió la levita del revés. El reverso era bastante peculiar: un uniforme de funcionario con las presillas descosidas. Había entrado en el patio como oficinista y diez segundos después salía como funcionario jubilado.

Knabe no había tenido tiempo de ir demasiado lejos. Estaba delante de las puertas acristaladas de una confitería francesa. Aguardó un instante y luego entró.

Aquimas lo hizo tras él.

El espía comía con apetito un helado de crema, acompañándolo con agua de Seltz. Como caído del cielo, un joven en traje veraniego con mucho desparpajo en la mirada se apostó en la mesa vecina. Hacía como que leía una revista de moda, pero de vez en cuando echaba una miradita por encima de la portada. El cochero que había observado antes se detuvo junto a la acera. Eso sí, el artesano de las vitrinas había desaparecido. Tenían a herr Knabe bien agarrado. Pero no importaba, eso le iba a él de perlas; naturalmente, siempre que no lo detuvieran. Y eso, a juzgar por lo visto, no iban a hacerlo. ¿Para qué entonces tanta vigilancia? Lo que querían era descubrir sus contactos. Pero Knabe no tenía contactos, de otra manera no se comunicaría con Berlín por medio de telegramas.

El espía se quedó en la pastelería un buen rato. Después del helado, se comió un mazapán, bebió cacao y luego pidió un *tutti frutti*. Su apetito era excelente. Al joven sabueso lo sustituyó otro de más edad. Un segundo cochero, que se mostraba igual de remiso a admitir pasajeros, se detuvo junto a la acera en relevo del anterior.

Aquimas decidió que ya estaba bien de exponerse delante de la policía y fue el primero en abandonar el local. Tomó posiciones junto al edificio de Correos y allí se puso a esperar. Durante el trayecto resolvió descender de posición social: así que se despojó de la levita, se sacó la camisa por encima de los pantalones, se ciñó un cinturón, se desprendió de los anteojos y en la cabeza se encasquetó un gorro de paño.

Cuando apareció Knabe, Aquimas estaba junto a la ventanilla de telégrafos rellenando a lápiz un impreso y moviendo afanosamente los

labios.

—Oiga, buen hombre —se dirigió al funcionario—. Entonces, ¿seguro que mañana estará allí?

—Ya te he dicho que llegará hoy mismo —respondió indulgente el funcionario—. Y sé breve, que eso no es una carta; si no, después tendrás que pedir limosna... ¡Ivan Egorich, un telegrama para usted!

Aquimas simuló que miraba molesto al alemán de mejillas sonrosadas cuando en realidad lo que hizo fue echarle un vistazo a la hoja que asomaba por la ventanilla.

Poco texto y varias columnas de cifras: en apariencia, las cotizaciones en bolsa de unas acciones. Mmm..., no trabajaban demasiado fino en Berlín. Subestimaban a la policía secreta rusa.

Knabe ojeó rápidamente el telegrama y se lo metió en el bolsillo. Naturalmente, debía de estar en clave; a continuación iría a su casa a decodificarlo.

Aquimas dio por terminado el seguimiento y regresó a su punto de observación en la buhardilla.

El espía ya estaba en su casa: evidentemente, habría tomado un coche de punto (¿el mismo de la policía?). Sentado a la mesa, pasaba las páginas de un libro y tomaba notas en una hoja.

Pero lo más interesante llegó después. De pronto los movimientos de Knabe se hicieron frenéticos. Varias veces se secó con nerviosismo el sudor de la frente. Arrojó el libro al suelo y se echó las manos a la cabeza. Luego se puso en pie de un salto y comenzó a correr por la habitación. Después volvió de nuevo a leer sus anotaciones.

Evidentemente, el mensaje que había recibido no parecía ser muy agradable.

Lo que siguió fue aún mucho más interesante. El espía desapareció a toda prisa en el interior de su apartamento y regresó con un revólver en la mano.

Se sentó frente al espejo. Tres veces se llevó el arma a la sien y aun introdujo el cañón en su boca.

Aquimas sacudió la cabeza. «¡Ah, cuán a propósito! ¡De fábula! ¡Vamos, hombre, dispara!».

¿Qué le habrían respondido desde Berlín? Aunque estaba claro. La iniciativa promovida por el espía no había sido bien recibida. Eso por no decir otra cosa peor. La carrera del supuesto asesino del general Soboliev estaba arruinada sin remedio.

Pero no, no se pegó el tiro. Bajó la mano con el revólver. Se puso a corretear de nuevo por la habitación. Se metió el arma en el bolsillo... ¡Qué lástima!

Aquimas no pudo ver lo que ocurrió después, porque Knabe cerró la ventana.

Tres horas se pasó contemplando los reflejos del sol que llameaban en los cristales de las ventanas de enfrente. De cuando en cuando Aquimas echaba una ojeada hacia el policía apostado en la calle y, entre tanto, imaginaba qué vista tendría el castillo que muy pronto levantaría en la roca más alta de la isla de Santa Croce. El castillo recordaría esas torres que garantizan la tranquilidad en las aldeas montañosas del Cáucaso, pero en la terraza superior dispondría un jardín. Naturalmente, tendría que plantar las palmeras en grandes cubas, pero para los demás arbustos bastaría con extender una capa de césped.

Aquimas estaba resolviendo el problema del riego de su jardín colgante cuando Knabe salió del portal. Vio primero que el policía se ponía en movimiento (de un salto se apartó de la puerta y corrió a esconderse tras una esquina) y un segundo después apareció el espía en persona. Knabe se quedó de pie, junto a la entrada, como si esperara algo. Pronto se aclaró el qué.

Un coche para un solo pasajero, tirado por un caballo bayo, surgió del patio interior. El cochero bajó del pescante y le entregó las riendas a Knabe. El espía saltó ágilmente al coche y el bayo arrancó al trote con viveza.

Eso sí que era una sorpresa. Knabe salía de su campo de observación y no tenía ninguna posibilidad de seguirlo. Aquimas aplastó los ojos contra el binóculo a tiempo de ver cómo el espía se pegaba una barba pelirroja postiza... ¿Qué se le habría pasado por la cabeza?

Sin embargo, el policía de abajo reaccionó con tranquilidad. Acompañó el coche con la mirada, anotó algo en su bloc y se marchó. Evidentemente, sabía adónde se dirigía Knabe y por qué.

Pero bueno, que el espía se hubiese marchado con las manos vacías significaba que pronto regresaría... Había llegado el momento de preparar la operación.

Cinco minutos después, Aquimas estaba dentro del apartamento. Lo inspeccionó sin prisas y descubrió dos escondrijos secretos. Uno era un pequeño laboratorio químico en el que había tintas simpáticas, diversos venenos y una botella llena de nitroglicerina (¿pensaba acaso dinamitar el Kremlin?). En el otro encontró varios revólveres, dinero (unos treinta mil rublos a ojo de buen cubero) y un libro con unas tablas logarítmicas, al parecer, el código para el cifrado.

Aquimas no perdió tiempo en registrar los escondites: esa tarea se la dejó a la policía. Por desgracia, Knabe había quemado el telegrama cifrado: en el lavabo se veían restos de ceniza.

Para su desdicha, el apartamento no tenía puerta falsa. La ventana del

pasillo daba al tejado del edificio anexo. Aquimas se descolgó por ella, caminó por la plancha de hierro del tejado, que comenzó a retumbar ruidosamente, y comprobó que por allí no se iba a ninguna parte. El canalón estaba completamente oxidado y resultaba imposible descender por él. ¡Qué se le iba a hacer!

Luego se sentó junto a la ventana y se preparó para una larga espera.

Pasadas las nueve de la noche, cuando la luz del largo día estival comenzaba a menguar, la calesa que ya conocía apareció a toda velocidad por la esquina. El bayo corría a rienda suelta asperjando flecos de baba. Knabe sostenía las riendas de pie y daba latigazos como un poseso.

¿Lo perseguían?

No daba esa impresión, pues detrás no se oía nada.

El espía tiró las riendas y se zambulló en el portal.

Había llegado el momento.

Aquimas ocupó el puesto que había escogido de antemano: en el vestíbulo, detrás de la percha. Con una mano asía un cuchillo afilado que había encontrado en la cocina.

El apartamento ya estaba preparado. Todo se hallaba desordenado: los armarios descuajeringados, el colchón de plumas destripado... Era la burda imitación de un acto de pillaje. El señor Fandorin debía llegar a la conclusión de que a herr Knabe lo habían eliminado los suyos después de simular torpemente que se trataba de un vulgar hecho criminal.

El trabajo de verdad apenas le llevó un segundo.

La llave tintineó en la cerradura. Knabe apenas pudo recorrer unos pasos por el oscuro pasillo antes de morir sin llegar a comprender qué le había sucedido.

Aquimas miró en derredor para comprobar que todo estaba como debía y salió a la escalera.

Abajo se escuchó un portazo y, después, fuertes voces. Alguien corría escaleras arriba. Aquello se ponía feo.

Aquimas retrocedió sobre sus pasos y entró de nuevo en el apartamento. Le pareció que cerraba la puerta haciendo más ruido del debido.

Disponía de quince segundos, no más.

Abrió la ventana que había al fondo del pasillo y volvió a esconderse detrás del perchero.

Justo un segundo después un hombre irrumpió en el apartamento. A juzgar por su aspecto, parecía un comerciante.

En la mano el «comerciante» llevaba un revólver, una Herstal Agent. Una buena herramienta; en su tiempo Aquimas había utilizado una igual. El «comerciante» se detuvo ante el cuerpo inmóvil e inmediatamente, como era previsible, recorrió todas las habitaciones y luego saltó al tejado por la

ventana abierta.

En la escalera todo estaba en calma. Aquimas abandonó el apartamento en silencio.

Ya sólo le quedaba eliminar al empleado del Metropol para que el primer punto de su plan pudiera considerarse cumplido.

Antes de abordar el segundo punto había que exprimirse la sesera.

Era de noche, Aquimas descansaba en su habitación de la Trinidad, miraba al techo y reflexionaba.

Y bien, la limpieza estaba hecha.

Con el empleado del hotel, el asunto estaba resuelto. Ya no tenía por qué temer a la policía: con la pista alemana tendrían para rato.

Había llegado el momento de ocuparse del robo de sus honorarios.

Pregunta: ¿cómo podía encontrar al rufián apodado Misha *el Pequeño*?

¿Hasta ese momento qué sabía?

Que era jefe de una banda: de no ser así, no habría podido seguirlo, ni después haberle enviado un asesino. Y, hasta entonces, eso era todo.

Y con respecto al ladrón que le había birlado la cartera... ¿Qué podía decir de él? Un hombre normal no habría podido introducirse por la parte superior de aquella ventana. Entonces, ¿se trataba de un adolescente? No, era poco probable que un adolescente hubiera sido capaz de abrir aquella caja fuerte con tanta facilidad: en esa tarea se necesitaba experiencia. En líneas generales, el trabajo había sido realizado con mucho esmero: sin cristales rotos, sin dejar huellas de la descerrajadura... El ladrón incluso había cerrado la caja fuerte a su marcha. Por tanto, no se trataba de un adolescente, sino de un hombre pequeño. Y Misha también era pequeño. Parecía razonable suponer que él fuera el desvalijador: que se tratara de la misma persona. Por consiguiente, la cartera la tendría el tal Misha.

Conclusión: el astuto y hábil hombrecito apodado Misha *el Pequeño* sabía cómo reventar una caja fuerte y cómo dirigir una banda seria.

Lo que no era poco.

No cabía duda de que en Jitrovka debían conocer a un especialista tan hábil.

Pero precisamente por esa razón no resultaría nada fácil dar con él. Hacerse pasar por un criminal sería inútil: había que conocer las costumbres, la jerga, las reglas de etiqueta. Mucho más seguro sería hacerse pasar por un «alcatraz», alguien a quien le urgieran los servicios de un buen desvalijador.

Por ejemplo, un dependiente de comercio ansioso por echar un vistazo a la caja fuerte de su patrón.

El domingo por la mañana, antes de encaminarse hacia Jitrovka, Aquimas no pudo resistirse y dobló por la calle Miasnitzkaya para contemplar la procesión fúnebre.

El espectáculo era impresionante. Ninguna de las operaciones que había hecho durante su larga carrera profesional había causado un efecto parecido.

Aquimas se unió a la plañidera multitud que se santiguaba continuamente y se sintió el personaje principal de aquella representación grandiosa, su centro invisible.

Era una sensación insólita, embriagadora.

Allí estaba, detrás del catafalco, ese arrogante general que montaba una yegua negra. Altivo, soberbio. Convencido de ser una estrella de primer orden en aquel espectáculo. Cuando en realidad, tanto él como los demás no eran más que títeres, mientras que el titiritero se encontraba allí, en la acera, confundido modestamente entre aquel mar de cabezas. Nadie lo conocía, nadie reparaba en él, pero la conciencia de la singularidad de su papel aturdía su cabeza con más fuerza que cualquier vino.

—Kiril Aleksandrovich, el hermano del zar —dijo alguien señalando al general ecuestre—. ¡Qué hombre tan apuesto!

De repente, una mujer vestida de luto surgió de la multitud y, tras empujar a un gendarme del cordón policial, se arrojó sobre el catafalco.

—¡Por qué nos abandonas, héroe nuestro! —exclamó con voz chillona justo antes de aplastar el rostro contra el terciopelo carmesí.

Aquel grito desgarrador hizo que el rocín árabe del gran duque inflara los ollares y se encabritara.

Uno de los edecanes hizo amago de coger las riendas del asustado caballo, pero Kiril Aleksandrovich lo detuvo con voz sonora e imperiosa.

—¡Atrás, Nepliev! ¡No te entrometas! ¡Yo lo haré!

Manteniéndose sin dificultad en la silla, en un abrir y cerrar de ojos el hermano del zar obligó a su montura a entrar en razón. La bestia, resoplando nerviosa, se puso a trotar de costado de manera irregular, pero luego se enderezó. La histérica plañidera fue asida del brazo y devuelta a la multitud, y así terminó aquel incidente sin importancia.

Pero en ese instante el humor de Aquimas era otro. Había dejado de sentirse marionetista en aquel teatro de guiñol.

La voz que había ordenado al edecán que no se entrometiera le había parecido demasiado familiar. Era una de esas voces que basta oír sólo una vez para que sea imposible confundirla con cualquier otra.

«¡Qué encuentro tan inesperado, monsieur NN!».

Aquimas paseó la mirada por aquella garbosa figura con uniforme de caballero de la guardia del zar. Él sí que era el auténtico titiritero, el único que movía las cuerdas. Mientras que él, el *cavaliere* Welde, futuro conde de Santa Croce, no era más que un simple accesorio teatral. Pero bueno, no tenía importancia...

Pasó todo el día en Jitrovka. También desde allí se escuchaba el redoble fúnebre de las campanas de las iglesias de Moscú, pero los habitantes del barrio no compartían las preocupaciones de la «impoluta» ciudad, que se lamentaba por la pérdida del general no sé quién. Allí, al igual que en una gota de agua sucia observada al microscopio, también bullía una vida propia y oculta.

Dos veces intentaron robar a Aquimas, que iba disfrazado de dependiente de comercio, y otras tres más metieron la mano en su bolsillo, una de ellas con éxito, por cierto: sin que él se diera cuenta, le habían rasgado el abrigo de paño con un objeto afilado y rapiñado el portamonedas. Allí apenas llevaba dinero, pero tanta maestría lo impresionó.

En la búsqueda de su desvalijador particular tampoco le fueron bien las cosas durante bastante tiempo. No lograba entablar conversación con los habitantes del barrio y, si lo hacía, nunca le proponían el hombre que él necesitaba: una vez le decían que un tal Kiriuj, otra que el Gracioso, una tercera que Kolsha *el Estudiante*. La primera vez que escuchó el nombre de Misha *el Pequeño* serían ya las cuatro pasadas.

Ocurrió de la siguiente manera. Aquimas estaba sentado en la taberna Siberia, donde se reunían los revendedores y los mendigos profesionales más prósperos, y conversaba con un pordiosero que se le antojaba prometedor. Los ojos del harapiento cambiaban de ángulo focal de esa manera rápida y especial tan característica de los ladrones y revendedores de artículos robados.

Aquimas había invitado a su contertulio a un aguardiente que parecía matarratas y se hacía pasar por un dependiente de comercio algo lagarto pero tontorrón, de una mercería de la calle Tverskaya. Cuando aseguró que su patrón tenía dinero a montones en la caja fuerte, y que si alguien experto en la materia le enseñaba a abrir la cerradura, podía sisar fácilmente doscientos o trescientos rublos en billetes pequeños una o dos veces a la semana sin que nadie se diera cuenta, la mirada del andrajoso se hizo más afilada: aquella presa estúpida había caído en su propia trampa.

—Misha es tu hombre —le dijo el experto con tono seguro—. Él te hará un trabajo limpio.

Simulando duda, Aquimas preguntó:

—¿Y el hombre ese conoce su trabajo? ¿No será un muerto de hambre?

—¿Quién, Misha *el Pequeño*? —El andrajoso lo miró con desprecio—. Tú sí que eres un muerto de hambre comparado con él. Tú, compadre, mira lo que tienes que hacer... Esta tarde te acercas por El Presidio. Los muchachos de Misha se dejan caer por allí todas las noches. Yo iré también y te los presentaré. Verás qué bien te reciben.

Los ojos del harapiento lanzaban destellos: por lo visto, confiaba en que Misha le diera alguna comisión por llevarle un bocado tan apetitoso.

Al caer la tarde, Aquimas ya estaba sentado en El Presidio. Se presentó allí no ya disfrazado de dependiente de comercio, sino de pordiosero ciego: con unas ropas hechas harapos, unas zapatillas y unas membranas transparentes de vejiga de ternera en los ojos, debajo de los párpados. Veía bastante borroso, pero gracias a ellas parecía que sus ojos estaban cubiertos de cataratas. Aquimas sabía por experiencia que los ciegos no levantan sospechas y que nadie les presta atención. Si un ciego se sienta en silencio, la gente de su alrededor se olvida de él por completo.

Y allí estaba, sentado en silencio. No aguzaba la vista, sino el oído. A cierta distancia, en una mesa apartada, se había reunido una cuadrilla, malhechores a todas luces. Quizá fueran de la banda de Misha, pero entre ellos no había ningún alfeñique con aspecto avisado.

Los acontecimientos se desencadenaron cuando al otro lado de los pequeños ventanucos del sótano comenzaba a anochecer.

Al principio, Aquimas no reparó en aquellos nuevos clientes. Primero entraron dos: un ropavejero y un quirguiz de piernas torcidas con un guardapolvo lleno de mugre. Un minuto después apareció otro más: un jorobado encorvado como una alcayata. En ningún momento se le ocurrió que pudieran ser sabuesos. En eso había que hacerle justicia a la policía de Moscú: sabía cumplir con su trabajo. Pero a pesar de todo, de alguna manera, los malhechores se olieron a los agentes disfrazados.

Todo ocurrió en un minuto. El local estaba tranquilo y de lo más pacífico, y de pronto, allí estaban el trapero y el quirguiz, muertos los dos; el jorobado, desplomado en el suelo sin conocimiento, y uno de los malhechores se revolcaba y aullaba que no podía aguantar el dolor con una voz repulsiva que además parecía fingida.

Pronto también hizo acto de presencia el hombre que esperaba Aquimas. Un petimetre despierto y lleno de tics, vestido a la europea, pero con las puntas de los pantalones metidas en unas botitas cromadas, lustradas como espejos. Un espécimen criminal que Aquimas conocía muy bien y que, en su particular escala clasificatoria, agrupaba dentro de la familia de los

«turones»: un depredador canijo pero peligroso. Lo extraño era que Misha el *Pequeño* hubiera podido conseguir una posición tan relevante en el hampa criminal de Moscú. Los «turones» solían ser provocadores o agentes dobles por regla general.

Mas no importaba, dentro de poco se aclararía qué clase de tipo era.

A los policías muertos los escondieron detrás de un tablero y al desvanecido se lo llevaron a rastras a algún lugar.

Misha y sus matones se sentaron a una mesa y se pusieron a beber y a comer. El malherido, que estaba tirado en el suelo y gemía, cesó pronto de lamentarse, pero esa circunstancia pasó prácticamente desapercibida. Sólo media hora más tarde los criminales cayeron de pronto en la cuenta y brindaron «por el reposo eterno del alma de Senia el *Rodajas*». Luego Misha pronunció un compungido discurso en voz alta, compuesto a medias por términos de jerga desconocidos para Aquimas. El orador calificó respetuosamente al muerto de «excelente trabajador», a lo que los demás asintieron de forma unánime. El panegírico no se alargó mucho. Luego cogieron al *Rodajas* por las piernas y lo llevaron allí donde estaban ya los policías muertos, y el festín continuó como si nada hubiera pasado.

Aquimas trataba de no perder una palabra de la conversación de los bandidos. Cuánto más hablaban, más se reforzaba su convencimiento de que los otros no sabían nada del millón de rublos robado. Al parecer, Misha había hecho el trabajito solo, sin sus camaradas.

Nada, no importaba, ya no tendría escapatoria. Sólo debía esperar el momento oportuno para hablar cara a cara con él.

A punto ya de amanecer, cuando la taberna se vació de clientes, Misha se levantó y dijo en voz alta:

—Bien, basta ya de cháchara. Cada uno a dormir a su casa, y yo, a pegarme al costado de Fiska. Pero antes hay que cambiar dos palabritas con ese policía.

Toda la banda se puso a dar risotadas y enseguida desapareció detrás del mostrador en las profundidades del sótano.

Aquimas miró a su alrededor. El tabernero hacía tiempo que roncaba detrás de una puertecilla de tablas y sólo quedaban dos comensales: un fulano y una fulana que habían bebido hasta perder el conocimiento. Había llegado la hora.

Detrás del mostrador se abría un pasillo oscuro. Un poco más adelante, en el suelo, vislumbró un cuadrado débilmente iluminado del que llegaban unas voces amortiguadas. ¿La bodega?

Aquimas se quitó la membrana de un ojo. Con cuidado, echó una mirada hacia abajo. Todos los malhechores, los cinco, estaban allí.

Cinco..., demasiados. Tendría que esperar a que remataran al falso

jorobado y, después, ir despachándolos uno a uno a medida que fueran saliendo.

Sin embargo, todo ocurrió de un modo bien diferente.

El policía resultó ser un hueso duro de roer. Aquimas no había visto nunca una habilidad como aquella. En contados segundos, el «jorobado» despachó a la banda entera. Sin levantarse del suelo, lanzó un brazo después de otro hacia delante y dos de los delincuentes se llevaron inmediatamente la mano a la garganta. ¿Serían cuchillos aquello que les había lanzado? A los otros dos, el agente les rompió el cráneo con un artefacto de lo más curioso: un trozo de madera unido a una cadena. Una cosa tan simple..., pero ¡qué eficaz!

No obstante, más respeto le produjo la habilidad con que el «jorobado» llevó a cabo su interrogatorio. Gracias a eso Aquimas ya sabía todo lo que necesitaba. Se agazapó en la oscuridad y siguió sigilosamente al policía y a su prisionero por aquel tenebroso laberinto.

Ellos desaparecieron detrás de una puerta y un minuto más tarde desde allí le llegó el estruendo de varios disparos. ¿Quién habría salido ganando? Aquimas estaba convencido de que no había sido Misha. Y si había sido así, no era nada razonable ponerse a tiro de aquel policía tan resuelto. Más le valía esperarlo en el corredor. Tampoco, demasiado oscuro. Podía errar el disparo y no herirlo de muerte.

Aquimas regresó a la taberna y se tendió sobre una banqueta.

Casi inmediatamente apareció el habilidoso agente, y consigo —eso sí que era agradable—, la cartera. ¿Le disparaba ya o aguardaba un poco más? Pero el «jorobado» aún tenía presto el revólver. Su capacidad de reacción era relampagueante y comenzaría a disparar al menor movimiento. Aquimas aguzó el ojo que había liberado de las cataratas. ¿No era aquella la famosa Herstal? ¿Y él no era el «comerciante» que había entrado en la casa de Knabe?

Mientras tanto, los acontecimientos se desarrollaban a una velocidad de vértigo. El agente arrestó al tabernero; luego encontró los cuerpos de sus compañeros, uno de los cuales, el quirguiz, resultó estar vivo.

Un detalle curioso: mientras el «jorobado» liaba una toalla alrededor de la cabeza herida del asiático, entre ellos comenzaron a hablar en japonés. Aquello sí que era fantástico: un japonés en Jitrovka. A Aquimas los sonidos de ese rugiente idioma le resultaban conocidos por un asunto que había tenido que resolver tres años antes, cumpliendo un encargo en Hong Kong. Al japonés, el policía lo llamaba Masa.

Como el disfrazado agente había dejado ya de simular la temblorosa voz de un viejo, a Aquimas se le antojó familiar su timbre. Afinó el oído y prestó más atención... ¡Ah! Pero ¡si era ni más ni menos que el señor Fandorin! Un

joven habilísimo, había que reconocerlo. No era corriente toparse con gente como él.

Y Aquimas decidió definitivamente que no merecía la pena arriesgarse. Con un sujeto así, tenía que ser prudente por partida doble. Y más aún cuando el funcionario seguía sin bajar la guardia: disparaba miradas hacia todos lados y seguía llevando la Herstal en la mano.

Salieron a la calle los tres: Fandorin, el japonés y el tabernero maniatado. Aquimas los observaba a través del polvoriento ventanuco. El funcionario, sin desprenderse de la cartera, fue a buscar un coche de punto mientras el japonés se quedaba vigilando al detenido. El tabernero intentó arrearle una coza, pero el hombre bajito soltó un silbido feroz y con un solo movimiento derribó al robusto tártaro.

«Aún me queda mucho que recorrer para conseguir esa cartera», pensó Aquimas. Tarde o temprano el señor Fandorin tendría que tranquilizarse, relajarse. Entre tanto, debía comprobar si aquel con quien tenía una cuenta pendiente, Misha *el Pequeño*, estaba muerto.

Aquimas recorrió raudo el oscuro pasillo y empujó la puerta entreabierta. Allá dentro se le mostró un cuartucho débilmente iluminado. Al parecer no había nadie.

Se acercó a la cama deshecha. La palpó: todavía estaba caliente.

Justo entonces, un débil lamento le llegó desde un rincón. Aquimas se volvió bruscamente y vio una figura acurrucada. Misha estaba sentado en el suelo, apretándose el vientre con las manos. Levantó sus ojos húmedos y brillantes; de su boca, torcida en un gesto de llanto, surgió de nuevo un sonido débil y quejumbroso.

—Amigo, soy yo, Misha... Estoy herido... Ayúdame. ¿Quién eres, amigo?

Aquimas abrió la hoja de la navaja con un chirrido del resorte, se agachó sobre el herido y le rebanó la garganta. Así estaría más tranquilo. Con aquel pago saldaba la deuda.

Luego regresó a la taberna a la carrera y se tumbó en el banco.

En la calle se escuchó un repiqueteo de cascos, un crujido de ruedas. Fandorin entró corriendo sin la cartera y se perdió por el pasillo en busca de Misha. Pero ¿dónde estaría la cartera? ¿Se la habría dejado al japonés?

Aquimas levantó las piernas de la banqueta.

No, no le daría tiempo.

Se tumbó de nuevo. Comenzaba a enfurecerse. No debía dejarse arrastrar por la irritación: de ahí procedían todos los errores.

A continuación, de las profundidades del laberinto subterráneo surgió Fandorin: llevaba el gesto torcido y apuntaba con la Herstal hacia todos lados.

Lanzó una mirada fugaz al ciego y salió corriendo de la taberna.

En la calle se oyó:

—¡Vámonos! ¡Sal arreando para la calle Malaya Nikitskaya, al edificio de la gendarmería!

Aquimas se arrancó la otra catarata. Debía apresurarse.

Al edificio de la gendarmería llegó en un carruaje lujoso. Este aún estaba en marcha cuando saltó al suelo y le preguntó impaciente al centinela:

—Dos de los nuestros han traído a un detenido. ¿Dónde están?

El sargento no se sorprendió lo más mínimo del apremio de aquel resuelto individuo que, pese a ir vestido con harapos, llevaba el brillo de la autoridad en los ojos.

—Acaban de subir para entrevistarse personalmente con su excelencia. De eso hace apenas dos minutos. Pero al detenido están fichándolo en el cuerpo de guardia.

—¡Al diablo con el detenido! —El hombre disfrazado hizo un gesto furioso con una mano—. Es a Fandorin a quien necesito ver. ¿Y dices que ha subido a ver a su excelencia?

—Así es. Por la escalera y luego por el pasillo de la izquierda.

—¡Ya lo sé, no necesito tus explicaciones!

Aquimas subió corriendo al primer piso por la baja escalera del vestíbulo. Miró a su derecha: al fondo del pasillo blanqueaba una puerta y detrás de ella se escuchaba un ruido metálico. No había duda, era el gimnasio. Por allí no había peligro.

Torció a la izquierda. El amplio corredor estaba desierto, a excepción de unos recaderos en traje militar o vestidos de civil que, de vez en cuando, salían de improviso de los despachos para desaparecer inmediatamente por otras puertas.

De repente, Aquimas se quedó petrificado: tras una larga sucesión de desatinos y fracasos, al fin la fortuna parecía sonreírle de nuevo. Frente a una puerta marcada con el rótulo «recepción» estaba sentado el japonés, y en sus manos tenía la cartera.

Fandorin debía de estar informando a su jefe sobre los sucesos ocurridos la noche anterior. Pero ¿por qué habría entrado sin la cartera? ¿Acaso querría adornar la situación, darle más efecto? Los acontecimientos de la noche habían sido demasiados, así que el policía tenía bastantes cosas que contar. Por tanto, Aquimas disponía de varios minutos.

Se acercaría con paso tranquilo, le asestaría una cuchillada debajo de la clavícula, cogería la cartera y saldría de allí como había entrado. El trabajo sería cuestión de un minuto.

Aquimas observó atentamente al japonés. Tenía la mirada clavada al frente, la cartera agarrada con las dos manos y parecía un muelle en tensión.

En Hong Kong, Aquimas había podido contemplar qué dominio tenían los japoneses en el arte de la lucha sin armas. Los maestros del boxeo inglés o de la lucha francesa no tenían nada que hacer frente a ellos. Aquel hombre diminuto había derribado al suelo de un solo golpe al robusto tabernero tártaro. ¿«Cuestión de un minuto»?...

No podía arriesgarse. Un pequeño tropiezo, un poco de ruido y caerían sobre él de todos lados.

Pensar, debía pensar, el tiempo se le acababa.

Se dio la vuelta y se encaminó rápidamente hacia donde tintineaban los floretes. Nada más abrir la puerta de la que colgaba la tablilla «gimnasio de oficiales», Aquimas vio a una decena de personas con caretas de protección y blancas equipaciones de esgrima. «¡Vaya, lo que me faltaba, también mosqueteros!».

Ajá, allí estaba la entrada al vestuario.

Se despojó de los harapos y las zapatillas, se vistió con el primer uniforme que encontró a mano y eligió unas botas a su medida: eso era muy importante... ¡Rápido, rápido!

Cuando corría velozmente de regreso, una tablilla pasó ante sus ojos: «Departamento de envíos».

Sentado al otro lado del mostrador, un funcionario clasificaba los sobres.

—¿No hay correo para el capitán Pevtsov? —le preguntó Aquimas, que usó el primer apellido que se le ocurrió.

—No, señor.

—¡Compruébelo de todas formas!

El funcionario se encogió de hombros, metió la nariz en el libro de entradas y comenzó a pasar hojas.

Sin que el otro lo viera, Aquimas cogió una carta con sello oficial del mostrador y se la metió en la manga.

—Está bien, no se esfuerce. Vendré más tarde.

Luego se acercó al japonés con paso marcial y lo saludó a la manera militar.

—¿El señor Masa? —El japonés se levantó de un salto y le dedicó una profunda reverencia—. Me envía el señor Fandorin. Fandorin, ¿comprende? ... —El japonés le dedicó una inclinación aún más grave. ¡Perfecto, al parecer no sabía nada de ruso!—. Aquí tiene la orden escrita que me autoriza a hacerme cargo de la cartera.

Aquimas le ofreció la carta, señalando al mismo tiempo la cartera.

El japonés dudaba. Aquimas esperaba contando los segundos. En la mano izquierda, escondida en la espalda, apretaba un cuchillo. Cinco segundos y tendría que asestar el golpe. No podía esperar más.

Cinco, cuatro, tres, dos...

El japonés se inclinó una vez más y le entregó la cartera. Luego cogió la carta con las dos manos y se la llevó a la frente. Estaba claro que aún no le había llegado la hora de morir.

Aquimas saludó militarmente, se dio la vuelta y entró en la sala de recepción. No podía escapar por el pasillo, pues al japonés le habría resultado extraño.

Era una amplia estancia. Enfrente se hallaba el despacho del jefe de la gendarmería. Fandorin seguramente estaría allí. A la izquierda había una ventana. A la derecha, una puerta con una tablilla: «Sección de la policía secreta». El edecán remoloneaba junto a la puerta de su jefe, lo que le iba de perlas. Aquimas le hizo un gesto tranquilizador y se zambulló en la puerta de la derecha. Allí también tuvo suerte: la fortuna le sonreía. Lo que se encontró no fue un despacho, donde habría tenido que improvisar, sino un pequeño pasillo con ventanas que daban a un patio.

¡Adiós, señores gendarmes!

Aquimas Welde pasaba al tercer y último punto de su programa.

En el piso reservado a las audiencias públicas en la residencia del gobernador general entró un gallardo capitán de gendarmes, preguntó con severidad al funcionario dónde estaba el despacho del consejero adjunto Jurtinski y echó a andar en la dirección señalada, balanceando una pesada cartera.

Jurtinski recibió al «correo urgente de San Petersburgo» con una sonrisa falsamente amable. Aquimas también le sonrió, pero sin doblez alguna, con absoluta sinceridad: hacía tiempo que ansiaba ese encuentro.

—¡Hola, miserable! —dijo mientras miraba fijamente los apagados ojos grises del señor Nemo, el taimado servidor de monsieur NN—. Soy Klonov. Esta es la cartera de Soboliev. Y esta, tu muerte. —Y abrió el resorte de su navaja.

El rostro del consejero adjunto se puso blanco, blanco como la pared, y sus ojos se tornaron negros, negros porque las pupilas se le dilataron hasta engullir por completo el iris.

—Se lo aclararé todo —murmuró sordamente el jefe de la cancillería—. Pero ¡no me mate!

—Si quisiera matarte, ya estarías en el suelo con la garganta rebanada. Mas lo que necesito de ti es otra cosa. —Aquimas había levantado la voz y simulaba una ira glacial.

—¡Lo que quiera! ¡Aunque, por amor de Dios, en voz baja! —Jurtinski asomó la cabeza a la sala de espera y le ordenó al secretario que no dejara pasar a nadie—. Escúcheme, se lo explicaré todo... —susurró dándose la

vuelta.

—A quien se lo vas a explicar es al gran duque, maldito Judas —lo interrumpió Aquimas—. Siéntate y escribe. ¡Escribe! —Levantó el cuchillo y Jurtinski retrocedió aterrorizado.

—Está bien, está bien. Pero ¿qué tengo que escribir?

—La verdad.

Aquimas se situó a la espalda del tembloroso funcionario.

El consejero adjunto se giró y lo miró con aire temeroso, aunque sus ojos habían pasado otra vez del color negro al gris. Era evidente que el astuto señor Nemo estaba exprimiéndose los sesos para salir de aquel atolladero.

—Escribe: «Yo, Piotr Jurtinski, me acuso de haber cometido por codicia un delito contra mi deber y de traicionar a quien debía ayudar y servir con toda fidelidad en su difícil tarea. Que Dios me juzgue. Informo a su alteza imperial de que...».

Pero cuando Jurtinski acabó de escribir la palabra «juzgue», Aquimas le partió las vértebras del cuello de un golpe.

Luego colgó el cadáver de la ventana con un cordón del cuarterón. Satisfecho, contempló el asombrado rostro del difunto. Una ocupación nada gratificante esa de tomarle el pelo a Aquimas Welde.

Y eso era todo. Sus asuntos en Moscú habían acabado.

Desde la central de Correos, sin haberse despojado aún del uniforme de gendarmes, Aquimas envió un telegrama a monsieur NN a su dirección secreta. Sabía por los periódicos que Kiril Aleksandrovich había partido a San Petersburgo el mismo día anterior.

El despacho decía lo siguiente:

El pago ha sido recibido. El señor Nemo resultó ser un socio desleal. Han surgido complicaciones con el señor Fandorin, de la filial de la compañía en Moscú. Se pide su intervención. Klonov.

Después de dudarlo un momento, anotó la dirección de la Trinidad. Naturalmente, aquello tenía su riesgo, pero quizá dentro de unos límites permisibles. En ese momento, sabiendo como sabía quién era el tal NN, la posibilidad de un doble juego le parecía insignificante. El personaje era demasiado importante para dedicarse a esas cosas.

Por el contrario, la ayuda del gran duque le resultaba en verdad muy necesaria. La operación había terminado, pero lo último que deseaba era que la investigación policial le siguiera la pista por Europa. ¿Qué falta le hacía eso al futuro conde de Santa Croce? El señor Fandorin era rápido e

imaginativo en exceso. Sería mejor que le pusieran freno.

Después se acercó a la estación de Briansk y compró un billete para el tren de París. A las ocho de la mañana del día siguiente, Aquimas Welde abandonaría la ciudad donde había ejecutado su último encargo. Su brillante carrera profesional terminaba de una manera excepcional.

De repente sintió deseos de hacerse un regalo. Un hombre libre, y más aún estando apartado ya de sus negocios, podía tener sus debilidades.

Escribió una carta:

Ven mañana a la seis a la Posada de la Trinidad, en el callejón Jojlovski. Mi apartamento es el número siete, se entra por el patio. Golpea primero dos veces, luego tres y después otras dos. Me marcho y quisiera despedirme de ti. Nikolai.

La envió por correo municipal desde la estación: «Para la señorita Tolle, en mano. Apartamento del Inglaterra, calle Petrovka esquina a Stolieshniki».

Sí, podía hacerlo. Lo había dejado todo bien limpio. Naturalmente, no era cuestión de presentarse en persona en el Inglaterra: podían tener a Wanda bajo vigilancia. Pero pronto el seguimiento sería anulado y el asunto quedaría resuelto. Monsieur NN se ocuparía de ello.

Deseaba hacerle a Wanda un regalo de despedida: entregarle aquellos miserables cincuenta mil rublos para que se sintiera libre y viviera como deseara.

Incluso, ¿por qué no podía fijar una nueva cita? En la otra, en la vida libre que se abría ante ambos.

La voz que de un tiempo a esa parte se había instalado en la zona izquierda de su pecho y que él siempre lograba acallar con sus reflexiones profesionales, se había indisciplinado por completo.

«¿Y por qué separarse? —le susurró— El conde de Santa Croce sería una persona completamente diferente de Aquimas Welde. Su serenísima no tendría por qué vivir en soledad».

La voz fue conminada a cerrar el pico, pero Aquimas, no obstante, regresó a la ventanilla, devolvió el billete y, en su lugar, reservó un compartimento para dos personas. Ciento veinte rublos más eran una ridiculez, y siempre le resultaría más agradable viajar sin la vecindad de otros pasajeros.

«Ja, ja», repuso la voz.

«Tomaré la decisión mañana, cuando nos veamos —sentenció Aquimas—. O recibe sus cincuenta mil rublos o se viene conmigo».

De pronto recordó algo: aquello ya había ocurrido anteriormente. Hacía

veinte años, con Evguenia. Sólo que entonces, sin tener nada decidido, no cogió caballo para ella. Pero en ese momento el caballo sí estaba preparado.

Aquimas pasó el resto del día cavilando sobre esa cuestión.

Por la noche, acostado en su cuarto, no podía quedarse dormido. Aquello nunca le había sucedido.

Por fin sus pensamientos comenzaron a confundirse y a ser sustituidos por imágenes fugaces e inconexas. Vio a Wanda, luego su rostro comenzó a ondularse ligeramente y, transformándose de manera imperceptible, se convirtió en el rostro de Evguenia. Y le pareció extraño, porque creía que sus rasgos se habían borrado de su memoria hacía mucho tiempo. Wanda-Evguenia lo miró con ternura y dijo:

—¡Qué ojos tan claros tienes, Lía! ¡Como el agua!

Un suave golpe en la puerta hizo que Aquimas, que todavía no se había despertado del todo, se sentara de un respingo en la cama y sacara el revólver de debajo de la almohada. Al otro lado de la ventana griseaba el amanecer.

Volvieron a llamar, acto seguido, sin intervalos.

Caminando sin hacer ruido, bajó la pequeña escalera.

—¡Señor Klonov! —sonó una voz—. ¡Un telegrama urgente para usted! ¡De monsieur NN!

Aquimas abrió la puerta con la mano que sostenía el revólver a la espalda.

Vio a un hombre alto enfundado en una capa. No se distinguía su cara, oculta por la larga visera del quepis, tan sólo sus bigotes, retorcidos a la manera militar. Después de entregarle el sobre, el mensajero se alejó en silencio y desapareció en las turbias tinieblas del alba.

Señor Welde, la investigación policial ha sido suspendida; sin embargo, ha surgido una pequeña complicación. El consejero titular Fandorin, tras actuar por su cuenta y riesgo, ha averiguado su paradero y se propone detenerlo. El jefe de la policía de Moscú nos ha informado de ello al pedir más explicaciones sobre nuestra decisión. He ordenado que no se emprenda ninguna acción, pero sin dar cuenta de ello al consejero titular. Fandorin se presentará en su casa a las seis de la mañana. Llegará solo y sin saber que no cuenta con apoyo policial. Con sus iniciativas, ese hombre está poniendo en peligro el éxito de toda la operación. Proceda con él como usted guste.

Le felicito por la buena ejecución de su trabajo. NN.

Aquimas tuvo dos sensaciones: la primera agradable, la segunda despreciable.

La agradable era absolutamente comprensible. Matar a Fandorin sería un hermoso detalle en la culminación de su hoja de servicios, además de resultar imprescindible para el cierre definitivo del caso y de saldar una cuenta pendiente. Una ejecución perfecta, sin mácula.

Pero su segunda sensación tenía un motivo más complicado. ¿A través de quién habría conocido Fandorin su paradero? Naturalmente, no a través de NN. Además, las seis de la mañana era la hora de su cita con Wanda. ¿Lo habría traicionado ella? Eso lo cambiaba todo.

Miró el reloj. Las cuatro y media. Tiempo más que de sobra para realizar todos sus preparativos. Naturalmente, no corría ningún riesgo. Aquimas tenía todas las ventajas. Pero Fandorin era un tipo de respeto y no se podía permitir ningún descuido.

Además, había una complicación suplementaria. Matar a quien no esperaba un ataque tan repentino sería un asunto fácil, pero necesitaba que antes Fandorin le confesara cómo había conseguido su dirección.

¡De cualquiera, menos de Wanda!

En aquel momento no había cuestión más importante para Aquimas que esa.

A las cinco y media había tomado posiciones junto a la ventana, detrás de la cortina.

A las seis y tres minutos, un hombre vestido con una elegante chaqueta color crema y unos pantalones estrechos a la moda entró en el patio inundado por la suave luz matinal. En ese instante Aquimas sí tuvo la posibilidad de contemplar el rostro de su antiguo conocido con todo detalle. Su cara le gustó: enérgica, inteligente... Era un digno rival. Pero un rival que no había gozado de suerte con sus aliados.

Fandorin se detuvo ante la puerta y llenó de aire los pulmones. A saber por qué motivo, el funcionario infló las mejillas y fue soltando el aire a pequeños intervalos. ¿Se trataría de algún ejercicio gimnástico?

Levantó una mano y llamó a la puerta suavemente.

Dos veces, tres veces, otras dos más.

Tercera Parte

BLANCO Y NEGRO

La puerta sueca o Penúltimo Capítulo

En el que Fandorin se convierte en nada

Erast Petrovich aguzó el oído: silencio. Llamó de nuevo. Nada. Con cuidado empujó la puerta y esta cedió con un chirrido siniestro.

¿Sería posible que la trampa estuviese vacía?

Adelantando la mano que empuñaba el revólver, subió rápidamente la escalera de tres peldaños y se encontró en una habitación cuadrada de techo bajo.

Después de la resplandeciente luz solar del patio, la habitación parecía totalmente oscura. A la derecha se veía el rectángulo gris oscuro de una ventana con las cortinas corridas, y más adelante, pegados al muro, una cama de hierro, un armario y una silla.

¿Qué había allí, sobre la cama? Un contorno cubierto con una manta. Alguien estaba acostado.

Los ojos del consejero titular ya se habían acostumbrado a la mortecina luz y pudo distinguir con detalle un brazo, mejor dicho una manga, que sobresalía inerte por debajo de la manta. Tirado en el suelo había un revólver Colt y a su lado se apreciaba un charquito oscuro.

Aquello sí que era una sorpresa. Con el corazón oprimido por la melancolía de la desilusión, Fandorin se metió en el bolsillo la innecesaria Herstal, cruzó el cuarto y retiró la manta.

Aquimas aguardaba inmóvil detrás de la tupida cortina de la ventana. Cuando el funcionario llamó a la puerta con el toque acordado, se le revolvieron las entrañas. Entonces había sido Wanda...

Todo estaba preparado para que Fandorin no paseara la mirada por toda la estancia, sino que concentrara su atención en la dirección equivocada, le diera la espalda y guardara el arma.

Y, felizmente, los tres objetivos habían sido conseguidos.

—Está bien —dijo Aquimas a media voz—. Y ahora las manos en la nuca. Y no se le ocurra darse la vuelta, señor Fandorin. Si no, será hombre muerto.

Despecho, ese fue el primer sentimiento que invadió a Erast Petrovich cuando vio bajo la manta aquel muñeco rudimentario hecho con ropa y escuchó a sus espaldas aquella voz tranquila y segura de sí misma. ¡Qué manera tan estúpida de caer en la trampa!

Pero el despecho fue sustituido inmediatamente por la perplejidad. ¿Por qué Klonov-Pevtsov estaba preparado? ¿Vigilaba por la ventana y había visto que era otra

persona, y no Wanda, quien llegaba? Pero ¡lo había llamado por su nombre! Por tanto, sabía que era él y lo estaba esperando. Mas ¿cómo lo habría descubierto? ¿Quizá Wanda, a pesar de todo, habría logrado avisarlo a tiempo? En ese caso, ¿por qué lo habría aguardado? ¿Por qué no habría huido?

Resultaba que el sujeto estaba en antecedentes de la inminente visita del «señor Fandorin», pero no de la operación policial. ¡Curioso!

No obstante, no era el momento indicado para establecer hipótesis. ¿Qué podía hacer? ¿Saltar a un lado? Hacer blanco en un hombre que había seguido un curso de adiestramiento con los «sigilosos» era mucho más complicado de lo que se podía imaginar aquel falso capitán de gendarmes.

Pero, si así lo hiciera, al oír los tiros, la policía acudiría inmediatamente, abriría fuego y sería imposible coger al sujeto con vida.

Fandorin colocó las manos sobre la nuca. Tranquilo y con tono provocativo preguntó:

—¿Y ahora, qué más?

—Quítese la chaqueta —le ordenó Aquimas—. Tírela al centro de la habitación.

La chaqueta cayó al suelo con gran estrépito: era evidente que en ella guardaba otros objetos, además de la Herstal.

Atrás, en el cinturón, el funcionario llevaba una funda con una pequeña pistola.

—Desenfunde la Derringer... Tírela debajo de la cama, bien lejos... Ahora agáchese... Lentamente... Levántese la pernera izquierda del pantalón... Más arriba... Ahora la derecha.

En efecto: sujeto al tobillo izquierdo y con la empuñadura hacia abajo había un estilete. El señor Fandorin iba bien equipado. Era agradable tratar con un hombre tan previsor.

—Ahora ya puede darse la vuelta.

El funcionario se volvió como debía ser: sin prisas, para no poner nervioso inútilmente a su enemigo.

¿Para qué querría aquellas cuatro estrellas metálicas que llevaba en los tirantes del pantalón? Seguro que se trataba de otro truco oriental de esos.

—Desabróchese los tirantes. Tírelos debajo de la cama.

La rabia desfiguraba el bello rostro del funcionario. Sus largas pestañas se agitaron... Fandorin entrecerró los ojos en un intento de distinguir la cara de su oponente, que seguía de espaldas a la luz.

Bien, ahora ya podía mostrarse. Así podría comprobar si el joven tenía buena memoria visual.

Resultó que sí, que la tenía: Aquimas avanzó dos pasos hacia él y

advirtió con satisfacción cómo las mejillas del guaperas primero se cubrían de unos rosetones purpúreos, para empalidecer acto seguido.

Así es, joven. El destino es un chiquillo caprichoso.

¡Aquello no era un hombre sino una especie de diablo! ¡También había identificado los *shuriken* como arma! Erast Petrovich tembló de rabia cuando se vio desprovisto de todo su arsenal.

O de casi todo, para ser más exactos.

De todos sus innumerables artilugios de defensa (¡vaya, y parecía que exageraba cargando con tanta arma!), en ese instante sólo le quedaba la flecha, oculta en una manga de la camisa. Era una saeta fina, de acero, sujeta a un muelle. Bastaba con encoger bruscamente el codo para que el resorte se tensara. Pero era difícil matar a alguien con ella, pues había que acertar justo en un ojo. Además, ¿qué movimiento brusco se puede hacer cuando te están apuntando con un Bayard de seis tiros?

Entonces la oscura silueta se acercó y, por fin, Fandorin pudo contemplar los rasgos faciales de su enemigo.

¡Aquellos ojos! ¡Aquellos ojos blancos! El mismo rostro que se le aparecía en sueños a Fandorin desde hacía tantos años... ¡No podía ser! ¡De nuevo aquella pesadilla! Tenía que despertarse cuanto antes.

Debía aprovechar la superioridad psicológica antes de que el sujeto se recuperara.

—¿Quién le ha facilitado la dirección, la hora y la señal convenida?

El funcionario callaba.

Aquimas bajó el cañón y le apuntó a la rótula, pero Fandorin no se asustó, o al menos eso parecía. Al contrario, su palidez se atenuó.

—¿Wanda? —dijo Aquimas incapaz de contenerse, y su voz se rasgó con un traicionero carraspeo.

«No, este no hablará —pensó él—. Morirá, pero no dirá una palabra. Así es este tipo».

Y de pronto el detective abrió la boca:

—Le responderé. Mas a cambio respóndame usted, ¿cómo fue asesinado Soboliev?

Aquimas sacudió la cabeza. La extravagancia humana no dejaba de sorprenderlo. Por lo demás, aquella curiosidad profesional en el umbral de la muerte merecía todos sus respetos.

—De acuerdo —accedió asintiendo—. Pero las respuestas deben ser honestas. ¿Me da su palabra?

—Le doy mi palabra.

—Con un extracto de helechos amazónicos. Parálisis del músculo del corazón al acelerarse el ritmo cardíaco. No deja rastro. Château d'Yquem.

No hubo necesidad de aclaraciones suplementarias.

—¡Vaya, así fue!... —murmuró Fandorin.

—Y bien... ¿Ha sido Wanda? —inquirió Aquimas con los dientes apretados.

—No. Ella no lo ha traicionado.

Aquimas estuvo a punto de asfixiarse de tan intenso alivio: incluso cerró los ojos un instante.

Cuando el rostro de aquel hombre llegado del pasado se tensó a la espera de su respuesta, Erast Petrovich comprendió por qué seguía con vida.

Pero en cuanto se escuchara su respuesta a esa pregunta, que tanta importancia tenía para el hombre de los ojos blancos, el disparo retumbaría inmediatamente.

Cuando eso ocurriera, no debía desaprovechar el segundo en que el dedo se moviera ligeramente en el gatillo para iniciar su desplazamiento. Ante alguien desarmado, un hombre armado amortigua sus instintos inevitablemente, se siente seguro por una excesiva confianza en el metal inanimado que tiene entre las manos. Las reacciones de un hombre en esa situación se ralentizan: ese es el abecé del arte de los «sigilosos».

Es fundamental adivinar el momento exacto. El primer salto debe ser hacia delante y a la izquierda, y la bala pasará rozando a tu derecha. Luego hay que tirarse a los pies del oponente: la segunda bala pasará sobre tu cabeza. Y, por último, la llave.

Era arriesgado. Su oponente estaba a ocho pasos, un poquito lejos. Si se daba cuenta y retrocedía ligeramente, entonces todo estaba perdido.

Pero no había otra elección.

Y justo en ese instante el hombre de los ojos blancos cometió una imprudencia: cerró los ojos durante un segundo.

Aquello fue suficiente. Erast Petrovich no quiso arriesgarse y, en lugar de lanzarse hacia el cañón de la pistola, saltó por la ventana como impulsado por un resorte.

Rompiendo el marco con los codos, voló hacia fuera entre un torbellino de cristales rotos, giró el cuerpo en el aire y aterrizó en cuclillas sin contratiempos. Sin un solo rasguño.

Los oídos le zumbaban. Al parecer, el ojos blancos había reaccionado a tiempo para dispararle, pero, naturalmente, había fallado.

Fandorin salió corriendo pegado a la pared. Sacó el silbato del bolsillo de sus pantalones y dio la señal convenida para el inicio de la operación.

Aquimas nunca había visto a un hombre que se moviera con tal rapidez.

Hacía un instante que estaba delante de él, y en un abrir y cerrar de ojos sus botas lacadas de blancas polainas desaparecían ya al otro lado de la ventana. Disparó, pero una fracción de segundo más tarde de lo que debía.

Sin pensárselo saltó por encima del alféizar, cubierto de cristales. Cayó al suelo a gatas.

El funcionario corría mientras soplaba desesperadamente por su silbato. Aquimas hasta sintió un poco de pena: el pobre confiaba en recibir ayuda.

Ligero como un muchacho, Fandorin estaba a punto de doblar la esquina. Aquimas disparó con la pistola a la altura de la cadera: de la pared saltó un trozo de estuco. Había fallado.

Pero el patio exterior era más grande que el de dentro. El sujeto no llegaría a las puertas de la calle.

Allí estaban las puertas, con su tejadillo de madera y sus pilares cincelados. Habían sido construidas al estilo tradicional ruso, que se remontaba más allá del reinado de Pedro *el Grande*; por alguna extraña razón, empero, las llamaban «puertas suecas». Seguramente había sido algún comerciante sueco quien, en tiempos inmemoriales, había enseñado a los moscovitas a hacer esa joya de trabajo en madera.

El barrendero se había quedado de una pieza en medio del patio con la escoba en la mano y la desdentada boca abierta por completo. Sentado aún en el mismo banco, el que hacía de borracho se quedó mirando de hito en hito al consejero titular en su apresurada huida. La vieja con holapanda y toquilla se aplastó asustada contra la pared. De repente, Erast Petrovich cayó en la cuenta. ¡No eran policías, sino un vulgar barrendero, un vulgar juerguista y una vulgar pordiosera!

A su espalda oyó ruido de pasos rápidos.

Fandorin zigzagueó justo a tiempo, pues sólo sintió una quemazón en el hombro. Nada importante, un roce apenas.

Al otro lado de las puertas se divisaba la calle, dorada por el sol. Parecía estar al alcance de la mano, pero no podría alcanzarla.

Erast Petrovich detuvo su carrera y se dio la vuelta. ¿Qué sentido tenía recibir una bala en la espalda?

También se paró el hombre de los ojos blancos. Había hecho tres disparos, así que en la Bayard aún le quedaban tres balas. Más que suficientes para poner término al tránsito terrenal del señor Fandorin, de veintiséis años de edad y ningún pariente conocido.

Distancia: quince pasos. Demasiada para intentar nada. ¿Dónde se habría metido Karachentsev? ¿Y su gente? Sin embargo, en ese momento no estaba para pensar en esas cosas.

Le quedaba el dardo oculto bajo la camisa, aunque difícilmente resultaría eficaz a aquella distancia. Pese a todo, Erast Petrovich levantó el brazo dispuesto a doblar

bruscamente el codo.

El hombre de los ojos blancos también le apuntó, a la altura del pecho, sin prisas.

El consejero titular hizo una fugaz asociación mental: aquella escena parecía la del duelo en la ópera *Eugenio Onegin*. A continuación el hombre de los ojos blancos arrancaría a cantar: «¿Me desplomaré, como atravesado por una flecha?».

Dos balas en el pecho. Después acercarse y dispararle la tercera en la cabeza.

Nadie acudiría al ruido de los tiros. Por esas calles no se encontraba a un municipal ni buscando con lupa. No tenía por qué precipitarse.

Pero justo en ese momento Aquimas captó por el rabillo del ojo un rápido movimiento. Una sombra rechoncha se apartó impetuosamente de la pared.

Al volverse de forma brusca, vio un rostro de ojos rasgados contraído en un gesto feroz y cubierto por una ridícula toquilla de alfombra, vio una boca abierta emitiendo un grito estridente. ¡El japonés!

El dedo apretó el gatillo.

De pronto, la vieja que se apretaba tímidamente contra la pared lanzó el grito de guerra de los yakuza de Yokohama y se abalanzó contra el hombre de los ojos blancos al más puro estilo jiu-jitsu.

El agredido se giró con celeridad e hizo fuego, pero la vieja se zambulló por debajo de la trayectoria de la bala y, con un golpe *mawashigiri* en cuarta posición asestado con excepcional maestría, derribó a su contrincante. La ridícula toquilla de tela de alfombra resbaló sobre sus hombros y dejó al descubierto una cabeza de pelo oscuro, vendada con una toalla blanca.

¡Era Masa! Pero ¿de dónde había surgido? ¡Lo había seguido, el muy farsante! ¡Claro, por eso había consentido con tanta facilidad en dejar marchar solo a su amo!

¡Y aquello no era una toquilla, sino un felpudo del Dusseaux! ¡Y la holapanda, la funda de un sillón!

Pero no era el momento apropiado para solazarse en su tardío espíritu de observación. Erast Petrovich se lanzó hacia delante y colocó el brazo de la flecha en posición de tiro, pero se cuidó de disparar, ya que podía herir a Masa.

El japonés golpeó con el filo de la mano la muñeca del hombre de ojos blancos, y la Bayard salió volando hacia un lado, chocó contra una piedra y dejó escapar un disparo que se fue directo al cielo azulado.

Un segundo después, un puño de hierro descargaba un golpe tremebundo en la sien del japonés y Masa se desplomaba como un guiñapo.

El hombre de los ojos blancos, al ver que Fandorin corría hacia el revólver que yacía en el suelo a cierta distancia, se levantó de un salto felino y huyó hacia atrás, hacia el patio interior.

Podía dar por perdida la Bayard. Su enemigo era ágil y dominaba los lances de la lucha cuerpo a cuerpo. Mientras se ocupaba de Fandorin, el japonés recuperaría el sentido, y él solo no podría vencer a dos maestros de la lucha como aquellos.

Atrás, al apartamento. Allí, en el suelo, junto a la cama, había un Colt cargado.

El consejero titular redujo ligeramente el ritmo de su carrera para coger el revólver. En la operación perdió medio segundo, lo suficiente para que el hombre de los ojos blancos tuviera tiempo de doblar la esquina. De nuevo, como un momento antes, volvió a asaltarlo un pensamiento fuera de lugar: los dos parecían niños jugando al pilla pilla; corrían uno detrás del otro, ahora para un lado, ahora para el otro.

Los disparos habían sido cinco, así que en el tambor sólo quedaba una bala. No podía fallar el blanco.

Erast Petrovich torció por la esquina y vio que el ojos blancos ya tenía la mano sobre el pomo de la puerta de la habitación número siete. Sin apenas apuntar, el consejero titular disparó la flecha.

Fue en vano, pues el sujeto desapareció por la puerta.

Nada más cruzar la puerta, Aquimas dio un traspié, la pierna se le dobló y ya no quiso obedecerlo.

Perplejo, echó un vistazo: por un lado del tobillo sobresalía una astilla metálica. ¡Qué alucinación era esa!

Sobreponiéndose al intenso dolor, subió como pudo los peldaños y se arrastró a cuatro patas por el suelo hacia donde se divisaba la negra silueta del Colt. Pero justo en el momento en que sus dedos aferraban la rugosa culata, a sus espaldas retumbó un trueno.

¡Cogido!

La oscura figura se estiró en toda su longitud. El negro revólver resbaló de sus flácidos dedos.

Erast Petrovich salvó la habitación de dos saltos y cogió el arma del suelo. Levantó el percutor y, por si acaso, retrocedió.

El hombre de los ojos blancos estaba tendido boca abajo. Una mancha húmeda se extendía por su espalda.

Oyó ruido de pasos a su espalda, pero el consejero titular no giró la cabeza, ya que reconoció las pisadas cortas de Masa.

—Dale la vuelta. Pero con cuidado, es muy peligroso.

En sus cuarenta años de vida, Aquimas no había resultado herido una sola vez. Se enorgullecía mucho de ello, pero en el fondo tenía miedo de que tarde o temprano su suerte acabara. No temía la muerte, pero sí las heridas: el dolor, la impotencia, eso lo aterrorizaba. ¿Y si el sufrimiento le resultaba insoportable? ¿Y si de pronto perdía el control sobre su cuerpo y su ánimo, como tantas veces les había ocurrido a otros en su presencia?

No sentía dolor. En absoluto. Sin embargo, su cuerpo había dejado de obedecerlo.

Pensó que tenía rota la espina dorsal. El conde de Santa Croce nunca pondría el pie en su isla. Fue un pensamiento prosaico, sin autoconmiseración alguna.

Después ocurrió algo. Hacía sólo un momento, las polvorientas tablas del suelo estaban ante sus ojos. Y luego, de pronto, ese techo gris con los rincones cubiertos de telarañas.

Aquimas deslizó la mirada. Sobre él estaba Fandorin con el revólver en la mano.

¡Qué ridículo resulta un hombre visto desde abajo! Así es como nos ven los perros, los gusanos, los insectos...

—¿Me escucha? —le preguntó el funcionario.

—Sí —respondió Aquimas. Él mismo se sorprendió de la sonoridad y regularidad de su propia voz.

La sangre le manaba sin cesar: lo notaba. Si no le taponaban la herida, pronto acabaría todo. Y así estaba bien. Debía hacer lo que fuera para que no le retuvieran la sangre. Para conseguirlo, debía hablar.

El caído miraba fijamente, como tratando de descubrir en el rostro de Erast Petrovich algo muy importante. Luego comenzó a hablar. Con frases lacónicas, rotundas.

—Le propongo un trato. Yo le salvo la vida y usted atiende mi petición.

—¿Qué petición? —se asombró Fandorin, convencido de que el hombre de los ojos blancos deliraba—. ¿Y cómo me puede salvar la vida?

—La petición la dejo para luego... Está usted condenado. Sólo yo puedo salvarlo. Sus jefes van a matarlo. Lo han borrado a usted. Sí, de la vida. Yo no he logrado eliminarlo. Otros lo harán.

—¡Tonterías! —exclamó Erast Petrovich, pero en la boca del estómago sintió una desagradable picazón. ¿Dónde se había metido la policía? ¿Dónde estaba Karachentsev?

—Acordémoslo así. —El herido pasó la lengua por sus grises labios—. Yo le digo a usted lo que tiene que hacer. Si me cree, usted cumplirá mi encargo. Si no, no tiene

por qué hacerlo. ¿Me da su palabra? —Fandorin asintió y siguió observando hechizado a aquel hombre surgido del pasado—. Esta es mi petición. Debajo de la cama hay una cartera. Sí, la misma. Nadie intentará buscarla. Solamente ha traído complicaciones a quienes la han tenido en su poder. La cartera es suya. Dentro hay un sobre. Y en él, cincuenta mil rublos. Mándele el sobre a Wanda... ¿Lo hará?

—¡No! —repuso indignado el consejero titular—. Todo el dinero será entregado a las autoridades. ¡No soy un ladrón! Soy un funcionario, un miembro de la nobleza.

Aquimas prestó atención a lo que estaba ocurriendo en su organismo. Al parecer, le quedaba menos tiempo del que creía. Hablar cada vez resultaba más difícil. ¡Debía apresurarse!

—Usted no es nada ni nadie. Sólo un cadáver. —La silueta del funcionario comenzaba a difuminarse y Aquimas comenzó a hablar más deprisa—. Soboliev fue condenado por un tribunal secreto. Un tribunal del zar. Ahora ya sabe toda la verdad. Por eso mismo lo matarán a usted. Razón de Estado. En esa cartera hay varios pasaportes. Y billetes para el tren de París. Sale a las ocho. Todavía está a tiempo. Si no se marcha, morirá.

La vista se le oscurecía. Aquimas hizo un esfuerzo y apartó aquel velo de sus ojos.

—Piense rápido —lo acució—. Usted es listo, y a mí ya no me queda tiempo.

El hombre de los ojos blancos decía la verdad.

Cuando Erast Petrovich lo vio definitivamente claro, vaciló un segundo.

Si estaba en lo cierto, era un hombre acabado. Lo perdería todo: el cargo, su honor, el sentido de su vida... El canalla de Karachentsev lo había traicionado, lo había enviado a una muerte segura. No, Karachentsev no: el Estado, la Nación, la Patria.

Si había salvado la vida, había sido de milagro. O gracias a Masa, para ser más exactos.

Fandorin se volvió para mirar a su criado. Él lo observaba con los ojos extremadamente abiertos, y con una mano se apretaba la sien dolorida.

¡Pobrecito! Ni una sola cabeza, ni siendo de hierro fundido, habría resistido el trato que había recibido la suya. «Ah, Masa, Masa, ¿qué podemos hacer? Uniste tu vida a quien no debías».

—Mi encargo. Prométalo —murmuró el moribundo de manera casi inaudible.

—Lo cumpliré —masculló Erast Petrovich a su pesar.

El hombre de los ojos blancos sonrió y cerró los ojos.

Aquimas sonrió y cerró los ojos.

Todo le había salido bien. Había tenido una buena vida y un buen fin.

«Muere», se ordenó a sí mismo.

Y murió.

Último Capítulo

Donde todo se arregla de la mejor manera

La campana de la estación tintineó por segunda vez y la locomotora Ericsson se puso a echar humo impacientemente, dispuesta a arrancar y a lanzarse por los centelleantes raíles en persecución del sol. El expreso transeuropeo Moscú-Varsovia-Berlín-París estaba preparado para partir.

En el coche cama de primera clase (madera de color bronce y terciopelo rojo) un joven sombrío, con una chaqueta de tono crema manchada y desgarrada por los codos, miraba por la ventana con aire ausente, masticaba un puro y soltaba vaharadas de humo, aunque, a diferencia de la locomotora, sin ningún entusiasmo.

«Veintiséis años de edad y con la vida acabada», pensaba el viajero. Hacía sólo cuatro días que había regresado a aquella ciudad lleno de esperanzas y entusiasmo. Y allí lo tenían en ese momento, obligado a abandonar su ciudad natal de manera irrevocable, para siempre. Denigrado y perseguido, después de abandonar el servicio y traicionar su deber y su patria. ¡No, no era un traidor, había sido la patria quien había traicionado a su fiel servidor! ¿Qué razones de Estado son esas que primero convierten a un honorable trabajador en un tornillo sin sentido y luego se afanan en destruirlo? Lean ustedes a Confucio, señores guardianes del trono. En sus sentencias está escrito: «Un hombre noble no puede ser instrumento de nadie».

¿Y ahora? Ahora lo difamarían, lo presentarían como un ladrón, pedirían su búsqueda y captura por toda Europa.

Aunque, por otra parte, resultaba improbable que lo acusaran de ladrón: preferirían no mencionar la cartera.

Y tampoco pedirían su búsqueda y captura: la publicidad no les interesaba en absoluto.

Pero lo perseguirían y, antes o después, darían con él y lo matarían. ¿Tan difícil era encontrar a un viajero acompañado por su sirviente japonés? Pero ¿qué pasaría con Masa? Solo en Europa perecería.

Por cierto, ¿dónde se habría metido?

Erast Petrovich sacó su Breguet. Para la salida del tren faltaban dos minutos.

Habían llegado a tiempo a la estación. El consejero titular (exconsejero, para ser exactos) pudo incluso enviar al Inglaterra cierta carta a nombre de la señorita Tolle. Pero a las ocho menos cuarto, cuando ya estaban sentados en su compartimento, Masa se amotinó: dijo que tenía hambre, que se negaba rotundamente a comer los huevos de gallina, la asquerosa mantequilla, el queso y la carne de cerdo del vagón restaurante, que olían a humo, y que se iba a buscar rosquillas calientes.

La campana sonó por tercera vez y la locomotora comenzó a silbar enérgica, pletóricamente.

¿No se habría perdido ese torpe monicaco? Fandorin, preocupado, se asomó por la ventana.

Allí estaba, corriendo por el andén con un cucurucho de papel de grandes dimensiones. Tenía la cabeza vendada de blanco por los dos lados: el chichón de la nuca aún no había desaparecido y además lucía un cardenal en la sien.

Pero ¿quién iba con él?

Con la palma de la mano, Erast Petrovich ocultó sus ojos del sol.

Era alto y delgado, tenía unas imponentes patillas canosas e iba vestido de librea.

¡Frol Grigorich Viedishev, el ayuda de cámara del príncipe Dolgoruki! Pero ¿qué hacía allí? ¡Ah, qué contrariedad!

Al advertir su presencia, Viedishev lo saludó con la mano.

—¡Señor Fandorin, excelencia! ¡Vengo por usted!

De un salto, Erast Petrovich se apartó de la ventana, aunque se avergonzó inmediatamente. Era estúpido. Y absurdo. Además tenía que aclarar a qué se debía aquella coincidencia.

Bajó al andén con la cartera en una axila.

—¡Uf, he llegado a tiempo de milagro! —Viedishev resolló mientras se secaba la sudorosa calva con un pañuelo multicolor—. Venga conmigo, señor. Su serenísima lo está esperando.

—Pero ¿có-cómo me ha encontrado?

El joven se volvió a mirar el vagón, que había comenzado a moverse lentamente.

Bueno, qué importaba. ¿Qué sentido tenía huir en tren si las autoridades conocían el itinerario? Telegrafiarían y lo arrestarían en la primera estación.

Tendría que abandonar Moscú de otra manera.

—No puedo ir con su serenísima, Frol Grigorich. Imperiosas circunstancias me obligan a abandonar el cargo... Yo... debo partir urgentemente. Le explicaré todo al príncipe por carta.

¡Claro, claro! Tenía que contarle todo por carta a Dolgoruki. Que al menos alguien supiera los entresijos de aquella terrible y deplorable historia.

—Pero ¿qué necesidad hay de ponerlo en papel? —dijo Viedishev encogiéndose de hombros con aire bonachón—. Su serenísima conoce perfectamente esas circunstancias tuyas. Venga y cuénteselo todo en persona. Sobre ese asesino, que ya está ardiendo en el infierno, y sobre cómo le engañó ese judas, el jefe de la policía.

Erast Petrovich se quedó sin aliento:

—Pero... ¿de qué manera? ¿Cómo se han enterado de todo?

—Tenemos nuestros medios —respondió vagamente el ayuda de cámara—. Conocíamos de antemano su operación de esta mañana. Incluso envié a uno de mis hombres para ver lo que ocurría. ¿No advirtió su presencia? Uno con gorra, que se hacía pasar por borracho. En realidad es completamente abstemio, no bebe un sorbo, ni siquiera en Pascua rompe el precepto. Por eso cuento con él. También me informó de que ordenó al cochero que se dirigiera a la estación de Briansk. ¡Oh, a duras penas

he logrado llegar a tiempo! Y gracias a la providencia divina que lo he encontrado... Menos mal que he visto en el bufet a este amigo suyo de los ojos rasgados; si no, debería haber recorrido todos los vagones. Y, caramba, ya no tengo veinte años como usted, señor.

—Pero ¿sabe su serenísima... que se trata de un asunto especialmente delicado?

—¡Qué delicadeza ni qué pamplinas! Es un asunto policial corriente y moliente —lo cortó Viedishev—. Usted acordó con el jefe de la policía el arresto de un hombre sospechoso, un truhán que se hacía pasar por un comerciante de Riazán. Según dicen, Klonov, el verdadero, es un hombre de lo más honorable... Pesa casi ciento quince quilos. Ese tonto de remate de Karachentsev se confundió de hora y por eso su vida corrió peligro. Lástima que no pudiéramos coger vivo al malhechor. Ahora no podremos saber qué proyecto tenía en la cabeza. Pero bueno, al menos usted, amigo mío, ha escapado sano y salvo. Su serenísima ya ha informado por escrito de lo sucedido a Petersburgo, al zar en persona. Lo que ocurrirá después está claro: al jefe de la policía lo echarán a la calle por inepto, nombrarán a uno nuevo y su serenísima recibirá una condecoración. Como le decía, un asunto de lo más sencillo.

—¿De lo más se-sencillo? —quiso asegurarse Erast Petrovich, que examinaba los descoloridos ojos del viejo con aire escudriñador.

—Sencilísimo. ¿O es que hay algo más?

—... No, no hay nada más —respondió Fandorin después de un segundo de reflexión.

—¡Lo ve!... ¡Vaya, qué carterita lleva usted! Un objeto de calidad. Sin duda estará hecha en el extranjero...

—La cartera no es mía —replicó el consejero titular (nada de ex, ¡en plenas funciones!) cobrando ánimos—. Pensaba enviársela a la Duma de la ciudad. Un generoso óbolo de un donante anónimo para finalizar los trabajos de la catedral.

—¿Muy generoso? —preguntó el ayuda de cámara mirando atentamente al joven.

—Casi un millón de rublos.

Viedishev asintió con aprobación.

—Vladimir Andreevich se alegrará mucho. Así acabaremos de una vez con esa maldita catedral. Ya está bien de chupar del erario municipal. —Y se santiguó con afectación—. ¡Menos mal que aún quedan benefactores en Rusia! ¡Que Dios les dé mucha salud y descanso eterno cuando mueran! —Frol Grigorich aún no había acabado de persignarse cuando recordó algo de pronto y se puso a hacer aspavientos con los brazos—. Pero ¡vamos, Erast Petrovich, vamos, amigo mío! Su serenísima ha dicho que no comenzará a desayunar sin usted. Y él sigue un régimen: a las ocho y media debe comerse la papilla. La carroza del gobernador espera en la plaza y nos llevará allí en un abrir y cerrar de ojos. Y por su asiático no se preocupe: lo llevaré conmigo, que tampoco yo he desayunado. De la menestra de tripas de ayer sobró una marmita entera ¡la mar de rica! Las rosquillas las tiraremos: no hay que aficionarse a esas cosas hechas de mazacote que sólo inflan la panza.

Fandorin miró compasivamente a Masa, que en ese momento abría las fosas nasales mientras aspiraba el aroma de las rosquillas con cara de felicidad. Al pobrecito lo esperaba una dolorosa prueba...

Notas

[1] ¡Vámonos, Masa! Esto se ha terminado. <<

[2] En ruso *miloshka* significa «amada» y *kitainik*, «chinito». <<

[3] «Bueno, vayamos por orden». <<